**Otros títulos del autor:**

*Juan Salvador Gaviota*
*El don de volar*
*Ilusiones*
*Ningún lugar está lejos*
*Nada es azar*
*Ajeno a la tierra*
*Biplano*

# RICHARD BACH

# Él

# Puente

# Hacia el infinito

Título original
THE BRIDGE ACROSS FOREVER

Edición original
William Morrow

Traducción
Edith Zilli

Cubierta
Joan Stoliar

© 1984 by Alternate Futures Inc.
Dibujo del anillo © 1984 by Richard Bach

© 1984 Javier Versara Editor S.A.
Tacuarí 202 - P. 8° / Buenos Aires / Argentina.

**ISBN 950-15-0377-1**

Impreso en la Argentina/Printed in Argentine.

Depositado de acuerdo a la Ley 11.723.

http://biblioteca.d2a.com/

# Prólogo

En Juan Salvador Gaviota, Richard Bach escribía sobre una gaviota que practicó durante toda una vida para comenzar a conocer el significado de la bondad y el amor. En Ilusiones escribía sobre un hombre rodeado de milagros, perseguido por una dama, sabia y mística, que vivía a la vuelta de una esquina en el tiempo.

El puente hacia el infinito es la gesta de Bach por hallarla, por aprender sobre el amor y la inmortalidad, no en el más allá, sino en el aquí y ahora. No obstante, atrapado en las tormentas del éxito, del desastre y de la traición, abandona la búsqueda, y las murallas que construye para su protección se convierten en su cárcel.

Por fin conoce a la única mujer que puede liberarlo. Con ella inicia un viaje de transformación, un mágico descubrimiento del amor y de la alegría.

Hay aquí aventuras y choques aéreos, visitas en sueño al futuro y al pasado, viajes fuera del cuerpo, en tanto la pareja busca escapar más allá de la muerte. Se eleva a partir de una empecinada fe en el amor perfecto.

Hasta ahora este escritor silenciosamente misterioso ha narrado mediante la alegoría y la ficción. En "El puente hacia el infinito" atrae a los lectores hasta su corazón y comparte con ellos una visión íntima, divertida, triste, ferozmente franca de su vida personal y de su amor.

*En el principio del Universo... Éramos nosotros.*
*Antes de todos los principios, y cuando se haya apagado el eco del último final, somos nosotros. Nosotros somos la razón del espacio, los constructores del tiempo. Somos "el puente hacia el infinito"... aprendiendo el AMOR.*

Para Leslie, que me enseño a volar.

Creemos a veces, que no queda ni siquiera un dragón. Ni un caballero andante, ni una sola princesa deslizándose por secretos bosques, encantando con su sonrisa a los venados y a las mariposas.

Creemos a veces que nuestra era ha dejado atrás toda frontera, ha dejado atrás toda aventura. El destino está lejos por sobre el horizonte; las sombras refulgentes pasaron al galope tiempo ha, y han desaparecido.
Qué gusto equivocarse. Princesas, caballeros, hechizos y dragones, misterio y aventura... no sólo existen aquí-y ahora: ¡son todo lo que siempre vivió sobre la tierra!
En nuestro siglo han cambiado vestimentas, por supuesto. Los dragones hoy usan ropajes de gobierno, y trajes de fracaso, y equipos de desastre. Los demonios de la sociedad, bajan en remolino hacia nosotros, si apartamos del suelo la mirada, si osamos girar a la derecha en los recodos donde nos fue ordenado virar hacia la izquierda. Tan hábiles se han vuelto las apariencias que princesas y caballeros pueden esconderse las unas de los otros, y pueden esconderse de sí mismos.

Empero, los que dominan la realidad aún nos salen al encuentro de nuestros sueños, para decirnos que jamás perdimos el escudo necesario para enfrentar dragones, que un voltaje de fuegos azulados ondula por nosotros ahora mismo, para cambiar el mundo tal y como gustemos. La intuición nos susurra, veraz: "¡No somos polvo, sino magia!"

Esta es la historia de un caballero que estaba muriendo, y de la princesa que le salvó la vida. Es una historia de bellas y bestias, de hechizos y fortalezas, de poderes mortales que parecen y de poderes vitales que son. Es el relato de la única aventura que más importa, creo, en cualquier época.
Lo que aquí reza ocurrió, en verdad, de modo muy aproximado al que figura impreso. Me he tomado algunas pocas libertades con la cronología, algunos personajes de este libro son compuestos, casi todos los nombres son ficticios. El resto no lo hubiera podido inventar de haberlo intentado; la verdad no era lo bastante creíble para ser ficción.
Como los lectores ven tras la máscara del escritor, verás lo que me impulsó a poner en papel estas palabras. Pero a veces, cuando la luz cae de cierto modo, el escritor puede ver, asimismo, tras la careta de sus lectores. Bajo esa luz, tal vez te encuentre con tu amor, transitando algún punto de estas páginas, conmigo y con mi amor.

# CAPITULO 1

Hoy ella estará aquí.
Miré hacia abajo desde la cabina, entre el viento y la corriente de la hélice, a través de un kilómetro de otoño, hacia mí henar alquilado, hacia la esquirla de azúcar que era mi letrero, VUELE-$3-VUELE, atado al portón abierto.
Ambos lados de la ruta, en torno del cartel, estaban atestados de autos. Debían ser como sesenta, y la multitud consiguiente, que había venido a ver los vuelos. Ella podía estar allí en ese momento, recién llegada. Eso me hizo sonreír. ¡Tal vez!
Moderé la marcha del motor, dándole poca potencia; levanté más el morro del biplano Fleet y dejé que las alas perdieran sustentación. Luego metí el timón todo a una banda, todo a estribor, y clavé la palanca de mandos hacia atrás.
La verde tierra, maíz y soja, granjas y praderas calmas como el mediodía, al caer el fondo estallaron en el borrón arremolinado de una barrena para exhibición, algo que, desde tierra, debía parecer una vieja máquina voladora súbitamente fuera de control.
La proa bajó bruscamente y el mundo giró, convertido en un tornado de colores que se envolvía a mis gafas, cada vez a mayor velocidad.
¿Cuánto tiempo llevo sintiendo tu falta, querida alma gemela, pensé, querida señora sabia, mística y encantadora?. Hoy, por fin, la coincidencia te traerá a Russell, Iowa; te tomará de la mano para conducirte hasta ese alfalfar, allá abajo. Caminarás hasta el borde de la multitud, sin saber bien por qué, con curiosidad por contemplar una página de la historia aún viva, brillantes pinturas girando en el aire.
El biplano se retorció hacia abajo, pateando contra mí, en los controles, por trescientos metros el tornado se volvió más a pico, más cerrado, más estruendoso a cada segundo.
Girar... hasta... Ahora.
Empujé la palanca hacia adelante, salí de la izquierda y pisé con fuerza el pedal de timón derecho. Los borrones se hicieron más apretados, más rápidos, una, dos veces alrededor, la barrena cesó y nos lanzamos en picada, a toda la velocidad posible.
Ella estará hoy aquí, pensé, porque también ella está sola. Porque ha aprendido todo lo que quiere aprender por sí misma. Porque hay una persona en el mundo hacia la cual se la está guiando. Y esa persona, en este mismo instante, está piloteando este avión.
Giro cerrado, moderar marcha, apagar, hélice detenida... da deslizarse hacia abajo, flotar sin ruido hasta la tierra, seguir por inercia hasta detenerse frente a la multitud.
La voy a reconocer en cuanto la vea, pensé, luminosa anticipación. La voy a reconocer en cuanto la vea.
En derredor del aeroplano había hombres y mujeres, familias con la cesta de picnic, niños en bicicleta, observando. Dos perros, cerca de los niños.
Emergí de la cabina, miré a las gentes y me gustaron. Y entonces me encontré escuchando mi propia voz, curiosa-mente ajeno; al mismo tiempo estaba buscándola entre la multitud.
— ¡Russell desde el aire, amigos! ¡ Véanla flotara la deriva en los campos de Iowa! ¡Ultima oportunidad antes de que nieve! Asciendan hasta donde sólo vuelan los pájaros y los ángeles...
Unos cuantos rieron y aplaudieron para que otro fuera el primero.

http://biblioteca.d2g.com/

Algunas caras, suspicaces, llenas de preguntas; algunas caras ansiosas y aventuradas; también algunas caras bonitas, divertidas, intrigadas. Pero por ninguna parte la cara que yo estaba buscando.

— ¿Seguro que no hay peligro? —dijo una mujer—. ¡Con lo que acabo de ver, no podría jurar que usted conduzca bien!

Bronceada por el sol, de claros ojos pardos, quería que la convencieran.

—No hay el menor peligro, señora; suave como un plumón de cardo. Este Fleet está volando desde el 24 de diciembre de 1928... Probablemente sirva para un vuelo más antes de hacerse pedazos...

Me miró parpadeando, sobresaltada.

—Era una broma —le dije—. Seguirá volando años después de que usted y yo nos hayamos ido, se lo garantizo.

— Creo que ya esperé bastante —comentó—. Siempre he tenido ganas de volar en uno de éstos...

— Le va a encantar.

Hice girar la hélice para poner en marcha el motor, le mostré cómo entrar en la carlinga delantera, la ayudé con el cinturón de seguridad.

Imposible, pensé. Ella no está. ¡No-estar no es posible! ¡Todos los días convencido de que hoy-será-el-día, y todos los días me equivoco!

A esa primera pasajera siguieron otros treinta, antes de que cayera el sol. Volé y hablé, hasta que todos se fueron a su casa, para cenar y pasar la noche juntos, dejándome solo.

Solo.

¿Acaso ella es una ficción?

Silencio.

Un minuto antes de que hirviera el agua, saqué la cacerola de mi fogata, vertí un poco de mezcla para chocolate caliente y revolví con un tallo de heno. Con el ceño fruncido, me dije:

—Soy un tonto si la busco acá.

Ensarté en un palo un panecillo de canela de la semana anterior y lo tosté sobre las hilachas del fuego.

Esta aventura de pasarme la década del '70 haciendo exhibiciones ambulantes con un viejo biplano, pensé, en otros tiempos estaba condimentada con signos de interrogación. Ahora es tan conocida y carente de peligro que lo mismo daría vivir en un álbum de recortes. Después de cien barrenas, puedo hacerlas con los ojos cerrados. Después de buscar en la milésima multitud, comienzo a dudar de que las almas gemelas aparezcan en los henares.

Se gana bastante llevando pasajeros; no me voy a morir de hambre. Pero tampoco estoy aprendiendo nada nuevo.

Me estoy demorando.

Mi último verdadero aprendizaje se había producido dos veranos antes, al ver en un campo un biplano Travel Air blanco y dorado: otro aviador ambulante. Al aterrizar conocí a Donald Shimoda, Mesías retirado, ex-Salvador-del-Mundo. Nos hicimos amigos, y en esos últimos meses de su vida él me pasó algunos secretos de su extraña misión.

El diario que llevara en esa temporada se había convertido en un libro, enviado a un editor y publicado no hacía mucho. Como yo practicaba bien casi todas sus lecciones, rara vez

https://biblioteca.d2g.com/

me veía puesto a prueba, pero el problema del alma gemela no podía resolverlo en absoluto.

Cerca de la cola del Fleet sonó un leve crujido: pasos subrepticios rozando el heno. Se interrumpieron cuando me volví para escuchar; luego avanzaron lentamente, acechándome.

Agucé la vista en la oscuridad.

—¿Quién anda allí?

¿Una pantera? ¿Un leopardo? En Iowa no puede ser; no hay leopardos en Iowa desde...

Otro paso lento en el heno de la noche. Tiene que ser... ¡un lobo!

Me lancé hacia el equipo de herramientas, manoteando un cuchillo, una llave inglesa grande, pero demasiado tarde. En ese momento, por detrás de la rueda del aeroplano, asomó un antifaz de bandido, blanco y negro, ojos brillantes estudiándome, hocico peludo olfateando inquisitivamente en dirección a la caja de provisiones.

No era un lobo.

— Caramba... Bueno, hola... —dije.

Me reí de mi corazón, que palpitaba de ese modo, y fingí que estaba guardando la llave inglesa.

A los cachorros de mapache, rescatados y criados como mascotas en el Medio Oeste, se los pone en libertad cuando ya tienen un año, pero siempre siguen siendo mascotas.

No tiene nada …

— Está bien... ¡Ven, ven, amiguito! ¿Tienes hambre?

Cualquier cosa dulce me vendría bien; una barrita de chocolate o... ¿bombones de merengue? Yo sé que tienes bombones de merengue.

El mapache se alzó sobre las patas traseras por un momento, moviendo la nariz y probando el aire que venía desde la comida. Me miró. El resto de los bombones de merengue, si no los vas a comer tú, me vendrían bien.

Saqué la bolsa y volqué un montoncito de esas cosas suaves, empolvadas, sobre mi ropa de cama.

— Aquí tienes. Acércate.

El mini-oso, ruidosamente dedicado al postre, se llenó la boca de bombones de merengue, masticándolos con feliz gratitud.

Rechazó mi pan frito casero después de darle medio mordisco; terminó los bombones, tragó casi todo mi cereal con miel y bebió la cacerola de agua que le serví. Luego pasó un rato sentado, contemplando el fuego. Al fin olfateó que era hora de seguir andando.

—Gracias por la visita —le dije.

Los ojos oscuros se clavaron solemnemente en los míos.

Gracias por la comida. No eres mal humano. Nos veremos mañana por la noche. Tu pan frito es horrible.

Con eso, la peluda bestezuela se alejó; el rabo anillado desapareció entre las sombras, los pasos crujieron más levemente por el heno, dejándome solo con mis pensamientos y las ansias por mi dama.

Todo vuelve siempre a ella.

http://biblioteca.d2g.com/

No es imposible, pensé, ¡no es demasiado pedir! ¿Qué me diría Donald Shimoda, si estuviera sentado aquí esta noche, bajo el ala, si supiera que aún no la he encontrado?
Diría algo obvio, eso es lo que diría. Lo extraño de sus secretos consistía en que todos eran simples.
Si yo le dijera que había fracasado al buscarla, ¿qué? Él estudiaría su panecillo de canela, buscando inspiración se peinaría con los dedos el pelo negro y diría:
—Volar con el viento, Richard, de ciudad en ciudad, ¿no se te ha ocurrido que no es el modo de hallarla, sino de perderla?
Simple. Y luego esperaría, sin decir una palabra, la respuesta que yo tuviera para darle.
A eso yo habría dicho, si él estuviera aquí, yo habría dicho:
—De acuerdo: volar por los horizontes no es el modo. Renuncio. Dime tú. ¿Cómo la busco?
Él entornaría los ojos, fastidiado por el hecho de que yo se lo preguntara a él y no a mí mismo.
—¿Eres feliz? ¿Estás haciendo, en este momento, exactamente lo que más deseas hacer en el mundo?
El hábito habría respondido que sí, por supuesto, que estoy haciendo de mi vida justamente lo que se me antoja.
Vino el frío de la noche, empero; la misma pregunta de él, y algo había cambiado. ¿Estoy haciendo, en este momento, lo que más quiero hacer?
— ¡No!
— ¡Qué sorpresa! —habría dicho Shimoda—. ¿Qué significado le atribuyes a eso?
Parpadeé, abandoné la imaginación y hablé en voz alta.
—¡Bueno, significa que estoy harto de volar llevando pasajeros! En este momento estoy contemplando mi última fogata; ese pequeño de Russell, al atardecer, fue el último pasajero que jamás llevaré.
Traté de decirlo otra vez:
— Estoy harto de volar llevando pasajeros.
Un espanto lento y silencioso. Un zumbar de preguntas
Por un momento saboreé mi nueva ignorancia, la hice girar en mi lengua. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a ser de mí?
Tras la seguridad laboral del aviador ambulante, estalló por sorpresa un nuevo placer, desplomándose sobre mí como una fresca ola de las profundidades. ¡No sabía qué hacer!
Dicen que cuando una puerta se cierra, otra se abre. Veo la puerta que acaba de cerrarse; tiene un letrero que dice AVIADOR AMBULANTE, y atrás hay cajas y cajones de aventuras que me cambiaron de quien era en quien soy. Y ahora es tiempo de seguir. ¿Dónde está la puerta que acaba de abrirse?
Si ahora mismo yo fuera un alma avanzada, pensé, Shimoda no, pero sí un yo avanzado, ¿qué me diría a mí mismo?
Pasó un momento y supe lo que diría:
—Mira todo cuanto tienes en derredor en este momento, Richard, y pregunta: "¿Qué hay de malo en este cuadro?"

http://biblioteca.d2g.com/

Miré a mí alrededor en la oscuridad. El cielo no estaba mal. ¿Cómo puede estar mal algo con estrellas estallando en diamantes a miles de años-luz, y yo mirando los fuegos artificiales desde un lugar seguro? ¿Qué hay de malo en un avión tan robusto y leal como el Fleet, listo para llevarme adonde yo quiera? Nada malo.

Lo que está mal en el cuadro es esto: ¡ella no está conmigo! ¡Y voy a hacer algo para solucionar eso ahora mismo!

Despacio, Richard, pensé. Esta vez, para variar, no actúes como siempre. ¡No tan rápido, por favor! Por favor. Primero, piensa. Con atención.

Era de esperar. Había otra pregunta en la oscuridad, algo que no había preguntado a Donald Shimoda, algo que él no había contestado.

¿Por qué ocurría siempre que las personas más avanzadas, aquéllas cuyas enseñanzas, retorcidas hasta convertirlas en religiones, duraban siglos y siglos, por qué ocurría siempre que ellas estaban invariablemente solas?

¿Por qué nunca vemos radiantes cónyuges o milagrosos pares con quienes ellos compartan sus aventuras y su amor? Los rodean sus discípulos y sus curiosos, a estos pocos tan admirados; los aprietan quienes acuden a ellos en busca de curación y luz. Pero ¿con qué frecuencia vemos cerca a sus almas gemelas, a sus gloriosos y potentes seres amados? Algunas veces? ¿Una vez cada tanto?

Tragué saliva, súbitamente seca la garganta.

Nunca.

Las personas más avanzadas, pensé, ¡son las más solas! El cielo hacía girar lentos y escarchados mecanismos de relojería allá en lo alto, sin preocuparse.

¿Acaso estos perfectos no tienen almas gemelas porque han superado, al crecer, las necesidades humanas?

No hubo respuesta de la azul Vega, que reverberaba en su arpa de estrellas.

Alcanzar la perfección no sería problema mío por un montón de vidas más, pero se supone que esas personas nos indican el camino. ¿Acaso han dicho olvidaos de las almas gemelas, porque las almas gemelas no existen?

Los grillos gorjeaban lentamente: tal vez, talvez.

Contra ese muro de piedra, mi noche se estrelló hasta acabar. Si eso es lo que dicen, gruñí para mis adentros, se equivocan.

Me pregunté si ella estaría de acuerdo, donde quiera estuviese en ese minuto. ¿Se equivocan, mi querida desconocida?

Donde quiera estuviese, no respondió.

A la mañana siguiente, cuando la escarcha se hubo derretido de las alas, yo ya tenía la manta del motor, el equipo de herramientas, la caja del almacén y la cocina pulcramente amontonados en el asiento delantero, la cubierta baja y bien asegurada. Lo que restaba del cereal para desayunar se lo dejé al mapache.

El sueño había hallado mi respuesta: los avanzados, los perfectos, pueden sugerir, pueden insinuar lo que deseen, pero soy yo quien decide qué hacer. Y he decidido que no voy a pasar la vida solo.

https://biblioteca.d2g.com/

Me puse los guantes, hice girar la hélice, puse en marcha el motor por última vez, me acomodé en la carlinga.

¿Qué haría si la viera ahora, caminando por el heno? Siguiendo un tonto impulso, un extraño estremecimiento del cuello, me volví a mirar.

El campo estaba desierto.

El Fleet subió rugiendo desde la tierra, viró hacia el este, aterrizó en el aeropuerto de Kankakee, Illinois. Vendí el aeroplano ese mismo día, por once mil dólares en efectivo, y guardé el dinero en mi rollo de frazadas.

A solas por un largo minuto, con la mano puesta en la hélice, di las gracias a mi biplano, le dije adiós y me marché rápidamente del hangar, sin mirar atrás.

En tierra, rico, sin hogar, salí a las calles de un planeta de cuatro mil quinientos millones de almas, y en ese momento comencé la búsqueda, con dedicación total, de la única mujer que, según las mejores personas jamás nacidas, no existía siquiera.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 2

Aquello que encanta, también guía y protege. Apasionadamente obsesos por cualquier cosa que amemos (barcos de vela, aviones, ideas) una avalancha de magia aplana el camino hacia el frente, nivela reglas, razona, disiente, nos lleva consigo por sobre los abismos, los miedos, las dudas. Sin el poder de ese amor...

—¿Qué estás escribiendo?

Me miró con extraño desconcierto, como si nunca hubiese visto a nadie trabajar con estilográfica y anotador, viajando en autobús al sur, hacia Florida.

Cuando alguien interrumpe mi intimidad con preguntas, tas a veces contesto sin explicar, para silenciarlo con el susto.

—Estoy escribiendo una carta al yo que era hace veinte años: "Cosas que me gustaría saber cuando era tú".

A pesar de mi disgusto, su cara era agradable a la vista, encendida por la curiosidad y por el coraje de satisfacerla. Profundos ojos pardos; el pelo, una oscura catarata cepillada.

— Léemelo —dijo, sin dejarse asustar.

Lo hice: el último párrafo, hasta donde se interrumpía. — ¿Es verdad?

— Nómbrame una cosa que hayas amado —dije—. Con que te haya gustado no basta. Una pasión irresistible, obsesiva, dominable...

—Los caballos —dijo ella, de inmediato—. Me encantaban los caballos.

— Cuándo estabas con tus caballos, ¿el mundo tenía un color diferente al de otras veces?

Ella sonrió.

— Sí. Era la reina de Ohio del sur. Mi mamá tenía que enlazarme y sacarme a la rastra de la montura para que la acompañara a casa. ¿Miedo? ¡No! Tenía ese caballo enorme entre las piernas, Sandy, y él era mi amigo, y nadie me iba a hacer daño estando él. Yo amaba a Sandy.

Creí que había dejado de hablar. Pero agregó:

—Ya nada me hace sentir así.

No contesté, y ella cayó en su propio tiempo particular, lar otra vez con Sandy. Volví a mi carta.

Sin el poder de ese amor, somos botes varados en mares de aburrimiento, y éstos resultan mortíferos...

— ¿Cómo harás para despachar una carta a veinte años atrás? —preguntó ella.

— No sé —respondí, mientras terminaba la frase en la página—. Pero ¿no sería terrible, llegado el día en que supiéramos ramos cómo despachar algo en el tiempo, no tener nada que enviar? Por eso, primero quiero tener la encomienda preparada después me preocuparé por el franqueo.

¡Cuántas veces me había dicho: Lástima no haber sabido esto a los diez años, si hubiera aprendido eso a los doce, qué desperdicio comprender con veinte años de retraso!

— ¿Adónde vas? —Preguntó ella.

— ¿Geográficamente?

— Sí.

https://biblioteca.d2g.com/

—Lejos del invierno —dije—. Al sur. Al medio de Florida.
— ¿Qué hay en Florida?
— No estoy seguro. Voy a encontrarme con una amiga mía y no sé muy bien dónde está.
Esto sí que es quedarse muy corto, pensé.
— La hallarás.
Ante eso reí y la miré.
— ¿Sabes lo que estás diciendo con eso de "La hallarás?” —Sí.
— Explícate, por favor.
—No —dijo ella, y sonrió misteriosamente. Le brillaban los ojos tan oscuros que eran casi negros. Su piel era suave, bronceada hasta el castaño, sin una arruga, sin una marca que sugiriera quién era: tan joven que no había terminado de construir su cara.
—Y bueno, no —dije, devolviéndole la sonrisa.
El autobús volaba a lo largo de la Interestatal; las granjas pasaban rodando, paletas coloreadas de otoño al costado de la autopista. El biplano hubiera podido aterrizar en ese sembradío, pensé. Cables de teléfono altos en el borde, pero el Fleet habría podido deslizarse por debajo.
¿Quién era esa desconocida sentada a mi lado? ¿Tal vez una sonrisa cósmica por mis temores, coincidencia enviada viada para derretir mis dudas? Podía ser. Cualquier cosa podía ser. Podía ser Shimoda enmascarado.
— ¿Sabes pilotear aviones? —pregunté, como al azar.
—¿Te parece que estaría en este autobús? Con sólo pensarlo me pongo nerviosa —dijo—. ¡Aviones! —Sé estremeció, sacudió la cabeza. —Detesto volar. —Abrió su cartera y buscó adentro. — ¿Te molesta si fumo?
Me encogí en un acto reflejo.
— ¿Que si me molesta? ¿Un cigarrillo? ¡Mujer, por favor...! —Traté de explicarle sin lastimar su orgullo. — ¿O sea que... vas a soplar humo en este poquitito de aire? ¿A mí, que no te he hecho nada malo, vas a obligarme a respirar humo?
De haber sido Shimoda, ella habría sabido lo que yo pensaba del cigarrillo.
Las palabras la dejaron petrificada.
— Bueno, lo siento —dijo, por fin.
Recogió su cartera y se trasladó a un asiento alejado. Lo sentía, sí; estaba ofendida y enojada.
Lástima grande. Con esos ojos tan oscuros...
Volví a tomar la estilográfica para escribirle al niño de hacía tiempo. ¿Qué podía decirle sobre la búsqueda de un alma gemela? La pluma esperaba, suspendida sobre el papel.
Yo había crecido en una casa rodeada por una cerca; en la cerca había un portón de madera suave y blanda, con agujeros perforados a baja altura, juntos, para que el perro pudiera ver por ellos. Una noche, estando alta la luna, al volver tarde a casa de un baile escolar, recuerdo que me detuve, con la mano en el portón, y hablé conmigo mismo, y a la mujer a quien amaría, en voz tan baja que ni siquiera el perro pudo haber oído.
—No sé dónde estás, pero en este mismo instante vives en algún lugar de esta tierra, y un día tú y yo vamos a tocar este portón, aquí donde lo estoy tocando ahora. Tu mano tocará esta misma madera, aquí. Y luego pasaremos y estaremos llenos de un futuro y un pasado,

https://biblioteca.d2g.com/
y seremos el uno para el otro como nadie lo ha sido jamás. No podemos encontrarnos ahora, no sé por qué. Pero algún día nuestras preguntas serán respuestas y nos veremos atrapados en algo tan luminoso... Y cada paso que doy es un paso más hacia un puente que debemos cruzar para encontrarnos. ¿Antes de que pase mucho tiempo? ¿Por favor?
Gran parte de mi niñez está olvidada, pero ese momento ante el portón, palabra por palabra, permaneció.
¿Qué puedo decirle sobre ella? Querido Dick: Qué te parece, han pasado veinte años y sigo solo.
Dejé el anotador y miré por la ventanilla, sin ver nada. Sin duda, a esa altura mi incansable subconsciente tenía repuestas para él. Para mí.
Lo que tenía eran excusas. ¡ Es difícil hallar a la mujer adecuada, Richard! Ya no eres tan maleable como eras; has dejado atrás la etapa de mente abierta. Caramba, las cosas que has elegido creer, las cosas por las que estarías dispuesto a morir, son, para la mayor parte de la gente, divertidas o locas.
Mi dama, pensé, tendrá que haber hallado por su cuenta las mismas respuestas que he hallado yo: que este mundo do no es ni remotamente lo que parece; que cuanto tenemos en el pensamiento se torna realidad en nuestra vida, que los milagros no son milagrosos. Ella y yo no nos entenderemos remos jamás, a menos que... Parpadeé. ¡Tendrá que ser exactamente igual que yo!
Con mucha más belleza física que yo, por supuesto, ya que tanto amo la belleza; Pero tendrá que compartir mis prejuicios tanto como mi pasión. No me imagino acompasando la vida a una mujer que deje un rastro de humo y cenizas donde quiera vaya. Si necesita fiestas y cócteles para ser feliz, o drogas, o si tiene miedo a los aviones, si tiene miedo a cualquier cosa, o si no es dueña de una suprema confianza en sí misma, si le falta el gusto por la aventura, si no se ríe de las cosas tontas que yo llamo cómicas, no funcionará. Si no quisiera compartir el dinero cuando lo tuviéramos y la fantasía cuando no lo hubiera, si no le gustaran los mapaches... Oh, Richard, esto no será fácil. Sin todo lo enumerado y más aún, estarás mejor solo.
En el dorso del anotador, escribiendo hacia adelante mientras tomábamos la Interestatal 65, entre Louisville y Birmingham, por cuatrocientos cincuenta kilómetros, hice una lista: *La mujer perfecta* Hacia la novena página comenzaba a desalentarme. Cada línea que escribía era importante, debía serlo. Pero nadie podía cumplir... ¡Yo mismo no podía cumplir con todos esos requisitos!
Un estallido de objetividad, como cruel papel picado en torno de mi cabeza: estoy arruinado como pareja, aun antes de llegar a alma avanzada. Y al avanzar la cosa se pone peor.
Cuanto más nos iluminamos, menos se puede esperar que nadie, en ninguna parte, viva a nuestra altura. Cuanto más aprendemos, más se debe esperar que vivamos solos. Escribí eso con toda celeridad. En el espacio en blanco, al pie de la última página, agregué, casi sin darme cuenta:
Incluso yo.
Pero cambiar mi lista... ¿se puede decir que sea errónea? no importa que fume, que deteste profundamente a los aviones?
No. Sí que importa.

https://biblioteca.d2g.com/
El crepúsculo había estado a mi costado, en el autobús; ahora todo estaba oscuro. Allí, en esa oscuridad, yo lo sabía, existían pequeñas granjas triangulares, diminutos polígonos de campo en los que ni siquiera el Fleet podía aterrizar.
Nunca se te da un deseo sin que también se te dé el poder de hacerlo realidad.
Ah, el Manual del Mesías, pensé. ¿Y dónde estaba ahora? Sepultado, muy probablemente, entre la hierba donde yo lo había arrojado el día de la muerte de Shimoda.
Con esas páginas que se abrían en lo que su lector más necesitaba saber. Cierta vez yo había dicho que era un libro mágico y él se había ofendido. Puedes sacar tus respuestas de cualquier parte, del periódico del año pasado, había dicho. Cierra los ojos, formúlate mentalmente cualquier pregunta, toca cualquier cosa escrita y allí tienes tu respuesta.
El papel impreso que más a mano tenía en el autobús era mi propio y arruinado ejemplar del libro que yo escribiera sobré él, la última prueba de imprenta que los editores dan a los escritores, para recordarles que diesel se escribe con S, y ¿estaba yo seguro de desear que ése fuera el único libro en la historia de la literatura terminado con una coma?
Me puse el libro en el regazo, cerré los ojos y pregunté: ¿cómo busco a la mujer más querida, más perfecta para mí? Mantuve la pregunta bien iluminada, abrí el libro, apoyé el dedo y miré.
Página 114. Mi dedo estaba apoyado en la palabra "traer": Para traer algo a tu vida, imagina que ya está allí.
Un destello de hielo me corrió por la espalda. Hacía mucho tiempo que no practicaba eso; había olvidado lo bien que resultaba.
Miré hacia la ventanilla convertida en espejo nocturno por la luz individual del autobús, en busca de un reflejo de lo que ella pudiera ser. El vidrio estaba desierto. Yo nunca había visto un alma gemela; no imaginaba cómo imaginarla. ¿Debía ser un retrato físico en el pensamiento, como si ella fuera un objeto? Algo menos que alta, con los ojos del color del mar, del color del cielo conocedor de encantamientos, con una belleza cambiante, distinta de hora en hora.
¿O imaginar cualidades? Imaginación iridiscente, intuición de cien vidas recordadas, honradez cristalina y decisión férrea, sin temores. ¿Cómo visualizar todo eso?
Hoy en día es fácil visualizarlas; por entonces no lo era. Las imágenes parpadeaban y desaparecían, aun sabiendo yo que era preciso mantener las imágenes claras para que aparecieran vivas a mí alrededor.
Intenté, intenté una vez más verla, pero sólo conseguía sombras, fantasmas que apenas aminoraban la marcha ante el peligro-escuela de mi pensamiento. Yo, que podía visualizar en sus mínimos detalles cualquier cosa que me atreviera a imaginar, no lograba retratar siquiera vagamente a quien deseaba convertir en la persona más importante de mi vida.
Una vez más traté de verla, de imaginarla allí.
Nada. Luces de un espejo quebrado, oscuridades móviles. Nada.
¡No puedo ver quién es!
Al cabo de un rato, renuncié.
De los poderes psíquicos, se puede afirmar que, cuando se los necesita, han salido a cenar.
En cuanto me hube quedado dormido en el autobús, cansado hasta la muerte del viaje y del esfuerzo por ver, una voz mental me sacudió, despertándome con el sobresalto:
UJU, RICHARD! ¡Si con esto te sientes mejor, escucha! ¿Tu mujer única en el mundo? ¿Tu alma gemela? —dijo—. ¡Ya la conoces!

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 3

Bajé del autobús a las 8.40, en el medio de Florida, hambriento.
El dinero no era problema; no podía ser problema para nadie que llevara tanto efectivo en el rollo de las frazadas. Lo que me preocupaba era otra cosa: ¿Y ahora qué? He aquí la cálida Florida. No sólo no hay alma gemela que me esté esperando en la parada del autobús; tampoco amigos, hogar, nada.
El letrero del café, al entrar, decía que se reservaba el derecho de negar sus servicios.
Uno se reserva el derecho de hacer absolutamente cualquier cosa que uno quiera hacer, pensé. ¿Para qué poner carteles para decirlo? Da la impresión de que se está asustado de qué? ¿Acaso entran aquí revoltosos que rompen todo? ¿Delincuentes organizados? ¿En este pequeño café?
El camarero echó una mirada a mi persona; luego, a mi rollo de frazadas. Mi chaqueta de lona azul tenía una pequeña desgarradura en la manga, donde se estaba soltando el hilo de mi remiendo; En el rollo de frazadas había unas cuantas manchitas de grasa y aceite limpio del motor del Fleet. Comprendí que el hombre se estaba preguntando si no era hora de negar sus servicios a alguien. Lo saludé con una sonrisa.
— ¿Cómo andan las cosas? —pregunté.
—Bastante bien. —El local estaba casi desierto. Decidió que yo podía pasar. — ¿Café?
¿Café en el desayuno? Aaj! Qué cosa amarga... Lo hacen con corteza molida o algo por el estilo.
—No, gracias —dije—. ¿Puede ser una porción de ese pastel de limón, calentado por medio minuto en el horno de microondas? Y un vaso de leche.
—Claro —dijo él.
En otros tiempos hubiera pedido tocino o salchicha: para esa comida, pero en los últimos tiempos ya no. Cuanto más me convencía de la indestructibilidad de la vida, menos quería participar de un asesinato, por ilusorio que fuera. Si un cerdo entre un millón tenía la posibilidad de pasar una vida contemplativa, en vez de verse descuartizado para que yo desayunara, valía la pena descartar la carne para siempre Pastel de limón caliente, toda la vida.
Saboreé el pastel, mirando la ciudad por la ventana. ¿Era probable hallar a mi amor en ese sitio? Improbable. No hay sitio probable contra billones de posibilidades en contra.
¿Y cómo era posible que ya la conociera?
Según las almas más sabias, conocemos a cuantos existen ten en cualquier lugar, sin haberlos visto personalmente no es gran consuelo cuando uno está tratando de limitar la búsqueda. "Eh, usted, señorita. ¿Se acuerda de mí? Como la conciencia no está limitada por el tiempo ni por el espacio, recordará que somos viejos amigos..."
Como presentación, poco adecuada, pensé. Casi todas las señoritas saben que en el mundo hay unos cuantos tipos raros con los que conviene ser precavidas, y ésa era una presentación decididamente de raros.
Traje a la mente a todas las mujeres que había conocido do en años. Estaban todas casadas: con una carrera, con un hombre o con modos de pensar diferentes del mío.

https://biblioteca.d2g.com/

A veces las casadas se descasan, pensé; la gente cambia. Podía llamar a todas las mujeres que conocía...

— Hola —diría ella.

— Hola.

— ¿Quién habla?

— Richard Bach.

— ¿Quién?

—Nos conocimos en una tienda. Tú estabas leyendo un libro, yo te dije que era genial y tú preguntaste cómo lo sabes y yo te dije porque lo escribí yo.

— ¡Ah! Hola.

—Hola. ¿Sigues casada?

—Sí.

—Bueno, ha sido un gusto volver a hablar contigo. Que la pases bien, ¿eh?

—Sí, claro...

—Adiós.

Hay una guía mejor, tiene que haberla, que pasar por esa conversación con todas las mujeres... Cuando llegue el momento la voy a encontrar, pensé; ni un segundo antes.

El desayuno costó setenta y cinco centavos. Después de pagar, salí al sol, a grandes pasos. El día iba a ser caluroso montones de mosquitos por la noche, probablemente. Pero ¿qué me importa? ¡Esta noche duermo bajo techo!

Entonces recordé que había dejado mi rollo de frazadas en el asiento del restaurante.

Qué vida diferente la que se lleva en tierra. No es cuestión de liar las cosas por la mañana, arrojarlas en la carlinga delantera y volar hacia la jornada. Las cosas se llevan a mano; si no, uno busca un techo y se queda bajo él. Sin el Fleet, sin mi Alfalfa Hilton, ya no sería bien recibido en los henares.

En el café había otra parroquiana, sentada en la cabina que yo acababa de dejar. Levantó la vista, sobresaltada, cuando me acerqué a su mesa.

—Disculpe —dije, levantando el rollo de frazadas del otro asiento—. Me dejé esto, hace un momento. Me dejaría hasta el alma, si no la tuviera atada con cordón.

Ella sonrió y siguió leyendo el menú.

—Cuidado con el pastel de limón —agregué—. A menos que le guste con poco limón. En ese caso le parecerá delicioso.

Volví a salir al sol, balanceando el rollo a mi costado, hasta que recordé lo aprendido en la Fuerza Aérea de Estados Unidos: nunca se balancea la mano en que se lleva algo. Aun cuando llevemos una moneda, los militares no mecemos la mano en que está.

Siguiendo un impulso, al ver el teléfono en su pequeña cabina de centinela, decidí hacer una llamada de negocios alguien con quien no hablaba desde hacía tiempo. La empresa que había publicado mi libro estaba en Nueva York pero ¿por qué preocuparse por la larga distancia? Llamaría y que ellos pagaran la comunicación. Cada oficio tiene sus privilegios: a los aviadores ambulantes se les paga para pasear en avión, en vez de cobrarles por ello; los escritores pueden llamar a su editorial con servicio por cobrar.

Llamé.

—Hola, Eleanor.

— ¡Richard! —dijo ella—. ¿Dónde te habías metido

-http://biblioteca.d2g.com/

—Déjame pensar —respondí—. ¿Desde la última ves que hablamos? En Wisconsin, Iowa, Nebraska, Kansa Missouri y después en Indiana, en Ohio, otra vez en Iowa, y en Illinois. Vendí el biplano. Ahora estoy en Florida Déjame ver cómo está el tiempo en la ciudad: estratos leves y quebrados a dos mil metros, cubierto en lo alto, visibilidad de cinco kilómetros, reducida por neblinas y humo

— ¡Te hemos buscado hasta volvernos locos! ¿Sabe lo que está pasando?

— ¿Cuatro kilómetros por neblinas y humo

— ¡Tu libro! —dijo ella—. ¡Se está vendiendo muy bien ¡Sumamente bien!

—Ya sé que parece una tontería —dije—, pero me estoy empecinando con esto. ¿Puedes mirar por la ventana: —Sí, Richard, claro que puedo mirar por la ventan — ¿A qué distancia?

— Hay neblinas. Unas diez manzanas, o quince. ¿Escuchaste lo que te dije? ¡Tu libro es un éxito de librería! Hay programas de televisión que quieren presentarte en cadena; hay periódicos que piden entrevistas, y programas de radio, y librerías que te necesitan para que vayas a firmar autógrafos. ¡Estamos vendiendo cientos de miles de ejemplares! ¡Por todo el mundo! Hemos firmado contratos en Japón, Inglaterra, Alemania. Francia. Derechos para ediciones en rústica. Hoy, un contrato con España...

¿Qué se dice cuando se oye todo eso por teléfono — ¡Qué buena noticia! ¡Felicitaciones!

—Felicitaciones a ti —replicó ella—. ¿Cómo te las arreglaste para no enterarte? Ya sé que vives en las malezas, pero estás en la lista de éxitos de PW, del New York Times, ¡en todas! Te hemos estado enviando los cheques al banco. ¿Averiguaste tu saldo?

—No.

— Deberías hacerlo. Se te oye terriblemente lejos. ¿Me entiendes bien?

— Muy bien. Y no vivo en las malezas, Eleanor. No todo es hierba al oeste de Manhattan.

—Desde el comedor de ejecutivos se puede ver hasta Nueva Jersey, y me parece que más allá del río está lleno de malezas.

El comedor de ejecutivos. ¡Qué tierra diferente, la que ella habitaba!

— ¿Así que vendiste el biplano? —dijo ella, como si acabara de oírme—. No vas a abandonar la aviación, ¿no?

— No, claro que no —aseguré.

— Me alegro. No te imagino sin tu máquina voladora. Qué idea aterradora: ¡no volar nunca más!

— Bueno —dijo ella, volviendo a los negocios—, ¿cuándo puedes hacer esas presentaciones en TV?

— No estoy seguro —respondí. — ¿Querré hacerlas?

— Piénsalo, Richard. Al libro le conviene; podrías contar lo que pasó a muchas personas, contarles la historia. Los estudios de televisión están en las ciudades.

Las Ciudades, la mayoría de ellas, son sitios de los que prefiero mantenerme lejos.

—Deja que lo piense —pedí—, y vuelvo a llamarte.

— Llámame, por favor. Eres un fenómeno, como dicen, y todo el mundo quiere ver quién eres. Sé bueno y avísame cuanto te decidas.

—Está bien.

— ¡Felicitaciones, Richard!

-http://biblioteca.d2g.com/

—Gracias —dije.
— ¿No te alegras?
— ¡Sí! Pero no sé qué decir.
—Piensa en esos programas de televisión. Espero que decidas hacer algunos, por lo menos. Los importantes. —Bueno —dije—. Te llamo.
Colgué y miré por el vidrio. La ciudad estaba igual que antes. Y todo había cambiado.
Qué te parece, pensé. El diario, esas páginas enviadas a Nueva York casi por capricho, ¡un éxito de librería!
¡Hurra!
Pero las ciudades, entrevistas, televisión... No sé.
Me sentía como una polilla ante un candelabro; de pronto abundaban las alternativas más bonitas, pero yo no sabía muy bien hacia dónde volar.
Por impulso, levanté el auricular, me abrí camino a fuerza de códigos por el laberinto de números necesarios para comunicarme con el banco de Nueva York y convencí a una tenedora de libros que quien llamaba era yo, que necesitaba saber el saldo de mi cuenta corriente.
— Un minuto —dijo ella—. Tengo que sacarlo de la computadora.
¿Cuánto podía ser? ¿Veinte mil, cincuenta mil dólares? ¿Cien mil? Veinte mil. Más los once mil que tenía en el rollo de las frazadas, y podía considerarme muy rico. — ¿Señor Bach? —dijo ella.
— Sí, señorita.
—Su saldo en esa cuenta es de un millón, trescientos noventa y siete mil, trescientos cincuenta y cinco dólares con sesenta y ocho centavos.
Hubo un silencio muy largo.
—Está segura —dije.
—Sí, señor. —El silencio fue entonces breve. — ¿Algo más, señor?
Silencio.
— ¿Eh? —dije—. Ah. No. Gracias.
En las películas, cuando llamamos a alguien y el otro corta, se oye el largo y zumbante tono de marcar en la línea. Pero en la vida real, cuando es el otro quien corta el teléfono se limita a quedarse mudo en nuestra mano Horriblemente mudo. Por tanto tiempo como estemos ahí, de pie, sosteniendo el auricular.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 4

Al cabo de un rato, puse otra vez el auricular en su soporte, recogí mi rollo de frazadas y eché a andar.

¿Alguna vez, después de ver una película impactante, bellamente escrita y filmada, con buenas actuaciones, ¿te ha ocurrido salir del cine feliz de ser humano, diciéndote que ojalá esa gente gane un montón de dinero con eso? ¿Espero que los actores, espero que el director gane un millón de dólares por lo que han hecho, por lo que me han dado hoy? Y vuelves a ver esa película, y te sientes feliz por ser parte diminuta de un sistema que está recompensando a esa gente con cada entrada: los actores que veo en la pantalla recibirán veinte centavos de este mismo dólar que estoy pagando ahora; podrán comprar un helado de cualquier sabor que quieran, sólo con su parte de mi entrada.

Los momentos gloriosos del arte, de los libros, las películas y la danza, son deliciosos porque nos vemos a nosotros mismos en el espejo de la gloria. Comprar un libro, sacar una entrada, son modos de aplaudir, de dar gracias por una buena obra. Nos regocijamos cuando una película, cuando. un libro que amamos se convierte en éxito de público

Pero ¿un millón de dólares para mí?

De pronto comprendí lo que significaba estar del otro lado del regalo que tantos escritores me hicieran, al leer yo sus libros desde el día en que deletreé, por cuenta propia: "Bambi. Por Fe-lix Salten."

Me sentí como un aficionado al surf al que, mientras descansaba en su tabla, lo apresara una energía monstruosa, henchida de repente sin preguntarle si estaba dispuesto; ya vuela la espuma de la proa de la tabla, del medio, de la popa; Está atrapado en esa potencia profunda y gigantesca; el viento le arranca una sonrisa de la boca.

Entusiasma, en verdad, saber que mucha gente está leyendo el libro de uno. Uno puede olvidarse, al cargar a un kilómetro y medio por minuto, descendiendo la faz de una ola gigantesca, de que si no es tremendamente hábil, la próxima sorpresa suele llamarse, a veces, aniquilación.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 5

Crucé la calle, pedí en la farmacia indicaciones para llegar a un sitio en donde tal vez hallara lo que me hacía falta. Seguí los no-puede-perderse y la calle Lake Roberts, bajo ramas cargadas de líquenes, hasta la biblioteca Gladys Hutchinson.

Cualquier cosa que necesitemos saber se puede aprender en un libro. Leer, estudiar con cuidado, practicar un poco, y somos expertos en arrojar cuchillos, podemos desmontar motores o hablamos el esperanto como si fuera nuestra lengua materna.

Toca todos los libros de Nevil Shute: son hologramas en código de un hombre decente: Trustee from the Tool-room, The Rainbow and the Rose. El escritor imprimió la persona que es en cada página de sus libros, y nosotros, si queremos, podemos traerlo por la lectura a nuestra propia vida, en la intimidad de las bibliotecas.

El fresco silencio de la gran sala, con libros por paredes: lo sentí estremecerse de entusiasmo ante la posibilidad de enseñarme. No veía la hora de sumergirme en un ejemplar de ¡Conque ha ganado un millón de dólares! Cosa extraña: el título no figuraba en los catálogos. Busqué en Conque, en Millón. Nada. Por si se llamaba Cómo actuar si enriquece inesperadamente, revisé Cómo, Enriquecer e Inesperadamente.

Probé con otra referencia. "Tu problema no consiste en que el libro buscado no esté en esta biblioteca", me dijo Libros Impresos; "es que no ha sido publicado". No es posible, pensé. Si me ha caído encima una fortuna, lo mismo debe haberle pasado a mucha gente, y alguien tiene que haber escrito ese libro. Nada de acciones, bonos y bancos; no era eso lo que necesitaba saber, sino qué debía sentir ante eso, qué oportunidades me hacían señas, qué pequeños desastres gruñían cerca de mis tobillos, qué otros, grandes como cuervos, podían estar lanzándose en picada hacia mí, en ese momento. Que alguien me diga qué hacer, por favor.

No hubo respuestas en el fichero.

—Disculpe, señorita... —dije.

— ¿Sí, señor?

Sonreí, pidiéndole ayuda. Era la primera vez, desde mi cuarto grado, que veía un sello fechador sujeto a un lápiz de madera; ella tenía uno en la mano, en ese momento, con la fecha del día.

—Necesito un libro que diga cómo ser rico. No cómo ganar dinero. Algo sobre lo que debe hacer una persona cuando gana mucho dinero. ¿Me puede sugerir...?

Por lo visto, estaba habituada a los pedidos extraños. Tal vez mi pedido no era extraño: en Florida abundan los reyes del citrus, las baronesas latifundistas, los millonarios súbitos.

Pómulos altos, ojos de avellana, pelo hasta los hombros, con ondas del color del chocolate oscuro. Eficiente, reservada con quienes no conocía desde tiempo atrás.

Me miró en tanto yo formulaba mi pregunta; Después desvió los ojos hacia arriba y hacia la izquierda, como hacemos cuando recordamos conocimientos viejos. Hacia arriba y a la derecha (lo aprendí en un libro) es a donde miramos cuando buscamos los nuevos.

—No recuerdo nada... —dijo—. ¿Y si prueba con biografías de gente rica? Tenemos muchos libros de los Kennedy, uno sobre Rockefeller; De eso estoy segura. The Rich and

https://biblioteca.d2g.com/

the Super Rich, lo tenemos.
—No es exactamente eso lo que busco. ¿Algo parecido a cómo lidiar con una fortuna inesperada?
Sacudió la cabeza, solemne, pensativa. ¿Acaso todas las personas pensativas son hermosas?
Tocó un intercomunicador en el escritorio y le hablo en voz baja.
—¿SaraJean? Cómo lidiar con una fortuna inesperada. ¿Tenemos un ejemplar de eso?
—Nunca lo oí nombrar. Está Cómo gané millones en el negocio inmobiliario. Tenemos tres ejemplares.
No estábamos llegando a ninguna parte.
— Me voy a quedar aquí sentado, por un rato, pensado. Me cuesta creerlo. Ese libro tiene que existir en alguna parte.
Ella miró mi rollo de frazadas, que en ese momento, casualmente, estaba bajo una luz que lo revelaba bastante manchado y sucio, y volvió a mirarme de frente.
—Si no le molesta —dijo, en voz baja—, ¿podría dejar el bulto de la ropa sucia en el suelo? Está todo recién tapizado.
— Sí, señorita.
Sin duda, pensé, en estos estantes de libros tiene que haber uno sobre lo que debo hacer ahora. El único consejo que se me ocurre en estos momentos, sin libros, es que en manos del tonto el dinero se va pronto.
Cuando se trata de aterrizar con un biplano Fleet en un pellizco de henar, muy pocos me ganan; pero en ese momento, en la biblioteca Gladys Hutchinson, pensé que, tratándose de arrear una fortuna, probablemente no me ganara nadie: yo bien podía ser un desastre inigualable. El papelerío siempre se atasca en mi mente y sale desgarrado; Por eso dudaba que las cosas anduvieran bien con respecto al dinero.
Bueno, pensé. Me conozco, y sin lugar a dudas mis debilidades no van a cambiar, ni tampoco mis fuerzas. Un detalle sin importancia, como una cuenta bancaria, no puede hacer de mí otra cosa que el aviador desenvuelto y despreocupado que siempre me ha gustado ser.
Después de pasar diez minutos más sumergido en el fichero, llevado hasta Suerte-Buena e incluso hasta Suerte-Mala, renuncié. ¡Increíble! ¡El libro que yo necesitaba no existía!
Perdido en mis dudas, salí al sol, sentí los fotones, las partículas beta, los rayos cósmicos que golpeaban y rebotaban a la velocidad de la luz, siseando y susurrando calladamente a través de la mañana y a través de mí.
Estaba llegando otra vez a las cercanías del café cuando me di cuenta de que mi rollo de frazadas había desaparecido. Con un suspiro, giré en redondo y volví a caminar hasta la biblioteca, aun más cálida bajo el sol, para retirar el objeto dejado al pie del fichero.
— Disculpe —dije a la bibliotecaria.
— Estaba deseando que no se hubiera olvidado —con-testó ella, y lo hizo con tanto alivio por no haberse visto forzada a archivar la ropa sucia de ese tipo en Hallazgos y Extravíos que, evidentemente, decía la verdad.
—Disculpe —repetí.
Con tantos libros como tenemos, ¡ cuántos esperan aún que se los escriba! Como ciruelas frescas y profundas en la copa del árbol. No es muy divertido subir por una escalerilla

http://biblioteca.d2g.com/

Tambaleante, serpentear entre las ramas y asomarse al vacío para recogerlas, pero qué deliciosas son cuando acaba el trabajo.
Y la televisión, ¿es deliciosa? ¿O con la publicidad para el libro se agravaría mi multitudofobia? ¿Cómo se escapa cuando no se tiene un biplano listo para llevarlo a uno por sobre los árboles, lejos?
Me encaminé hacia el aeropuerto, único lugar de cada ciudad extraña donde el aviador se siente como en su casa. Lo hallé observando el esquema de los aterrizajes, las sendas invisibles que los aparatos pequeños dejan al partir y al llegar. Me encontraba en la parte de la trayectoria de aterrizaje previa a la aproximación final, de modo que no necesitaba caminar mucho para llegar al aeropuerto.
El dinero es una cosa, pero otra muy distinta son las multitudes y que lo reconozcan a uno cuando quiere estar solo y tranquilo. ¿No es así la celebridad, la fama? Un poquito puede resultar divertido, pero ¿qué pasa si uno no puede desconectarla? Mira si haces esas presentaciones en televisión y después, adonde vayas, alguien te dice: " ¡Yo lo conozco, no me diga nada! ¡Es el tipo que escribió tal libro!"
La gente pasaba en auto, pasaba caminando bajo la luz del mediodía inminente, sin mirar. Yo era poco menos que invisible. Ellos sólo sabían de mí que era alguien camino al aeropuerto, con un rollo de frazadas bien atado, alguien libre de hacer eso sin que nadie lo mirara fijo.
Cuando alguien decide ser famoso, renuncia a tal privilegio. Pero en el caso de los escritores, no necesariamente.
Los escritores pueden publicar libros que lea muchísima gente, hasta que sus nombres se hacen conocidos, sin que nadie los reconozca a donde vayan. Los actores, en cambio, no. Los locutores de televisión, tampoco. Los escritores sí.
Si alguna vez me convertía en un Personaje, ¿no me arrepentiría? Supe de inmediato que sí. Tal vez en alguna vida anterior yo había tratado de ser famoso. No es excitante, no es atractivo, me advertía esa vida; sal por televisión y lo lamentarás.
Allí estaba el faro. El reflector de vidrio verde y vidrio blanco que gira por las noches, indicando el aeropuerto, Descendiendo para la aproximación final volaba un Aeronca Champion, un modelo para enseñanza de 1946, dos plazas, pintura y tela, con rueda de cola en vez de rueda delantera en el morro. Me gustó el aeropuerto antes de haberlo visto, sólo por ese Champion en el esquema.
¿Cómo afectaría a la búsqueda de mi amor eso de volverme ligeramente famoso? La primera respuesta se disparó a tal velocidad que ni siquiera vi el destello: La matará. Nunca sabrás si ella está enamorada de ti o de tu dinero. Escucha, Richard. Si quieres hallarla, nunca jamás te conviertas en una celebridad. De ningún tipo.
Todo eso en menos tiempo que el de un suspiro, y menos recordado.
La segunda respuesta era tanto más sensata que sólo escuché ésa. Mi brillante, encantadora alma gemela no iba en automóvil de ciudad en ciudad, buscando a algún tipo que ofreciera paseos aéreos desde un campo de pastura. Mis posibilidades de hallarla, ¿no mejorarían cuando ella supiera de mi existencia? ¡He aquí una oportunidad especial, aparecida por coincidencia en el momento en que necesito hallarla!
Y sin duda la coincidencia hará que mi siempre pareja vea el debido programa de televisión a la hora debida, y nos indicará cómo encontrarnos.

http://biblioteca.d2g.com/

Entonces desaparecerá la popularidad. Cuestión de ocultarme por una semana en Red Oak, Iowa, o en el Velódromo Estrella, en el desierto al sur de Phoenix; con eso habré recobrado mi intimidad y, además, ella estará conmigo. No está tan mal.

Abrí la puerta de la oficina, en el aeropuerto.

— Hola —dijo ella—. ¿En qué podemos ayudarlo:

Estaba llenando facturas en el mostrador y tenía una sonrisa deslumbrante. Entre la sonrisa y la pregunta me cortó el saludo; no supe qué decir.

¿Cómo decirle que yo formaba parte de eso? Que el aeropuerto, el faro, el hangar, el Aeronca y hasta la aeronáutica costumbre de intercambiar un saludo amistoso después de aterrizar, todo eso era parte de mi vida; que lo había sido por mucho tiempo y que ahora se me estaba escapando, estaba cambiando por lo que yo había hecho, y que no estaba muy seguro de que me gustara el cambio porque yo conocía todo eso y era mi único hogar sobre la tierra.

¿En qué podía ayudarme ella? ¿Podía decirme que el hogar está en cualquier sitio conocido y amado, que el hogar va con nosotros allí donde escojamos ir? ¿Decirme que conoce a quien estoy buscando, o que un fulano aterrizó hace una hora, con un Travel Air blanco y dorado, y dejó para mí un nombre de mujer y una dirección? ¿Sugerirme planes para manejar sabiamente un millón cuatro-cientos mil dólares? ¿En qué podía ayudarme ella?

— Bueno, no sé en qué puede ayudarme —dije—. Creo que estoy un poco desorientado. ¿Hay algún aeroplano antiguo en el hangar?

— Allá afuera está el Porterfield de Jill Handley, que es bastante antiguo. El Tiger Moth de Chet Davidson. Morris Jackson tiene un Waco, pero lo guarda bajo llave en un hangar... —Se echó a reír. —Los Champ se están volviendo bastante antiguos. ¿Busca un Aeronca Champ?

—Es uno de los mejores aeroplanos en la historia del mundo —dije.

Ella dilató los ojos.

— ¡No, era broma! No creo que la señorita Reed quiera vender los Champ. Jamás.

Debo tener pinta de comprador. ¿Acaso la gente se da cuenta cuando un desconocido tiene un millón de dólares?

Ella siguió con las facturas; reparé en su anillo de bodas, oro entretejido.

— ¿No hay problema si miro en el hangar por un minuto?

—Vaya —sonrió—. El mecánico se llama Chet; ha de estar por allí si todavía no cruzó la calle para almorzar.

—Gracias.

Crucé un pasillo y abrí la puerta que daba al hangar. Era como estar en casa, sin duda. Un Cessna 172, rojo y crema, sometido a su inspección anual: El carenaje del motor afuera, las bujías sacadas, un cambio de aceite en marcha. Un Beech Bonanza, plateado, con una banda azul a lo largo del flanco, delicadamente encaramado sobre caballetes amarillos para un examen de retracción del tren de aterrizaje. Aviones livianos; yo los conocía a todos. Las historias que ellos podían contar, las historias con que yo podía contestarles. En un hangar silencioso existe la misma suave tensión que en un claro en la selva profunda... un extraño siente los ojos que lo observan, la acción en suspenso, la vida que contiene su aliento.

http://biblioteca.d2g.com/

Había allí un gran anfibio Grumman Widgeon, con dos motores radiales de trescientos caballos de fuerza, el nuevo parabrisas de una sola pieza, espejos en los flotadores de los extremos para que el piloto pudiera comprobar que las ruedas estaban recogidas antes de descender en el agua. Cuando se acuatizaba en la bahía con las ruedas afuera, el agua despedida por el descenso vendía montones de espejitos a los pilotos anfibios.

Me detuve junto al Widgeon para mirar dentro de la cabina, con las manos respetuosamente cruzadas a la espalda. En la aviación, a nadie le gusta que los desconocidos toquen su aeroplano sin permiso, no tanto porque el aparato pueda resultar dañado como porque es una familiaridad injustificada, algo así como si un curioso cualquiera nos tocara a la esposa, al pasar, para ver qué tal es.

Muy atrás, junto a las puertas del hangar, estaba el Tiger Moth; su ala superior sobresalía mucho por sobre los otros aviones, como el pañuelo de un amigo agitado por sobre una muchedumbre. El ala estaba pintada con los colores del avión de Shimoda: ¡Estaba pintada de blanco y oro! Cuanto más me acercaba, buscando el camino entre el laberinto de alas, colas, equipos de taller, más me impresionaba el color del aparato.

¡Qué historia se ha vivido en los Moth de Havilland!

Hombres y mujeres, héroes para mí, volaron en Tiger Moth, Gypsy Moth, Fox Moth, desde Inglaterra, en derredor de todo el mundo. Amy Lawrence, David Garnett, Francis Chichester Constantine Shak Lin, Nevil Shute en persona... Esos nombres y las aventuras por ellos vividas tironeaban de mí hacia el flanco del Moth. ¡Qué lindo, el pequeño biplano! Todo blanco, doradas salientes curvas de veinticinco centímetros, las V apuntando hacia adelante como puntas de flecha, convertidas en ángulos de oro, todo a lo largo de las alas y el estabilizador horizontal!

Allí, las llaves de contacto, en el lado exterior del aeroplano, claro, y si fuera una restauración fidedigna... ¡Sí, en el piso de la carlinga, una monstruosa brújula militar británica! Me costaba mantener las manos a la espalda, tan bello era el aparato. Y allí, los pedales de timón deberían estar provistos de...

—Le gusta el aeroplano, ¿no?

Estuve a punto de gritar, a tal punto me había sobresaltado el hombre. Hacía medio minuto que estaba allí, de pie, limpiándose el aceite de las manos con un trapo y observándome, mientras yo inspeccionaba su Moth.

— ¿Que si me gusta? —dije—. ¡Es bellísimo!

— Gracias. Hace un año que está terminado. Hubo que reconstruirlo desde las ruedas hasta arriba.

Me fijé con atención en la tela. A través de la pintura se veía un dejo de tejido.

— Parece Ceconite —dije—. Buen trabajo. —No haría falta otra presentación; no se aprende en un día a diferenciar el algodón Grado A del dacrón Ceconite, en un aeroplano antiguo. — ¿Y dónde consiguió la brújula?

Sonrió, satisfecho porque yo me hubiera dado cuenta.

— ¿Me cree si le digo que la encontré en un negocio de segunda mano, en Dothan, Alabama? Una auténtica brújula de la Real Fuerza Aérea, modelo 1942. Siete dólares con cincuenta centavos. No me pregunte cómo fue a parar allí, ¡pero le aseguro que me la traje enseguida!

Caminamos alrededor del Moth, yo escuchando mientras él hablaba, y al hacerlo

http://biblioteca.d2g.com/

comprendí que me estaba aferrando a mi pasado, a la vida de piloto, conocida y, por lo tanto, simple. ¿Me había mostrado demasiado impulsivo al vender el Fleet y hachar las sogas de mis ayeres, para salir a la búsqueda de un amor desconocido? Allí, en el hangar, fue como si mi mundo se hubiera convertido en un museo, en una vieja fotografía; una balsa dejada a la deriva, que se alejaba flotando suavemente, lentamente, hacia la historia. Sacudí la cabeza, fruncí el ceño, interrumpí al mecánico.

—Chet, ¿el Moth está en venta?

No me tomó en serio.

—Todos los aeroplanos están en venta. Cuestión de precios, como dicen. A mí me gusta más construir que volar, pero no vendería el Moth sino por muchísima plata, le aseguro.

Me agaché para mirar debajo del aeroplano. No había una sola marca de aceite en la carena.

Reconstruido hace un año por un mecánico de aviación, pensé y desde entonces en el hangar. El Moth era todo un hallazgo, en verdad. Ni por un minuto había sido mi intención dejar de volar. En el Moth podía cruzar todo el país. Podía ir en ese avión a las entrevistas televisadas. ¡Y en el camino tal vez encontrara a mi alma gemela!

Puse mi rollo de frazadas en el suelo, a manera de almohadón. Cuando me senté en él, crujió.

— ¿Cuánta plata es muchísima plata, hablando en efectivo?

Una hora y media después, Chet Davidson salió a almorzar. Yo me llevé los libros de bitácora y los manuales del Moth a la oficina.

—Disculpe, señorita. Tienen teléfono aquí, ¿verdad?

— Claro. ¿Para una llamada local?

—No.

— El teléfono público está afuera, junto a la puerta, señor.

— Gracias. ¿Sabe que tiene una sonrisa muy dulce?

— ¡Gracias a usted, señor!

Buena costumbre, la de usar anillos de boda.

Llamé a Eleanor a Nueva York y le dije que me presentaría en televisión.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 6

Hay una serenidad aprehensiva; viene de dormir bajo el ala de un avión en un sembradío: las estrellas, el viento, la lluvia, colorean a los sueños de realidad. Los hoteles no me parecen instructivos ni serenos.

Hay una debida alimentación balanceada: mezclar harina y agua de los arroyos para hacer pan frito, en los civilizados páramos de la tierra de cultivo americana. Devorar maníes en los taxis que carretean hacia el estudio de televisión no es muy balanceado.

Hay un orgulloso hurra, el del pasajero que baja indemne de un antiguo biplano para pisar tierra otra vez, con el miedo a las alturas transformado en victoria. La cháchara televisiva metida a la fuerza entre publicidad paga y el tictac de un segundero carece de ese aliento triunfal compartido.

Pero ella vale por los hoteles, los maníes y las entrevistas con el ojo pegado al reloj: mi huidiza alma gemela.

Y la voy a hallar, si continúo moviéndome, observando, buscando por los estudios de diversas ciudades céntricas.

No se me ocurría dudar de su existencia, porque en mi derredor veía a muchas casi-como-ella. En mi vida de aviador ambulante había descubierto que Norteamérica fue colonizada por mujeres notablemente atractivas, pues hoy sus hijas se cuentan por millones. Yo, gitano de paso, las conocía sólo como a encantadoras clientas, dulcemente agradables a la vista por el tiempo de un paseo en biplano.

Para con ellas, mis palabras habían sido prácticas: el avión es más seguro de lo que parece. Si se ata el pelo con una cinta antes de que despeguemos, señorita, le será más fácil cepillarlo al aterrizar. Sí, hay mucho viento; después de todo, son diez minutos en una cabina abierta, a ciento veinte kilómetros por hora. Gracias. Son tres dólares, por favor. ¡De nada! A mí también me gustó el paseo.

¿Eran los programas de entrevistas, el éxito del libro, mi nueva cuenta bancaria o, simplemente, que ya no estaba volando sin parar? De buenas a primeras me estaba encontrando con mujeres atractivas, como nunca hasta entonces. Concentrado en mi búsqueda, conocí a cada una a través de un prisma de esperanza: cada una era ella, mientras no me demostrara lo contrario.

Charlene, modelo de televisión, habría podido ser mi alma gemela, pero era demasiado bonita. Cada invisible defecto en su imagen del espejo le recordaba que La Profesión es cruel, que sólo disponía de unos pocos años para ganarse la jubilación, para ahorrar a fin de readiestrarse. Podíamos hablar de otra cosa, pero no por mucho tiempo. Siempre volvía a La Profesión. Contratos, viajes, dinero, agentes. Era su modo de decir que tenía miedo, y no podía pensar el camino que la sacara de ese mortífero cristal azogado.

Jaynie no tenía miedos. A Jaynie le encantaban las fiestas, le encantaba beber. Encantadora como el alba, se nublaba y suspiraba al descubrir que yo no sabía dónde estaba lo bueno.

Jacqueline no bebía ni iba a fiestas. Rápida e inteligente por naturaleza, no podía dar por cierta esa inteligencia. "Abandoné la secundaria", decía, "no hay ningún diploma que lleve mi nombre". Sin diploma una no puede ser instruida, ¿no?, y sin instrucción una tiene que

http://biblioteca.d2g.com/

aceptar lo qué consigue y no dejarlo escapar, no dejar escapar la seguridad de servir en los cócteles, por mucho que eso le despelleje la mente a uno. "Se gana bien", decía. "Yo no tengo instrucción. Tuve que abandonar la escuela, ¿entiendes?"

A Lianne le importaban un bledo los diplomas y los empleos. Ella quería casarse, y el mejor modo de casarse era dejarse ver en mi compañía, para que a su ex esposo le atacaran los celos y la quisiera otra vez. De los celos surgiría la felicidad.

Tamara amaba el dinero, y era tan deslumbrante, a su modo, que bien valía su precio. Cara de modelo artística, mente que calculaba hasta cuando ella reía. Muy leída, muy viajada, políglota. Su ex esposo era corredor de bolsa y ahora Tamara quería instalar su propia agencia de inversiones. Cien mil dólares bastarían para hacer brotar el negocio del suelo. Sólo cien mil, Richard, ¿no puedes ayudarme?

Si pudiera, pensaba yo. Si al menos pudiera encontrar una mujer con la cara de Charlene, pero con el cuerpo de Lianne y las dotes de Jacqueline, el encanto de Jaynie, el fresco aplomo de Tamara... Entonces estaría frente a un alma gemela, ¿no?

El problema residía en que la cara de Charlene tenía los miedos de Charlene, y el cuerpo de Lianne tenía los problemas de Lianne. Cada nuevo encuentro me intrigaba, pero después de un día los colores se opacaban, la intriga desaparecía en la selva de ideas que no compartíamos. Éramos, mutuamente, tajadas de pastel, incompletos.

¿No hay mujer, pensé por fin, que no pueda demostrarme en un solo día no ser la que estoy buscando? Casi todas las que iba encontrando tenían pasados dificultosos; la mayoría de ellas estaban abrumadas por los problemas y buscaban ayuda; casi todas necesitaban más dinero del que disponían. Nos tolerábamos peculiaridades y defectos; apenas presentados, todavía no puestos a prueba, nos llamábamos amigos. Era un calidoscopio incoloro, en todo tan cambiante y gris como suena dicho así.

Cuando la televisión se cansó de mí, ya había comprado un biplano de alas cortas y motor grande, como compañía para el Moth. Practiqué arduamente y, más tarde, comencé a hacer acrobacias.

A las exhibiciones aéreas del verano, pensé, van miles de personas. Si no puedo encontrarla por televisión, tal vez la halle en una exhibición aérea.

Conocí a Katherine después de mi tercera actuación, en Lake Wales, Florida. Emergió de la multitud que rodeaba el aeroplano como si fuera una antigua amiga. Sonrió con una sonrisa sutil e íntima, de lo más fresca y cordial.

Sus ojos eran tranquilos y firmes, aun bajo el resplandor del soleado mediodía. Cabellera larga y bruna, ojos de color verde oscuro. Dicen que cuanto más oscuros son los ojos, menos los afecta el resplandor.

—Parece divertido —dijo, señalando el biplano con la cabeza, sin parar mientes en el ruido ni en la muchedumbre.

—Impide que el aburrimiento nos aplaste a muerte —dije—. Con el aeroplano adecuado, se puede escapar de muchísimo aburrimiento.

— ¿Qué se siente al volar cabeza abajo? ¿Usted lleva pasajeros o sólo hace demostraciones?

—Demostraciones, casi siempre. Pasajeros, pocos. Sólo de vez en cuando. Cuando se está seguro de que uno no va a caer, es divertido volar cabeza abajo.

—¿Me llevaría —preguntó— si se lo pido como corresponde?

http://biblioteca.d2g.com/

—Tratándose de usted, quizá, cuando termine la exhibición. —Nunca había visto ojos tan verdes. — ¿Cómo corresponde pedirlo?
Sonrió con inocencia.
— ¿Por favor?
Por el resto de la tarde no se alejó mucho; de vez en cuando desaparecía entre la multitud; luego regresaba, una sonrisa y un secreto saludo con la mano. Cuando el sol estaba a punto de ponerse sólo quedaba ella junto al aeroplano. La ayudé a subir a la carlinga delantera del pequeño aparato.
—Dos cinturones de seguridad, no lo olvide —dije—. Uno solo basta para sujetarnos dentro del avión, por muchas acrobacias que hagamos, pero de todos modos conviene ponerse dos.
Le indiqué cómo usar el paracaídas, por si debíamos saltar, le deslicé el arnés acolchado sobre los hombros y hacia abajo, para abrocharlo con el segundo cinturón de seguridad. "Tienes lindos pechos", estaba por decir, a modo de elogio. Pero en cambio:
—Tiene que asegurarse de que el arnés esté tan ajustado como sea posible. En cuanto el avión se ponga en posición invertida parecerá mucho más flojo que ahora.
Ella me sonrió, como si yo hubiera escogido el elogio.
Desde el sonido del motor hasta un sol ígneo inclinado sobre el borde del mundo, desde pender invertida por sobre las nubes hasta flotar sin peso en el aire o hacer rizos de tres aplastantes G, era aviadora por naturaleza. El paseo le encantó.
Aterrizamos en la penumbra del anochecer; ya estaba fuera de la carlinga cuando apagué el motor y, antes de que yo pudiera reaccionar, me echó los brazos al cuello para darme un beso.
— ¡ME ENCANTA! —dijo.
—Por Dios... —exclamé—. Bueno, por mi parte, eso no me molesta.
— Eres un estupendo piloto.
Até el avión a los cables del césped.
— Con halagos, señorita, llegará a donde se lo proponga.
Insistió en invitarme a cenar para pagar el paseo. Pasamos una hora conversando. Me dijo que era divorciada y que trabajaba como recepcionista en un restaurante, no lejos de la casa lacustre que yo había comprado. Entre su trabajo y su pensión por alimentos, sacaba bastante como para mantenerse. Ahora estaba pensando en volver a la escuela para estudiar física.
— ¡ Física! Cuéntame cómo se te ocurrió lo de la física... Una persona tan arrebatadora, positiva, directa, motivada... Ella buscó su cartera.
— No te molesta que fume, ¿verdad?
Si su pregunta sobresaltaba, mi respuesta me dejó atónito.
— En absoluto.
Encendió su cigarrillo y empezó a hablar de física, sin reparar en el desbarajuste que acababa de hacer en mi mente. ¡RICHARD! ¿QUE ES ESTO? ¿CÓMO QUE NO TE MOLESTA? ¡Esa dama está encendiendo UN CIGARRILLO! ¿Sabes lo que eso revela sobre su sistema de valores y su futuro en la vida? Dice Camino clausurado, dice... Silencio, dije a mis principios. Ella es inteligente y distinta, vivaz como un relámpago de ojos verdes, divertida en su charla, encantadora, cálida, excitante.

http://biblioteca.d2g.com/

Y estoy muy cansado de pensar solo, de dormir con lindas extrañas. Más adelante le diré lo del cigarrillo. Esta noche no.

Mis principios desaparecieron con tanta velocidad que me asusté.

—...claro que rica no voy a ser, pero de algún modo ganaré lo suficiente —estaba diciendo—. Quiero tener un avión propio, aunque sea viejo y usado. ¿Te parece que puedo arrepentirme?

El humo, como cualquier humo de tabaco que sé precie, se enroscaba directamente hacia mí. Tironeé de telones mentales para protegerme de él, formas mentales en vidrio, y me dominé de inmediato.

— ¿Vas a comprar el avión antes de aprender a pilotear? —pregunté, mirándola a los ojos.

— Sí.. De ese modo sólo tendré que pagar al instructor, en vez de pagar el instructor y el alquiler del avión. ¿No es más barato, a la larga? ¿No te parece buena idea?

Lo analizamos. Un rato después le sugerí que volara conmigo, de vez en cuando, en uno u otro de mis aviones. El nuevo anfibio Lake, pensé, tan esbelto que parecía diseñado para cruzar futuros y pasados además del aire y el agua, ése es uno que le gustaría.

Dos horas más tarde estaba estirado en la cama, imaginando cómo sería ella cuando la viera otra vez.

No hacía falta esperar mucho. Sería deliciosa: un cuerpo curvilíneo y bronceado, momentáneamente cubierto por una toalla.

Entonces la toalla cayó, ella se metió bajo los cobertores y se inclinó para besarme. El beso no decía sé-quién-eres-y-te-amo, sino seamos amantes por esta noche, a ver qué pasa.

¡Qué placer el de disfrutar, simplemente, en vez de desear a alguien que no podía hallar!

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 7

—Preferiría que no fumaras en la casa, Kathy.
Levantó la vista, sorprendida, con el encendedor a dos centímetros de su cigarrillo.
—Anoche no te molestó.
Puse nuestros platos en el lavavajillas, pasé la esponja sobre la mesa. Ya hacía calor afuera; la mañana sólo tenía algunas borlas altas; nubes dispersas a mil ochocientos metros, visibilidad veinte kilómetros, con neblinas leves. No había viento.
Ella estaba tan atractiva como el día anterior; yo deseaba conocerla mejor. ¿Acaso los cigarrillos iban a alejar a esa mujer a quien podía tocar, con quien podía conversar por más de un minuto?
—Si me permites, voy a decirte lo que pienso de los cigarrillos —dije.
Me tomé un largo rato para decírselo.
—...1 por eso es como decir a todos los que te rodean —concluí—, es como decir: "Me interesas tan poco que no me importa si no puedes respirar. ¡Muérete, si quieres, que yo voy a fumar!"No es una costumbre muy cortés, la de fumar. No es cosa de hacer con la gente que te gusta.
En vez de llenarse de espinas y desaparecer por la puerta, ella asintió:
—Una costumbre horrible, lo sé. Estaba pensando en dejarla.
Y cerró la cartera con cigarrillos y encendedor adentro.

Con el tiempo la física quedó descartada; lo que deseaba probar era la carrera de modelo. Después, el canto. Tenía una linda voz, hechicera como la de una sirena en un mar neblinoso. Pero de algún modo, cuando pasaba del deseo al trabajo para iniciar una carrera, perdía su dedicación y comenzaba con otro sueño. Por fin todo quedó en mis manos: ¿por qué no la ayudaba a instalar una pequeña boutique?
Kathy era despreocupada, de ideas rápidas; Le encantaba el anfibio, aprendió enseguida a pilotear y era una foránea incurable. Constituía un cuerpo ajeno a mi organismo, por adorable que fuera, y con frecuencia el organismo trataba de rechazarla, con tanta suavidad como le era posible.
Almas gemelas, no seríamos nunca. Éramos dos botes que se encontraban en medio del océano, cada uno cambiando de curso para navegar por un rato en la misma dirección, sobre el mar desierto. Barcos diferentes, rumbo a puertos diferentes. Y lo sabíamos.
Yo tenía la curiosa sensación de estar marcando el tiempo, de estar esperando a que pasara algo para que mi vida pudiera recoger su modalidad extraña, encantada, su finalidad y dirección.
Si yo fuera un alma gemela separada de mi amor, pensaba, esperaría a que ella se las arreglara lo mejor posible sin mí, hasta que, de algún modo, nos encontráramos mutuamente. Mientras tanto, mi querida gemela no descubierta, ¿esperas lo mismo de mí? ¿Hasta dónde podemos permitir que se nos acerquen los cálidos extraños?

http://biblioteca.d2g.com/

Una amistad con Kathy es agradable, por el momento, pero no debe estorbar, interferir ni interponerse en la senda de mi amor, venga ella de donde venga.

Era sensual, siempre nueva, mi búsqueda de la mujer perfecta. ¿Por qué esa opresiva sensación de invierno anticipado? Cualquiera fuese la velocidad con que el tiempo-río tronaba sobre sus rocas y profundidades, mi balsa estaba atrapada en rápidos nevados. No es mortífero verse detenido por un tiempo, deseaba yo, por sobre el tronar; no creo que P sea mortífero. Pero he escogido este planeta y este tiempo para aprender alguna lección trascendente que no sé cuál es, para encontrar a una mujer diferente de todas.

A pesar de esa esperanza, una voz interior me advertía que el invierno podía convertirme en hielo, a menos que me liberara para encontrarla.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 8

Era como estar estirado sobre la mesa de la cocina, en un aeroplano a tres kilómetros de altura, y que a uno lo sacaran a patadas por la puerta. En un momento dado el avión estaba allí, entero, a pocos centímetros de mis dedos... Yo caía, pero podía sujetarme y volver a bordo, si lo necesitaba desesperadamente.

Un momento después era demasiado tarde; el objeto más próximo al que podía aferrarme estaba a quince metros de mí, alejándose a treinta metros por segundo. Yo caía solo, directamente hacia abajo. Ahora era directamente hacia abajo, y aceleradamente.

Oh, caramba, pensé. ¿Estoy seguro de que quiero hacer esto?

Cuando se vive para el momento presente, el salto en paracaídas es divertidísimo. Sólo cuando uno comienza a preocuparse por el momento siguiente el salto pierde su brillo.

Caía por el salvaje torbellino, vigilando la tierra. Qué grande era, qué dura y plana. Y sintiéndome horriblemente pequeño, por mi parte. No había cabina, no había nada a que aferrarse.

No hay que preocuparse, Richard, pensé. Aquí mismo, en el pecho, tienes la manivela del extractor; Puedes tirar de ella en el momento que quieras y enseguida saldrá el paracaídas. Hay otro extractor como reserva, por si falla el paracaídas principal. Puedes tirar de él ahora, si te tranquiliza, pero así te perderás la diversión de la caída libre.

Eché un vistazo al altímetro que tenía en la muñeca. Dos mil cuatrocientos metros. Dos mil ciento quince...

Allá abajo, en tierra, había un blanco de grava blanca en el que yo planeaba caer de pie, dentro de no muchos segundos. Pero ¡cuánto aire vacío entre el ahora y el entonces! Oh, caramba...

Una parte de nosotros es siempre el observador; pase lo que pase, él observa. Nos observa a nosotros. No le importa si somos felices o desgraciados, si nos sentimos bien o descompuestos, si vivimos o morimos. Su única función es estarse ahí, sentado en nuestro hombro, y juzgar si somos o no seres humanos que valgan la pena.

Encaramado en mi arnés de reserva, el observador, con su pequeño equipo y su paracaídas propio, tomaba notas sobre mi conducta.

*Mucho más nervioso de lo que debería estar en esta etapa. Ojos excesivamente dilatados; ritmo cardíaco, acelerado. Mezclada a la euforia hay una medida adicional de miedo. Calificación de Salto No. 29, hasta el momento:*

*Bueno - menos.*

Mi observador es exigente en sus calificaciones.

Altitud mil novecientos metros... mil cuatrocientos cuarenta...

Si pongo las manos hacia adelante en esta tormenta de viento, caeré con los pies hacia abajo; con las manos atrás, caeré de cabeza hacia tierra. Así creía yo que sería volar sin avión, exceptuando el desolado deseo de que se pudiera ir hacia arriba con tanta velocidad como hacia abajo. Hasta con un tercio de esa velocidad me conformaría.

*Está en la luna de Valencia durante la caída libre. Su mente vaga sin sentido.*

https://biblioteca.d2g.com/

*Calificación revisada: Regular - más.*
Altitud mil ciento diez metros. Todavía muy alto, pero mi mano buscó el extractor, pasó el pulgar derecho por la argolla y tiró con fuerza. El cable se deslizó hacia afuera; Oí un repiqueteo a mi espalda, que debía ser el paracaídas al abrirse.
*Tiró pronto. Demasiado ansioso por ponerse a resguardo. Regular.*
El repiqueteo continuaba. A esa altura ya hubiera debido sentir el sacudón, como la caída en un montón de plumas, que causa el paracaídas principal al abrirse. En cambio, nada me detenía. Sin motivo alguno, mi cuerpo comenzó a girar raudamente.
¿Algo...? Pensé. ¿Hay algo mal?
Miré hacia el repiqueteo por sobre el hombro. El paracaídas pataleaba y se desdibujaba, atrapado en una correa del arnés. Allí donde debería haberse desplegado el telamen principal, sólo había un gran nudo de nylon enredado; los rojos, los azules y los amarillos rugían en el torbellino.
Dieciséis segundos... quince... para arreglarlo antes de chocar contra el suelo. Me parecía, mientras giraba, que iba a caer justo antes del naranjal. Tal vez entre los árboles, pero probablemente no.
Hay que cortar, me habían enseñado en la práctica. Se supone que debo cortar el telamen principal ahora mismo y desplegar el de reserva. ¿Es justo que me falle el paracaídas en el vigésimo noveno salto? ¡No creo que sea justo!
*Mente descontrolada. No hay disciplina. Regular - menos.*
Fue cuestión de suerte, entonces, que el tiempo aminorara la marcha. Un segundo tardaba todo un minuto en pasar.
Pero ¿por qué me cuesta tanto subir las manos hasta el dispositivo de lanzamiento y separarme de las ruinas del telamen?
Mis manos pesaban toneladas; las acerqué, en cámara lenta, hasta las hebillas de mis hombros, con un esfuerzo enorme.
¿Vale la pena? ¡Nadie me dijo que costaría tanto llegar a las hebillas! En una furia salvaje contra los instructores, lancé un manotazo cuando sólo faltaba un centímetro y desgarré los dispositivos de lanzamiento.
*Lento, lento. Demasiado lento.*
Dejé de girar sobre mi eje, rodé sobre mi espalda para desplegar la reserva y, aturdido por la sorpresa, ¡vi que el nylon enredado seguía conmigo! Yo era como una cañita voladora invertida, atado a una refulgente llama de tela que caía, un cohete disparado hacia abajo desde el cielo.
—Alumnos, escuchen —había dicho el instructor—. Es probable que esto no les suceda nunca, pero no lo olviden: nunca desplieguen el paracaídas de reserva dentro del principal, cuando éste haya fallado, porque también el de reserva les fallará. Se enroscará dentro del otro y ni siquiera amortiguará la caída. ¡CORTEN SIEMPRE!
¡Pero si yo había cortado! Y allí estaba el principal, enredado, todavía atascado en el arnés.
Mi observador resopló, disgustado, por sobre su anotador.
*Pierde racionalidad bajo presión: Reprobado.*
Sentí que la tierra caía hacia arriba detrás de mí. El pasto me golpearía en la parte trasera del cuello a una velocidad aproximada de doscientos kilómetros por hora.

http://biblioteca.d2g.com/

Un modo rápido de morir, por cierto. ¿Cómo no veo centellear mi vida delante de mis ojos, cómo no abandono el cuerpo antes del golpe, como dicen los libros? ¡DESPLIEGA EL DE RESERVA!

*Actúa demasiado tarde. Formula preguntas irrelevantes. Básicamente, un ser humano pobre.*

Tiré del expulsor de emergencia; instantáneamente, el paracaídas de reserva me estalló junto a la cara, saliendo de su mochila como un chorro de seda, disparado hacia el cielo. Corrió a lo largo del harapo que era el telamen principal. Ahora sí que estaba atado a dos cañitas voladoras.

De pronto, un cañonazo blanco y el objeto se abrió, se abrió por completo, deteniéndome en el aire con una sacudida, a ciento veinte metros por sobre el naranjal; era una marioneta quebrada, balanceándose en sus hilos, rescatada a último momento.

El tiempo volvió a poner marcha rápida, los árboles pasaron como latigazos, golpeé el suelo con mis botas y caí en el pasto; muerto no: respirando con fuerza.

¿Acaso ya me había estrellado cabeza abajo, pensé, para después hacerme arrastrar dos segundos hacia atrás en el tiempo, mediante un paracaídas de misericordia, y así salvarme?

La muerte por caída era un futuro alternativo que a duras penas había logrado no escoger; al ver que se apartaba de mí tuve ganas de saludarla con la mano. Saludarla casi con tristeza. En ese futuro, que ya era un pasado alternativo, tenía súbitas respuestas a mi prolongada curiosidad con respecto a la muerte.

*Sobrevivió al salto. Se salvó por suerte y destacada acción de ángeles de la guarda. Ángeles de la guarda: Sobre-saliente. Richard: Reprobado.*

Recogí el paracaídas de reserva en un amoroso abrazo, que lo convirtió en un fresco montón de espuma junto al principal, fallado. Luego me senté en el suelo, junto a los árboles; reviví los últimos minutos, anoté en mi libreta lo que había pasado, lo que había visto y pensado, lo que ese perverso observador había dicho, la triste despedida a la muerte, todo cuanto podía recordar. Mi mano no temblaba al escribir. O bien el salto no me había provocado ningún shock, o bien lo estaba reprimiendo por venganza.

Ese día, de regreso en mi casa, no tuve a nadie con quien compartir la aventura; nadie me hizo las preguntas que hubieran podido indicarme valores pasados por alto. Kathy tenía la noche libre y había ido a pasar las primeras horas con otra persona. Los hijos de Brigitte tenían una representación teatral en la escuela. Jill estaba cansada de tanto trabajar.

Lo mejor que pude hacer fue comunicarme a larga distancia con Rachel, que vivía en Carolina del Sur. Un placer oírme, y cuando quisiera pasar por su casa estaría encantada, dijo. No mencioné el salto, la falla del paracaídas ni el otro futuro, mi muerte en el naranjal.

Esa noche, para celebrar, me preparé un Kartoffelkuchen, siguiendo exactamente la receta de mi abuela: patatas, leche, huevos, nuez moscada y vainilla; le puse un baño de azúcar y chocolate amargo derretido; comí la tercera parte caliente y a solas.

Pensando en el salto, llegué a la conclusión de que, de todos modos, no se lo habría contado a nadie. ¿No habría sido exhibicionismo, jactarme de haberle escapado a la muerte? ¿Y qué podían decirme los demás? " ¡Caramba! ¡Qué momento terrible! ¡Tienes que cuidarte más!"

http://biblioteca.d2g.com/

*El observador volvió a encaramarse y a escribir. Yo lo miraba por el rabillo del ojo. Está cambiando. Cada día más remoto, protegido, distante. Ahora arma pruebas para el alma gemela que no ha hallado, levanta muro, laberinto, fortaleza de montaña; la desafía a hallarlo en el centro oculto de todo eso. Va un sobresaliente por su autoprotección con respecto a la única en el mundo a quien podría amar y que tal vez un día lo ame. Ahora está lanzado en una carrera... ¿Lo encontrará ella antes de que él se mate?*

¿Matarme? ¿Suicidio? Ni siquiera nuestros observadores saben quiénes somos. No era culpa mía, lo del paracaídas. ¡Una falla descabellada que no volvería a ocurrir!

No me molesté en recordar que había sido yo quien doblara ese paracaídas.

Una semana después aterricé para cargar combustible. Ya era tarde y ese día todo había andado mal en mi enorme, veloz Mustang P-51. Fallas en las radios, freno izquierdo flojo, generador quemado, temperaturas del refrigerante inexplicablemente en rojo e inexplicablemente solucionadas. Decididamente, no era el mejor de mis días; decididamente, era el peor de los aviones que había piloteado nunca.

A casi todos los aviones se los ama, pero con algunos no nos entendemos jamás.

Aterrizar y cargar combustible, arreglar el freno y volver a despegar, cuanto antes. Un vuelo largo, vigilando instrumentos según los cuales no todo estaba bien detrás de esa enorme hélice. Ni una sola parte del avión costaba menos de cien dólares, y los repuestos que se estaban rompiendo como juncos costaban miles.

Las ruedas del gran avión de combate flotaron a treinta centímetros de la pista, en Midland, Texas; por fin tocaron. De inmediato estalló el neumático izquierdo y el avión se desvió bruscamente hacia el borde del pavimento; en el tiempo de un parpadeo estuvo fuera de la pista, en la tierra.

No había tiempo. Como aún tenía bastante velocidad como para volar, di toda la potencia y lo obligué a ascender otra vez.

Mala decisión. No tenía suficiente velocidad para volar.

El avión levantó el morro por cuestión de un segundo, pero ése fue su último esfuerzo. Las artemisas restallaron por debajo; las ruedas se posaron e instantáneamente se rompió el aterrizador principal izquierdo. La monstruosa hélice golpeó contra el suelo y, al doblarse ella, el motor se acabó con un aullido, estallando por dentro.

Me fue casi familiar: el tiempo volviendo a la cámara lenta. ¡Y mira quién está aquí! ¡Mi observador, con anotador y lápiz! ¿Cómo te va, amigo? ¡Hace días que no te veo!

*Charla con observador mientras avión se destroza infernalmente entre las artemisas. Puede ser el peor piloto jamás visto.*

Los accidentes con Mustang, como muy bien sabía yo, no son el moco de pavo que se puede ver todos los días. Los aparatos son tan grandes, tan rápidos, tan letales, que barren con todo lo que esté en el camino y estallan en súbitos y bonitos bólidos de fuego, en amarillo-flama, anaranjado-dinamita y negro-fatalidad, detonando tornillos y fragmentos setecientos metros a la redonda del punto de impacto. El piloto ni se entera.

Torciéndose hacia mí, a ciento veinte kilómetros por hora, llegaba el impacto: un cobertizo de grupo electrógeno diesel, en el medio de la nada desierta; una casilla de generador, como un tablero de ajedrez anaranjado y blanco, que se creía a salvo allí de

http://biblioteca.d2g.com/

arrollamientos por parte de enormes y veloces aviones. Se equivocaba.
Unos cuantos tumbos más en el trayecto y desapareció el otro aterrizador, además de media ala derecha; el tablero de ajedrez se hizo enorme en el parabrisas.
¿Cómo es posible que no haya abandonado mi cuerpo? Todos los libros dicen...
Me vi lanzado hacia adelante, contra el arnés del hombro, cuando chocamos. El mundo se volvió negro.
Por algunos segundos no vi nada. Indoloro.
Hay mucho silencio, aquí en el cielo, pensé, enderezándome, sacudiendo la cabeza.
Totalmente indoloro. Un siseo tranquilo, suave... ¿Qué puede estar siseando en el cielo, Richard?
Al abrir los ojos, descubrí que el cielo parecía una casilla de generador diesel demolida, aplanada bajo los restos de un avión muy grande.
Lento como tortuga para entender lo que está pasando.
¡Un momento! ¿No será que esto... no es el cielo? ¡No he muerto! ¡Estoy sentado en lo que queda de esta cabina y el avión todavía no estalló! ¡Va a hacer VAUNF en dos segundos y yo estoy atrapado aquí! ¡No voy a morir en el estallido, voy a *morir quemado!*
Diez segundos después corría a toda velocidad, a doscientos metros de los humeantes restos que fueran un avión hermoso, sí bien no confiable, ni barato, ni dulce. Tropecé y me arrojé boca abajo en la arena, tal como hacen los pilotos de las películas, un segundo antes de que toda la pantalla explote en pedazos. Boca abajo, cubriéndome el cuello, esperé el estallido.
*Puede moverse a notable velocidad cuando capta, finalmente.*
Medio minuto. No pasó nada. Otro medio.
Levanté la cabeza para espiar.
Entonces me puse de pie, sacudiéndome tranquilamente la arena y la artemisa de la ropa. Sin razón alguna, una antigua melodía de rock-and-roll comenzó a resonarme en la mente. Apenas me di cuenta. ¿Trataba de mostrarme indiferente?
Hijo de... Nunca se ha visto un modelo '51 que no vuele como un polvorín encendido; la única excepción es el desastre esparcido por allí, del cual yo era piloto últimamente. Ahora tendré que llenar una pila de papeles, presentar un montón de informes... Pasarán horas antes de que pueda tomar un vuelo regular hacia el oeste, desde aquí. La melodía seguía matraqueando.
*No sufre muchos efectos de la impresión. Distinguido - más en frialdad cuando todo ha pasado.*
Halagado, silbando la melodía, volví a lo que restaba del Mustang, busqué mi bolsa de ropas y mi equipo de afeitar y los puse en lugar seguro.
Cabina fuerte; eso, al menos, hay que reconocérselo a esta cosa.
¡Por supuesto! El avión no había estallado porque, al aterrizar, nos habíamos quedado sin combustible.
A esa altura, más o menos, el observador se desvaneció, sacudiendo la cabeza, y aparecieron las autobombas. Los bomberos no parecieron muy interesados en lo que yo les decía sobre la falta de combustible. Por las dudas, cubrieron de espuma los restos.
Me preocupaban las radios, algunas de las cuales estaban en la cabina, indemnes; cada una costaba más que el oro.

https://biblioteca.d2g.com/

— ¿Pueden tratar de que no entre espuma en la cabina, por favor, amigos? Las radios...
Demasiado tarde. Como precaución contra el incendio, llenaron la cabina hasta el tope.
Y bueno, pensé, indefenso. Y bueno y bueno y bueno.
Caminé un kilómetro y medio hasta la terminal del aeropuerto; saqué pasaje en el vuelo regular siguiente, presenté el informe de accidente más reducido posible e indiqué a los barrenderos dónde podían llevar los pedazos del obstinado aparato.
En ese momento, al anotarles mi dirección en un escritorio del hangar, recordé la letra de la melodía que me estaba rebotando en la cabeza desde un momento antes de chocar.
Shi-bum, shi-bum... y un montón de y-atatá y-atatás. ¿Por qué estaré tarareando esa canción?, me pregunté. Después de veinte años, ¿por qué ahora?
A la canción no le importaba por qué. Siguió matraqueando: Life could be a dream/ Shi-bum/ If I could take you to paradise up-above/ Shi-bum... La vida podría ser un sueño si yo pudiera llevarte al paraíso, allá arriba...
¡La canción! ¡Era el fantasma del Mustang el que cantaba, con efectos sonoros y todo!
Life could be a dream, sweetheart...
¡Claro que la vida es un sueño, brujo de lata! ¡Y sí que estuviste a punto de llevarme al paraíso! ¡Shi-bum, mole despedazada!
De cuanto pasa por nuestra mente, ¿no hay nada que no tenga significado? Ese avión nunca pudo tomarme en serio.
El jet de pasajeros carreteó junto a las artemisas antes de despegar. Desde la ventanilla, yo miraba.
El cadáver del Mustang, cubierto de espuma, ya estaba sobre un camión plano; una grúa iba levantando los fragmentos de las alas.
¿Quieres jugar, avión? ¿Quieres que se te rompa algo en cada vuelo, quieres un enfrentamiento de voluntades conmigo?
¡Pues perdiste! Tal vez encuentres a alguien que olvide tu pasado y te arme con clavos otra vez, algún día, dentro de cien años. ¡Que recuerdes este momento, así te portarás bien con él! Lo juro, aparato: para ti no tengo clavos.
Primero, la falla del paracaídas; ahora, un accidente de aviación. Pensé en todo eso mientras volaba hacia el oeste. Al cabo de un rato decidí que había sido guiado por mano divina, protegido sin un rasguño de momentos algo más aventurados de lo que yo pensaba.
Cualquier otra persona habría considerado lo contrario: que el accidente no era mi protección en funcionamiento, sino mi protección casi agotada.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 9

Me estaba ahogando en dinero. En todo el mundo, la gente leía el libro, compraba ejemplares de otros libros escritos por mí. De cada venta, la editorial me enviaba dinero. Con los aviones me entiendo, pensé, pero el dinero me pone nervioso. ¿Se puede estrellar, el dinero?

Ante la ventana de su despacho ondeaban frondas de palmera; la luz del sol calentaba los informes puestos sobre su escritorio.

—Yo puedo encargarme de eso por ti, Richard. No hay problema, si tú quieres.

Apenas pasaba dos centímetros del metro y medio; con el correr de los años, el pelo y la barba habían virado del rojo al blanco, convirtiendo un elfo bien dotado en un Papá Noel omnisciente.

Éramos amigos de los tiempos en que yo colaboraba en revistas, editor convertido en asesor de inversionistas. Me gustaba desde la primera vez que me encargara un cuento; admiraba en él su tranquilo criterio comercial desde el día en que lo conociera. Confiaba en él completamente y, de todo lo que había dicho esa tarde, nada hacía temblar esa confianza.

—Stan, no sabes la alegría que me das —dije—. Hay que hacer bien las cosas, pero no sé cómo manejarme con el dinero; en cuanto al papelerío y a las cuestiones de impuestos, no sé nada y no me gustan. Asunto terminado. Señor asesor financiero; éste es asunto tuyo, con dedicación completa, y yo no tengo nada que ver.

— ¿Ni siquiera deseas estar al tanto, Richard?

Volví a mirar los gráficos de sus inversiones. Todas las líneas ascendían verticalmente.

—No —dije—. Bueno, quiero saber siempre que te pregunte, o si estás por tomar una decisión muy importante. Pero lo que haces está tan por encima de mi alcance...

—Ojalá no hablaras así —dijo—. Esto no es magia, es un simple análisis técnico del mercado. Casi todo el mundo fracasa en el mercado de productos porque no disponen de capital para cubrir una demanda de margen adicional cuando la cotización se les vuelve en contra. En tu caso... es decir, en el nuestro... no existe ese problema. Comenzaremos a invertir cautelosamente, con una gran reserva de capital. A medida que ganemos dinero con nuestras estrategias nos tornaremos más especuladores. Cuando nos encontramos con algo tan obvio como una operación con mucha diferencia en un producto, podemos mover mucho dinero y ganar una fortuna. Y no siempre jugaremos el alza; mucha gente se olvida de eso. También se puede hacer mucho dinero jugando a la baja.

Sonrió, notando que yo estaba perdido, y tocó un gráfico.

—Ahora mira esta proyección, que es la de los precios de la madera enchapada en la Lonja de Productos de Chicago. Comienza con una gran diferencia, aviso de que el límite está por caer; Aquí estamos en abril último. A esta altura habríamos vendido madera enchapada a montones. Después, cuando el precio baja hasta aquí, se compran montones. Vender caro y comprar barato es lo mismo que comprar barato y vender caro. ¿Entiendes?

¿Cómo se podía vender...?.

https://biblioteca.d2g.com/

—¿Cómo se puede vender sin haber comprado antes?
¿No hay que comprar para vender?
—No. —Explicaba con la calma de un decano universitario. —Se trata de un mercado a término. Prometemos vender más tarde a este precio, sabiendo que, antes de cumplirse el plazo, cuando debamos vender, habremos comprado la madera enchapada (o azúcar, cobre, maíz) a un precio mucho menor.
—Ah.
—Y después reinvertimos. Y nos diversificamos. Inversiones en el extranjero. Podría ser buena idea formar una compañía en el extranjero, ahora que lo digo. Pero el sitio para comenzar es la Lonja de Productos de Chicago. Y tal vez una banca en la Bolsa de la Costa Oeste. Ya veremos. Se puede comprar una banca en la Bolsa; los aranceles del agente quedan en nada. Después, diversificación, intereses de control en una pequeña compañía que vaya adelante. Voy a investigar. Pero con la cantidad de dinero de que disponemos para trabajar, y con una estrategia conservadora en el mercado, será muy difícil que nos vaya mal.
Salí convencido. ¡Qué alivio! No había modo de que mi futuro financiero se enredara como el paracaídas.
Yo nunca podría manejar el dinero como Stan. No tenía bastante paciencia, ni bastante prudencia, ni gráficos que subieran disparados hacia la luna.
Pero soy lo bastante prudente para dominar mi propia debilidad, buscar a un viejo amigo de confianza y darle todo el manejo de mi dinero.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 10

Estábamos tendidos al sol en la cubierta de mi encalmado velero, Donna y yo, derivando en la corriente, cuarenta kilómetros al norte de Cayo Hueso.
—Yo no pertenezco a ninguna mujer en la vida —le dije con tranquilidad, con paciencia—, así como ninguna de ellas me pertenece. Eso es tremendamente importante para mí. Te lo prometo: jamás me mostraré posesivo contigo, ni celoso.
—Qué agradable cambio —dijo ella. Tenía el pelo negro y corto, los ojos pardos cerrados al sol. Su bronceado era el de la teca aceitada, por haber pasado años de verano desde su divorcio, muy lejos, en el norte. —A la mayor parte de los hombres no puedo entenderlos. Vivo como quiero. Estoy con ellos si quiero estar con ellos. Si no quiero, me voy.
¿Eso no te asusta?
Movió los tirantes de su bikini, para que el bronceado no tuviera marcas.
—¿Que si me asusta? ¡Me encanta! Nada de cadenas, ni de sogas, ni de nudos; nada de discusiones ni de aburrimiento. Un regalo hecho con el corazón: "Estoy aquí, no porque deba estar ni porque esté atascada aquí, sino porque prefiero estar contigo, en ningún otro lugar del mundo entero."
El agua chapoteaba con suavidad. En vez de sombras, en las velas chisporroteaban luces refulgentes.
—Verás que soy tu amigo menos peligroso —dije.
— ¿El menos peligroso?
— Porque atesoro mi propia libertad, también atesoro la tuya. Soy sumamente sensible. Si alguna vez te toco, si hago lo que no te guste, sólo hará falta que susurres el más suave de los "No". Desprecio a los intrusos, a los que irrumpen en la intimidad ajena. Si alguna vez sugieres que soy de ésos, descubrirás que me he ido antes de que termines la sugerencia.
Ella se puso de costado, con la cabeza apoyada en el brazo, y abrió los ojos.
—Eso no parece una proposición de casamiento, Richard.
—No lo es.
— Gracias.
— ¿Te hacen muchas? —pregunté.
— Demasiadas —replicó ella—. Con un matrimonio fue suficiente. En mi caso, uno más de los que me convenían. Algunas personas viven mejor casadas. Yo no.
Le conté algunas cosas del matrimonio al que yo había puesto fin, cuando los años felices se hicieron duros y sombríos. Había aprendido exactamente las mismas lecciones que ella.
Revisé la suave mesa de vidrio del Golfo, en busca de agitaciones provocadas por el viento. El mar estaba liso como hielo caliente.
—Lástima grande, Donna, que no estemos en desacuerdo en algo.
Derivamos por una hora más, antes de que el viento henchiera las velas y el bote se lanzara hacia adelante. Cuando volvimos a pisar tierra firme éramos dos buenos amigos, despidiéndose con un abrazo y con la promesa de volver a vernos un día cualquiera.
Así como con Donna, así con todas las mujeres de mi vida. Respeto por la soberanía, por la intimidad, por la independencia absoluta.

https://biblioteca.d2g.com/

Suaves alianzas contra la soledad:
Eso eran; Frescas y racionales aventuras amorosas sin amor.
Algunas de mis amigas no se habían casado nunca, pero la mayor parte de ellas estaban divorciadas. Unas cuantas eran sobrevivientes de aventuras desgraciadas; habían sido castigadas por hombres violentos, aterrorizadas, torcidas por la gran tensión hasta acabar en depresiones interminables. Para ellas el amor era un trágico malentendido; el amor era una palabra vacía tras haber perdido todo significado con los golpes del esposo-propietario, del amante-carcelero.
Si hubiera seguido mirando hacia atrás, muy hacia atrás en mis pensamientos, habría encontrado un acertijo: El amor entre hombre y mujer no es palabra que siga funcionando. Pero ¿es un significado, Richard?

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 11

No hay errores. Los acontecimientos que atraemos a nosotros, por desagradables que sean, son necesarios para aprender lo que necesitamos aprender; todos los pasos que damos son necesarios para llegar a los sitios que hemos escogido.
Tendido en el suelo, hundido en una espesa alfombra de color canela, pensaba en eso. Estos tres años no han sido errores. Construí cada uno de esos años con cuidado, con un millón de decisiones por cada uno, en aviones, entrevistas para publicaciones, veleros, viajes, películas, personal de negocios, conferencias, programas de televisión, manuscritos, cuentas bancarias y operaciones a plazo en cobre.
A la luz del día, exhibiciones aéreas en el pequeño jet nuevo; por la noche, conversaciones y contactos con muchas mujeres, todas ellas adorables, ninguna ella.
Estaba convencido de que ella no existía, pero aún me asediaba.
¿Estaría ella igualmente segura de que yo no existía? ¿Acaso mi fantasma perturbaba sus convicciones? ¿Había en ese momento, en algún sitio, una mujer tendida en una lujosa alfombra, en una casa construida sobre un hangar con cinco aviones adentro, tres más en el prado y un aeroplano con flotadores amarrado al borde del agua?
Dudoso. Pero ¿alguien podía estar solo en medio de artículos periodísticos y programas de televisión, solitario y rodeado de amantes, dinero, amigos contratados como personal, agentes, abogados, gerentes y contadores? Eso era posible.
Su alfombra podía ser de otro color, pero el resto...
Ella podía estar al otro lado de un espejo desde aquí, hallando su hombre perfecto en cincuenta hombres, pero siempre andando sola.
Reí para mis adentros. ¡Qué duro es morir el viejo mito del amor único!
En el césped, abajo, se puso en marcha el motor de un avión. Ese debía ser Slim haciendo andar el Twin Cessna. Le perdía un sobrealimentador, del lado derecho. Los sobrealimentadores modificados son problemas modificados, pensé, atornillados a algo que, por lo demás, es un buen motor.
Y no habría tenido respuestas.
Pasaron los meses, ondulantes; a medida que perdía interés en el amor, en lo que es y no es, también perdía el motivo para buscar a mi oculta alma gemela. Gradualmente su lugar fue ocupado por una idea distinta que iba emergiendo, una idea tan racional e impecable como aquéllas sobre las cuales giraban ahora mis asuntos comerciales.
Si la pareja perfecta, pensaba, es la que satisface todas nuestras necesidades a cada momento, y si una de nuestras necesidades es la variedad en sí, ¡entonces ninguna persona, en ninguna parte, puede ser la pareja perfecta!
La única alma gemela auténtica debe hallarse en muchas personas diferentes. Mi mujer perfecta es, en parte, el ingenio e intelecto de esta amiga; en parte, la abrumadora belleza de aquélla; en parte, la despreocupación aventurera de otra. Si ninguna de estas mujeres estuviera disponible en un momento dado, mi alma gemela relumbraría en otros cuerpos, en otros lugares. El ser perfecta no incluye no estar disponible.

http://biblioteca.d2g.com/

—¡Richard, la idea en sí es absurda! ¡No dará resultado!
Si él yo interior me hubiera gritado eso, como lo hizo, yo le habría llenado la boca de trapos.
—Demuéstrame qué tiene de malo esta idea —le habría dicho yo—. Demuéstrame por qué no puede dar resultado. Y hazlo sin utilizar las palabras amor, matrimonio, entrega. Hazlo atado y amordazado, mientras yo grito, más alto de lo que tú puedes, cómo pienso manejar mi vida.
¿Qué te parece? El diseño mujer-perfecta-en-muchas mujeres ganó la contienda sin levantar un dedo.
Una infinita provisión de dinero. Todos los aviones que se me antojen. La mujer perfecta para mí solo. ¡Esto es la felicidad!
El Rapide y el planeador motorizado están allá abajo, juntando polvo. El Rapide va a necesitar una reconstrucción dentro de poco, un trabajo monstruoso, tratándose de un biplano de ese tamaño. Mejor venderlo; Total, lo piloteo poco. A todos los piloteo poco. Para mí son desconocidos, como todo lo que tengo en la vida. ¿Qué estoy tratando de aprender? ¿Que, pasado un tiempo y en exceso, las máquinas comienzan a adueñarse de nosotros?
No, pensé, la lección es ésta: Recibir un montón de dinero es recibir una espada de vidrio, con la hoja hacia adelante. Es mejor manejarla con mucho cuidado, señor, muy lentamente, mientras uno se pregunta para qué sirve.
Se encendió el otro motor en el Twin. La revisación en tierra debió ser satisfactoria y él ha decidido levantar vuelo para probarlo en el aire. Un ventoso chorro de potencia al poner el aparato en movimiento; luego, el dulce rugir de los motores se desvaneció, en tanto carreteaba hacia la pista.
¿Qué más había aprendido? Que no había sobrevivido a la publicidad tan intacto como yo creía. Anteriormente, nunca habría creído que alguien podía tener curiosidad por lo que yo pensara y dijera, por ver cómo era, dónde vivía, qué hacía con mi tiempo y mi dinero. Tampoco que me afectaría de ese modo, llevándome de vuelta a las cavernas.
Los que caen en cámara o en imprenta, pensé, no tropezaron. Sabiéndolo o no, han elegido personalmente ser ejemplos para el resto, se han ofrecido como modelos. Este lleva una vida de maravillas; aquel otro es una bola sin manija, algo suelto sobre cubierta. Este se enfrenta a la adversidad o a su talento con tranquila prudencia; ésta chilla, aquél se precipita a la muerte, ése ríe.
Diariamente, el mundo somete a prueba a sus celebridades, y nosotros observamos, fascinados, sin poder apartar la vista. Porque las pruebas que soportan nuestros ejemplos son las pruebas que todos debemos soportar. Se enamoran, se casan, aprenden, renuncian y comienzan otra vez, se arruinan; nos transportan y son transportados, a plena vista de la cámara y de la tinta.
Hay una sola prueba a la que ellos se enfrentan y nosotros no: la de la celebridad en sí. Y aun entonces observamos. Algún día nos tocará a nosotros estar ante las candilejas; siempre vienen bien los ejemplos.
¿Qué ha sido, me pregunté, del piloto que operaba en los campos del Medio Oeste? ¿Tan pronto se convirtió de simple volador en emperifollado playboy?
Me levanté para cruzar mi casa desierta hasta la cocina busqué un plato de copos de maíz

https://biblioteca.d2g.com/

que se estaban poniendo rancios y volví al sillón puesto frente a la ventana panorámica, para contemplar el lago.
¿Playboy yo? Ridículo. Por dentro no he cambiado No he cambiado ni un poquito.
¿No dicen eso todos los playboys emperifollados Richard? Un Piper Cub, de la academia vecina, practicaba acuatizajes sobre superficies serenas... El largo y lento descenso, con la potencia encendida; luego, un suave roce al centelleante lago Theresa, media vuelta y carreteo pan el despegue.
Las candilejas me habían enseñado cómo ocultarme, dónde edificar muros. Todo el mundo tiene blindajes de hierro y clavos de punta en algún lugar interior, que dicen hasta aquí puedes llegar conmigo.
Para los extrovertidos, la popularidad es diversión No les molestan las cámaras; son parte del juego, y ha, gente muy simpática detrás de esas lentes. Yo puedo ser simpático mientras ellos también lo sean, y hasta dos minutos más.
Tal era la altura de mi muralla, aquel día, en Florida.
Entre las personas que me conocían de una entrevista aquí, de una portada allá, de un artículo en la acera de enfrente, casi nadie podía saber lo agradecido que yo les estaba por tanta cortesía, por su respeto a mi intimidad
Me sorprendía la correspondencia, me alegraba la familia de lectores para quienes las extrañas ideas que yo amaba tenía sentido. Había mucha gente allá afuera: hombres y mujeres inquisitivos, aprehendientes, de toda raza, edad y nación, de todo tipo de experiencia. ¡La familia era mucho más numerosa de lo que yo había supuesto!
Lado a lado con las cartas deliciosas, de vez en cuando llegaban algunas extrañas: escriba mi idea; hágame publicar; deme dinero si no quiere arder en el infierno.
Por la familia yo sentía una feliz e íntima calidez, enviaba postales como respuesta; contra los otros era otra tonelada de hierro atornillada a mi muro, con dagas soldadas a lo largo del tope, y arrebataba prontamente los harapos del felpudo que decía "Bienvenidos".
Yo era una persona mucho más privada de lo que jamás pensara. ¿Acaso no me conocía bien anteriormente, o estaba cambiando? Más y más prefería quedarme solo en casa, un día, un mes, unos años. Varado en mi casa grande, con mis nueve aviones y telarañas de decisiones que jamás volvería a tomar.
Levanté la vista del suelo a las fotografías de la pared. Eran fotos de aviones que me interesaban. No había allí un solo ser humano, ni una sola persona. ¿Qué había pasado en mí? Antes me gustaba quien yo era. ¿Aún seguía gustándome?
Bajé las escaleras hasta el hangar, empujé afuera el biplano para exhibiciones y me deslicé en la cabina. "En este aeroplano conocí a Kathy", pensé.
El arnés en los hombros, cinturones de seguridad, mezcla rica, bomba de combustible conectada, contacto encendido. Tanta promesa sin cumplir, y ahora me está empujando hacia el matrimonio. Como si yo no le hubiera explicado nunca los males que trae el matrimonio, como si no le hubiera demostrado que yo soy, para ella, sólo parte del hombre perfecto.
— ¡Despejen la hélice! —grité, por costumbre, al espacio vacío.
Y oprimí el arranque.
Medio minuto después del despegue estaba volando cabeza abajo, ascendiendo a

http://biblioteca.d2g.com/

seiscientos metros por minuto, con el viento estallando sobre mi casco y mis anteojos. Me encanta. Primero, un giro extralento, a dieciséis cuartas. ¿Cielo despejado? ¿Listo? ¡Ya! La tierra verde y plana de Florida; lagos y pantanos se elevaron majestuosamente, inmensamente a mi derecha, giraron enormes y anchos sobre mi cabeza, se pusieron a mi izquierda.

Nivelar. Luego ¡VAM! ¡VAM! ¡VAM! Giró y giró la tierra en súbitas sacudidas, dieciséis veces. Directamente hacia arriba para un encabritamiento en cabeza de martillo, apretar el timón izquierdo, lanzarse en picada, con el viento aullando en los cables entre las alas cortas, y empujar la palanca hacia adelante para recobrar a doscientos cuarenta kilómetros por hora, cabeza abajo. Lancé la cabeza hacia atrás y miré la tierra, hacia arriba. La palanca súbitamente toda atrás, duro con el timón derecho y el biplano retrocedió, detuvo las alas derechas y giró dos veces en redondo, un doble giro verde cielo y azul tierra; palanca delante, timón izquierdo y ¡JAN!, se detuvo, invertido.

Una S para aplastarme en el asiento con cinco Ges, entubar la visión por un diminuto agujero de claridad rodeado de gris, lanzarse en picada hasta los treinta metros sobre mi zona de práctica y luego repetir toda la maniobra a baja altura, a altura de exhibición. Despeja la mente, eso de ver las barbas de musgo lanzadas hacia el parabrisas de uno, un pantano lleno de cipreses y lagartos rodando a trescientos grados por segundo, alrededor de nuestro casco.

El corazón sigue solitario.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 12

No habíamos cambiado una palabra por varios minutos.
Leslie Parrish guardaba silencio ante el tablero de ajedrez, hecho de pino y nogal; yo igual, de mi lado. A lo largo de nueve movidas, en medio de un juego que quitaba el aliento, el cuarto estuvo silencioso, exceptuando el suave golpe de un caballo o una reina puestos en su sitio o sacados de él, un ocasional "hm" o "ik" al abrirse en el tablero las líneas de fuerza, al cerrarse con potencia.
Los ajedrecistas esbozan sus retratos en el movimiento de sus piezas. La señorita Parrish no engañaba ni hacía amenazas huecas. Jugaba con los ojos abiertos y francamente.
Yo la observaba por entre mis dedos entrelazados, sonriendo, aun cuando ella acababa de capturarme el alfil y amenazaba, en el próximo movimiento, con comerme un caballo cuya pérdida yo no podía permitirme.
Había visto esa cara por primera vez años antes. Nuestro primer contacto fue de la manera más importante posible: por coincidencia.
—¿Sube? —preguntó ella, y corrió por el vestíbulo hacia el ascensor.
—Sí. —Retuve la puerta abierta hasta que ella estuvo adentro. —¿Dónde baja?
—En el tercero, por favor —dijo ella.
Yo también bajaba en el tercero.
La puerta se detuvo por un segundo; suavemente, se cerró con un rumor opaco.
Los ojos gris-azulados me echaron una mirada de agradecimiento. Sostuve esa mirada por menos de un cuarto de segundo, para indicarle que había sido un placer esperar. Luego, cortésmente, desvié la vista. Maldita cortesía, pensé. ¡Qué cara adorable! ¿La habría visto en el cine, en la televisión? No me atreví a preguntar.
Ascendimos en silencio. Ella me llegaba al hombro; pelo dorado, recogido dentro de una gorra color lacre. No vestía como estrella de cine: camisa de trabajo, desteñida, bajo una chaqueta de las que la Marina vende como rezago, vaqueros y botas de cuero. ¡Y qué rostro hermoso!
Ha venido por la película, a filmar exteriores, pensé. ¿Será del equipo técnico?
Qué placer sería conocerla. Pero está tan lejos... ¿No es interesante, Richard, lo infinitamente lejos que está? Te separa de ella un espacio de setenta centímetros, pero no hay modo de franquear ese abismo y decir "hola".
Si al menos pudiéramos inventar un modo, pensé, si al menos éste fuera un mundo en donde cualquier desconocido pudiera decir me encantas y quisiera saber quién eres. Con un código: "No gracias", si el encanto no fuera mutuo.
Pero ese mundo aún no había sido creado. El viaje de medio minuto concluyó sin una sola palabra. La puerta se abrió con otro rumor suave.
—Gracias —dijo ella.
Caminando de un modo que era casi correr, se fue por el pasillo hasta su sala, abrió la puerta, entró, cerró tras de sí y me dejó solo en el corredor.

http://biblioteca.d2g.com/

Ojalá no tuvieras que irte, pensé, mientras entraba en mi propio cuarto, a dos puertas de distancia. Ojalá no tuvieras que huir.

Si movía mi caballo podía cambiar las presiones en el tablero, frenando su ataque. Ella tenía cierta ventaja, pero aún no había ganado.

Moví la pieza y observé sus ojos una vez más, gozando de esa belleza que, extrañamente, no se alteraba ante mi contraataque.

Un año después de ese encuentro, en el ascensor, yo había entablado juicio al director de esa película, por cambios introducidos en el libreto sin mi aprobación. Aunque la corte dictaminó que él debía retirar mi nombre de entre los títulos y revertir algunos de los peores cambios, me costaba no romper los muebles mientras discutía el asunto directamente con él. Hubo que buscar un mediador con el que ambos pudiéramos hablar.

El mediador resultó ser la actriz Leslie Parrish, la mujer que había compartido el ascensor conmigo desde el vestíbulo al tercer piso.

La cólera se derretía al hablar con ella. Era serenidad y razón. De inmediato confié en ella.

Ahora Hollywood quería convertir el último libro en una película. Juré que prefería quemar el relato antes de permitir que lo destrozaran en pantalla. Si había que hacerlo, ¿no sería mejor que lo hiciera mi propia empresa? Leslie era la única persona de Hollywood en quien yo confiaba; volé a Los Ángeles para hablar con ella una vez más.

En la mesa lateral de su oficina había un tablero de ajedrez.

Los juegos de ajedrez para oficinas suelen ser caprichos de los diseñadores, cosas fantasiosas con reinas parecidas a alfiles parecidos a peones, piezas esparcidas al azar y en los sitios incorrectos. Ese equipo era un Staunton de madera para campeonato, con un rey de nueve centímetros sobre el tablero de veintiocho, el rincón blanco a la derecha de los jugadores los caballos apuntando hacia adelante.

—¿Hay tiempo para una partida rápida? —había dicho yo, al terminar la entrevista. No era el mejor ajedrecista de la ciudad, pero tampoco el peor; jugaba desde los siete años y poseía cierta confianza arrogante frente al tablero.

Ella había mirado su reloj.

—Bueno —dijo.

El hecho de que ganara la partida me dejó frío de asombro. El modo en que ganó, el esquema de su pensamiento en el tablero, me devolvió el calor con su encanto, y algo más.

En la entrevista siguiente jugamos a ganar dos partidas de tres.

Al mes siguiente formamos una corporación. Ella se dedicó a buscar el modo de filmar la película con un mínimo de probabilidades de desastre, y jugamos a ganar seis partidas de once.

A partir de eso no hicieron falta reuniones. Yo me trepaba al último de mis aviones, ocho toneladas de jet para adiestramiento, ex propiedad de la Fuerza Aérea; subía a diez mil metros y volaba de Florida a Los Ángeles para pasar un día jugando al ajedrez con Leslie.

Nuestras partidas se volvieron menos dignas de campeonatos; se permitía hablar y tener

https://biblioteca.d2g.com/

en la mesa leche y galletitas.
—Richard, pedazo de bestia —dijo, frunciendo el ceño por sobre las piezas. Su parte del tablero estaba en verdaderas dificultades.
—Sí —reconocí, muy pagado de mí mismo—, soy una bestia astuta.
—Pero... jaque con el caballo —dijo— y jaque con el alfil, y ¡jaque a la reina! ¿No te parece una linda movida?
Quedé sin sangre en la cara. Esperaba un jaque, pero el jaque a la reina era una sorpresa.
—Linda, en verdad —reconocí; los años de adiestramiento en emergencias me obligaban a mostrarme indiferente. —Caramba... hum... Esa movida merece ser puesta en un marco, de tan linda. Pero me escaparé como una sombra. De algún modo, como una sombra, señorita Parrish, la Bestia se escapará.
A veces la bestia escapaba retorciéndose; otras, era arreada hasta un corral y víctima de jaque mate, sólo para renacer media galletita después, tratando de hacer caer a Leslie en sus trampas.
¡Qué extraña, la alquimia entre nosotros! Yo suponía que ella contaba con una variedad de hombres para sus aventuras amorosas, como yo mujeres para las mías. Suponer bastaba; Ninguno de nosotros se entrometía; cada uno respetaba infinitamente la intimidad del otro.
Hasta que una vez, en medio de una partida, ella dijo:
— Esta noche dan en la Academia una película que yo debería ver. El director puede convenirnos. ¿Quieres venir?
—Me encantaría —dije, distraído, atendiendo a mi defensa contra su ataque al costado del rey.
Nunca hasta entonces había estado dentro del teatro de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas; quedaba aturdido por su hechizo con sólo pasar en auto frente al edificio. Y allí estaba, adentro, viendo una película nueva entre una multitud de estrellas. Qué extraño, pensé. De buenas a primeras, mi simple vida de piloto se conecta con el interior de Hollywood por medio de un libro y una amiga que me derrota con mucha frecuencia en mi juego favorito.
Después de la película, mientras ella conducía el coche hacia el este por el bulevar Santa Mónica, en la media luz del atardecer, me asaltó la inspiración.
— Leslie, ¿no te gustaría...?
El silencio era tan torturante que ella preguntó: — ¿Si no me gustaría qué cosa?
— Leslie, ¿no te gustaría tomar un helado con crema de chocolate caliente?
Ella retrocedió.
— ¿Un qué?
— Un helado... Con crema de chocolate... caliente. ¿Y una partida de ajedrez?
— ¡Qué idea depravada! La del helado con crema, digo. ¿No has notado que vivo a cereales, verduras crudas y yogurt? ¿Que sólo de vez en cuando como una galletita?
— Mm... Me di cuenta, sí. Por eso necesitas un helado con crema de chocolate caliente. ¿Cuánto hace? Sé franca. Si fue la semana pasada, tienes que decir la semana pasada.
—¿La semana pasada? ¡Será el año pasado! ¡Mírame! ¿Tengo pinta de haber estado comiendo helados con crema de chocolate?

http://biblioteca.d2g.com/

Por primera vez, la miré. Me recosté en el asiento y parpadeé al descubrir lo que el macho más torpe veía de inmediato: Que era una mujer extraordinariamente atractiva, que la mente responsable de crear ese rostro exquisito también había creado un cuerpo haciendo juego.

En los meses que llevaba tratándola, ella había sido un encantador espíritu sin cuerpo, una mente que era un desafío danzante, un libro de referencias sobre producción fílmica, música clásica, política, ballet.

— ¿Y bien? ¿Dirías tú que vivo a helados?

— ¡Bellísimo! Quiero decir, ¡no! ¡Definitivamente, ése no es cuerpo de helados con crema de chocolate caliente!

Eso lo puedo asegurar...

Me estaba ruborizando. Qué cosa estúpida en un hombre grande, pensé. ¡Richard, cambia inmediatamente de tema!

— Un heladito pequeño —dije, apresuradamente— no te haría ningún mal, sería la felicidad. Si puedes girar allá entre el tránsito, podemos echar mano de un par de helados con crema de chocolate, pequeños, ahora mismo...

Me miró, encendió una sonrisa para asegurarme que nuestra amistad estaba a salvo; sabía que yo acababa de reparar en su cuerpo por primera vez, y no le molestaba. Pero a sus amigos varones les importaría, por cierto, pensé, y eso podía traer problemas.

Sin discusión, sin decirle una palabra, borré de mi pensamiento la idea de su cuerpo. Para aventuras amorosas tenía a mi mujer perfecta; para amiga y socia comercial, necesitaba mantener a Leslie Parrish exactamente como estaba.

http://biblioteca.d2a.com/

# CAPITULO 13

—No es el fin del mundo —dijo Stan, en voz baja, aun antes de que yo me hubiera instalado en la silla, al otro lado de su escritorio—. Es lo que podríamos llamar un pequeño revés. Ayer se vino abajo la Bolsa de la Costa Oeste. Se presentaron en quiebra. Has perdido un poco de dinero.

Mi asesor financiero siempre se expresaba con excesiva moderación. Por eso apreté los dientes ante esas palabras.

— ¿Cuánto es el poco de dinero que hemos perdido, Stan?

— Unos seiscientos mil dólares —dijo—, quinientos noventa y tantos mil.

— ¿Perdidos?

Oh, algún día el tribunal de quiebras te hará dar unos cuantos centavos por dólar.

__Yo los daría por perdidos.

Tragué saliva.

— Menos mal que diversificamos. ¿Cómo están las cosas en la Lonja de Productos de Chicago?

- Allí también sufriste algunos contratiempos. Momentáneos, sin duda. Estás padeciendo la serie de pérdidas más larga que jamás he debido graficar. No puede seguir así eternamente, pero por el momento, no es lo mejor que puede pasar. Bajaste unos ochocientos mil dólares.

¡Estaba hablando de más dinero del que yo tenía!

¿Cómo podía perder más de lo que tenía? Seguramente hablaba en papeles. Es una pérdida en papeles. La gente no puede perder más dinero del que tiene.

Si yo pudiera aprender algo de dinero, tal vez haría bien en prestar más atención a este asunto. Pero tendría que estudiar durante meses, y manejar dinero no es como volar; es algo aburrido y sofocante; hasta los gráficos son difíciles de seguir.

—No es tan grave como parece —dijo—. Una pérdida de un millón de dólares reducirá tus impuestos a cero; has perdido más que eso, de modo que este año no pagarás un centavo de réditos. Pero si se pudiera elegir, yo preferiría no haberlo perdido.

No sentía enojo ni desesperación alguna; era como encontrarme de pronto en una comedia de situaciones, como si, al girar en mi silla con la suficiente celeridad, pudiera ver las cámaras de televisión y el público de un estudio, en vez de una pared en la oficina de Stan.

Escritor desconocido gana millones y los pierde de la noche a la mañana. ¿No está demasiado usada, la idea? ¿Es esto mi vida, en verdad? Eso me preguntaba mientras Stan explicaba los desastres.

Los que tienen un ingreso de un millón de dólares siempre han sido otra gente. Yo, por el contrario, siempre he sido yo. Soy piloto de aeroplanos, un piloto ambulante que cobra por llevar pasajeros desde los henares. Soy escritor lo menos que puedo, sólo cuando me obliga una idea demasiado encantadora para dejarla morir no-escrita... ¿Qué está haciendo alguien como yo con más de cien dólares en el banco? Eso es todo lo que cualquiera

https://biblioteca.d2g.com/

puede necesitar de una vez, al fin y al cabo.
—Ya que estás aquí —prosiguió Stan, tranquilamente—, conviene que te lo diga. Esa inversión que hiciste a través de Tamara, ese préstamo para el desarrollo de países extranjeros, con altos intereses y respaldado por el gobierno... bien: El cliente de esa mujer desapareció con el dinero. Eran sólo cincuenta mil dólares, pero tienes que estar enterado.
Yo no podía creerlo.
— ¡Pero si es amigo de ella, Stan! ¡Ella le tenía confianza! ¿Y desapareció?
—Sin dejar señas, como dicen. —Me estudió la cara. _ ¿Confías en Tamara?
Oh, caramba. ¡Ese tema estaba más gastado todavía! ¿Mujer bonita acepta a tonto rico por cincuenta mil dólares?
—Stan, ¿estás queriendo decirme que Tamara tuvo algo que ver...?
—Puede ser. El endoso del cheque parece echo por su mano. El nombre es diferente, pero la escritura es la misma.
—Estás bromeando.
Usó la llave para abrir un cajón de archivo y sacó un sobre, del que me entregó un cheque cancelado. Sekay Limited, estaba endosado, por Wendy Smythe. Mayúsculas altas y lanzadas, graciosos descensos en las yes. Si las hubiera visto en un sobre, habría jurado que era una nota de Tamara.
—Esa puede ser la escritura de cualquiera —dije, devolviéndolo a Stan por sobre el escritorio.
El no dijo otra palabra. Estaba convencido de que el dinero lo tenía ella. Pero Tamara era cosa mía; no habría investigaciones a menos que yo lo pidiera. Y yo no lo pediría jamás, jamás le diría a ella una palabra sobre eso. Y jamás volvería a confiar en ella.
—Te queda algo de dinero, sí —dijo él—. Y hay nuevos ingresos, por supuesto, todos los meses. Después de un largo período de mala suerte, el mercado tiene que cambiar. Ahora bien, podrías poner el capital restante en moneda extranjera. Tengo el pálpito de que el dólar va a bajar con respecto al marco holandés, en cualquier momento, así que podrías resarcirte de las pérdidas, de la noche a la mañana.
—De eso no sé nada —dije—. Haz lo que te parezca mejor, Stan.
Con tantas luces de alarma encendidas, con tantas campanas anunciando peligro, mi imperio parecía una planta nuclear tres minutos antes de fundirse.
Por fin me levanté, recogí mi chaqueta de piloto, que estaba en el brazo del diván.
—Algún día hablaremos de esto como de nuestro punto bajo —le dije—. Desde ahora en adelante, las cosas no pueden sino mejorar, ¿no es cierto?
Como si no hubiera oído, agregó:
—Quería decirte otra cosa. No es fácil. ¿No has oído decir que el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente? Bueno, es cierto. Y creo que también podría ser cierto en mi caso.
No entendí lo que deseaba decir y tuve miedo de preguntar. Su rostro estaba impasible. ¿Stan, corrompido? No era imposible. Yo lo había mirado con respeto por muchos años; no podía poner su honradez en tela de juicio. "También podría ser cierto en mi caso" sólo podía referirse a que, alguna vez, por error, había cargado un poco de más en una cuenta de gastos. Y seguramente la había corregido, por supuesto, aunque se sentía culpable de

https://biblioteca.d2a.com/

todos modos, obligado a decírmelo.

A todas luces, si me lo estaba diciendo era porque no pensaba volver a cometer esos errores.

—No importa, Stan. Lo que importa es lo que hagamos a partir de ahora.

—Está bien —dijo él.

Borré el incidente de mi cerebro. El dinero restante estaba en manos de Stan y de la gente a quien él conocía y respetaba; gente a la que se le pagaba bien por sus servicios. ¿Acaso gente así podía arruinar esos complicados asuntos de dinero, como quien arroja desde el tejado una bolsa de resortes? Claro que no, sobre todo considerando que las cosas estaban saliendo tan mal. Todos sufrimos reveses, pero mis expertos son de mente rápida, pensé, y pronto encontrarán abundantes soluciones.

http://biblioteca.d2a.com/

# CAPITULO 14

—El jet Uno Cinco Cinco Equis —dije, apretando el botón del micrófono—, fuera de altura de vuelo tres cinco cero para dos siete cero, pide autorización para descender.
Miré hacia abajo por sobre mi máscara de oxígeno, once kilómetros hasta el desierto vespertino de California del Sur, revisando el cielo claro de abajo con un giro largo y lento.
Técnicamente, volaba hacia el oeste para dar una conferencia de un día entero en la universidad de Los Ángeles. Pero me alegraba haber llegado con algunos días de anticipación.
—De acuerdo Cinco Cinco Equis —dijo el Centro de Los Ángeles—. Despejado hasta dos cinco cero, más abajo dentro de poco.
Bajar a seiscientos kilómetros por hora no era bastante. Quería dejar esa cosa en el suelo y ver a Leslie, a mayor velocidad de la que ningún avión podía darme.
—Cinco Cinco Equis, tiene despejado hasta uno seis mil.
Me di por enterado, incliné el morro del avión aun más y le di mayor velocidad. La aguja del altímetro giró bruscamente hacia abajo.
—Jet Cinco Cinco Equis pasa a nivel de vuelo uno ocho cero —dije— y cancelo I.F.
—De acuerdo, Cinco Equis, está cancelado a cero cinco.
Buenos días.
Todavía tenía en la cara las marcas de la máscara de, oxígeno cuando golpeé la puerta de su casa, en los márgenes de Beverly Hills. Una orquesta sinfónica atronaba el interior, por el sistema de sonido; temblaba la pesada puerta. Toqué el timbre y la música se acalló. Y allí estaba ella, ojos de mar y sol, chisporroteando saludos. Ningún contacto, ni siquiera un apretón de mano, y a ninguno de los dos le pareció extraño.
— Tengo una sorpresa para ti —dijo, sonriendo para sus adentros con sólo pensarlo.
— Leslie, detesto las sorpresas. Lamento no habértelo dicho antes, pero detesto las sorpresas total y completamente, y desprecio los regalos. Cuando quiero algo, me lo compro. Si no lo tengo, no lo quiero. Por lo tanto, por definición —dije, presentándole las cosas pulcra y definitivamente—, cuando me regalas algo me estás dando una cosa que no quiero. No tienes problemas en devolverlo, ¿verdad?
Ella entró en la cocina; su cabellera salpicaba luces sobre los hombros, a lo largo de la espalda. Al encuentro, para interceptarla, le salió su viejo gato, convencido de que era hora de cenar.
—Todavía no —le dijo ella, suavemente—. Todavía no hay cena para el pelusalorium. Me asombra que no se te haya ocurrido comprar uno —agregó mirándome por sobre su hombro, con una sonrisa, para demostrarme que no la había ofendido—. Deberías tenerlo, pero si no lo quieres, puedes tirarlo. Toma.
El regalo no estaba envuelto. Era una escudilla grande y simple, barata, muy barata, que

http://biblioteca.d2g.com/

tenía un cerdo pintado en el interior.
—¡Leslie! ¡Si hubiera visto esto no habría dejado de comprarlo! ¡Es deslumbrante! ¿Cómo se llama esta bellísima... cosa?
—¡Ya sabía que te iba a gustar! Es un bol-cerdito. Y viene con una... ¡cuchara-cerdito!
Había una cuchara en mi mano, una cuchara de acero, barata también, con el retrato de un cerdo anónimo grabado en el mango. —Y ahora, sí te fijas en la heladera... Abrí la gruesa puerta. Allí había un tambor con nueve kilos de helado y un recipiente de un litro, rotulado CREMA DE CHOCOLATE PARA CALENTAR, cada uno con cinta roja y moño. Una neblina fría se elevaba suavemente de la escarcha depositada en el tambor, para caer silenciosamente al suelo, en cámara lenta.
— ¡Leslie!
—¿Sí, Cerdito?
—Tú... yo... ¿Te parece que...?
Se echó a reír, tanto de sí misma, por el loco capricho de su ocurrencia, como por el ruido que hacía mi mente al girar sus ruedas sobre hielo.
No era lo presente lo que me dejaba sin palabras, sino lo imprevisible de que ella, que sólo comía cereales integrales y una ensalada escasa, llenara su congelador de dulces extravagantes sólo para verme tropezar y quedar aturdido.
Saqué trabajosamente aquella tina de helado y la puse sobre la mesa de la cocina; retiré la tapa. Llena hasta los bordes. Helado de crema con granizado de chocolate.
—Espero que tengas otra cuchara para ti —dije, severamente, mientras hundía la cuchara-cerdo en la nieve cremosa—. Has cometido una acción inconcebible, pero a lo hecho, pecho. No nos queda otro remedio que deshacernos del cuerpo del delito. Vamos. Come.
Ella sacó una diminuta cuchara de un cajón.
— ¿No quieres la crema de chocolate caliente? ¿Ya no te gusta?
—Me enloquece. Pero a partir de hoy, ni tú ni yo querremos ver la crema de chocolate siquiera por escrito, por el resto de nuestra vida.
Nadie actúa fuera de lo que característicamente es, me dije, mientras ponía cucharadas de aquella masa en una cacerola, para calentar. ¿Acaso ella era característicamente imprevisible? ¡Qué tonto había sido al pensar que la conocía!
Me di vuelta. Ella me estaba mirando, con la cuchara en la mano. Sonreía.
—¿Es cierto que puedes caminar sobre el agua? —preguntó—. ¿Cómo hiciste en el libro con Donald Shimoda?
—Por supuesto. Y tú también. Todavía no lo he hecho por mi cuenta, en este espacio-tiempo. En esta mi presente concepción de espacio-tiempo. Se hace complicado, ¿te das cuenta? Pero estoy trabajando en eso. —Revolví la crema de chocolate, pegada a la cuchara en un terrón de cuarto kilo. — ¿Alguna vez estuviste fuera de tu cuerpo?
Ella no parpadeó ante la pregunta ni me pidió que me explicara.
—Dos veces. Una, en México. Y otra en el Valle de la Muerte, en la cima de una colina, por la noche, bajo las estrellas. Me incliné hacia atrás para mirarlas y caí hacia arriba, entre las estrellas...
De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. Hablé en voz baja:
—¿Recuerdas lo fácil que era, cuando estabas en las estrellas? ¿Qué natural, qué simple y correcto era, real como llegar a tu casa, liberarte de tu cuerpo?

http://biblioteca.d2g.com/
—Sí.
—Caminar sobre el agua es lo mismo. Es un poder que poseemos... es el subproducto de un poder que poseemos. Fácil, natural. Tenemos que estudiar mucho y acordarnos de no usar ese poder; de lo contrario, las limitaciones de la vida en la tierra se vuelven muy discordantes y nada confiables, y no nos concentramos en nuestras lecciones. Lo malo es que aprendemos tan bien a decirnos que no vamos a usar nuestros verdaderos poderes que, al cabo de un tiempo, pensamos que no podemos. Por allá, con Shimoda, no había preguntas. Cuando él ya no estuvo conmigo, dejé de practicar. Creo que con sólo probar un poquito de eso se llega lejos.
— Como con la crema de chocolate.
La miré con atención. ¿Se estaba burlando de mí? El chocolate comenzaba a burbujear en la cacerola.
—No. La crema de chocolate llega mucho más lejos que el recordar las realidades espirituales básicas. ¡La crema de chocolate es AQUI! La crema de chocolate no amenaza nuestra cómoda visión del mundo. ¡La crema de chocolate es AHORA! ¿Estás lista para comer un poco de crema de chocolate?
—Un poquitito, nada más.
Cuando terminamos el postre se nos había hecho tarde. Tuvimos que hacer doscientos metros de fila para sacarlas entradas para el cine. El viento venía del mar, enfriando la noche. Como no quería que ella tuviera frío, la rodeé con un brazo.
—Gracias —dijo—. No pensé que estaríamos tanto tiempo afuera. ¿Tienes frío?
—No, nada —dije—. Nada de frío.
Conversamos sobre la película que íbamos a ver; la mayor parte de la conversación corrió por cuenta de ella, mientras yo escuchaba; qué buscar, cómo darse cuenta dónde se malgasta dinero en una película y dónde se lo ahorra. Ella detestaba malgastar dinero. Mientras hacíamos cola empezamos a hablar también de otras cosas.
— ¿Cómo es ser actriz, Leslie? Siempre he querido saberlo.
—Ah, María Estrella —dijo ella, riéndose de sí misma—. ¿Te interesa, de verdad?
— Sí. Para mí es un misterio. ¿Qué clase de vida se lleva?
— Depende. A veces es estupenda, con un buen libreto y gente buena, que realmente quiera hacer algo valioso. Eso es poco común. El resto es sólo trabajo. La mayor parte no representa mucha contribución a la raza humana, me temo. —Me miró una pregunta. —¿No sabes cómo es eso? ¿Nunca estuviste en un *set?*
— Sólo en exteriores. En el estudio nunca.
— ¿Quieres venir a ver, la próxima vez que grabe?
— ¡Sí! ¡Gracias!
Cuánto hay para aprender de ella, pensé. Lo que ha aprendido de la celebridad, ¿la ha cambiado, la ha herido, la ha llevado a levantar murallas, también? En ella había cierta confiada y positiva aprehensión de la vida, que resultaba magnética y deliciosamente atractiva. Había estado de pie sobre cumbres que yo sólo veía desde muy lejos; había visto luces, conocía secretos que yo nunca había descubierto.
—Pero no me has contestado —observé—. Aparte de filmar, ¿cómo es la vida, qué se siente al ser María Estrella?
Levantó la mirada hacia mí, prevenida por un momento, confiada luego.
—Al principio, una se entusiasma. Al principio una se siente distinta, como si tuviera algo

https://biblioteca.d2g.com/

especial para ofrecer, y eso hasta puede ser cierto. Luego recuerda que es la misma persona de siempre; La única diferencia radica en que, de pronto, tu foto está por todas partes y se escriben columnas enteras sobre ti: quién eres, qué has dicho, adónde irás ahora. Y la gente se detiene a mirarte. Y eres una celebridad. Más exactamente, eres una curiosidad. Entonces te dices: " ¡Yo no merezco tanta atención!"

Pensó con cuidado sus palabras.

— No eres tú lo que le interesa a la gente cuando te convierte en una celebridad. Es otra cosa. *Es lo que tú representas para ellos.*

Cuando una conversación se torna valiosa para nosotros se produce una corriente de entusiasmo, la sensación de que hay potencias nuevas creciendo deprisa. ¡Escucha con atención, Richard, que ella tiene razón!

—Otras personas creen saber lo que eres: hechizo, sexo, dinero, poder, amor. Tal vez sea el sueño de un agente publicitario, que no tenga relación alguna contigo; tal vez, algo que ni siquiera te gusta, pero eso es lo que ellos creen que tú eres. La gente se precipita hacia ti desde todos lados; cree poder conseguir esas cosas con sólo tocarte. Como da miedo, levantas murallas alrededor de ti, gruesas murallas de vidrio para poder pensar, para recobrar el aliento. Sabes quién eres por dentro, pero la gente, desde afuera, ve algo distinto. Puedes elegir entre convertirte en la imagen y dejar que desaparezca quién tú eres, o continuar como eres y sentirte falso cuando representas la imagen. También puedes renunciar. Yo me preguntaba por qué, si ser estrella es tan maravilloso, hay tantos borrachos, drogadictos, divorciados y suicidas en Villa Celebridad. —Me miró sin reservas, desprotegida. —Decidí que no valía la pena. He abandonado casi todo.

Yo hubiera querido levantarla en vilo y abrazarla por ser tan franca conmigo.

—Tú eres el Escritor Famoso —dijo—. ¿También sientes lo mismo? ¿Tiene sentido lo que te digo?

—Muchísimo sentido. Es mucho lo que necesito saber sobre este asunto. ¿Te ha ocurrido ver publicadas en los periódicos cosas que nunca dijiste?

Ella se echó a reír.

—No sólo cosas que una nunca dijo, sino cosas que nunca pensó, que nunca creyó y que no le pasaría por la cabeza hacer. Un artículo sobre una, con citas, palabra por palabra, inventado. Ficticio. Nunca viste al periodista, no hubo siquiera una llamada telefónica. ¡Y allí está, impreso! Una ruega que los lectores no crean en lo que leen en algunos de esos diarios.

—Soy nuevo en esto, pero tengo una teoría.

— ¿Cuál es? —preguntó ella.

Le conté mi idea de que las celebridades eran ejemplos a observar por el resto de nosotros, mientras el mundo las sometía a prueba. No sonaba tan claro como lo dicho por ella.

Torció la cabeza hacia arriba y me sonrió. Noté que, al ponerse el sol, sus ojos cambiaban de color: eran mar-y-luna.

—Es una linda teoría. Ejemplos —dijo—. Pero todo el mundo es un ejemplo, ¿no te parece? ¿Acaso no somos todos un retrato de lo que pensamos, de todas las decisiones que hemos tomado hasta ahora?

—Cierto. Pero no conozco a todo el mundo; los demás no me interesan, a menos que los conozca personalmente, haya leído algo sobre ellos o los vea en alguna pantalla. Hace

http://biblioteca.d2g.com/

tiempo vi algo por televisión: un científico investigaba sobre qué hace sonar a un violín de ese modo. Y pensé: ¿Para qué necesita el mundo eso? Hay millones de personas muriendo de hambre. ¿Para qué las investigaciones sobre los violines? Y entonces pensé que no. El mundo necesita modelos, gente que lleve una vida interesante, que aprenda cosas, que cambie la música de nuestra época. ¿Qué hace la gente cuando no sufre pobreza, crímenes, guerra? Necesitamos saber de personas que hayan hecho las elecciones que también nosotros podemos hacer, para convertirnos en seres humanos. De lo contrario, podemos tener toda la comida del mundo ¿y con eso qué? ¡Modelos! ¡Nos encantan! ¿No te parece?

—Supongo que sí —dijo ella—. Pero no me gusta esa palabra, modelo.

— ¿Por qué? —pregunté. Y de inmediato adiviné la respuesta. — ¿Eras modelo, antes?

— Si, en Nueva York —respondió ella, como si fuera un secreto vergonzoso.

—¿Y qué tiene de malo? ¡Una modelo es un ejemplo público de belleza especial!

—Eso es lo que tiene de malo. Es difícil vivir a la altura de esa imagen. A María Estrella le da miedo.

— ¿Por qué? ¿Qué cosa le da miedo?

—María llegó a ser actriz porque en el estudio la encontraron muy bonita, y desde entonces tiene miedo de que el mundo descubra que no es tan bonita, que nunca lo fue. Ser modelo es muy feo. Cuando dices que ella es un ejemplo público de belleza, para ella es peor.

—¡Pero Leslie, si tú eres hermosa! —enrojecí—. Bueno, no hay ninguna duda de que eres... de que eres... sumamente atractiva...

—Gracias, pero lo que digas no importa. Lo que digas a ella no importa. María cree que la belleza es una imagen creada para ella por otra persona. Y es prisionera de la imagen. Hasta cuando va al mercado tiene que estar bien maquillada y elegante. Si no, alguien la va a reconocer, de seguro, y después dirá a sus amigos: " ¡Si la vieras personalmente! ¡No es ni remotamente tan bonita como uno cree!" Y María los habrá desilusionado. —Volvió a sonreír, algo triste. —Todas las actrices de Hollywood, todas las mujeres hermosas que conozco, viven *fingiendo* ser hermosas y temen que el mundo descubra la verdad, tarde o temprano.

Yo también.

Sacudí la cabeza.

—Es una locura. Están todas locas.

—El mundo entero está loco, cuando de belleza se trata.

—Yo creo que tú eres hermosa.

—Y yo creo que tú eres loco.

—¿Es cierto —le pregunté— que las mujeres hermosas llevan una vida trágica?

Era lo que yo había sacado en conclusión de mi Mujer Perfecta con sus múltiples cuerpos. Tal vez no llegara a trágica, pero sí a difícil. Nada envidiable. Dolorosa.

Ella lo pensó por un momento.

—Si creen que su belleza es ellas mismas —dijo—,se están buscando una vida vacía. Cuando todo depende del aspecto exterior, una se pierde mirándose al espejo y jamás se encuentra a sí misma.

http://biblioteca.d2g.com/

—Tú pareces haberte encontrado a ti misma.
—Si algo encontré no fue por ser hermosa.
—Cuéntame.
Lo hizo y yo escuché, el asombro convirtiéndose en estupefacción. La Leslie que ella había encontrado no estaba en las películas, sino en el movimiento pacifista, en la oficina de conferenciantes que ella había formado y dirigido. La verdadera Leslie Parrish pronunciaba discursos, libraba campañas políticas, luchaba contra un gobierno norteamericano decidido a guerrear en Vietnam.
Mientras yo piloteaba aviones de combate en la Fuerza Aérea, ella estaba coordinando marchas pacifistas en la Costa Oeste.
Por haber osado oponerse a la institución de la guerra, fue atacada por la ley con gases lacrimógenos y asaltada por bandas derechistas. Más adelante siguió, organizando actividades cada vez mayores, enormes colectas.
Había ayudado a elegir congresales y senadores, y hasta al nuevo alcalde de Los Ángeles. Había sido delegada ante las convenciones presidenciales.
Era cofundadora de KVST-TV, una emisora de televisión de Los Ángeles en la que se incluyeron poderes especiales para las minorías sojuzgadas de la ciudad; al hacerse cargo de la televisora como presidente, la empresa estaba en dificultades, fuertemente endeudada y sin contar con un solo día más de paciencia por parte de los acreedores. Las facturas se pagaron, a veces con el dinero que ella ganaba trabajando en el cine, y la televisora sobrevivió. Comenzó a prosperar. La gente observaba y escribía artículos en todo el país sobre el noble experimento. Con el éxito vino la lucha por el poder. La llamaron rica racista; fue despedida por los sojuzgados. La KVST se retiró del aire el día en que ella se marchó; nunca más volvió a transmitir. Aun en el presente, me dijo, no podía ver la pantalla en blanco en Canal 68 sin sentir dolor.
María Estrella pagó los gastos de Leslie Parrish. Devota desfacedora de entuertos y cambiadora de mundos, Leslie había ido sola a reuniones políticas, a horas avanzadas de la noche, en sectores de la ciudad por los que yo no me animaba a pasar en avión a mediodía. Formó parte de piquetes por los trabajadores agrícolas, manifestó por ellos, por ellos juntó dinero. Miembro de la resistencia no violenta, se había arrojado a algunas de las batallas más violentas de la Norteamérica moderna.
Sin embargo, se negaba a filmar escenas de desnudo. "No me sentaría desnuda entre mis amigos, en mi propia sala, un domingo por la tarde; ¿por qué debo hacerlo con un grupo de desconocidos en un estudio de filmación? Para mí, hacer algo tan poco natural por dinero habría sido prostitución."
Cuando todos los papeles cinematográficos tuvieron su escena de desnudo, dejó la carrera en el cine y pasó a la televisión.
Yo la escuchaba como si el inocente pavo real que tocara en una pradera se hubiese convertido en las fogaratas del infierno.
—Cierta vez había una manifestación en Torrance, una marcha por la paz —dijo—. Estaba todo planeado, teníamos la autorización. Unos pocos días antes nos avisaron que los locos derechistas iban a disparar contra uno de nuestros líderes si nos atrevíamos a manifestar allí. Era demasiado tarde para cancelarlo...
—No es demasiado tarde para cancelarlo —dije yo—. ¡No vayan!

https://biblioteca.d2g.com/

—No teníamos tiempo. Iba a venir demasiada gente, a la que no se le podía avisar a último momento. Si aparecían unos pocos, solos contra esos locos, eso iba a ser un asesinato. Así que llamamos a los periódicos y a las redes de televisión; les dijimos: " ¡Vengan a ver cómo nos matan en Torrance!" Y manifestamos, tomados del brazo con el hombre al que habían amenazado con matar; lo rodeamos todos y manifestamos. Para llegar a él habrían tenido que matar a todo el mundo.

—Y tú... ¿Dispararon contra ustedes?

—No. Matarnos en cámara no era parte de su plan, supongo. —Suspiró al recordar. —¡Qué malos tiempos aquéllos!, ¿no?

No se me ocurrió nada que decir. En ese momento, de pie en la fila, tenía bajo mi brazo a una persona rara en mi vida: un ser humano al que admiraba totalmente.

Yo, el retraído, estaba pasmado por el contraste entre nosotros. Si otros querían luchar y morir en la guerra o protestando contra la guerra, yo había decidido que estaban en su derecho. El único mundo que me importa es el mundo del individuo, el que cada uno crea para sí. Antes hubiera tratado de cambiar la historia que dedicarme a la política, tratar de convencer a otros para que escribieran cartas, votaran, manifestaran o hicieran cualquier cosa que no tuvieran ya ganas de hacer.

Ella es tan diferente... ¿Por qué, entonces, este tremendo respeto?

—Estás pensando algo muy importante —dijo ella, con una importante arruga en el ceño.

—Sí. Cierto. Muy cierto. —En ese momento la conocía tan bien, la quería tanto, que le dije de qué se trataba. —Estaba pensando que es la diferencia misma entre nosotros lo que te convierte en mi mejor amiga.

—¿Eh?

—Tenemos pocas cosas en común: el ajedrez, la crema de chocolate, la película que ambos queremos hacer... Pero en cualquier otro aspecto somos tan diferentes que no eres una amenaza para mí, como otras mujeres. Ellas, a veces, tienen en la mente la esperanza de casarse. Para mí, con un matrimonio fue suficiente. Nunca más.

La cola avanzó un poquito. En menos de veinte minutos estaríamos dentro del cine.

—A mí me pasa lo mismo —dijo ella, riendo—. No quiero ser una amenaza para ti, pero ésa es otra de las cosas que tenemos en común. Yo me divorcié hace mucho tiempo. Antes de casarme apenas había salido con alguien, así que, después del divorcio, me dediqué a salir con hombres y hombres y más hombres. Es imposible conocer a alguien de ese modo, ¿no te parece?

Se puede conocer un poquito, pensé, pero mejor oigamos lo que piensa ella.

—He salido con algunos de los hombres más inteligentes, encantadores y ricos del mundo entero —dijo—, pero no me hicieron feliz. Casi todos pasan a buscarte con un auto más grande que tu casa, vestidos con la ropa adecuada, para llevarte al restaurante adecuado al que también va toda la gente adecuada, y te sacan fotografías y todo parece muy emocionante, divertido y ¡adecuado! Yo me decía: "Preferiría ir a un buen restaurante y no al adecuado, usar la ropa que me gusta y no lo que los diseñadores consideran *in* este año. Sobre todo, prefiero una tranquila conversación o ir a caminar por el bosque." Diferentes valores, supongo. Tenemos que manejarnos con una moneda que tenga sentido para nosotros —dijo—; de lo contrario, todo el éxito del mundo no nos hará bien, no nos dará felicidad. Si alguien prometiera pagarte un millón de cualquier cosa por cruzar la

https://biblioteca.d2g.com/

calle, y los cualquier cosa no tuvieran ningún valor para ti, ¿cruzarías la calle?
Aunque te prometieran cien millones de cualquier cosa, ¿qué? Yo pensaba así con respecto a casi todo aquello a lo que se les da mucho valor en Hollywood. Como si me estuviera manejando con cualquier cosa. Tenía todo lo adecuado, pero de algún modo me sentía vacía, no lograba interesarme. ¿Cuánto vale cualquier cosa?, me preguntaba. Vivía temiendo que, si seguía concertando citas, tarde o temprano ganaría el premio mayor de la lotería por millones de cualquier cosa.
— ¿A qué te refieres?
—A que me casaría con el señor Adecuado. Me pondría la ropa adecuada por el resto de mi vida, recibiría en mi casa a toda la gente adecuada en fiestas adecuadas: las fiestas de él. Él sería mi trofeo y yo, el suyo. Pronto empezaríamos a quejarnos de que nuestro matrimonio había perdido sentido, de que ya no había tanta intimidad entre nosotros... cuando en realidad nunca habíamos gozado de sentido ni de intimidad. Son dos las cosas a las que doy mucho valor: la intimidad y la capacidad de regocijarse; al parecer, no figura en la lista de los demás. Me sentía extranjera en una tierra extraña, y decidí que era mejor no casarme con los naturales del lugar. Esa es otra de las cosas que abandoné: las citas amorosas. Y ahora —dijo—, ¿quieres saber un secreto?
—Dime.
—¡Ahora prefiero estar con mi amigo Richard antes que salir con quien sea!
— ¡Ohhhh! —dije, y la abracé por eso, un tímido apretón con un solo brazo.
Leslie era algo único en mi vida: una hermosa hermana por quien yo sentía confianza y admiración, con quien pasaba noche tras noche ante un tablero de ajedrez, pero ni un solo instante en la cama.
Entonces le hablé de mi mujer perfecta, de lo bien que funcionaba la idea en mi caso. Me di cuenta de que no estaba de acuerdo, pero me escuchó con interés. Antes de que pudiera contestar, la cola entró en el cine.
Ya dentro del vestíbulo, lejos del frío, retiré el brazo y no volví a tocarla.
La película que vimos esa noche fue una que veríamos once veces antes de terminar el año. En ella había una gran criatura peluda, de ojos azules, proveniente de otro planeta, copiloto en una nave espacial estropeada. A esa criatura se la llamaba *wookie.* Lo amamos coma si nosotros mismos fuéramos dos wookies, con nuestro propio ídolo en pantalla.
En mi siguiente vuelo a Los Ángeles, Leslie me esperaba en el aeropuerto. En cuanto salí de la cabina me entregó una caja atada con cinta y moño.
—Como sé que detestas los regalos —dijo—, te traje uno.
—Yo nunca te hago regalos —gruñí, simpáticamente—. Ese es mi regalo para ti: no hacerte ninguno. ¿Por qué...?
— Ábrelo —dijo.
— Está bien. Por esta vez lo abro, pero...
—Ábrelo —insistió, impaciente.
El regalo era una máscara de wookie hecha con pelo de látex, tipo pasamontañas, con agujeros a la altura de los ojos y dientes parcialmente descubiertos: un perfecto retrato de nuestro héroe cinematográfico.
—Leslie... —dije. Me encantaba.
—Ahora puedes excitar a todas tus amigas con esa cara peluda y suave. Pontéela.

http://biblioteca.d2g.com/

¿Aquí, en el aeropuerto y en público, quieres que...?
—¡Oh, póntela! Hazlo por mí.
A fuerza de encanto había derretido mi hielo. Me puse la máscara para complacerla, la obsequié con uno o dos rugidos de wookie, y ella rió hasta las lágrimas. Yo también reí tras la máscara, pensando en cuánto la quería.
—Vamos, wookie —dijo ella, limpiándose las lágrimas, mientras me tomaba impulsivamente de la mano—. Vamos a llegar tarde.
Fiel a su palabra, se hizo cargo del volante hasta llegar a la MGM, donde estaba terminando una película para televisión. Por el camino vi que la gente me miraba asustada, así que me quité la máscara.
Para quien nunca había estado en un escenario de grabación, era como haber sido invitado al satélite Complejidad, que giraba en torno del planeta Fecha-Tope. Cables. Tarimas, vigas, cámaras, plataformas rodantes, vías, escalerillas, pasarelas y luces... un cielorraso tan incrustado de enormes y pesadas luces que las vigas parecían condenadas a quebrarse, allá arriba. Había hombres por doquier, forcejeando con el equipo para ponerlo en posición, ajustándolo o encaramados a él, esperando el siguiente timbre o el destello luminoso.
Ella salió de su camarín vestida con un traje de lamé dorado, o la mayor parte de él, y se deslizó hacia mí por entre los cables y las tramas del suelo, como si fueran diseños de una alfombra.
— ¿Ves bien desde aquí?
—Por supuesto.
Yo me retorcía bajo la mirada de los utileros que la observaban; ella no les prestaba atención. Yo me sentí nervioso, tímido, como un caballo de la pradera en una jungla tropical; ella, como en su casa. Yo tenía la sensación de que la temperatura andaba por los cuarenta grados; ella estaba fresca, tranquila y despejada.
—¿Cómo haces? ¿Cómo puedes actuar en medio de todo esto, con todo el mundo mirando? Yo pensaba que actuar era algo privado, algo como...
—¡AHI VAMOS! ¡ATENCION!
Los dos hombres entraban apresuradamente al escenario con un árbol. Si ella no me hubiera tocado en el hombro para hacerme dar un paso al costado, la rama me habría hecho atravesar el costado de una calle pintada
Me miró, miró lo que para mí era un caos.
—Vamos a tener que esperar muchísimo mientras preparan los efectos especiales —dijo—. Ojalá no te aburras.
—¿Aburrirme? ¡Esto es fascinante! Y tú... tan fresca... ¿No te pones ni un poquitito nerviosa por hacerlo bien?
Desde la pasarela que cruzaba por sobre nosotros, un electricista miró hacia abajo y comentó en voz alta, de punta a punta del techo.
—¡Qué claras se ven hoy las montañas, George! ¡Bellísimas! Ah, qué tal, señorita Parrish, ¿cómo le va, allá abajo?
Ella levantó la vista y apretó el escote de lamé dorado contra el seno.
—Sigan con lo suyo, ustedes —rió—. ¿No tienen otra cosa que hacer?
El electricista me guiñó un ojo y sacudió la cabeza.

https://biblioteca.d2g.com/

—Son las compensaciones del que trabaja!
Ella siguió, sin siquiera fruncir el ceño.
—El productor está nervioso. Llevan un día y medio de demora. Tal vez nos quedemos hasta tarde, esta noche, para compensar agregando horas. Si te cansas y yo estoy en medio de algo, corre al hotel, que yo te llamaré después, si no se hace demasiado tarde.
—Dudo que me canse. Pero no dejes que te distraiga, si quieres estudiar tus parlamentos...
Ella sonrió.
—No hay problema —dijo, mirando hacia el escenario—. Tengo que ir hacia allá. Que te diviertas.
Junto a la cámara, un hombre gritó:
—¡Primer equipo! ¡A sus lugares, por favor!
¿Cómo era posible que ella no estuviera siquiera algo tensa por la necesidad de recordar su papel? Yo puedo dar gracias si recuerdo cosas escritas por mí mismo sin leerlas muchas veces. ¿Y ella no se ponía nerviosa, con tanto a memorizar?
Se inició la grabación: una escena, otra, otra más. Ni una sola vez miró ella su libreto. Yo me sentía como si fuera un espíritu amistoso, observando el papel que ella representaba en el drama, sobre el escenario. No olvidó una línea. Mientras la veía trabajar estaba observando a una amiga que, al mismo tiempo, era una desconocida. Sentía una aprensión curiosa y cálida: ¡Mi propia hermana, en medio de luces y cámaras!
¿Cambia esto mis sentimientos hacia ella, pensé, verla allí?
Sí. Algo mágico está ocurriendo. Ella posee habilidades y poderes que yo nunca aprendí, que jamás aprenderé. No me habría gustado menos de no ser actriz, pero me gusta más por serlo. Para mí siempre ha existido cierta electricidad, cierto placer en encontrarme con personas capaces de hacer lo que yo no puedo. Que Leslie fuera una de ellas me daba placer, por cierto.

Al día siguiente, en su oficina, le pedí un favor.
—¿Me prestas el teléfono? Quiero llamar a la Sociedad de Escritores...
—Cinco, cinco, cero, mil —dijo, distraídamente, mientras empujaba el teléfono hacia mí, sin dejar de leer una propuesta financiera llegada de Nueva York.
— ¿Qué es eso?
Levantó la vista.
—El número telefónico de la Sociedad de Escritores.
—¿Lo sabes de memoria?
—Aja.
— ¿Y cómo es eso?
—Sé muchísimos números. —Volvió a la propuesta.
— ¿Qué quiere decir "Sé muchísimos números"?
—Que sé muchísimos números —respondió ella, dulcemente.
—¿Y si quisiera llamar... a los estudios Paramount? —pregunté, suspicaz.
—Cuatro, seis, tres, cero, cien.
La miré de reojo.

http://biblioteca.d2g.com/
¿Un buen restaurante?
—El Magic Pan es bueno. Tiene una sección para no fumadores. Dos, siete, cuatro, cinco, dos, dos, dos.
Tomé la guía de teléfonos y busqué un abonado. —Sindicato de Actores en Pantalla —dije.
—Ocho, siete, seis, tres, cero, tres, cero. —Estaba bien
Comencé a comprender.
—No me digas que tienes... Leslie, el libreto de ayer. ¡No me digas que tienes memoria fotográfica! ¿Te has memorizado... toda la guía de teléfonos?
—No, no tengo memoria fotográfica —dijo—. No veo, sólo recuerdo. Mis manos recuerdan los números. Pregúntame un número y mírame las manos.
Abrí el enorme libro, volví páginas.
— ¿Ciudad de Los Ángeles, despacho del alcalde?
—Dos, tres, tres, uno, cuatro, cinco, cinco.
Los dedos de su mano derecha se movían como si estuviera marcando un número en un teléfono a botonera, pero al revés, sacando los números en vez de ponerlos.
—Dennis Weaver, el actor.
—Una de las personas más dulces de Hollywood. ¿El número de su casa?
—Sí.
—Prometí que jamás lo daría. ¿Y si te doy el de *The Good Life*, el almacén de productos dietéticos de su esposa?
—Bueno.
—Nueve, ocho, seis, ocho, siete, cinco, cero.
Busqué el número; por supuesto, estaba bien otra vez.
—¡Leslie, me estás asustando!
—No te asustes, wookie. Es sólo algo curioso que me pasa. Cuando era pequeña memorizaba música, y todas las matrículas de automóviles de la ciudad. Cuando llegué a Hollywood empecé a memorizar libretos, pasos de baile, números de teléfono, horarios, conversaciones, cualquier cosa. El número de tu lindo jet amarillo es Uno Cinco Cinco Equis. El teléfono de tu hotel es el dos, siete, ocho, tres, tres, cuatro, cuatro. Tu cuarto, el dos, uno, ocho. Anoche, cuando salíamos del estudio, me dijiste: "Hazme acordar que te cuente de mi hermana, la que está en el espectáculo."
Yo pregunté: "¿No puedo recordártelo ahora?" Y tú dijiste: "Si, podrías, porque en realidad quiero hablarte de ella." Yo pregunté: " ¿La conoz...? —Se interrumpió, riéndose de mi estupefacción. —Me estás mirando como si fuera un fenómeno de circo, Richard.
—Lo eres. Pero me gustas, de cualquier modo.
—Tú también me gustas —dijo.
Ese mismo día, más tarde, mientras yo rescribía las últimas páginas de una obra para televisión en la máquina de Leslie, ella salió al jardín para atender sus flores. Aun en eso, qué diferentes éramos. Las flores son cosas bonitas sí, pero dedicarles tanto tiempo, hacer que dependan de uno, regarlas, alimentarlas, lavarlas y hacer por ellas todo lo que necesitan las flores... La dependencia no va conmigo Yo jamás sería jardinero. Ella jamás sería otra cosa.
Allí, entre las plantas de su oficina, había estantes de libros que reflejaban neblinas del arco iris que ella era.

http://biblioteca.d2g.com/

Por sobre el escritorio estaban las citas y las ideas que le interesaban.
Nuestro país, acertado o equivocado. Si acertado para mantenerlo así; si equivocado, para corregirlo. —Car. Schurz.
No fumar, aquí ni en ningún lado.
El hedonismo no es divertido.
Tiemblo por mi país cuando pienso que Dios es justo —Thomas Jefferson.
¿Y si dieran una guerra y nadie fuera?
Es la última frase era una cita de sí misma. La había hecho imprimir como calcomanía para pegar en los paragolpes. Después, el movimiento pacifista la había tomado para esparcirla, veloz como la televisión, por todo el mundo
Yo las estudiaba de tanto en tanto, entre párrafos de mi libreto. La conocía mejor con cada golpe de pala, con cada chasquido de las tijeras, con cada rasguño del rastrillo en su jardín y el apagado siseo del agua en las mangueras, que calmaba suavemente la sed de su familia floral.
Ella conocía y amaba a cada capullo por separado.
Diferente diferente diferente, pensé, concluyendo el último párrafo. Pero ¡caramba, cómo admiro a esa mujer ¿Cuándo tuve otra amiga como ella, a pesar de las diferencias?
Me levanté para desperezarme. Crucé la cocina hasta la puerta lateral, que daba al jardín. Estaba de espaldas a mí regando los canteros, con la cabellera recogida en una cola de caballo para trabajar. Me acerqué silenciosamente y me detuve a un par de metros. Ella le cantaba suavemente al gato.

*Pelusalorium, mi gato viejo,*
*te quiero mucho, nunca te dejo.*
*Si te vas tú, no vayas lejos...*

Por lo visto, al gato le gustaba la canción, pero era un momento demasiado íntimo para que yo estuviera allí, invisible, de modo que hablé como si acabara de llegar.
— ¿Cómo están tus flores?
Giró en redondo, con la manguera en la mano, los ojos como platillos azules, asustada de no estar sola en su jardín particular. La flor de su manguera estaba apuntada a la altura del pecho, pero graduada de modo que mojara un cono de un metro de diámetro, desde mi boca hasta mi cinturón. Ninguno de los dos dijo una palabra. Ninguno se movió, mientras la manguera vertía agua sobre mí, como si yo fuera un alto incendio escapado.
Estaba petrificada de susto: primero, por mis inesperadas palabras; luego, por lo que el agua estaba haciendo con mi chaqueta y mi camisa. Yo tampoco me movía, porque me parecía incorrecto gritar y echar a correr; además, esperaba que no pasara mucho tiempo sin que ella decidiera desviar el chorro, en vez de apuntarlo hacia mi traje de calle.
Por la forma en que la escena permanece grabada en mí hasta el día de hoy, era como si ella hubiera manejado una chorreadora de arena: el sol, el jardín a nuestro alrededor, sus ojos enorme estupefacción ante ese oso polar aparecido entre sus canteros, una manguera su única defensa. Probablemente pensaba: "Si una moja a un oso polar por el tiempo suficiente, acabará por girar en redondo y huir."

https://biblioteca.d2g.com/

Yo no me sentía en absoluto oso polar, exceptuando el agua helada que me caía encima, empapándome. Vi su horror, finalmente, por lo que estaba haciendo a lo que no era un oso polar, sino un socio, un amigo y huésped de su casa. Aunque todavía estaba petrificada por el espanto, recobró el dominio de la mano que sostenía la manguera y giró lentamente el agua hacia otro lado.

— ¡Leslie! —dije, en un silencio chorreante—. Era sólo yo...

Un segundo después lloraba de risa, sus ojos sorpresa irremediable, feliz, borroneada, implorando perdón. Riendo, sollozando, cayó contra mi chaqueta, que salpicaba agua desde los bolsillos.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 15

—Hoy llamó Kathy, desde Florida —dijo Leslie, volviendo sus piezas de ajedrez a sus lugares para iniciar otra partida—. ¿Es celosa?

—No puede ser —respondí—. Los celos no entran en mi acuerdo con las mujeres.

Fruncí el ceño para mis adentros; después de tantos años, todavía tengo que murmurar: "La reina sobre su propio color" para acomodar debidamente mis piezas.

—Quería saber si tienes alguna amiguita especial por aquí, ya que últimamente vienes tanto a Los Ángeles.

—Oh, vamos —dije—, estás bromeando.

—En serio.

—¿Qué le dijiste?

—Que no se preocupara, porque cuando estás aquí no sales con nadie y pasas todo el tiempo conmigo. Creo que quedó más tranquila, pero deberías revisar una vez más tu trato de celos —no con ella, para asegurarte.

Abandonó la mesa por un minuto, para estudiar su colección de grabaciones.

—Tengo la Primera de Brahms por Ozawa, por Ormandy y por Mehta. ¿Cuál prefieres?

—Lo que más te distraiga cuando juegas al ajedrez.

Ella pensó por un momento, eligió un *cassette* y lo deslizó en la intrincada electrónica de su sistema de sonido.

—Lo que más me inspira —corrigió—. Para distraerme tengo otras grabaciones.

Jugamos por media hora, una partida ardua desde el primer movimiento. Ella acababa de releer sus ideas modernas sobre aperturas en ajedrez, con lo cual me hubiera hecho polvo de no haber terminado yo Trampas, errores y giros bruscos, dos días antes. Jugamos casi hasta hacer tablas; luego, una brillante jugada de mi parte y la partida se tambaleó.

A mi modo de ver, sólo una jugada podía impedir el desastre. La única escapatoria de Leslie consistía en avanzar con un oscuro peón, para controlar el cuadrado oculto alrededor del cual yo había construido una delicada estratagema. Sin ese cuadrado, mis esfuerzos caerían en escombros.

Esa parte de mí que se toma el ajedrez en serio deseaba que ella descubriera la jugada, demoliera mi posición y me obligara a luchar por mi vida de madera tallada a mano (cuando mejor juego es cuando estoy entre la espada y la pared). Sin embargo, no lograba imaginar cómo iba a recobrarme si ella bloqueaba ese esquema.

La parte de mí que toma el ajedrez como un mero juego esperaba que ella no la viera, pues la estrategia que yo tenía preparada era muy bonita y elegante. El sacrificio de la reina y cinco jugadas más para llegar a jaque mate.

Cerré los ojos por un minuto, mientras ella estudiaba el tablero, y los volví a abrir, impactado por un notable pensamiento.

Frente a mí tenía una mesa y una ventana llena de color, más allá, los parpadeos crepusculares de Los Ángeles, los restos de junio desvaneciéndose en el mar. Recortada contra los parpadeos y el color estaba Leslie, nublada por la cavilación, tan quieta como un venado alerta sobre un tablero de ajedrez, miel y crema fundidas en las sombras de un atardecer aún por llegar. Una visión cálida y suave, pensé. ¿De dónde vino, quién es el responsable de ella?

https://biblioteca.d2g.com/

Una rápida trampita de palabras, una red de tinta y libreta de bolsillo sobre la idea, antes de que desaparezca.
De tanto en tanto, escribí, es divertido, cerrar los ojos y, en esa oscuridad, decirnos: "Yo soy el hechicero, y cuando abra los ojos veré un mundo que he creado yo, y por el cual sólo yo soy completamente responsable." Lentamente, luego, los párpados se levantan como telones, descubriendo el centro del escenario. Y allí, claro está, aparece nuestro mundo, tal como lo construimos.
Escribí eso a toda velocidad, en la luz mortecina. Después cerré los ojos e hice la prueba una vez más: "Yo soy el hechicero..." Lentamente, volví a abrir los ojos.
Codos sobre la mesa de ajedrez, rostro apoyado en las manos, vi a Leslie Parrish, ojos grandes y oscuros mirando directamente a los míos.
—¿Qué escribió el wookie? —dijo.
Se lo leí.
—Esa pequeña ceremonia —dije— es un modo de recordarnos quién es el que dirige el espectáculo.
Ella lo intentó.
—Yo soy la hechicera... —Al abrir los ojos sonrió. — ¿Eso acaba de ocurrírsete ahora?
Asentí.
—Entonces, ¿yo te he creado? —insistió ella—. ¿Soy la responsable de que estés en el escenario? ¿Y las películas, los helados, las partidas de ajedrez, las conversaciones?
Volví a asentir, diciendo:
—¿No te parece que sí? Tú eres la causa de mí-tal-cómo-me-conoces. En el mundo entero no hay otra persona que conozca al Richard que está en tu vida. Y nadie conoce a la Leslie que está en la mía.
—Es una linda nota. ¿Me leerías otras? ¿O es una indiscreción pedirlo?
Encendí una luz.
—Me alegro de que lo comprendas: estas notas son muy personales.
Lo dije con ligereza, pero era verdad. ¿Sabía ella, acaso, que eso era otra cinta de confianza entre ambos? Primero, que ella, tan respetuosa de mi intimidad, pidiera conocer las notas; segundo, que yo se las leyera. Tuve la impresión de que ella lo sabía muy bien.
—Aquí hay algunos títulos para libros —dije—. *Plumas esponjadas: un observador de pájaros descubre un escándalo nacional. Este podría dar pie a cinco tomos: ¿Qué excita sexualmente a los patos?*
Volví la página, me salteé una lista de mercado, volví otra página.
*—Miremos un espejo; una cosa es segura: lo que vemos no es lo que somos. Eso fue después de tu charla sobre los espejos, ¿recuerdas? Cuando miramos hacia atrás, nuestros días han pasado en un relámpago. El tiempo no dura y nadie va a vivir mucho tiempo. ALGO sirve de puente sobre el tiempo. ¿Qué, qué, qué?*
—Se nota que no todos están terminados todavía.
*—El mejor modo de pagar un momento encantador es disfrutarlo.*
*Lo único que hace añicos los sueños es el término medio. ¿Por qué no tratar de vivir como si fuéramos sumamente inteligentes? ¿Cómo viviríamos si fuéramos espiritualmente avanzados?*
Llegué a la primera página de la notas correspondientes a ese mes.

https://biblioteca.d2g.com/

*¿-¿Cómo salvar las ballenas? ¡COMPRÁNDOLAS! Si compráramos las ballenas y las convirtiéramos en ciudadanas norteamericanas, francesas, australianas o japonesas, ningún país del mundo se atrevería a ponerles la mano encima.*

Levanté los ojos para mirarla, por sobre la libreta. —Eso es todo por este mes —dije.

— ¿Comprándolas? —repitió ella.

—Todavía no he solucionado los detalles. Cada ballena llevaría la bandera del país al que pertenece, como si fuera una especie de pasaporte gigantesco. Impermeable, por supuesto. El dinero de la venta de ciudadanía irá a un gran Fondo para las Ballenas, o algo así. Podría dar resultado.

— ¿Y qué haces con ellas?

—Dejarlas en libertad de ir donde quisieran, de criar ballenitas...

Ella se echó a reír.

—Te preguntaba qué hacías con las notas.

—Ah. Al terminar cada mes vuelvo a leerlas y veo qué están tratando de decirme. Tal vez algunas terminen en un cuento o en un libro, tal vez no. Ser una nota es llevar una vida muy incierta.

—Estas notas de esta noche, ¿te dicen algo?

—Todavía no sé. Un par de ellas están diciendo que no sé a ciencia cierta si este planeta es mi hogar. ¿Nunca tuviste la sensación de ser turista en la tierra? Vas caminando por una calle y de pronto la ves como una postal móvil a tu alrededor. *Así vive la gente, en grandes cajas con forma de casas, para guarecerse de "viento" y "lluvia", con agujeros abiertos en los costados para ver hacia afuera. Se trasladan en cajas más pequeñas, pintadas de diferentes colores, con ruedas en las esquinas. Necesitan esta cultura cajística porque cada persona se imagina encerrada en una caja llamada "cuerpo", con brazos y piernas, dedos para mover lápices y herramientas, idiomas porque han olvidado cómo comunicarse, ojos porque han olvidado cómo ver. Extraño planetita. Ojalá estuvieras aquí. Vuelvo pronto.*

¿Nunca te pasó?

—De vez en cuando. Pero así no —respondió ella.

—¿Puedo traerte algo de la cocina? —pregunté—. ¿Una galleta o algo así?

—No, gracias.

Me levanté en busca del frasco de galletitas, puse una inclinada torre de granizados de chocolate en un plato, para cada uno de nosotros.

— ¿Leche?

—No, gracias.

Llevé a la mesa las galletitas y la leche.

—Las notas son recordatorios. Me ayudan a recordar que soy turista en la tierra, me recuerdan qué extrañas costumbres tienen aquí, y cuánto me gusta el lugar. Cuando hago eso, casi puedo recordar cómo es el sitio de donde vinimos. Hay un imán que está tirando de nosotros, tirando de nosotros contra la cerca que marca el límite de este mundo. Tengo la extraña sensación de que provenimos del otro lado de la cerca.

Leslie tenía preguntas al respecto; también tenía respuestas que a mí no se me habían ocurrido. Conocía un mundo-como-debería-ser, y yo le aposté a que era un mundo-como-es sin guerras, en alguna dimensión paralela. La idea nos divirtió y fue derritiendo el reloj.

http://biblioteca.d2g.com/

Tomé una galletita de chocolate, la imaginé caliente, la ataqué con suavidad. Leslie se recostó en el asiento con una curiosa sonrisita, como si le interesaran mis notas, los pensamientos que a mí me resultaban tan fascinantes.
— ¿Hemos hablado ya de la literatura? —pregunté.
—No. —Al fin alargó la mano hacia una galletita, quebrada su resistencia por la paciente e implacable proximidad de su bocado favorito. —Me encantaría escucharte. Apuesto a que comenzaste a escribir siendo muy joven.
Qué extraño, pensé. ¡Quiero que ella sepa quién soy!
—Sí. En casa, cuando yo era niño, libros por doquier. Cuando aprendí a gatear había libros a la altura de mi nariz. Cuando pude ponerme de pie, había libros hasta donde me daba la vista, hasta donde yo no podía llegar. Libros en alemán, latín, hebreo, griego, inglés y castellano. Mi padre era ministro religioso; se crió en Wisconsin hablando en alemán; aprendió inglés a los seis años, estudió los idiomas de la Biblia y todavía los habla. Mi madre trabajó en Puerto Rico por muchos años. Papá leía cuentos en alemán y me los traducía en tanto iba leyendo; mamá me hablaba en castellano aunque yo no comprendiera, así que me crié casi inmerso en palabras. ¡Delicioso!
"Me encantaba abrir los libros para ver cómo empezaba. Los escritores crean libros tal como nosotros escribimos vidas. Un escritor puede conducir a cualquier personaje, a cualquier acontecimiento, con cualquier propósito, para demostrar cualquier cosa. ¿Qué hace este escritor, o este ogro, quería saber yo, con una Página Uno en blanco? ¿Qué le hacen a mi mente y a mi espíritu cuando leo sus palabras? ¿Me aman, me desprecian o no se ocupan de mí? Descubrí que algunos autores son cloroformo, pero otros, tréboles y jengibre.
"Después fui a la secundaria, aprendí a odiar nuestra gramática y me aburrí tanto de ella que bostezaba setenta veces en una clase de cincuenta minutos y salía, al final, cacheteándome para despertarme. En el último año, en la escuela secundaria Woodrow Wilson, de Long Beach, California, elegí Creación Literaria para escapar al tormento de la literatura inglesa. Sala cuatro diez, era. Creación Literaria, sexta hora."
Ella apartó la silla de la mesa, escuchando.
—El profesor de esa materia era John Gartner, el instructor de fútbol. Pero John Gartner, Leslie, también era escritor. ¡Un verdadero escritor, de carne y hueso! Escribía cuentos y artículos para revistas de deporte, y libros para adolescentes: *Rock Taylor, adiestrador de fútbol; Rock Taylor, adiestrador de béisbol.* Un oso, era; medía cerca de uno noventa y dos, y las manos eran así de grandes; rudo, justo, divertido y colérico, a veces. Nosotros sabíamos que le encantaba su trabajo y que nos amaba.
De pronto me apareció una lágrima en el ojo; la enjugué rápidamente, pensando qué extraño, no había pensado en John Gartner, el Grandote... Hace diez años que murió y sólo ahora siento esta cosa rara en la garganta. Continué apresuradamente, en la esperanza de que ella no se diera cuenta:
—"Bueno, muchachos' nos dijo el primer día. "Ya sé que están aquí para no estudiar Literatura Inglesa." Entre nosotros circuló cierto murmullo culpable y la clase desvió a medias la vista. "Permítanme decirles", continuó, "que si alguien quiere sacar sobresaliente en la libreta de calificaciones, el único modo es mostrarme un cheque por una obra literaria que haya escrito y vendido este semestre." Se oyó un coro de gruñidos,

https://biblioteca.d2g.com/

gemidos y aullidos: "Oh, señor GARTNER eso no es justo, pobrecitos nosotros, estudiantes de secundaria, cómo quiere que... ¡Eso no es JUSTO, señor Gartner!" Que él silenció con una palabra que sonaba como GROUL.

"No tiene nada de malo sacar Distinguido. Distinguido es más que Bueno. Y ustedes pueden ser más que Buenos sin vender lo que escriban, ¿no? Pero Sobresaliente es Superior. ¿No están de acuerdo en que, si venden lo que han escrito, será Superior y, por lo tanto, merecerán un Sobresaliente?"

-Tomé la penúltima galletita de mi plato.

— ¿Estoy contándote más de lo que deseas saber? —le pregunté—. Sé franca.

—Cuando quiera que te calles te lo diré —aseguró ella—. Mientras no te lo diga, sigue, ¿quieres?

—Bueno. En aquellos tiempos yo me preocupaba mucho por las calificaciones.

Ella sonrió, recordando las libretas de calificaciones.

—Escribí mucho y envié artículos y cuentos a periódicos y revistas. Justo antes de que terminara el semestre envié un cuento al suplemento dominical del *Long Beach Press-Telegram*, sobre un club de astrónomos aficionados: *"Ellos conocen al hombre de la luna"*

" ¡Imagínate la sorpresa! Llego de la escuela, entro con el cubo de desperdicios de la calle, doy de comer al perro y mamá me entrega la carta del Press-Telegram. , ¡Hielo instantáneo en todas las venas! La abro temblando, me trago las palabras, comienzo otra vez a leer desde el principio. ¡Compraron mi cuento! ¡Adjuntan cheque por veinticinco dólares!

"No puedo dormir, no veo la hora de que abra la escuela, por la mañana. Por fin abre, por fin la sexta hora, y lanzo dramáticamente el cheque en su escritorio, ¡JUOMP!, " ¡Ahí tiene su cheque, señor Gartner!"

"La cara... la cara se le enciende y me estrecha la mano de tal modo que no puedo moverla por una hora. Entonces anuncia a la clase que Dick Bach vendió un artículo, con lo cual me hace sentir reducido a medio centímetro de altura. Me saqué un Sobresaliente en Creación Literaria, sin más esfuerzos. Y supongo que ése es el final del cuento.

Me quedé pensando en ese día... ¿veinte años antes o ayer? ¿Qué pasa con el tiempo en nuestra mente?

—Pero no lo fue —dijo ella.

— ¿No fue qué?

—El final de la historia.

-No. John Gartner nos enseñó qué era un escritor. Estaba trabajando en una novela sobre los profesores. Grito de septiembre. No sé si la habrá terminado antes de morir...

Una vez más, un extraño endurecimiento en la garganta; me pareció mejor seguir, terminar la historia y cambiar de tema.

—Todas las semanas nos traía un capítulo de su libro, lo leía en voz alta y nos preguntaba cómo se lo podía escribir mejor. Era su primera novela para adultos. En ella había un relato de amor, y la cara se le ponía intensamente roja cuando leía partes de ella; reía y sacudía la cabeza en medio de una frase, si pensaba que era demasiado auténtica y delicada para que un adiestrador de fútbol la compartiera con su clase de literatura. Le costaba mucho escribir sobre las mujeres. Cada vez que se alejaba demasiado de los deportes y la vida al aire libre, se percibía en su modo de escribir; hablar de mujeres era

https://biblioteca.d2g.com/

pisar hielo delgado. Por eso lo criticábamos con saña; le decíamos: "Señor Gartner, la señorita parece mucho menos real que Rock Taylor. ¿No hay algún modo de que usted pueda mostrárnosla en vez de contárnosla?"

"Entonces él aullaba de risa y se secaba la frente con el pañuelo. Y estaba de acuerdo, estaba de acuerdo. Porque eso era lo que John el Grandote nos metía siempre en la cabeza, golpeando con el puño sobre el escritorio. " ¡No me CUENTEN, MUESTRENME! ¡INCIDENTE! y ¡EJEMPLO!"

—Lo amabas mucho, ¿verdad?

Eliminé otra lágrima.

—Eh... era un buen profesor, pequeña wookie.

—Si lo amabas, ¿qué tiene de malo decir que lo amabas?

—Nunca lo pensé de ese modo. Pero lo amaba, sí. Y lo amo.

Y de pronto, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me encontré arrodillado frente a ella, rodeándole las piernas con los brazos, con la cabeza en su falda, sollozando por un profesor de cuya muerte me había enterado de quinta mano sin parpadear, años antes.

Ella me acarició la nuca.

—No importa —me dijo, suavemente—, no importa. El ha de estar muy orgulloso de ti y de tus libros. El también ha de amarte.

Qué sensación extraña, pensé. ¡Esto es llorar! Desde hacía mucho tiempo no hacía más que apretar los dientes y bajar acero contra el dolor. ¿Cuándo había llorado por última vez? Ya no lo recordaba. El día en que murió mi madre, un mes antes de que yo me hiciera cadete de aviación, para ganar mis alas en el adiestramiento para pilotos de la Fuerza Aérea. Desde el día en que me uní a la vida militar, práctica intensiva en control de emociones: Señor Bach, desde ahora en adelante usted saludará a las polillas y a las moscas. ¿Por qué saludará a las polillas y a las moscas? Saludará a las polillas y a las moscas porque ellas tienen alas y usted no. Hay una polilla en aquella ventana. Señor Bach, media vuelta: ¡FRENTE! Adelante: ¡MARCH! Y... al... ¡TO! Frente a la polilla: ¡FRENTE! Saa... ¡LUDO! Bórrese esa sonrisa de la boca, señor. Ahora pise esa sonrisa, mate esa sonrisa. ¡MATELA! Ahora recójala, llévela afuera y entiérrela. ¿Cree que este programa es broma? *¡Quién manda en sus emociones; Señor Bach!*

Esa era la médula de mi adiestramiento, eso era lo que importaba: ¿Quién manda?

¿Quién manda? ¡Yo! ¡Yo, el racional! Yo, el lógico, el que estudia, sopesa, juzga y escoge el modo de actuar, el modo de ser. Yo-el-racional nunca tengo en cuenta a Yo-el-emocional, esa despreciada minoría; nunca le permitía que tomara el volante.

Hasta esta noche, al compartir un fragmento de mi pasado con una hermana mejor amiga.

—Perdona, Leslie —dije, enderezándome, secándome la cara—. No me explico qué pasó. Nunca había hecho algo así. Lo siento mucho.

— ¿Nunca habías hecho qué? ¿Afligirte por que alguien hubiera muerto o llorar?

—Llorar, desde hace mucho tiempo.

—Pobre Richard... Tal vez debieras llorar con más frecuencia.

—No, gracias. No creo que mereciera mi propia aprobación si abusara de eso.

—¿Te parece mal que los hombres lloren?

Corrí la silla hacia atrás.

http://biblioteca.d2g.com/

—Que otros hombres lloren, si quieren, pero no creo que sea correcto para mí.
—Ah —dijo ella.
Sentí que estaba cavilando sobre eso, juzgándome. ¿Qué clase de persona podía fallar contra otra por no querer dominar sus emociones? Tal vez una mujer amante, mucho más experta que yo sobre las emociones y el modo de expresarlas. Al cabo de un minuto, sin dar su veredicto, dijo:
— ¿Y después qué pasó?
—Después abandoné el primer y último desperdicio de año en la universidad. Pero no fue un desperdicio. Seguí un curso de tiro con arco y allí conocí a Bob Keech, mi instructor de vuelo. La universidad fue una pérdida de tiempo, pero las lecciones de vuelo me cambiaron la vida. Pero dejé de escribir, una vez terminada la secundaria, hasta que salí de la Fuerza Aérea, me casé y descubrí que no duraba en ningún empleo. En ninguno. Me enloquecía de aburrimiento y renunciaba. Era mejor morir de hambre que vivir con él ¡stam! del reloj al marcar tarjeta, dos veces al día.
"Entonces, por fin, comprendí lo que nos había enseñado John Gartner: ¡Esto es lo que se siente al vender un cuento! Años después de su muerte, recibí su mensaje. Si el estudiante de secundaria pudo vender un cuento, ¿por qué no puede vender otros el adulto?
Me observaba a mí mismo con curiosidad. Nunca había hablado de ese modo con nadie.
—Así comencé a coleccionar notas de rechazo. Vendía uno o dos cuentos y ganaba un montón de rechazos, hasta que el bote literario se hundía y yo empezaba a pasar hambre. Entonces buscaba empleo como mensajero, fabricante de alhajas, dibujante o redactor técnico; lo conservaba hasta que no aguantaba más. Vuelta a escribir, a vender un cuento o dos, a juntar rechazos hasta que el bote se volvía a hundir. Buscaba otro trabajo... Una y otra vez. En cada oportunidad el bote literario se hundía más, hasta que al fin pude sobrevivir, a duras penas, y nunca miré mucho hacia atrás. Así llegué a ser escritor.
En el plato de ella había un montón de galletitas; en el mío, migajas. Me lamí la punta del dedo y toqué las migajas, comiéndolas en pulcro orden, una tras otra. Sin comentarios, siempre escuchando, ella pasó sus galletitas a mi plato, dejando una sola para sí.
—Siempre había querido llevar una vida de aventuras —dije—. Me costó mucho tiempo comprender que sólo yo podía darme una vida de aventuras. Por eso empecé a hacer las cosas que deseaba hacer y a escribir sobre ellas: cuentos para libros y revistas.
Leslie me estudiaba con atención, como si yo fuera un hombre al que ella había conocido mil años antes. De pronto me sentí culpable.
—Sigo y sigo —dije—. ¿Qué mal me has hecho? Ahora, si te digo que soy más escuchador que hablador, no me vas a creer.
—Los dos somos escuchadores —comentó, y los dos somos habladores.
—Mejor terminemos nuestra partida de ajedrez —dije—. Te tocaba jugar a ti.
Había olvidado mi elegante trampa; me llevó tanto tiempo recordarla como a ella estudiar su posición y mover.
No movió el peón que era esencial para su sobré vivencia. Me sentí entristecido y encantado. Al menos podría mostrarle mi maravillosa trampa satinada en el momento de cerrarse. Después de todo, esto es aprender, pensé, no el hecho de perder el juego, sino cómo lo perdemos, cómo nos cambia el perder, qué obtenemos de eso que no teníamos antes, para aplicarlo a otras partidas. Perder, de un modo extraño, es ganar.

https://biblioteca.d2g.com/

Aun así, una parte de mí se entristecía por ella. Mi reina avanzó y levantó a su caballo del tablero, aunque estaba custodiado. Ahora su peón tomaría a mi reina para el sacrificio. Anda, pequeño demonio, toma la reina y disfruta mientras puedas.

Su peón no comió a mi reina. En cambio, después de un momento, su alfil voló de una esquina del tablero a la otra. Sus ojos, en azul nocturno, observaron los míos, esperando la reacción.

—Jaque mate —susurró.

Me convertí en cenizas, incrédulo. Estudié lo que ella acababa de hacer, saqué mi libreta y escribí media página.

— ¿Qué escribiste?

—Un pensamiento nuevo, lindo —dije—. *Eso es aprender, después de todo: no el hecho de perder el juego, sino cómo lo perdemos, cómo nos cambia el perder, qué obtenemos de eso que no tuviéramos antes, para aplicarlo a otras partidas. Perder, de un modo extraño, es ganar.*

Estaba livianamente sentada en el sofá, sin zapatos, con los pies cómodamente recogidos bajo el cuerpo. Yo, sentado en el sillón de enfrente, puse con cuidado los zapatos sobre la mesa, para no dejar marcas en el vidrio.

Enseñar a Leslie a hablar jerigonza era como ver a un novato del esquí actuático cuando se pone de pie, en el primer tirón. Una vez captados los principios del lenguaje, lo habló. A mí me había costado días enteros, cuando niño, de descuidar el álgebra para dominarlo.

— Bupenopo, Lespelipi —dije—, ¿enpetipienpedespe lopo quepe espetoipo dipicienpendopo?

— Cipierpe... cipierpe... ¡tapamenpetepe quepe puepedopo! —respondió ella—. ¿Cópomopo sepe dipicepe pelusalorium enpe jeperipigonpozapa?

— ¡Caparampabapa, pepelupusapaloporipiumpu, claparopo!

¡Con qué celeridad aprendía, qué placer era para la mente! El único modo de mantenerse a la par con ella era haber estudiado algo que ella no hubiera visto nunca, inventar nuevas reglas de comunicación o asomarse al vacío, apoyándose en la mera intuición. Esa noche me asomé.

—Con sólo mirar me doy cuenta de que lleva mucho tiempo tocando el piano, señorita Parrish. Basta mirar esas partituras, las sonatas de Beethoven en papel amarillo, con viejas marcas de lápiz entre las notas. Déjame adivinar... ¿desde qué estabas en la secundaria?

Sacudió negativamente la cabeza.

—Desde antes. Cuando yo era pequeñita hice un teclado en papel para practicar, porque no teníamos dinero para comprar un piano. Antes de eso, antes de que supiera caminar, dice mi madre que gateé hasta el primer piano que vi e intenté tocar. Desde entonces en adelante sólo quería música. Pero no la tuve por mucho tiempo. Mis padres sé divorciaron; Mi madre enfermó; mi hermano y yo pasamos un tiempo rebotando de hogar adoptivo en hogar adoptivo.

Apreté los dientes. Qué niñez amarga, pensé. ¿Cómo la ha afectado?

—Cuando yo tenía once años, mi madre salió del hospital y nos mudamos a lo que podrías considerar las ruinas de una casa anterior a la Guerra Revolucionaria: muros de piedra grandes, gruesos, medio desmigajados, ratas, agujeros en los suelos, estufa clausurada con tablas. La alquilamos por doce dólares al mes y mamá trató de arreglarla.

http://biblioteca.d2g.com/

Un día se enteró de que había un viejo piano vertical en venta ¡y me lo compró! Le costó una fortuna, cuarenta dólares. Pero me cambió el mundo; nunca más volví a ser la misma.
Me asomé cautelosamente, arrastrándome por otra rama.
— ¿Recuerdas la vida previa en que tocabas el piano?
—No —respondió—. No sé si creo en otras vidas. Pero hay algo extraño. Cuando se trata de música que no vaya más allá de Beethoven, del 1800 y tantos, es como si la aprendiera por segunda vez; me resulta fácil, como si la conociera a primera vista. Beethoven, Schubert, Mozart... Como reencontrarse con viejos amigos. Pero Chopin no, Liszt no... Eso es música nueva para mí.
— ¿Y Johann Sebastián? Es un compositor anterior, de principios del siglo XVIII.
— No. A él también tengo que estudiarlo.
—Si alguien hubiera tocado el piano a principios del siglo XIX —comenté—, tendría que haber conocido a Bach, ¿no?
Ella sacudió la cabeza.
—No. Su música estaba perdida; se la olvidó hasta mediados de siglo; entonces fueron redescubiertos y publicados otra vez sus manuscritos. En 1810, 1820, nadie sabía nada de Bach.
Se me estremeció el pelo de la nuca.
—¿No quieres averiguar si viviste entonces? Lo leí en un libro; hay un modo de recordar las vidas anteriores. ¿Quieres probar?
—Tal vez algún día...
¿Por qué se muestra reacia? ¿Cómo es posible que una persona tan inteligente no esté segura de que nuestro ser no es meramente un fogonazo en la eternidad?
No mucho después de eso, a las once de la noche, consulté mi reloj. Eran las cuatro de la mañana.
—¡Leslie! ¿Sabes qué hora es?
Se mordió el labio y miró el techo por un largo instante.
—¿Las nueve?

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 16

Despertarme a las siete para volar a Florida no va a ser agradable, pensé, cuando ella me hubo dejado a la puerta de mi hotel y su coche se perdió en la oscuridad. Para mí era desacostumbrado estar en pie después de las diez de la noche: resabios del piloto ambulante, que se recogía bajo el ala una hora después del atardecer. Dormirse a las cinco, despertar a las siete y volar cinco mil kilómetros sería un desafío.

¡Pero había tenido tanto que oír de ella, tanto que decir!

No moriré por perder un poco de sueño, pensé. ¿Cuánta gente hay en este mundo con quien yo pueda conversar hasta las cuatro de la mañana, hasta mucho después de desaparecer la última galletita, y no sentirme en absoluto cansado? Leslie ¿y quién más?, me pregunté.

Me quedé dormido sin encontrar la respuesta.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 17

—Leslie, perdóname por llamarte tan temprano. ¿Estás despierta?
Era el mismo día, apenas pasadas las ocho de la mañana en mi reloj.
—Ahora sí —respondió ella—. ¿Cómo estás esta mañana, wookie?
—¿Tienes tiempo hoy? Anoche no hablamos lo suficiente. Se me ocurrió que, si tu agenda lo permite, podríamos almorzar juntos. ¿Y cenar también, quizá?
Hubo un silencio. Comprendí de inmediato que la estaba estorbando e hice una mueca de dolor. Había hecho mal en llamarla.
—Pero dijiste que hoy volvías a Florida.
—Cambié de idea. Iré mañana.
—Oh, Richard, lo siento mucho, pero voy a almorzar con Ida, y esta tarde tengo una reunión. También estoy comprometida para cenar. Discúlpame. Me encantaría estar contigo, pero pensé que te irías.
Eso me enseñará a no dar las cosas por sentadas, pensé. ¿Quién me dijo que ella no tenía nada que hacer, salvo sentarse a charlar conmigo? Me sentí solo de inmediato.
—No te preocupes —le dije—. De todas maneras, es mejor que despegue. Pero ¿te puedo decir lo mucho que disfruté de nuestra velada, anoche? Podría escucharte y hablar contigo hasta que la última galletita del mundo se redujera a migajas. ¿Sabías eso? ¡Si no lo sabías, ya estás enterada!
—Lo mismo digo. Pero por culpa de todas las galletitas que me da Cerdito, voy a tener que matarme de hambre una semana entera para que puedas volver a reconocerme, de gorda que estoy. ¿Por qué no traes apio y semillas?
—La próxima vez te llevaré semillas de apio.
—No te olvides.
—Sigue durmiendo. Discúlpame por haberte despertado. Y gracias por lo de anoche.
—Gracias a ti —dijo—. Adiós.
Colgué el teléfono, comencé a estratificar ropas en mi maleta. ¿Será demasiado tarde para partir de Los Ángeles y volar tan lejos antes de que oscurezca?
No me gustaba volar de noche con el T-33. Una falla en el motor, cualquier aterrizaje forzoso con un avión rápido y pesado, ya son bastante difíciles a la luz del día. Una negra noche los convertiría en algo absolutamente desagradable.
Si despego antes de mediodía, pensé, estaré en Austin, Texas, a las cinco, hora de allá; despegando otra vez a las seis, en Florida a las nueve y media, diez en punto de allá. ¿Queda algo de luz a las diez de la noche? Nada.
Oh, ¿y qué? Hasta entonces, el T había resultado ser un avión confiable; una pequeña y misteriosa pérdida hidráulica era el único problema que no tenía solucionado. Pero se podía perder todo el fluido hidráulico sin que eso fuera un desastre. Los frenos de alta velocidad no funcionarían, los alerones serían difíciles de mover, los frenos de las ruedas estarían flojos. Pero se lo podía controlar.
En tanto terminaba de preparar la maleta y caminaba mentalmente hacia el viaje, hubo un levísimo presentimiento. No me veía aterrizando en Florida. ¿Qué podía andar mal? ¿El tiempo? Había jurado no volver a volar bajo nubes de tormenta, de modo que,

https://biblioteca.d2g.com/

probablemente, no me arriesgaría por ese lado. ¿Alguna falla en el sistema eléctrico?
Eso podía ser un problema. Si perdía potencia eléctrica en el T, perdería las bombas de presión adicional de combustible desde el ala principal y los tanques del borde de ataque; sólo quedarían los tanques en el extremo del ala y el combustible de fuselaje para seguir volando. En ese caso, casi todos los instrumentos dejan de funcionar. Fallan todos los equipos de radio y navegación. No hay frenos de velocidad ni hipersustentadores. Una falla eléctrica representa un aterrizaje a alta velocidad, que requiere una pista larga. Y todas las luces están apagadas, por supuesto.
El generador, el sistema eléctrico no ha fallado nunca, no ha insinuado siquiera que piense fallar. Este avión no es el Mustang. ¿Por qué me preocupo?
Me senté en el borde de la cama, con los ojos cerrados. Me relajé y traté de visualizar el avión. Lo imaginé flotando delante de mí. Lo revisé tranquilamente del morro a la cola, buscando algo que pudiera estar mal. Aparecieron sólo algunos puntos sin importancia: una de las cubiertas tenía el dibujo gastado, también estaba gastada una grapa en la puerta de la cámara impelente, la ínfima pérdida hidráulica en medio del compartimiento de motores, que no habíamos localizado. Definitivamente, no había avisos telepáticos de que el sistema eléctrico, de que ningún sistema estuviera por estallar. Sin embargo, cuando trataba de imaginarme aterrizando esa noche en Florida, no podía.
Claro. No iría a Florida. Aterrizaría en otra parte antes del oscurecer.
Aun así. No me imaginaba bajando del T-33 esa tarde, en ninguna parte. Debiera ser algo tan sencillo, ver eso en mi mente. Allí estoy, con el motor apagado; ¿lo ves, Richard? Estás apagando el motor en algún aeropuerto en donde aterrizaste.
No lo veía.
¿Y la aproximación final? ¿Al menos podrás ver el giro, la pista que se balancea majestuosamente, ascendiendo desde la tierra, el aterrizador bajo, tres imágenes de rueditas hacia abajo mostrando que está asegurado?
Nada.
Bueno, cuernos, pensé. Hoy no falla mi potencia eléctrica, sino mi potencia psíquica.
Alargué la mano hacia el teléfono y llamé al observatorio meteorológico. Buen tiempo en todo el trayecto hasta Nueva México, dijo la señorita; después encontraría un frente frío y nubes de tormenta con picos a doce mil metros. Podía pasarlas a doce mil quinientos metros, si el T lograba ascender tan alto. ¿Por qué no llegaba a verme aterrizando sano y salvo?
Una llamada más, al hangar.
—Hola, ¿Ted? Habla Richard. Estaré allí dentro de una hora, más o menos. ¿Quieres sacar el T y verificar que tenga los tanques llenos? El oxígeno está bien, el aceite también. No le vendría mal un cuarto litro de fluido hidráulico.
Desplegué mapas sobre la cama, tomé nota de las frecuencias de navegación, las direcciones, las altitudes que necesitaría durante el vuelo. Computé los horarios en ruta, el combustible quemado. Ascenderíamos hasta los doce mil quinientos metros, si hacía falta, pero a duras penas.
Recogí mapas y equipaje, cancelé la cuenta del hotel y tomé un taxi para ir al aeropuerto. Será agradable visitar otra vez a mis damas, en Florida. Supongo que será agradable.
Ya cargado el equipaje en el avión, con doble cerradura las puertas del compartimiento

http://biblioteca.d2g.com/

Interior, trepé por las escalerillas hasta la cabina, saqué mi casco de su bolsa y lo colgué a mano. Difícil creerlo. En veinte minutos, este avión y yo estaremos ascendiendo a seis kilómetros de altura, acercándonos a la frontera de Arizona.
—¡ RICHARD! —chilló Ted, desde la puerta de la oficina—. ¡TELEFONO! ¿QUIERES ATENDER?
— ¡NO! ¡DI QUE ME HE IDO! --Y entonces, sólo por curiosidad:— ¿QUIÉN ES?
Él preguntó al teléfono y volvió a gritar:
— ¡LESLIE PARRISH!
—¡QUE ESPERE UN MINUTO!
Dejé el casco y la máscara de oxígeno colgados y corrí a atender.
Cuando ella me recogió en el aeropuerto, estaban poniendo en su lugar los cierres de seguridad del avión, las cubiertas del tubo de admisión y el de la tobera de exhaustación estaban en su sitio, cerrada la cabina transparente, y el gran aparato rodaba hacia el hangar para pasar allí otra noche.
Por eso no podía imaginarme aterrizando, pensé. ¡No podía visualizar ese futuro porque no iba a ocurrir!
Puesto el equipaje en la maletera, me deslicé en el asiento, junto a ella.
—Hola, pequeñísima wookie igual que todos los otros wookies sólo que muchísimo más pequeña —dije—. ¡Me alegro de verte! ¿Qué pasó con tu agenda, que se despejó de pronto?
Leslie conducía un coche de lujo de color arena, con tapizado de terciopelo. Después de ver la película donde aparecía el wookie, lo habíamos rebautizado *Bantha*, en recuerdo de una bestia de la arena, un mamut cubierto de pelusa, que aparecía en el mismo filme. El coche sé apartó suavemente del bordillo, llevándonos hacia un río de Banthas abigarrados que migraban a todas partes al mismo tiempo.
—Ya que tenemos tan poco tiempo para estar juntos, se me ocurrió que podía dejar algo para después. Eso sí: tengo que retirar algunas cosas de la Academia; luego quedo libre. ¿Adónde quieres llevarme a almorzar?
—A cualquier parte. A Magic Pan, si no está demasiado lleno. ¿Dijiste que tenía un sector para no fumadores?
—A la hora del almuerzo habrá que esperar una hora. — ¿De cuánto tiempo disponemos?
—¿Cuánto tiempo quieres? —replicó ella—. ¿Para cenar, para ir al cine, para jugar al ajedrez, para conversar?
—¡Oh, qué dulce! ¿Cancelaste todos tus compromisos para hoy sólo por mí? No sabes lo mucho que te lo agradezco.
—No tienes nada que agradecer. Prefiero estar con un wookie visitante y no con otra persona. ¡Pero basta de crema de chocolate, basta de galletitas y basta de cosas malas! Tú puedes comer cosas malas, si quieres, pero yo vuelvo a la dieta para purgar mis pecados.
En el trayecto le conté mi curiosa experiencia de esa mañana, sobre el avión extrasensorial y la inspección de vuelo, sobre las extrañas oportunidades anteriores en que habían sido notables por su exactitud.
Ella me escuchaba con cortesía, con atención, como siempre que yo le hablaba de experimentos con lo paranormal. Sin embargo, percibí detrás de esa cortesía que escuchaba para buscar explicaciones a hechos e intereses que hasta entonces no se había

http://biblioteca.d2g.com/

atrevido a tener en cuenta. Escuchaba como si yo fuera algún cordial Leif Ericson, de vuelta con instantáneas de una tierra que ella conocía de oídas, aunque sin haberla explorado.

Estacionado el coche cerca de las oficinas de la Academia de Artes Cinematográficas, me dijo:

—Vuelvo en menos de un minuto. ¿Quieres esperar o venir conmigo?

—Te espero. No te des prisa.

La observé desde lejos, en la multitud de mediodía que caminaba al sol. Estaba recatadamente vestida, pero ¡caramba, cómo se daban vuelta las cabezas! En un radio móvil de treinta metros a su alrededor, todos los machos aminoraban el paso para mirarla. El pelo, miel y trigo, volaba suelto y brillante, al apresurarse ella para aprovechar los últimos segundos de la señal de paso. Agradeció con la mano a un conductor que esperó para dejarla pasar; él le devolvió el saludo, bien recompensado.

Qué mujer cautivadora, pensé. Lástima que no seamos más parecidos.

Desapareció en el edificio; yo me tendí en el asiento y bostecé. Para aprovechar el tiempo, pensé, ¿por qué no concederme un descanso de toda una noche? Sólo haría falta un descanso auto hipnótico de cinco minutos.

Cerré los ojos, aspiré hondo una vez. *Mi cuerpo está completamente relajado: ya. Otra aspiración. Mi mente está completamente relajada: ya. Otra. Estoy profundamente dormido: ya. Despertaré cuando Leslie regrese, tan fresco como tras ocho horas de sueño profundo y normal.*

La auto hipnosis para el descanso es especialmente poderosa cuando uno ha dormido sólo un par de horas la noche anterior. Mi mente se hundió en la oscuridad; los ruidos de la calle se borraron. Atrapado en hondo alquitrán negro, el tiempo se detuvo. Y entonces, en medio de esa oscuridad renegrida.

¡ ¡LUZ!!

Como si una estrella cayera sobre mí, diez veces diez más brillante que el sol, y el estallido de su luz me dejara sordo.

Ni sombra ni color ni calor ni fulgor ni cuerpo ni cielo ni tierra ni espacio ni tiempo ni cosas ni gente ni palabras sólo

¡LUZ!

Floté en la gloria, aturdido. No es luz, comprendí, este inmenso incesante fulgor que estalla a través de lo que antes era yo. No es luz. La luz sólo representa, sólo simboliza otra cosa, más brillante que la luz. ¡Representa el Amor!, tan intenso que la idea de intensidad es una curiosa pluma de pensamiento junto al enorme amor que me tragó.

¡YO SOY!

¡TÚ ERES!

¡Y EL AMOR: ES LO UNICO: QUE IMPORTA!

El júbilo estalló a través de mí y me desgarré, átomo a átomo, en el amor que contenía, un palillo de fósforo caído en el sol. ¡Júbilo demasiado intenso para soportarlo por un solo instante más! Me ahogaba. ¡No, por favor!

En el momento en que lo pedí, el Amor retrocedió, se borró en la noche de Beverly Hills a mediodía, hemisferio norte tercer planeta estrella algo pequeña galaxia de menor importancia universo menor diminuto giro de una concepción del espacio-tiempo

http://biblioteca.d2g.com/

imaginado. Yo era una microscópica forma de vida, infinitamente grande, que tropezaba entre bastidores en su teatro, echaba una mirada de un nanosegundo a su propia realidad y llegaba al borde de vaporizarse del susto.
Desperté en el Bantha, con el corazón palpitante y la cara bañada en lágrimas.
— ¡Ay! —dije, en voz alta—. ¡Ay, ay, ay!
¡Amor! ¡Tan intenso! Si era verde, sería un verde tan trascendentalmente verde que ni siquiera el Principio del Verde hubiera podido imaginarlo... como estar de pie en una enorme bola de, como estar de pie sobre el sol pero sin ser el sol, porque no había finales, no había horizontes en él, tan refulgente y SIN FULGOR, miré con los ojos abiertos lo más brillante... y sin embargo no tenía ojos NO PODIA SOPORTAR EL JUBILO de ese Amor.. .
Era como si dejara caer mi última vela en una caverna negra y, después de un rato, una amiga, para ayudarme a ver, encendiera una bomba de hidrógeno.
Junto a la luz, este mundo. . . junto a esa luz, la idea de vivir y morir es simplemente. . . irrelevante.
Me senté en al auto, parpadeando, tragando el aire. ¡Caray! Me llevó diez minutos de práctica aprender a respirar otra vez. ¿Qué. . . por qué. . .? ¡Ay!

Allí, un relámpago rubio-y-sonrisa por sobre la acera, cabezas vueltas entre la multitud para mirar, y un momento después, Leslie abrió la portezuela, amontonó sobres en el asiento y se deslizó tras el volante.
—Disculpa la demora, wook. Estaba repleto de gente. ¿No has muerto derretido aquí afuera?
—Leslie, tengo algo que contarte. Lo más... Acaba de pasar algo.
Se volvió, alarmada.
—Richard, ¿estás bien?
—¡Muy bien! —dije—. Muy bien muy bien muy bien. Traté de contarle, se lo dije en fragmentos y quedé callado.
—Estaba sentado allí, después de que te fuiste, cerré los ojos. . . Luz, pero no era luz. Más refulgente que la luz, pero sin fulgor, no hacía daño. AMOR, pero no esa palabra falsa y rota: ¡el Amor que ES! Como ningún otro amor que haya imaginado nunca. ¡Y EL AMOR! ¡ES TODO! ¡LO QUE IMPORTA! Palabras, pero no eran palabras, ni siquiera ideas. ¿Te ha pasado. . . lo sabes?
—Sí —dijo ella. Y después de pasar un largo instante recordando, prosiguió: —Allá arriba, en las estrellas, cuando dejé mi cuerpo. ¡Un ser-uno con la vida, con un universo tan bello, un amor tan poderoso que la alegría me hizo llorar!
—Pero ¿por qué pasó? Yo sólo... yo iba a dormir una siestita hipnótica, como lo he hecho cientos de veces! Esta vez, ¡PAU! ¿Puedes imaginar un júbilo tan grande que no le puedas soportar, que supliques por eliminarlo?
— Sí —dijo ella—. Lo sé. . .
Pasamos un rato sentados, juntos, sin palabras. Por fin ella puso el Bantha en marcha y nos perdimos en el tránsito, celebrando ya nuestro tiempo para estar juntos.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 18

Exceptuando el ajedrez, entre nosotros no hay acción. No escalamos montañas juntos, ni navegamos ríos, ni hacemos revoluciones ni arriesgamos la vida. Ni siquiera piloteamos aviones. Lo más aventurado que compartimos es una zambullida en el tránsito del bulevar La Ciénaga, después de almorzar. ¿Cómo es posible que ella me hechice tanto?

— ¿Has notado —pregunté, en tanto ella viraba al oeste ,por la Melrose, en dirección a su casa— que nuestra amistad es completamente... inactiva?

—¿Inactiva? —Me miró, tan sobresaltada como si yo acabara de tocarla. —Oh, cómo eres. A veces no sé si estás bromeando o hablando en serio. ¡ Inactiva!

—No, de veras. ¿No deberíamos estar practicando, esquí en pleno campo, haciendo surf hasta Hawaii, algo enérgico? Para nosotros, el ejercicio más fuerte es levantar una reina de ajedrez y decir, al mismo tiempo: "Jaque"

Es una simple observación. Nunca hasta ahora había tenido una amiga como tú. ¿No somos espantosamente cerebrales? ¿No hablamos demasiado?

—Richard —dijo ella—, ajedrez y charla, ¡por favor nada de dar fiestas, nada de tirar el dinero, que es el ejercicio favorito de esta ciudad.

Condujo el coche hacia una calle lateral, por la entrada de su cochera, y detuvo el motor.

—¿Me disculpas un minuto, Leslie? Corro a casa y quemo todos los dólares que tenga. Enseguida vuelvo.

Ella sonrió.

—No hace falta que los quemes. Está bien que tengas dinero. Lo que les importa a las mujeres es que no lo uses para tratar de comprarlas. Cuídate mucho de intentarlo.

—Demasiado tarde —dije—. Ya lo hecho. Más de una vez.

Se volvió hacia mí, recostándose contra la portezuela del auto. No hizo intento alguno de abrirla.

—¿Tú? No sé por qué me sorprendo tanto. Por algún motivo no logro imaginarte haciendo eso... Cuéntame... ¿Has comprado alguna mujer que valga la pena?

—El dinero hace cosas extrañas. Me da miedo ver que todo me sucede a mí, de primera mano. No es una película, sino no-ficción de primera mano, vida real. Es como si yo fuera el tercero en discordia en un triángulo amoroso, como si tratara de interponerme por la fuerza entre una mujer y mi dinero. Para mí todavía es nuevo disponer de tanto dinero en efectivo. Si aparece una señorita muy simpática que no tiene mucho con qué vivir, que está casi en la ruina, que tiene el alquiler atrasado, ¿qué le digo? ¿"No voy a gastar un centavo en ayudarte"?

Necesitaba una respuesta para eso. En ese momento, una parte de mi mujer perfecta estaba representada por tres vistosas amigas que sobrevivían a duras penas.

—Haces lo que te parezca mejor —dijo ella—. Pero no te engañes creyendo que alguien va a amarte porque le pagues el alquiler o la cuenta del mercado. Un modo de asegurarte que no te amen es permitir que dependan de tu dinero. ¡Hablo con conocimiento de causa!

Asentí. ¿Cómo lo sabe? ¿Acaso hay hombres que la siguen por interés?

—No es amor —dije—. Ninguna de ellas me ama. Nos disfrutamos mutuamente.

https://biblioteca.d2g.com/
Somos felices parásitos mutuos.
—Grf.
—¿Qué decías?
--Grf: expresión de disgusto. Eso de "felices parásitos mutuos" me hace pensar en sabandijas.
—Disculpa. Todavía no he resuelto el problema.
—La próxima vez no les digas que tienes dinero.
—No da resultado. No sirvo en absoluto para engañar. Saco la cartera y se me caen los billetes de cien dólares sobre la mesa. Entonces ellas dicen: " ¡Qué cuernos... ¡Dijiste que vivías de la pensión de desempleo!" ¿Y yo qué puedo hacer?
—A lo mejor no tienes remedio. Pero ten cuidado. No hay ciudad como ésta para enseñarte de cuántos modos se puede estrellar la gente que no sabe manejar el dinero. —Por fin abrió su portezuela. — ¿Quieres una ensalada, algo sano? ¿O crema de chocolate caliente para Cerdito?
—Cerdito abandonó la crema de chocolate. ¿Podríamos compartir una ensalada?
Ya dentro de la casa, ella puso una sonata de Beethoven a bajo volumen, preparó una abundantísima ensalada de verduras y queso, y volvimos a conversar. Nos perdimos la puesta del sol, nos perdimos una película documental, jugamos al ajedrez, y nuestro tiempo juntos desapareció.
—Se ve que tengo el viaje de mañana temprano en la cabeza —dije—. ¿No tienes la impresión de que no estoy jugando como acostumbro? Pierdo tres partidas de cada cuatro. No sé qué me está pasando.
—Estás jugando igual que siempre —respondió ella, guiñando un ojo—. Lo que pasa es que yo estoy mejorando. ¡Recordarás este 11 de julio como el día en que ganaste tu última partida de ajedrez a Leslie Parrish !
—Ríe mientras puedas, traviesa. La próxima vez que te enfrentes a este cerebro, habrá memorizado trampas malignas en el ajedrez, y todas ellas te estarán esperando en el tablero. —Suspiré sin darme cuenta—. Será mejor que me vaya. ¿Tendría mi conductora de Banthas la gentileza de llevarme hasta el hotel?
—Sin duda —respondió ella.
Pero no se apartó de la mesa.
Para agradecerle el día pasado, le tomé una mano y se la retuve, leve, cálidamente. Por largo rato nos miramos sin hablar; ninguno de los dos se dio cuenta de que el tiempo se había detenido. El silencio, en sí, decía lo que nunca habíamos pensado poner en palabras.
Y de pronto, de algún modo, nos encontramos abrazados, besándonos suave, suavemente.
No se me ocurrió entonces que, al enamorarme de Leslie Parrish, estaba aniquilando a la única hermana que nunca tuviera.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 19

Desperté a la mañana, a la luz del sol filtrada, dorad, por su cabellera, que caía en cascada sobre nuestras almohadas. Desperté a su sonrisa.
—Buenos días, wookie —dijo, tan íntima y cálida qué; apenas capté las palabras
—. ¿Dormiste bien?
—¡Mm! —dije— ¡Caramba, sí! ¡Si, gracias, dormí muy bien! Tuve un sueño glorioso, anoche. Ibas a llevarme al hotel y yo, sin poder contenerme, te daba un besito, y "entonces... ¡Qué sueño hermoso! ,
Por una vez en la vida, por una bendita vez en la vida, la mujer tendida junto a mí en la cama no era una desconocida. Por una vez en mi vida, esta persona estaba exactamente donde le correspondía estar, y lo mismo podía decirse de mí.
Le toqué la cara.
—Es sólo por un minuto, ¿verdad?, y desaparecerás en el aire. O sonará la alarma del reloj, o llamará el teléfono y serás tú, para preguntar si dormí bien. No llames todavía. Quiero soñar un poco más, por favor.
—Ring... —dijo ella, con voz muy pequeña.
Arrojó los cobertores a un lado y se llevó un liviano teléfono de nada al oído. El sol en su sonrisa, en sus hombros y sus pechos desnudos, me dejaron muy despierto.
—Ring... Hola, ¿Richard? ¿Qué tal dormiste anoche? ¿Hm?
En ese instante pasó a inocente seductora, pura e íntegra una mente de fulgor estelar en el cuerpo de una diosa sexual. Parpadeé ante la intimidad de lo que ella hacía con un movimiento, con una frase, con un destello de sus ojos.
¡Vivir con una actriz! Nunca había imaginado... ¿cuántas Leslies diferentes podían estar agitándose en ésa, cuántas habría allí para tocar, para conocer, listas a aparecer bajo súbitos reflectores en el escenario de esta única persona?
— ¡Eres... adorable! —tartamudeé, buscando las palabras—. ¿Por qué no me dijiste que eras tan... hermosa?
El teléfono se vaporizó en su mano; la inocente se volvió hacia mí con una sonrisa burlona.
—Parecía que eso no te interesaba.
—Te vas a sorprender, pero será mejor que te acostumbres a estas cosas, porque soy un palabrífice y no puedo dejar de barbotar poesía de vez en cuando; Es mi modo de ser y no lo puedo cambiar: *¡Creo que eres estupenda!*
Ella asintió lenta, solemnemente.
—Muy bueno, palabrífice. Gracias. Yo también creo que tú eres estupendo.
—Una fracción de segundo, una idea diferente, provocativa, en su mente.
—Ahora, para practicar, digamos lo mismo sin palabras.
¿Moriré hoy de felicidad, pensé, o podré quedarme por un tiempo?
Lo mejor parecía ser quedarme. Floté al borde de la muerte por júbilo, casi sin palabras, pero no tanto.
No habría podido inventar una mujer tan perfecta para mí, pensé; sin embargo, he aquí a

http://biblioteca.d2g.com/
la auténtica, viva, escondida en la relación con la señorita Leslie Parrish desde hace años, enmascarada como mi socia comercial y mi mejor amiga. Emergió a la superficie sólo ese fragmento de maravilla, y lo barrió la visión de ella al sol.
Luz y contacto, suaves sombras y susurros, esa mañana-hecha-medio-día-hecho-atardecer, ya encontrado el camino para reunirnos otra vez, después de una vida separados. Cereal como cena. Y por fin pudimos volver a hablar con palabras.
¿Cuántas palabras, cuánto tiempo hacen falta para decir Quién Eres? ¿Cuánto para decir por qué? Más tiempo del que disponíamos antes de las tres de la madrugada, antes de que volviera a amanecer. El escenario del tiempo desapareció. Estaba claro fuera de su casa o no estaba claro llovía o estaba seco, los relojes señalaban las diez y nosotros no sabíamos las diez de qué día o de qué semana podían ser.
En nuestras mañanas, despertábamos a las estrellas sobre la silenciosa oscuridad de Los Ángeles; las media noches en que nos abrazábamos y soñábamos eran horas-pico y las salidas para almorzar en la ciudad.
Un alma gemela no puede ser posible; yo lo había aprendido en los años transcurridos desde que convirtiera el Beet en dinero y construyera mi imperio amurallado. No es posible para quienes corren en diez direcciones, a diez velocidades al mismo tiempo; no es posible para los comilones de vida. ¿Era posible que hubiera aprendido mal?
Volví a su dormitorio, una de nuestras mañanas cero de medianoche, sosteniendo en equilibrio una bandeja con rodajas de manzana, quesos y galletitas.
—¡Oh! —dijo ella, incorporándose, parpadeando para despertar sus ojos, alisándose la cabellera para que cayera apenas enredada, sobre los hombros desnudos—. ¡Dulce ¡Qué considerado eres!
—Podría haber sido aún más considerado, pero en tu cocina no hay leche ni patatas para hacer kartoffelkuehen.
—¡Kartof felkuchen ! —exclamó, atónita—. Mi madre hacía kartoffelkuchen cuando yo era pequeña. ¡Yo estaba convencida de ser la única persona en el mundo que se acordaba de eso! ¿Sabes prepararlo?
—La receta está guardada, sana y salva, en esta mente extraordinaria, pasada por la abuela Bach. Eres el único ser humano que me ha dicho esa palabra en quince años. Deberíamos hacer una lista de todas las cosas que tenemos en...
Ahuequé algunas almohadas y me instalé de modo de verla con claridad. ¡Cielos, pensé cómo amo su belleza!
Ella notó que le estaba mirando el cuerpo. Deliberadamente, se sentó muy erguida en la cama por un momento, para ver cómo me quedaba sin respiración. Luego levantó las sábanas hasta su mentón.
—¿Contestarías a mi aviso? —preguntó, súbitamente tímida.
—Sí. ¿De qué aviso se trata?
—Un aviso clasificado. —Puso una transparente Lonja de queso sobre media galletita de agua. — ¿Sabes qué dice?
—Cuéntame.
Mi galletita crujía bajo su carga de queso, pero me pareció que su estructura podía resistir.
*—Se busca: persona cien por ciento hombre. Debe ser genial, creativo, divertido, capaz de intensa intimidad y regocijo. Quiera compartir música, naturaleza, vida apacible,*

https://biblioteca.d2g.com/
*silenciosa y alegre. No fume no beba no se drogue. Debe amar el aprendizaje y desear crecer eternamente. Apuesto, alto, delgado, manos finas, sensible, gentil, amante. Sumamente afectuoso y sexual.*
—¡Qué aviso! ¡Si, contesto!
—Todavía no he terminado —observó ella—. *Debe poseer estabilidad emocional, ser sincero, digno de confianza y constructivo. Sumamente espiritual, pero sin religión organizada. Debe amar a los gatos.*
—¡Caramba, ése soy yo de pies a cabeza! Hasta amo a tu gato, aunque sospecho que él no me corresponde.
—Dale tiempo —dijo ella—. Por algunos días andará algo celoso.
—Ah, se te escapó.
— ¿Qué cosa se me escapó? —preguntó ella, dejando caer la sábana mientras se inclinaba hacia adelante para acomodar los almohadones.
El efecto de ese simple acto, el efecto de ese inclinarse hacia adelante, fue para mí un empellón hacia el hielo y el fuego. Mientras ella se mantenía quieta, su sensualidad era lo más que yo podía soportar. Cuando se movía, las suavidades, las curvas y las luces de su persona en transformación, todas las palabras de mi mente chirriaban en un feliz naufragio.
— ¿Hum? —murmuré, mirando.
—Pedazo de animal. Te pregunté qué cosa se me había escapado.
—Por favor: si te quedas muy quieta podremos mantener una linda conversación. Pero debo decirte que, cuando no estás vestida, una pequeña cantidad de ese movimiento de almohadones tiende a descarrilarme.
Lo lamenté de inmediato. Ella levantó la sábana para cubrirse el busto y la sostuvo allí con los brazos, mirándome pudorosamente por encima de su galletita.
—Ah, sí, bueno —dije—. Lo que se te escapó, al decir que tu gato estaría celoso por algunos días, es que, en tu opinión, yo cubro los requisitos de tu aviso.
—Yo quería que se me escapara —respondió—. Me alegro de ver que captaste.
—¿No temes que, al saberlo, me aproveche de ti? Aflojó la sábana un par de centímetros y arqueó una ceja.
—¿Te gustaría aprovecharte de mí?
Con un enorme esfuerzo mental, alargué la mano y subí la tela blanca.
—Noté que se estaba cayendo, señora y a fin de conversar un minuto con usted, me pareció mejor asegurarme de que no bajara mucho más.
—Qué amable de tu parte.
—¿Crees en los ángeles de la guarda? —pregunté. — ¿Qué nos protegen, nos vigilan y ayudan a guiarnos?
A veces sí.
—Dime, entonces: ¿qué interés puede tener un ángel de la guarda en nuestra vida amorosa? ¿Para qué guiar nuestros romances?
—Fácil —dijo ella—. Para los ángeles de la guarda, el amor es lo más importante. ¡Para ellos, nuestra vida amorosa es más importante que cualquier otro tipo de vida que llevemos! ¿Qué otra cosa puede importarles a los ángeles?
¡Por supuesto, pensé, tiene razón!

https://biblioteca.d2a.com/
—¿Te parece —proseguí— que los ángeles de la guarda podrían tomar forma humana los unos para los otros, para ser amantes cada tantas vidas?
Dio un mordisco a su galletita, pensando.
—Sí. —Y un momento después: — ¿Algún ángel de la guarda podría contestar a mi aviso?
—Sí, seguro. Todos los ángeles de la guarda masculinos del país contestarían a tu aviso, si supieran que se trata de ti.
—Sólo quiero a uno —dijo ella. Y un momento después: —Y tú, ¿no tienes ningún aviso?
Asentí y me sorprendí a mí mismo.
—Hace años que lo vengo escribiendo: *Se busca, ángel de la guarda cien por ciento femenino, en cuerpo humano, por favor. Independiente, aventurero; se requiere extrema sabiduría. Preferiblemente aptitud para iniciar y responder creativamente en muchas formas de comunicación. Debe hablar jerigonza.*
— ¿Eso es todo?
—No —dije—. *Presentarse sólo ángeles de ojos gloriosos, silueta deslumbrante y cabellera larga dorada. Se requiere brillante curiosidad y sedienta capacidad de aprendizaje. Preferiblemente profesional en varias actividades creativas y de negocios, experiencia en puestos de alta gerencia. Falta absoluta de miedos, buena disposición para correr todos los riesgos. Se garantiza felicidad a largo plazo.*
Ella me escuchaba con atención.
—La parte de silueta deslumbrante y cabellera dorada, ¿no es demasiado terrenal para un ángel?
— ¿Por qué no puede haber ángeles de la guarda con silueta deslumbrante y cabellera larga? ¿Tienen que ser por eso menos angelicales, menos perfectos para el mortal, menos capacitados para su trabajo?
Y bueno, ¿por qué no pueden ser así los ángeles guardianes?, pensé, lamentando no tener mi libreta de notas. ¿Por qué no un planeta de ángeles que iluminaran mutuamente sus vidas con aventuras y misterios? ¿Por qué no unos pocos, al menos, que pudieran hallarse mutuamente de vez en cuando?
—Entonces, ¿creamos el cuerpo que a nuestro mortal le parezca más delicioso? —dijo— Cuando el maestro es bello ¿se presta más atención?
— ¡Exacto! —dije—. Un momento, por favor.
Encontré la libreta en el suelo, junto a la cama; escribí lo que ella decía y puse, atrás, un guión y la L de Leslie.
— ¿Has notado —dije— que, después de tratar a una persona por algún tiempo, ésta cambia de aspecto?
—Puede ser el hombre más atractivo del mundo —concordó ella—, pero se vuelve más desabrido que maíz salteado cuando no tiene nada que decir. Y si el más feo de los hombres te dice lo que le interesa y por qué le interesa, en dos minutos es tan bello que te dan ganas de abrazarlo.
Sentí curiosidad.
—¿Has salido con muchos hombres feos?
—Con muchos no.
—¿Por qué no, si para ti se ponen hermosos?

https://biblioteca.d2a.com/
—Porque cuando ven a María Estrella toda emperifollada y bonita, preparada para salir en cámara, suponen que ella sólo tiene ojos para José Galán. Rara vez me invitan a salir, Richard.

Pobres tontos, pensé. *Rara vez la invitan*. Porque creemos en la superficie, olvidamos que las superficies no son lo que somos nosotros. Cuando descubrimos un ángel de mente deslumbrante, su cara se torna aun más encantadora. Y entonces: "Ah, a propósito", nos dice, "también tengo este cuerpo..."

Lo anoté en la libreta.

—Algún día —dijo ella, poniendo la bandeja del desayuno en la mesita de noche— te voy a pedir que me leas otras notas.

El movimiento hizo caer la sábana otra vez. Levantó los brazos, estirándose lujuriosamente.

—Ahora no te lo pido —dijo, acercándose—. Por hoy, no más preguntas.

Como yo ya no podía pensar, me pareció mejor así.

http://biblioteca.d2a.com/

# CAPITULO 20

No era música, era una discordancia de serrucho y metal mellado. Ella apenas había vuelto la espalda a los controles de su estéreo, después de ajustar el volumen a toda potencia, cuando yo me convertí en una olla de quejas.
—¡Eso no es música! —¿CÓMO DICES? —preguntó ella, perdida en el sonido.
—¡DIJE QUE ESO NO ES MUSICA!
— ¡BARTOK!
— ¿QUE? —dije yo.
—¡BELA BARTOK!
—¿NO PUEDES BAJAR EL VOLUMEN, LESLIE?
—¡CONCIERTO PARA ORQUESTA!
—¿PODRIAS BAJAR EL VOLUMEN UN POQUITO O UN MONTON? ¿PODRIAS BAJAR EL VOLUMEN UN MONTON?
Ella no captó mis palabras, pero sí la idea, y lo bajó. —Gracias -dije—. Wookie, ¿eso es... francamente te parece que eso es música?
De haberla observado cuidadosamente, más allá de la deliciosa silueta envuelta en la bata de baño floreada, con el pelo atado y cubierto con un turbante de toalla para secarse, habría visto en sus ojos la desilusión.
— ¿No te gusta? —preguntó.
—A ti te gusta la música, has estudiado música toda tu vida. ¿Cómo puedes llamar música a esa desarmonía que estamos oyendo, a esa discordancia espantosa?
—Pobre Richard —dijo—. ¡Afortunado Richard! Tiene tanto que aprender de música... Tantas bellas sinfonías, sonatas, conciertos que oír por primera vez...
Detuvo la grabación, la rebobinó y la sacó del aparato.
—Tal vez sea demasiado pronto para Bartók. Pero te lo prometo: llegará el día en que escucharás lo que acabas de oír y te parecerá glorioso. —Estudió su colección de cintas eligió una y la puso en el aparato, en vez de Bartók. — ¿Te gustaría oír algo de Bach... te gustaría oír la música de tu bisabuelito?
—Probablemente vas a echarme de tu casa cabeza abajo por decir esto —respondí—, pero sólo puedo escucharla media hora; después me pierdo y me aburro un poco.
—¿Te aburres? ¿Escuchando a Bach? Entonces no sabes escuchar. ¡No has aprendido a escucharlo! —Oprimió una tecla y la cinta comenzó: el abuelito en algún órgano monstruoso, sin lugar a dudas. —Primero tienes que sentarte bien. Aquí. Ven a sentarte aquí, entre los parlantes. Así es como uno se sienta cuando quiere oír toda la música.
Me sentía como en un jardín de infantes musical, pero me encantaba estar con ella, sentado muy cerca de ella.
—La mera complejidad de esa música debería hacértela irresistible. Ahora bien, casi todo el mundo escucha la música horizontalmente, siguiendo la melodía. Pero también puedes escucharla estructuralmente. ¿Nunca lo hiciste?
—¿Estructuralmente? —repetí—. No.

http://biblioteca.d2g.com/

—La música primitiva era toda lineal —dijo, por sobre un alud de notas de órgano— Melodías simples, tocadas de a una por vez, temas primitivos. Pero tu abuelito tomó temas complejos, con pequeños ritmos escurridizos, y los hiló juntos a intervalos irregulares, para crear con ellos intrincadas estructuras que dan, a la vez, sentido vertical: ¡armonía! Algunas de las armonías de Bach son tan disonantes como las de Bartók, y Bach las usaba impunemente cien años antes de que a nadie se le ocurriera pensar en disonancias.

Detuvo la grabación, ocupó el taburete del piano y, sin un parpadeo de sus ojos, el último acorde de los parlantes pasó a su mano sobre el teclado.

—Mira. —Sonaba más claro en el piano que en los parlantes. —¿Ves? Aquí tienes un motif... —Tocó. —Y aquí, otro.., Y otro. Ahora mira cómo construye esto. Comenzamos con el tema A en la mano derecha. Ahora A entra nuevamente, cuatro compases después, en la mano izquierda. ¿Lo oyes? Van juntos hasta que... aquí viene B. Y A queda subordinado a O. Aquí A vuelve a entrar en la derecha. Y ahora, ¡C!

Presentó temas, uno a uno; después los unió. Al principio con lentitud, después más aceleradamente. Yo apenas podía seguirla. Lo que para ella era Adición Simple, para mí era Cálculo Avanzado. Si cerraba los ojos y me apretaba la frente con las manos, casi me era posible entender.

Ella comenzó otra vez, explicando cada paso. Mientras tocaba, una luz comenzó a brillar en una sala sinfónica interna, que había permanecido a oscuras toda mi vida.

¡Ella tenía razón! Había temas entre temas danzando juntos, como si Johann Sebastián hubiera encerrado en su música secretos para quien aprendiera a ver por debajo de las superficies.

— ¡Qué maravilla eres! —exclamé, entusiasmado al comprender lo que ella estaba diciendo—. ¡Lo oigo! ¡Es cierto que está allí!

Ella se puso tan contenta como yo y olvidó vestirse y cepillarse el pelo. Sacó una partitura de la parte trasera del atril para pasarla al frente. Johann Sebastián Bach, decía. Después, una tormenta de notas, curvas, ligaduras, agudos, bemoles, puntillos, trinos y súbitas órdenes en italiano. Desde el mismo comienzo, antes de que la pianista pudiera levantar las ruedas y colar hacia esa tormenta, se la golpeaba con un *con brío*, lo cual, supuse, debía significar que debía tocarse con brillantez, con frialdad o con queso.

Sobrecogedor. Mi amiga, con la cual apenas un rato antes había emergido de entre sábanas calientes y voluptuosas sombras, con quien hablaba en inglés con facilidad,

en castellano con risas, en alemán y francés con muchas incógnitas y experimentos creativos, mi amiga, de pronto, había estallado en el canto de un lenguaje nuevo, vastamente complicado, y yo estaba en mi primer día de aprendizaje para escucharlo.

La música surgía del piano como agua fría y clara de una roca tocada por algún profeta, vertiéndose y salpicando a nuestro alrededor, en tanto sus dedos saltaban y sé extendían, se enroscaban, se ponían rígidos, se fundían y parpadeaban en pases mágicos, relampagueando vetas por sobre el teclado.

Hasta entonces nunca había tocado para mí; argumentaba que estaba fuera de práctica; era demasiado tímida hasta para descubrir el teclado cuando yo estaba en la habitación. Pero algo había pasado entre nosotros... porque ahora éramos amantes, acaso, ¿se sentía en libertad de tocar? ¿O era la maestra tan desesperada por ayudar a su sordo que nada podía

http://biblioteca.d2g.com/
separarla de la música?
Sus ojos siguieron cada gota de ese huracán sobre papel; había olvidado que tenía cuerpo; sólo las manos permanecían allí, los dedos borrosos, un espíritu que había hallado su canción en el corazón de un hombre muerto doscientos años atrás, elevado en triunfo de su tumba por que ella deseaba música viva.
—¡Leslie! ¡Dios mío! ¿Quién eres?
Giró su cabeza sólo un poquito hacia mí y sonrió a medias; sus ojos, su mente, sus manos aún en la música que arremetía hacia arriba.
De pronto me miró; la música se interrumpió instantáneamente, dejando sólo las cuerdas que temblaban como un arpa dentro del piano.
—Y así sigue y sigue —dijo. La música reverberaba en sus ojos, en su sonrisa. — ¿Te das cuenta de lo que está haciendo allí? ¿Ves lo que ha hecho?
—Un poquito veo, sí —dije—. ¡Creía conocerte! ¡Me abrumas hasta sacar luces de mí! Esa música es... es... tú eres...
—Estoy muy fuera de práctica —dijo—; las manos no están funcionando como deb... — No, Leslie, no. Escucha. Lo que acabo de oír es pura... ¡Escucha! Es fulgor puro, que tomas de las nubes y de los amaneceres para destilarlo en luz que yo pueda oír. ¿Sabes lo grande, lo encantador que es eso que sacas del piano?
— ¡Ojalá! ¿Sabes que ésa era mi vocación, el piano? —Una cosa es saberlo en palabras, pero antes nunca habías tocado. Me has dado un... paraíso más, totalmente distinto.
Ella frunció el ceño.
— ¡ENTONCES NO TE ABURRAS CON LA MUSICA DE TU ABUELITO!
—Nunca más —dije, mansamente.
—Nunca más, por supuesto. Tu mente se parece demasiado a la de él como para que no comprendas. Todo idioma tiene su clave, y lo mismo pasa con el lenguaje de tu abuelito. ¡Aburrirse! ¡Vamos!
Aceptó mi promesa de mejorar, después de haberme planchado de admiración, y fue a cepillarse el pelo.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 21

Sentada frente a la máquina de escribir, se volvió hacia mí, que me había instalado con una taza de chocolate y el borrador de un libreto, para sonreírme.
—No hace falta que lo tragues todo de una vez, Richard. Puedes sorberlo de a poco. Así te durará más.
Me reí con ella de mí mismo. A Leslie, pensé, debo parecerle un montón de palillos chinos caídos en el sofá de su oficina.
Su escritorio, organizado; sus archivos, perfectos; ni un broche de papeles fuera de su lugar. Ella misma estaba igualmente pulcra: cómodos pantalones beige, blusa transparente metida en la cintura, un sostén tan sutil como la blusa, ribeteado con finas flores blancas. El pelo estaba cepillado hasta el oro. ¡Así debe lucir la pulcritud!, pensé.
—Las bebidas no son pisapapeles —observé—. Al chocolate caliente, casi todo el mundo lo bebe. Tú te haces amiga de el. Yo puedo tomar chocolate caliente como para detestarlo por el resto de mi vida, en el mismo tiempo que a ti te lleva intimar con una sola taza.
— ¿Y no es mejor beberse algo amigo —sugirió— antes que algo apenas conocido?
Intima amiga de su chocolate, de su música, de su jardín, de su gato, de su casa, de su trabajo. Yo estaba ligado a las cosas que conocía por una red de hilos de seda; ella, atada a las suyas por cables de plata trenzada. Para Leslie, nada de cuanto tenía cerca carecía de valor.
En sus roperos había vestidos para actuar y para fiestas, clasificados por color y por matiz, cada uno con una funda de plástico transparente. Abajo, en el suelo, los zapatos que hacían juego. En el estante de arriba, los sombreros correspondientes.
En sus estantes, los libros estaban clasificados por materia; los discos y las cintas grabadas, por compositor, director y solista.
¿Una araña torpe y desmañada tropezó y cayó en el fregadero? Todo se detiene. Allá baja una escalerilla de papel absorbente, al rescate. Y cuando la bestezuela está a bordo, se la levanta y se la lleva suavemente al jardín, para acomodarla allí entre palabras tranquilizantes y dulces advertencias en cuanto a que los fregaderos no son lugar seguro para que jueguen las arañitas.
Yo era muy lo opuesto. La pulcritud, por ejemplo, ocupaba en mi lista un lugar muy secundario. A las arañas hay que rescatarlas de los fregaderos, por supuesto, pero no es preciso mimarlas. Se las lleva afuera y se las deja caer en el porche, libradas a su buena estrella.
Las cosas desaparecen en un abrir y cerrar de ojos; un viento las agita y se han ido. Sus cables de plata... Si nos aferramos tanto a las cosas y a la gente, cuando sé hayan ido, ¿no se irá también una parte de nosotros?

—Mucho mejor aferrarnos a pensamientos-para-siempre que a cosas que ahora están y mañana no —le dije, en tanto ella conducía el auto hacia el Music Center—. ¿No estás de acuerdo?
Asintió. Conducía a ocho kilómetros por sobre el límite de velocidad, para seguir la onda de los semáforos. —La música es algo para siempre —dije.

http://biblioteca.d2g.com/

Como a un gato recogido, se me alimentaba con la crema de la música clásica, pues ella insistía en que yo tenía oído y aptitudes.
Tocó la radio y, de inmediato, fluyeron los violines en medio de un aire alegre. Ahí viene otra pregunta, pensé. Me gustaban esas preguntas.
— ¿Barroco, clásico o moderno? —preguntó ella, virando hacia una calle que nos llevaría hacia el centro de la ciudad.
Escuché la música con intuición, además de mi nuevo adiestramiento. Estructurada con demasiada profundidad para ser barroca, pero no lo bastante peinada y formal como para ser clásica, ni lo bastante rizada para moderna. Romántica, lírica, ligera...
—Neoclásica —adiviné—. Parece un compositor importante, pero con esto se está divirtiendo. Compuesto, diría yo... ¿en 1923?
Yo estaba convencido de que Leslie conocía época, fecha, compositor, obra, movimiento, orquesta, director, concertista. En cuanto escuchaba una pieza musical, la sabía; cantaba junto con cada una de las mil ejecuciones que había coleccionado. A Stravinsky, tan imprevisible para mí como un caballo salvaje en el rodeo, lo tarareaba, casi sin darse cuenta.
—¡Buena apreciación! —dijo—. ¡Estás cerca! ¿Compositor?
—Alemán no, definitivamente. —No era lo bastante denso; no tenía suficientes ruedas en la ruta para ser alemán. Juguetón, así que también era ruso. Tampoco sabía a francés, ni tenía textura italiana, ni aspecto británico. Su colorido no era austriaco, porque le faltaba oro. Casero, porque yo mismo podía tararearlo, pero no casero norteamericano. Era bailable.
—¿Polaco? Me suena como si hubiera sido compuesto en los sembrados, al este de Varsovia.
—¡Estuviste cerca! No es polaco. Un poco más al este. Es ruso.
Estaba complacida conmigo.
El Bantha no aminoró la marcha; los semáforos en verde eran sirvientes de Leslie.
— ¿Ruso? ¿Dónde están las ansias dolorosas? ¿Y el pathos? ¡Ruso, santo cielo!
—No te apures tanto con las generalidades, wookie —me dijo—. Hasta ahora no has escuchado música rusa alegre. Tienes razón. Esta es juguetona.
—¿Quién es?
—Prokofiev.
—¡Qué te parece! —exclamé—. Rus...
— ¡MALDITO IDIOTA! —Chirriaron los frenos, el Bantha giró enloquecido, esquivó el relámpago negro de un súbito camión por un metro escaso. — ¿Viste lo que hizo ese hijo de puta? ¡Pasó en verde! Pudo habernos mat... Qué mierda se cree que...
Había actuado con los reflejos de un corredor de carreras al esquivar la cosa, que ya no estaba. Iba a cuatrocientos metros de distancia por el bulevar Crenshaw. Lo que me dejó atónito no fue el camión, sino el lenguaje de Leslie.
Ella me miró, todavía con el ceño fruncido. Al verme la cara, volvió a mirar, intrigada; trató de contener la sonrisa y no pudo.

— ¡Richard! ¡Te has escandalizado! ¿Te horroricé con sólo decir "Maldito idiota"? —Sofocó su regocijo con un esfuerzo inmenso. — ¡Oh, mi pobre niñito! ¡Dije malas palabras delante de él! ¡Disculpa!

https://biblioteca.d2g.com/

Medio me encolericé, medio me reí de mí mismo.
— ¡Está bien, Leslie Parrish, se terminó! Disfruta de este momento, pues no volveré a horrorizarme cuando oiga decir "mierda".
Hasta al decirlo esa última palabra sonó extraña en mi boca; eran sílabas incómodas. Como el abstemio que dijera vino; como el no adicto que dijera cigarrillo, hierba o cualquiera de esas jergas que los adictos dicen con facilidad. Cualquiera sea la palabra, si nunca la usamos nos suena incómoda. Hasta fuselaje suena raro, en boca de alguien a quien no le gusten los aviones. Pero una palabra es una palabra, es un sonido en el aire y no hay motivos para que yo no pueda decir cualquier palabra que se me antoje sin sentirme pervertido.
Tardé varios segundos en hablar, mientras ella me miraba con ojos chisporroteantes
¿Cómo se practican las malas palabras? Al compás de Prokofiev, que seguía en la radio, practiqué en voz baja.
—Mier-da, mier-daaa / mier-da, oh-mier-da-, MIER-DAAA / Oh, mier-da-mier-da-mier-da-oh-mier-daaaa, Oh, mier-... ¡DA!
Cuando ella oyó lo que yo estaba cantando, y la severa decisión con que cantaba, se disolvió contra el volante, muerta de risa.
—Ríete si quieres, qué diablos, wookie —dije—. Voy a aprender esta porquería inmediatamente. ¡Demonios! ¿Cómo mierda se llama esa música?
— ¡Oh, Richard —jadeó, secándose las lágrimas—. Es Romeo y Julieta.
Seguí con mi canción, a pesar de todo. Como era de esperar, tras unas cuantas estrofas las palabras perdieron su sentido por completo. Unos cuantos versos más y estaría maldiciendo como el más pintado. ¡Y me quedaban otras malas palabras por conquistar! ¿Cómo no se me había ocurrido practicar los juramentos años antes?
Ella logró hacerme sofrenar tanta blasfemia cuando ya entrábamos al salón de conciertos.
Sólo cuando volvimos al coche, después de pasar una velada en primera fila con Chaikovsky y Samuel Barber, Zubin Mehta dirigiendo a Itzhak Perlman y la Filarmónica de Los Ángeles, pude expresar mis sentimientos.
—¡Qué música endemoniadamente buena! ¿No te parece, mald... digo, mierda?
Levantó los ojos al cielo, implorante.
—¿Qué hice? —preguntó—. ¿Qué estoy creando? —No sé qué demonios estás creando —dije—, pero te estás luciendo con ese maldito trabajo, qué joder.
Socios en el comercio aún, insistimos en que debíamos trabajar un poco en esas semanas que pasamos juntos, así que elegimos una película para investigar y salimos temprano, a hacer la cola para la proyección de la tarde. El tránsito suspiraba y tarareaba en la calle, mientras esperábamos, pero el tránsito no estaba allí, como si una neblina encantada se iniciara a nuestro alrededor, más allá del alcance de la mano, y todo lo demás se tornara fantasmagórico mientras nosotros conversábamos, en nuestro planeta particular.
Yo no había reparado en la mujer que nos observaba, a poca distancia, en la niebla. Pero de pronto ella tomó una decisión que me asustó. Caminó directamente hasta Leslie, la tocó en el hombro y derrumbó nuestro mundo.
— ¡Usted es Leslie Parrish!
De inmediato, la brillante sonrisa de mi amiga cambió. Seguía siendo una sonrisa, pero súbitamente congelada; por dentro se había retirado, cautelosa.

https://biblioteca.d2g.com/

-Disculpe, pero la vi en Valle de Pasiones, en Viaje a las Estrellas y... Me encanta cómo trabaja y para mí usted es bellísima...
Era sincera y tímida, tanto que los muros se afinaron.
—¡Oh... gracias!
La mujer abrió su cartera.
— ¿Podría... ? Si no es mucha molestia, ¿podría firmarme un autógrafo para mi hija Corrie? Me mataría si supiera que estuve tan cerca de usted y no le... —No estaba teniendo mucha suerte en su búsqueda de papel para escribir. —Por aquí debo tener algo...
Ofrecí mi libreta y Leslie asintió, aceptándola.
—Aquí tenemos —dijo a la señora. Y a mí: —Gracias, señor.
Escribió un saludo para Corrie y firmó con su nombre; después de arrancar la hoja, se la entregó a la mujer.
—Usted hizo de Daisy Mae en *Li'l Abner*, también —dijo la mujer, como si Leslie hubiera podido olvidarse—. Y The Manchurian Candidate. Me encantó.
—¿Se acuerda, después de tanto tiempo? Qué amable...
—Gracias, muchas gracias. ¡Corrie se va a poner tan contenta!
—Dele un abrazo de mi parte.
Una vez que la mujer volvió a su sitio, hubo un momento de silencio.
—No digas una palabra —me gruñó Leslie.
—¡Fue conmovedor! Y no estoy bromeando. En serio. Ella se ablandó.
—Es dulce y sincera. Cuando alguien dice: " ¿Usted no es alguien conocida?", digo que no y trato de zafarme. "No, usted es alguien, le veo cara conocida. ¿En qué trabajó?" Esos quieren que una les recite el currículum. —Sacudió la cabeza, perpleja. — ¿Qué puede hacer una? No hay un modo sensible de tratar con la gente insensible. ¿O sí?
—Interesante. Yo no tengo ese problema.
— ¿No, wookie? ¿Ninguna persona grosera se ha entrometido en tu vida privada?
—Personalmente, no. En el caso de los escritores, la gente insensible envía exigencias escritas y manuscritos. Más o menos el uno por ciento es así; tal vez menos. El resto de la correspondencia es divertido.
Lamenté que la cola avanzara tan rápido. En menos de una hora tuvimos que interrumpir nuestros descubrimientos para entrar en el cine por cuestiones de negocios y sentarnos a ver una película. Tengo tanto que obtener de ella, pensé, mientras la tenía de la mano en la oscuridad, mi hombro tocando el suyo, más cosas para decir que nunca antes. Y ahora vivía la salvaje finura del sexo entre nosotros, cambiándonos, completándonos.
He aquí una mujer sin iguales en mi historia, pensé, mirándola en la oscuridad. No imagino qué haría falta para destrozar, para amenazar la calidez de estar junto a ella. He aquí la única mujer, entre todas las mujeres que conozco, con quien nunca puede haber dilemas, dudas sobre el lazo que nos une, por tanto tiempo como vivamos ambos.
¿No es extraño el modo en que aparece la certidumbre, justo antes de la catástrofe?

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 22

Allí estaba el lago, una vez más, Florida centelleando bajo mis ventanas. Acuaplanos como polillas acuáticas color de sol, deslizándose en el mar y en el aire. Nada cambió aquí, pensé, mientras dejaba la bolsa de ropa en el sofá.

Un movimiento en el filo de mi ojo me hizo dar un salto; allí estaba él, en el vano de la puerta: otro yo del que me había olvidado: con armadura, defendido y, en ese momento, disgustado. Como llegar a casa después de un paseo por la pradera, con margaritas en el pelo, vacíos los bolsillos de manzanas para la merienda y de azúcar para los venados, y encontrarse un guerrero de cota de malla, de pie en la casa, esperando fríamente.

—¡Llegas siete semanas tarde! —dijo—. No me dijiste dónde estabas. Lo que voy a decir te dolerá, y yo podría haberte ahorrado ese dolor. Richard, has estado bastante con Leslie Parrish. ¿Acaso olvidaste todo lo aprendido? ¿No te das cuenta del peligro? ¡Esa mujer es una amenaza para toda tu manera de vivir!

La gorra de acero encadenado se movió, crujió la armadura.

—Es una mujer hermosa —dije, y comprendí que él no captaría el significado. Iba a recordarme que ya conocía a muchas mujeres hermosas.

Silencio. Otro crujido.

—¿Dónde está tu escudo? Lo perdiste, seguro. ¡Suerte que hayas podido volver con vida!

—Nos pusimos a conversar...

—Tonto. ¿Crees que usamos armadura para divertirnos? —Sus ojos centelleaban dentro del casco. Un dedo con malla siguió las melladuras y los golpes del metal. —Cada marca fue hecha con designio de alguna mujer. El matrimonio estuvo a punto de aniquilarte; escapaste por milagro y, de no ser por la armadura, habrías recibido diez heridas desde entonces, por amistades convertidas en obligaciones convertidas en opresiones. Un milagro, lo mereces. Pero no cuentes con ellos por decenas.

—Yo uso mi armadura —gruñí—. Pero ¿pretendes que la tenga puesta... constantemente? ¿En todo momento? Hay también un tiempo para las flores. Y Leslie es especial.

—Leslie era especial. Todas las mujeres son especiales por un día, Richard. Pero lo especial se vuelve vulgar, se instala el aburrimiento, desaparece el respeto, se pierde la libertad. Una vez que pierdes la libertad, ¿qué más puedes perder?

La silueta era grande, pero más rápida que un gato en pelea, inmensamente fuerte.

—Tú me construiste para que fuera tu amigo más íntimo, Richard. No me hiciste lindo, ni riente, ni cálido y adaptable. Me construiste para que te protegiera de las aventuras que se vuelven feas, para que asegurara tu supervivencia como alma libre. Sólo puedo salvarte si haces todo lo que yo diga. ¿Quieres mostrarme un solo matrimonio feliz? ¿Uno solo? De todos los hombres que conoces ¿hay uno solo cuyo matrimonio no se pueda hacer más dichoso con un divorcio instantáneo, cambiándolo por amistad?

Tuve que admitir:

—Ninguno.

—El secreto de mi fuerza —dijo— es que yo no miento. Mientras no puedas razonar mejor que yo, convertir mis hechos en ficciones, estaré contigo para guiarte y protegerte. Leslie te parece hermosa hoy. Otras mujeres te parecían hermosas ayer.

https://biblioteca.d2g.com/

Cada una de ellas te hubiera aniquilado en un matrimonio. Para ti existe la mujer perfecta, pero habita en muchos cuerpos diferentes.
—Ya sé. Ya sé.
—Ya sabes. Cuando encuentres una mujer en el mundo entero capaz de darte más que muchas mujeres, yo desapareceré.
Ese tipo no me gustaba, pero tenía razón. Me había salvado de ataques que hubieran matado a quien yo era en ese momento. No me gustaba su arrogancia, pero la arrogancia nace de la certidumbre. Era escalofriante estar en el mismo cuarto que él, pero pedirle que se disolviera equivalía a convertirme en víctima cuando descubriera que ésta o aquella mujer no eran mi alma gemela, después de todo.
Por todo lo que yo recordaba, libertad era igual a felicidad. Un poco de protección es poco precio a pagar por la felicidad.
Naturalmente, pensé, Leslie tiene su propia persona de acero para custodiarla... Son muchos más los hombres que han planeado su captura que mujeres la mía. Si viviera sin armadura, hoy en día estaría casada, sin la menor posibilidad de llegar a la alegre relación de amantes que habíamos descubierto. También su regocijo sé fundamentaba en la libertad.
¡Cómo fruncíamos el ceño ante los casados que, a veces, buscaban en nosotros aventuras extramatrimoniales! Hay que actuar según se cree, sea como sea; si uno cree en el matrimonio, debe vivirlo honradamente. Si no, debe descasarse cuanto antes.
¿Acaso yo estaba casándome con Leslie al pasar con ella una parte tan grande de mi libertad?
—Lo siento —dije a mi amigo, el de la armadura—. No lo volveré a olvidar.
Él me echó una mirada larga y oscura antes de retirarse.

Pasé una hora respondiendo la correspondencia y trabajando en un artículo para una revista, que no tenía plazo de entrega fijo. Después, inquieto, bajé la escalera hasta el hangar.
Por sobre ese lugar, espacioso y hueco, pendía el levísimo velo de algo que estaba mal... un vapor tan ligero que nada se podía ver.
El pequeño jet BD-5 necesitaba volar, para sacarse las telarañas de los controles.
También yo estoy lleno de telarañas, pensé. No es prudente perder la práctica con ningún avión, estarse demasiado tiempo lejos de él. Ese jet bebé era exigente: el único avión, de cuantos yo había piloteado, más peligroso al despegar que al aterrizar.
Tres metros sesenta de morro a cola; salió del hangar como un carrito de helados, pero sin sombrilla, e igualmente vacío de vida. No tan vacío de vida, pensé. Estaba malhumorado. También yo estaría malhumorado si me dejaran solo por semanas enteras, con arañas en el aterrizador.
Retirada la cubierta de la cabina transparente, verificado el combustible, realizada la inspección previa al vuelo. Tenía polvo en las alas.
Debería contratar a alguien para que desempolvara los aviones, pensé, y resoplé de disgusto. ¡Qué haragán y descuidado me había vuelto! ¡Contratar a alguien para que desempolvara mis aviones!

http://biblioteca.d2g.com/

Antes yo era íntimo de un solo avión; ahora tengo un harén de lata; soy el jeque, el que viene de visita de vez en cuando. El Twin Cessna, el Widgeon, el Meyers, el Moth, el Rapide, el anfibio Lake, el Pitts Special... una vez al mes, a lo sumo, pongo en marcha sus motores. Sólo el T-33 tiene anotaciones recientes en su libro de bitácora: las del vuelo de regreso desde California.

Cuidado, Richard, pensé. Distanciarse del avión que piloteamos no es buscar la longevidad.

Me deslicé en la cabina del pequeño jet y miré fijamente su panel de instrumentos, que con el tiempo se me había vuelto poco familiar.

Antes pasaba todos mis días con el Fleet; me arrastraba cabeza abajo en la cabina, sacando heno del suelo; me chorreaba las mangas con aceite por limpiar el motor y poner las válvulas a punto; ajustaba los tornillos de los cilindros. Ahora tengo tanta intimidad con mis diversos aeroplanos como con mis diversas mujeres.

¿Qué pensaría Leslie de eso? ¿Ella, que da tanto valor a todo? ¿No éramos íntimos, ella y yo? Lamenté que no estuviera conmigo.

— ¡Despejen la cola!

Grité la advertencia por costumbre y oprimí la llave de arranque.

Las llaves de ignición dispararon ¡TSIK! ¡TSIK! ¡TSIK!; por fin, un rumor de combustible encendido en los quemadores. La temperatura del tubo de exhaustación ascendió en su medidor, las rpm del motor giraron en su diminuto indicador.

Todo eso es costumbre. Una vez que aprendemos un avión, nuestras manos y nuestros ojos saben cómo hacerlo funcionar mucho después de que nuestras mentes han olvidado. Si alguien hubiera asomado a la cabina para preguntarme cómo se hacía arrancar el motor, no habría podido decírselo. Sólo después de que mis manos concluyeron la secuencia de arranque habría podido explicar qué habían hecho ellas.

El áspero perfume del combustible quemado se filtró en la cabina... recuerdos de otros mil vuelos se filtraron con él. Continuidad. Este día es parte de una vida que pasé casi siempre volando.

¿Quieres otro significado de la palabra volar, Richard? *Escapar. Huir.* ¿De qué estoy huyendo, qué estoy descubriendo en estos días?

Correteé hasta la pista; unos cuantos coches se habían detenido ante el alambrado del aeropuerto, para mirar. No había mucho que pudieran ver. El jet era tan pequeño que, si no se conectaba el sistema de humo para exhibiciones aéreas, se perdería de vista antes de llegar al otro extremo de la pista.

El despegue es crítico, no lo olvides. Muy suave con la palanca de mandos, Richard; suave como una pluma. Acelera hasta ochenta y cinco nudos, luego eleva el morro un par de centímetros y deja que el avión se alce solo. Si lo fuerzas, eres hombre muerto.

Apuntado a lo largo de la línea central de la pista blanca, con la cabina transparente cerrada y asegurada, apreté el acelerador a fondo y el pequeño aparato se arrastró hacia adelante. Con su pequeño motor, el jet tomó velocidad casi con la celeridad de una carreta de bueyes. Hacia la mitad de la pista se estaba moviendo, pero aún dormido:

Sesenta nudos era aún demasiado poco para volar. Largo rato después íbamos a ochenta y cinco nudos, a fondo, y casi toda la pista había quedado atrás.

Levanté la rueda de proa del pavimento; unos pocos segundos después estábamos en el

http://biblioteca.d2g.com/

aire, apenas, lenta y torpemente, en un extremo de la pista, forcejeando ,por franquear los árboles.
Arriba las ruedas.
Las ramas musgosas pasaron a tres metros. Velocidad aérea, a cien nudos, a ciento veinte, a ciento cincuenta; por fin el aparato despertó y yo comencé a relajarme en la cabina. A ciento ochenta, aquella maquinita haría cuanto yo quisiera. Sólo necesitaba velocidad aérea y cielo despejado para convertirse en un deleite.
¡Qué importante era volar para mí! Representaba todo lo que yo amaba. Volar parece cosa de magia, pero es una habilidad adquirida por la práctica, con un compañero aprehensible y digno de amor. Principios a conocer, leyes a seguir, disciplinas que llevan, curiosamente, a la libertad. ¡Volar es tan parecido a la música! A Leslie le encantaría.
Lejos de las rutas aéreas, hacia el norte, una línea de cúmulos se iba transformando enfrente de la tormenta. A los diez minutos estábamos patinando en sus topes, suaves como cúpulas, en aire escaso; tres kilómetros hacia abajo nos separaban del páramo.
Cuando yo era niño, me escondía entre las hierbas para contemplar las nubes; veía otro yo encaramado allá arriba, en un borde igual a éste, agitando una bandera en dirección al niño tendido en la hierba, gritándole: " ¡Hola, Dickie!", aunque no se lo oía por la altura. Él, con lágrimas en los ojos, deseaba intensamente vivir un solo minuto en una nube.
El jet viró ante la idea, ascendió y se lanzó hacia la cima de una nube, como un austriaco, preparándose para un salto en esquíes. Hundimos las alas, por un momento, en la neblina dura, ascendimos y giramos sobre el costado. Como era de esperar, empequeñeciéndose detrás de nosotros, una enroscada bandera blanca marcó el salto. ¡Hola Dickie!, pensé, con más potencia que si hubiera gritado.
Hola Dickie a través del tiempo al niño tendido en la hierba treinta años antes. No pierdas tu pasión por el cielo, pequeño, y te lo prometo: lo que amas hallará el modo de alzarte de la tierra, muy alto, hasta sus respuestas alegres y amedrentadoras para todas las preguntas que puedas formular.
Éramos un cohete horizontal; el paisaje de nubes cambiaba a toda velocidad a nuestro alrededor.
¿Oyó él?
¿Recuerdo yo haber oído entonces la promesa que acabo de hacer al niño, tendido en la hierba de un año diferente? Tal vez. Las palabras no, pero sí la seguridad absoluta de que algún día volaría.
Aminoramos el vuelo, giramos invertidos, nos zambullimos en picada por largo rato. ¡Qué idea! ¿Y si pudiéramos hablar entre nosotros, de un tiempo a otro, el Richard de ahora alentando al Dickie de entonces? Tocándolo, no con palabras, sino en profundos recuerdos de aventuras aún por venir. Como una radio psíquica que transmitiera deseos, que dejara oír intuiciones.
¡Cuánto habría para aprender si pudiéramos pasar una hora, veinte minutos con el nosotros-en-que-nos-convertiremos! ¡Cuánto podríamos decir al nosotros-que-fuimos!
Suavemente suavemente, con el más leve toque de un dedo en la palanca de mandos, el pequeño avión salió de su picada. A la máxima velocidad de vuelo no se hace nada brusco con un avión, o éste se convierte en una bocanada de partes aisladas, detenidas en medio del vuelo, para caer arremolinadas, aquí y allá, en los pantanos.

http://biblioteca.d2g.com/

Las nubes bajas pasaron como apacibles descargas antiaéreas; una ruta solitaria parpadeó abajo, antes de desaparecer.

¡Qué experimento sería ése! Decir "hola" a todos los otros Richards que vuelan en el tiempo, delante de mí, encontrar el modo de escuchar lo que ellos dirían! Y los yo alternativos en futuros alternativos, los que tomaron decisiones diferentes a lo largo del camino, los que giraron a la derecha en las esquinas que yo tomé hacia la izquierda, ¿qué podrían decirme? ¿Llevan una vida mejor o no? ¿Cómo la cambiarían ellos, sabiendo lo que ahora saben? Y todo esto, pensé, sin mencionar a los Richards de otras vidas, en lejanos futuros o en lejanos pasados del Ahora. Si todos vivimos Ahora, ¿por qué no podemos comunicarnos?

Para cuando tuve a la vista el aeropuerto, el pequeño jet ya me había perdonado el descuido y era amigo mío otra vez. Más costó perdonarme a mí mismo, pero así suele suceder.

Aminoramos la velocidad y entramos en el esquema de aterrizaje, el mismo esquema que yo había visto aquel día, al bajar del autobús, para caminar hasta el aeropuerto. ¿Puedo ver ahora a ese Richad, que camina con su rollo de frazadas y la noticia de que es millonario? ¿Qué tengo para decirle? ¡Oh, caramba, qué tengo para decirle!

Tan sencillo en el aterrizaje como complicado en el despegue, el BD-5 tomó la aproximación final, posó sus diminutas ruedas en tierra, carreteó largo y recto hasta el final de la pista. Luego giró, remilgado, y un minuto después estábamos otra vez en el hangar, con el motor apagado y la turbina girando cada vez más lentamente, hasta que por fin se detuvo.

Le di unas palmaditas en la cabina transparente, agradeciéndole el vuelo, costumbre de cualquier piloto después de volar por más tiempo del que cree merecer.

Los otros aviones miraban, envidiosos. Ellos también querían volar, necesitaban volar. Ahí estaba el pobre Widgeon, perdiendo aceite por la cubierta del morro del motor derecho. El sellador se había secado por la prolongada falta de uso.

¿Podría escuchar los futuros de los aviones, así coma al mío? De haber practicado entonces, de haber conocido el futuro de ese aparato, no me habría entristecido. Sé convertiría en una estrella de la televisión, que abría cada episodio de una serie muy popular, volando hasta una bella isla para acuatizar y carretear hasta el muelle, reluciente y bonito, sin ninguna pérdida de aceite. Y no podría tener ese futuro sin el presente que vivía conmigo por entonces, polvoriento en mi hangar después de haber volado conmigo unos pocos cientos de horas.

Así también había hacia adelante algún futuro para mí, que no podría acontecer sin que primero yo viviera ese presente solitario y libre.

Subí la escalera hasta la casa, absorto en la posibilidad del contacto con los otros aspectos de mí, Richards-de antes y Richards-por-venir, los yo de otras vidas, otros planetas, otros hipnóticos espacio-tiempos.

¿Acaso alguno de ellos habría buscado un alma gemela? ¿Alguno de ellos la había encontrado?

La intuición (el futuro / pasado siempre-yo) me susurró a su vez, en ese momento desde la escalera:

Sí.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 23

Abrí el armario, saqué una lata de sopa y algunos fideos y planeé un buen almuerzo italiano en cuestión de un minuto. Tal vez no haya sido muy italiano. Pero caliente y nutritivo en el tipo de averiguaciones que yo necesitaba hacer, sí.

Mira en derredor en este momento, Richard. Lo que ves ¿es el tipo de vida que más deseas llevar?

Es horriblemente solitaria, pensé, poniendo la sopa en una cacerola, sobre la cocina; olvidé encender el fuego. Extraño a Leslie.

Se produjo un castañeteo de armadura y yo suspiré.

No te preocupes, pensé, no te preocupes; ya sé lo que vas a decir; no puedo criticar tu lógica. El estar juntos es una descolorida destrucción. Supongo que no echo de menos a Leslie. Echo de menos lo que ella representa para mí en este momento.

El guerrero se marchó.

Entonces vino otra idea en su reemplazo, un pensamiento completamente amable: *Lo opuesto a la soledad, Richard, no es el estar juntos. Es la intimidad.*

La palabra flotó, suelta, burbuja de plata liberada desde el fondo de un mar oscuro.

¡Eso!

¡ Es lo que me pierdo!

Mi mujer perfecta en muchos cuerpos es tan cálida como el hielo del congelador. Es comunicación sin interés; es sexo sin amor; es amistad sin entrega.

Así como no puede herir ni ser herida, así también es incapaz de amar y ser amada. Es incapaz de dar *intimidad*. Y la intimidad... ¿Es posible que me parezca tan importante como la misma libertad? ¿Por eso estuve siete semanas viviendo con Leslie, cuando tres días eran demasiado con cualquier otra mujer?

Dejé la sopa fría sobre la cocina, busqué una silla y me senté, con las rodillas recogidas bajo el mentón, mirando hacia el lago por la ventana. Los cúmulos eran ya cumulonimbus y bloqueaban el sol. En Florida, durante el verano, se puede regular el reloj por las nubes de tormenta.

Veinte minutos después veía una muralla de lluvia, casi sin darme cuenta.

De algún modo, ese día había hablado con Dickie, tan lejano en mi pasado; de algún modo le había hecho llegar un mensaje. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con un Richard futuro? ¿Qué sabe él de intimidad? ¿Ha aprendido el amor?

Sin duda, los otros aspectos de quienes somos han de ser nuestros amigos más íntimos... ¿Quién puede estar más cerca de nosotros que nosotros mismos en otros cuerpos, nosotros mismos en formas espirituales? Si cada uno de nosotros ha sido hilado alrededor de una hebra dorada interior, ¿qué hebra, en mí, es la que corre por todos los otros?

Me torné más y más pesado, hundiéndome en la silla y, al mismo tiempo, elevándome por sobre ella. Qué sensación curiosa, pensé. No te resistas a ella, no te muevas, no pienses. Deja que te lleve a donde quiera. Me sería de tanta ayuda, conocer a...

http://biblioteca.d2g.com/

Bajé de un puente de serena luz plateada a una enorme pista; los asientos vacíos se curvaban, alejándose en semicírculos, con los pasillos vacíos como rayos de bicicleta que se abrieran desde el centro del escenario. En el centro no, pero cerca de él, había una silueta sentada, sola, con el mentón sobre las rodillas. Debí hacer algún ruido, pues levantó la vista, sonriendo, se desplegó y me saludó con la mano.

—¡No sólo eres puntual, sino que llegas temprano! —dijo.

Yo no podía verle la cara con claridad, pero el hombre tenía aproximadamente mi estatura; vestía un mono para nieve negro, de nylon, en una sola pieza, con amarillos y anaranjados intensos cruzando el pecho y bajando por las mangas. Cierres a cremallera en los bolsillos y en las botas de cuero. Familiar.

—Sin duda —le respondí, con toda la indiferencia posible—. No parece que el espectáculo esté por comenzar, ¿Qué era ese lugar? El se echó a reír.

—El espectáculo ya ha comenzado. En este momento ha recogido sus ruedas. ¿Te molestaría que saliéramos de aquí?

—Por mí, está bien —dije.

En el césped del parque, más allá de la pista, había un pequeño avión parecido a una araña; podía pesar cien kilos con los bolsillos llenos. Tenía un ala alta, cubierta de nylon anaranjado y amarillo, altos y relucientes timones de dirección en la punta de cada ala, elevador pintado de dos mismos colores, encaramado sobre tubos de aluminio delante de los asientos; atrás, un pequeño motor de propulsión. Yo sabía mucho de aviones, pero nunca había visto nada parecido.

Lo que él llevaba puesto no era un mono para la nieve, sino un traje de aviador que hacía juego con su avión. — ¿Quieres el asiento izquierdo?

¡Qué cortés, qué confiado de su parte, ofrecerme el sitio del piloto!

—Prefiero el derecho —dije, y me filtré en el puesto del pasajero. Me quedaba ajustado, porque en ese aeroplano todo era pequeño.

—Como quieras. Puedes pilotearlo desde ambos lados. Los controles son como todos, pero verás que no tiene pedales de timón. Está todo en la palanca de mandos. Es muy sensible, ese elevador. Si lo tratas como si fuera una palanca cíclica de helicóptero, te vendrás abajo.

Indicó que se despejara la hélice, tendió la mano hacia una manivela ubicada arriba, tiró de ella una vez y la máquina comenzó a funcionar, silenciosa como un ventilador eléctrico. Se volvió hacia mí.

— ¿Listo?

—Cuando quieras —dije.

Empujó hacia adelante un acelerador más pequeño que el del jet bebé y, sin más ruido que el de una leve brisa al levantarse, el aparato se lanzó hacia el frente. Quince metros más allá estaba en el aire, inclinado hacia atrás, ascendiendo como un coche de carrera para montaña. La tierra cayó, alejándose, como un ancho suelo verde que se desprendiera de nosotros, a trescientos metros por minuto. Él movió la palanca de controles un poco más hacia adelante y aflojó el acelerador hasta que el ventilador quedó batiendo suavemente a. nuestras espaldas, en el viento. Apartó las manos de los mandos, indicándome con una seña que yo podía pilotear.

—Ya has visto.

http://biblioteca.d2g.com/

—Gracias.
Era como pilotear un paracaídas, pero no estábamos cayendo. Avanzábamos a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora, a juzgar por el viento, en una delicia de aparato que se parecía más a una silla de jardín que a un avión. No tenía mamparos ni suelo; su. carlinga era tan abierta que, por comparación, los biplanos eran sepulcros cerrados. Lo hice virar y ascendí. Eran tan sensible como él me lo había advertido.
— ¿No se puede apagar el motor? ¿Es posible conducir lo como a planeador?
—Claro. —Tocó una llave en el regulador y el motor se detuvo. Nos deslizamos sin ruido en lo que parecía ser aire ascendente... No hubo pérdida de altitud que yo pudiera apreciar.
— ¡Qué avioncito perfecto! ¡Es encantador! ¿Cómo hago para conseguir uno?
Me miró extrañamente.
— ¿No has adivinado, Richard?
—No.
— ¿Sabes quién soy?
—Más o menos. —Sentí el roce del miedo.
—Sólo por divertirnos —sugirió—, atraviesa el muro entre lo que sabes y lo que te atreves a decir. Hazlo y dime de quién es este avión y con quién estás volando.
Incliné la palanca de mandos hacia la derecha; el avión se ladeó al virar, suavemente, hacia un cúmulo que coronaba aquella corriente de aire caliente. Era totalmente natural, con el motor apagado, buscar el ascenso, aun cuando aquel aparato peso pluma no hubiese perdido altitud.
—Si tengo que adivinar, diría que este avión es mío, del futuro, y tú eres el hombre que yo voy a ser. —No me atreví a mirarlo.
—No está mal —dijo él—. Yo diría lo mismo.
— ¿Dirías? ¿No lo sabes?
—Si lo piensas mucho, se vuelve complicado. Soy uno de tus futuros y tú eres uno de mis pasados. Creo que eres el Richard Bach lleno de dinero, ¿no? ¿La nueva celebridad entre los escritores? Nueve aviones, ¿verdad? y la impecable idea que has diseñado de la mujer perfecta. ¿Le eres totalmente fiel, aunque ella no te mueve un pelo?
Tocamos el extremo de una corriente cálida con el ala derecha y yo viré cerradamente hacia ella.
—No lo cierres demasiado —dijo—. De todos modos, tiene un radio de giro muy reducido. Una leve inclinación te mantendrá en la corriente hacia arriba.
—Bueno.
¡Esa maravilla de avión sería mío! Y él sería yo. ¡Las cosas que debía saber!
—Mira —dije—, quisiera hacerte algunas preguntas. ¿A qué distancia estás en mi futuro? ¿A veinte años?
—Cinco, más bien. Parecen como cincuenta. Yo podría ahorrarte cuarenta y nueve, si me prestaras atención. Esa es la diferencia entre nosotros. Yo poseo las respuestas que tú necesitas, pero no existe la menor posibilidad de que me escuches antes de que te arrolle la Gran Aplanadora de la Experiencia.
El corazón me dio un vuelco.
— ¿Piensas que me da miedo lo que me vas a decir y estás seguro de que no te escucharé?
—¿Me equivoco?

https://biblioteca.d2g.com/

—¿En quién puedo confiar, sino en ti? —observé—. ¡Por supuesto que te escucharé!
—Escuchar, es posible que lo hagas, pero actuar no. Ahora nos encontramos porque los dos sentimos curiosidad, pero dudo que me permitas ayudar.
— ¡Sí!
—No —dijo él—. Es como con este avión. En tu época no tiene nombre, todavía no ha sido inventado. Cuando se lo invente, lo llamarán ultraliviano, y va a revolucionar la aviación deportiva. Pero tú no vas a comprar este aparato terminado, Richard, ni vas a contratar a nadie para que te lo construya. -Lo vas a construir tú mismo, pieza por pieza, Paso Uno, Paso Dos, Paso Tres. Lo mismo pasa con tus respuestas, exactamente lo mismo. No las puedes comprar terminadas y no las aceptarás si te las doy gratis, si te digo, palabra por palabra, cuáles son.
Comprendí que se equivocaba.
— ¡Has olvidado lo rápido que soy para aprender! —dije—. Dame una respuesta y mira lo que hago con ella.
Dio una palmadita a la palanca de mandos, como señal de que deseaba pilotear nuestra cometa por un rato. Habíamos ascendido unos trescientos metros en la corriente cálida y estábamos próximos a la base de las nubes. Sembrados praderas bosques colinas ríos alejándose allá abajo, cal y rodante terciopelo. Ninguna ruta. Suave susurro revoltoso, un suavísimo viento a nuestro alrededor, mientras nos deslizábamos hacia arriba.
Con la tranquila sonrisa de alguien que apuesta sin respaldo:
— ¿Quieres hallar a tu alma gemela?
— ¡Sí! Desde siempre. Lo sabes.
— Tu armadura —dijo—. Te protege de cualquier mujer que pueda destruirte, sin duda. Pero si no las dejas caer, te aislará también de la única que puede amarte, nutrirte, rescatarte de tu propia protección. Hay una mujer perfecta para ti. Es singular, no plural. La respuesta que estás buscando es renunciar a tu Libertad y a tu Independencia para casarte con Leslie Parrish.
Menos mal que había tomado los controles antes de decírmelo.
— ¿Qué estás diciendo? —Me ahogué con la idea. — ¿M estás diciendo que... que ME CASE? No puedo ni remotamente... ¿Sabes lo que pienso del casamiento? ¿No sabes lo que digo en mis conferencias? Que, después de la Guerra las Religiones Organizadas, el Matrimonio es lo que más desdicha... ¿Crees que no estoy convencido de eso? ¡ ¡ ¡Que, renuncie a mi LIBERTAD!!! ¿A mi INDEPENDENCIA?
¿Me estás diciendo que mi solución es CASARME? ¿Me.. O sea... QUE?
Él reía. Yo no le veía nada de gracioso al asunto
Aparté la vista hacia el horizonte.
—Te da miedo de veras, ¿eh? —dijo—. Pero ahí tienes la respuesta. Si prestaras atención a lo que sabes y no a lo que temes...
— No te creo.
—Tal vez tengas razón —dijo—. Yo soy tu futuro más probable, pero no el único. —Giró en el asiento, alargó la mano hacia el motor y operó una palanca para enriquecer la mezcla.
—Pero me parece bastante probable que mi esposa Leslie sea tuya, algún día. En este momento duerme, en mi época, tal como tu amiga Leslie duerme en tu época,

http://biblioteca.d2g.com/

con todo el continente entre ella y tú. Cada una de tus muchas mujeres, lo que has aprendido de ellas, te da el don de esta única mujer, ¿comprendes eso? ¿Quieres más respuestas?

—Si ése es el botón de muestra —dije—, no estoy muy seguro. ¿Abandonar mi libertad? Señor, usted no tiene idea de quién soy yo. De las respuestas como ésa puedo prescindir. ¡Por favor!

—No te preocupes. Olvidarás este vuelo. No lo recordarás hasta mucho después.

—¿Yo? No —aseguré—. Mi memoria es como una garra de acero.

—Viejo amigo —dijo él, calladamente—, te conozco tan bien... ¿Nunca te cansas de llevar la contraria?

—Mortalmente. Pero si eso es lo que hace falta para vivir mi vida como yo quiero vivirla, seguiré llevando la contraria.

El se echó a reír y dejó que nuestra máquina voladora planeara fuera de la corriente cálida. Cruzamos lentamente por sobre el campo, más globo aerostático que avión. No me interesaban sus respuestas; me amenazaban, me asustaban, me enfadaban. Pero los detalles del ultraliviano, el tubo de aluminio y los aparatos, la curva del ala, los cables de acero inoxidable, hasta la extraña insignia de un pterodáctilo pintado sobre el timón de punta de ala, todo eso lo imprimí en mi memoria, para construir de la nada, si hacía falta.

Halló una corriente en descenso y la siguió en círculos, tal como habíamos seguido la ascendente. La reunión no iba a durar mucho más.

—Bueno —dije—. Pégame con otras respuestas.

—Creo que no conviene —dijo—. Quería advertirte, pero ahora no sé.

—Por favor. Lamento haberte llevado la contraria. Recuerda quién soy.

Aguardó un largo instante; por fin decidió hablar.

—Con Leslie serás más feliz de lo que has sido nunca —dijo—. Lo cual es una suerte, Richard, porque todo lo demás se va directamente al infierno. Juntos, los dos sufrirán la cacería del gobierno por el dinero que tus financistas han perdido. No podrás escribir, por si la Dirección de Réditos se apodera de cada palabra que pongas en papel. Te verás desbancado y en quiebra. Perderás tus aviones, todos ellos; tu casa, tu dinero, todo. Quedarás clavado en tierra año tras año. Lo mejor que jamás pudo pasarte, que jamás te pasará.

Se me secó la boca escuchando.

— ¿Eso es una respuesta?

—No. De eso surgirá una respuesta.

Salió de la corriente sobre una pradera, en la cima de una colina, y miró hacia abajo. En el borde del césped esperaba una mujer. Nos miraba, saludaba con la mano al ver el avión.

—¿Quieres aterrizar tú? —dijo, ofreciéndome los mandos.

—Ese prado es algo pequeño para un primer intento.

Hazlo tú.

Detuvo el motor, giró en un círculo amplio, planeando. Cuando pasamos por sobre los últimos árboles antes de la pradera, hundió el morro, dirigiéndolo hacia el pasto, lo inclinó suavemente hacia arriba otra vez. En vez de ascender, el ultraliviano flotó por un segundo, posó las ruedas y rodó hasta detenerse junto a una Leslie aun más deslumbrante que la que yo dejara en California.

http://biblioteca.d2g.com/

—Hola, ustedes dos —dijo—. Se me ocurrió que los en contraría aquí, con el avión
—Se inclinó para besar al otro Richard y le revolvió el pelo. — ¿Le estás leyendo la suerte?
—La pérdida de suerte por un lado, la ganancia por otro —dijo él—. ¡Qué encantadora, tesoro! Él va a pensar que eres un sueño.
Ella tenía el pelo más largo, el rostro más suave. Vestía de seda de color limón: una blusa de cuello alto que habría resultado mojigata, de no ser la tela tan sutil. A la cintura, un amplio corselete amarillo sol, en vez de cinturón. Pantalones sueltos de brin blanco, sin costura, hasta el suelo; cubrían todo menos las puntas de sus sandalias. Mi corazón estuvo a punto de detenerse, mis paredes casi se derrumbaron allí mismo. Si voy a pasar mis años sobre la tierra con una sola mujer, pensé, que sea ésta.
—Gracias —dijo—. Me vestí para esta ocasión. No todos los días se encuentra una con sus antepasados... en el medio de una vida... —Lo rodeó con sus brazos en cuanto él bajó del avión; luego se volvió hacia mí, sonriendo.
— ¿Cómo estás, Richard?
—Con una envidia terrible —dije.
—No tienes nada que envidiar —dijo ella—. El avión será tuyo.
—No le envidio el avión a tu esposo —aclaré—, sino la mujer.
Ella se ruborizó.
—Tú eres el que detesta el matrimonio, ¿verdad?
El matrimonio es "aburrimiento, estancamiento, inevitable pérdida de respeto".
—Tal vez inevitable no.
—Eso es alentador —comentó ella—. ¿Te parece que puedes llegar a cambiar de idea con respecto al matrimonio, algún día?
—Si se puede creer en tu esposo, sí. No me explico de qué modo, salvo cuando te miro.
—A partir de hoy no está bien mirar —dijo el futuro Richard—. También te olvidarás de este encuentro. Debes aprender a tu modo, para bien o para mal.
Ella levantó la vista hacia él.
—Para mayor riqueza o para mayor pobreza.
Él le dedicó la huella de una sonrisa.
—Hasta que la muerte nos una todavía más.
Ambos se burlaban suavemente de mí con esas palabras, y los amé a ambos.
Luego, dirigiéndose a mí, él dijo:
—Se nos acabó el tiempo. Allí tienes la respuesta que vas a olvidar. Pilotea el avión, si quieres. Nosotros debemos volver corriendo a la tierra del despertar, en un año tan lejano del tuyo, tan cercano al tuyo... Estoy escribiendo el libro nuevo y, si tengo suerte, lo primero que haré al despertar será anotar este sueño.
Estiró la mano hacia el rostro de ella, en un movimiento de cámara lenta, como para tocarla, y desapareció.
La mujer suspiró, entristecida porque el tiempo se hubiera acabado.
—Ya ha despertado. Yo también despertaré dentro de un minuto.
Dio un paso hacia mí, flotando y, para mi estupefacción, me besó suavemente.
—Para ti no será fácil, pobre Richard —dijo—. Tampoco será fácil para ella, para la Leslie que fui. ¡Les esperan tiempos duros! No temas. Si quieres magia, deja caer tu

https://biblioteca.d2g.com/

armadura. La magia es mucho más fuerte que el acero.
Ojos como cielo crepuscular. ¡Ella sabía, sabía tanto!
En medio de la sonrisa despareció. Quedé solo en la pradera, con el ultraliviano. No volví a pilotearlo. Quedé de pie en el césped, recordando todo lo que había ocurrido, grabándomelo a fuego en la mente (el rostro de ella, sus palabras) hasta que la escena desapareció.

Cuando desperté, la ventana estaba negra, salpicada de gotas de lluvia y con una línea curva de luces domésticas al otro lado del lago. Desplegué mis piernas y me senté en la oscuridad, tratando de recordar. Junto a la silla tenía una libreta de anotaciones y una estilográfica.
Sueño de vuelo. Bestia prehistórica voladora, plumas de colores. Me llevó hasta posarse frente a frente con la mujer más hermosa que he visto jamás. Dijo una palabra: "Magia". Un rostro bellísimo.
Magia. Había más, sin duda, pero no pude recordar. La sensación que perduraba en mí era amor amor amor. Ella no era un sueño. ¡Era una mujer real que yo había tocado! Vestida de sol. ¡Una mujer viviente, y no puedo hallarla!
¿Dónde estás?
Estallé de frustración; arrojé la libreta contra la ventana. Rebotó, cayó con un revoloteo, al vuelo las páginas, y se estrelló contra las cartas de navegación hacia California del Sur.
¡Ahora, maldición! ¿Dónde estás AHORA?

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 24

Cuando ocurrió yo estaba en Madrid, tartamudeando deportivamente en una gira publicitaria para la edición española del libro, concediendo entrevistas en ese idioma, que hacían sonreír a los conductores de televisión y a los periodistas gráficos. ¿Por qué no? ¿Acaso a mí no me encantaba que un visitante español, alemán, francés, japonés o ruso, al llegar a Norteamérica, rechazara a los intérpretes para llevar a cabo sus entrevistas en inglés? ¿Que la sintaxis es un poco extraña, que las palabras escogidas no son las que elegirían los naturales del país? Pero ¡qué agradable ver a esas gentes, que se balancean con valor en la cuerda tensa, tratando de hablarnos!

—Los acontecimientos y las ideas de las cuales escribe, señor Bach, ¿cree usted en ellas, funcionan para usted?

La cámara emitía un levísimo zumbido, esperando, mientras yo traducía la pregunta en mi mente.

—No hay un escritor en el mundo —decía yo, lentamente, a mi máxima velocidad— que pueda escribir un libro de ideas en las cuales no cree. Podemos escribir verdaderamente sólo lo que creemos verdaderamente. No soy tan bueno en el... ¿cómo se dice *proving* en español?... vivir de las ideas como yo deseo, pero estoy más y más bueno todos los días.

Los idiomas son grandes almohadas esponjosas metidas entre las naciones; lo que otras dicen queda sofocado, casi perdido en ellas, y cuando hablamos la gramática ajena se nos llena la boca de plumas. Vale la pena. ¡Qué placer expresar una idea, aunque sea en lenguaje de niños, lentamente, y hacerla navegar a través del vacío en otro idioma, hacia un ser humano que habla otro idioma!

El teléfono del hotel sonó por la noche, tarde. Antes de que pudiera acordarme del castellano, dije "hello".

Una vocecita débil de larga, muy larga distancia. —Hola, wookie, soy yo.

— ¡Qué estupenda sorpresa! Eres muy amorosa por llamar.

—Temo que aquí tenemos unos problemas terribles. Tuve que llamarte.

— ¿Qué problemas?

No lograba imaginar un problema tan importante como para que Leslie llamara a Madrid a medianoche.

—Tus contadores están tratando de comunicarse contigo —dijo—. ¿Sabes lo de la Dirección de Réditos? ¿Alguien te lo explicó? ¿No te dijo nada el asesor financiero? La línea crujía y siseaba.

—No, nada. ¿Qué dirección de Réditos? ¿Qué está pasando?

—Quieren que les pagues un millón de dólares antes del lunes. De lo contrario embargarán todo cuanto tienes. La amenaza era tan enorme que no podía ser verdad.

— ¿Embargar todo? ¿Antes del lunes? ¿Por qué el lunes?

—Enviaron un aviso certificado hace tres meses. Tu asesor financiero no te lo dijo. Dice que no quieres malas noticias.

Lo dijo con tanta tristeza que no podía estar bromeando. ¿Para qué tenía yo un asesor financiero? Un asesor financiero... ¿Para qué pagaba a esos profesionales?

http://biblioteca.d2g.com/

Sin duda no hacía falta contratar a expertos para algo tan simple como conseguir que la Dirección de Réditos embargara mi propiedad. Eso podría haberlo hecho por mi propia cuenta.

— ¿Puedo ayudarte, Richard? —preguntó ella.

— —No sé.

Qué extraña sensación será, ver candados colgando de los aviones, de la casa...

—Haré todo lo que quieras —ofreció ella—. Segura-mente puedo hacer algo. Creo que debería consultar con un abogado.

—Buena idea. Llama a mi abogado, el que vive en Los Ángeles, y fíjate si tiene en su despacho a alguien que sepa de impuestos. Y no te preocupes. Tiene que ser un error. ¿Te imaginas, un millón de dólares en IMPUESTOS? Lo que pasa es que he perdido un millón de dólares y no me cobrarán impuestos. Seguramente se confundió el sentido del telegrama. Cuando vuelva hablaré con la Dirección de Réditos para ver qué está pasando y aclararemos todo.

—Bueno —dijo ella, dubitativa—. Voy a llamar a tu abogado y empezaremos por allí. Vuelve pronto, por favor. En cuanto puedas.

Parecía tensa y asustada.

—Tengo que quedarme dos días más. No te preocupes. Arreglaremos esto y nos veremos pronto.

—Tú tampoco te preocupes —dijo ella—. Estoy segura de que puedo hacer algo...

¡Qué extraño!, pensé, ya bajo mis cobertores, en Madrid. ¡Ella se lo está tomando muy en serio! ¡Como si el asunto le importara!

Pensé en los asesores que había contratado. Si eso era cierto, todos ellos habían fallado. Apuesto a que esa mujer tiene más criterio comercial en la cinta del pelo que todos ellos juntos.

Qué te parece... Mi confianza no había servido para conseguir a gente digna de confianza. Ni los grandes sueldos, los títulos, la responsabilidad, las cuentas de gastos. Y cuando los expertos contratados fallan, me di cuenta súbitamente, ¡no son ellos los que padecen la vaporización, sino yo!

*¡Ay, Richard, qué tonto! ¡Estoy un burro, estoy un burro estúpido!*

Interesante, pensé. Menos de dos semanas pasadas en España, y ya estoy pensando en su idioma.

https://biblioteca.d2g.com/

.

# CAPITULO 25

Estaba en una carpeta rotulada Richard, sobre su escritorio; suponiendo que era para mí, abrí la carpeta y leí.

El azul apacible y luminoso del alba
Se tornó más intenso con el día
Igual que la felicidad,
Azul, más azul, azulísimo,
Blancas bocanadas de deleite,
Júbilo desbordando.

Hasta que el atardecer
Nos envolvió en un rosado tierno
Y nos fundimos en un
Apasionado adiós magenta,
Alma terrestre y alma cósmica
Estallando de belleza.

Cuando llegó la noche,
Una luna bebé
Reía de costado en la tiniebla. Yo reí también
Y pensé:

A medio andar el mundo
Tu cielo
Se colma de esta misma
Risa dorada,
Y tuve la esperanza de que tú,
Chispeantes Ojos Azules,
Vieras y oyeras.

Para que de algún modo los tres
Quedáramos unidos en nuestro regocijo, Cada uno de nosotros en su propio espacio, Juntos por separado,
Distancia sin sentido.

http://biblioteca.d2a.com/

Y dormí
En un mundo
Colmado de sonrisas.

Lo leí una vez, y otra, y una vez más, lentamente.
—Pequeña wookie —pregunté, levantando la voz—, ¿quién escribió el poema de la luna bebé que reía de costado en la oscuridad? El que estaba en la carpeta de tu escritorio. ¿Lo escribiste tú?
Ella contestó desde su sala, en donde estaba, rodeada por montañas de formularios de transacción-inversión, praderas de hojas para inventario, ríos de cheques cancelados: una colonia en tierras hostiles, circundada por carretas de papel.
Había logrado impedir el embargo de la Dirección de Réditos. Ahora trabajaba a toda velocidad para organizar los hechos, a fin de iniciar las negociaciones en un plazo de dos semanas a partir del jueves.
—¿Cómo? —dijo—. Fui yo. Oh, ¡NO LO LEAS, POR FAVOR!
—Demasiado tarde —dije, en voz lo bastante baja como para que ella no oyera.
A veces nos preguntamos si alguna vez se puede llegar a conocer a la amiga más íntima, lo que piensa y siente en el fondo. Y de pronto descubrimos que ella ha escrito ese fondo en un papel secreto, tan claro como una primavera en la montaña.
Volví a leerlo. Estaba fechado el día en que yo había partido hacia España; ahora, un día después de regresar, descubría lo que ella había sentido, sin decírselo a nadie, salvo a ese papel. ¡Qué poetisa era! Intima sobre el papel, suave, sin miedo. La obra literaria me conmueve cuando es íntima; igual que el volar, los filmes, las charlas, los contactos que parecen accidentales y no lo son.
A nadie había conocido yo, salvo a ella, con quien me atreviera a mostrarme tan infantil como a veces me sentía, tan tonto, experimentado, sexual, íntimo y conmovedor. Si el amor no era una palabra torcida y mutilada por la posesión y la hipocresía, si era una palabra cuyo significado era el que yo deseaba, bien podía estar al borde de pensar que estaba enamorado de ella.
Volví a leer sus palabras.
—Es un bello poema, Leslie.
Suena tan flojo y condescendiente... ¿Sabrá ella que lo digo sinceramente?
Su voz fue una cadena de plata, lanzada con fuerza.
— ¡Maldición, Richard! ¡Te pedí que no lo leyeras! ¡Eso es *privado*! Cuando quiera que lo leas te lo haré saber. Ahora ¿quieres venir al escritorio, por favor, a ayudarme un poco?
El poema se hizo añicos en mi mente, disco de arcilla sobre el que dispararan con acertada puntería. Furia instantánea. ¡Quién es usted para gritarme, señorita! ¡El que me grita no me vuelve a ver, nunca jamás! ¡Si no me quieres, no me tienes! Adiós... Adiós... ADIOS... ¡ADIOS!
Tras esa pica de ira, dos segundos, un ardoroso enfado contra mí mismo. Yo, que tanto valoro la privacidad, había leído su poema privado.

http://biblioteca.d2g.com/

Me había entrometido en sus escritos íntimos. ¿Cómo me habría sentido yo si ella se hubiera entrometido en los míos? Inconcebible, hacer semejante cosa. Ella tenía todo el derecho del mundo a expulsarme de su casa para siempre, y me parecía horrible que todo terminara así, porque ella era la persona más íntima que tocara jamás.

Apreté la mandíbula, no dije una palabra, salí a la sala.

—Lo siento muchísimo —dije—. Te pido mil disculpas. Ha sido imperdonable y no lo volveré a hacer, te lo prometo.

La furia se enfrió, el plomo fundido se vació en hielo. El poema seguía siendo polvo quebrado.

— ¿No te preocupas por esto? —Estaba furiosa, desesperada. —Los abogados no pueden hacer nada por ayudarte mientras no tengan algo con que trabajar, y este... ¡embrollo!... vienen a ser tus registros, se supone. —Movió papeles, revisó una pila aquí, otra allá. —¿Tienes copias de tus declaraciones de réditos? ¿Sabes dónde están tus declaraciones de réditos?

No tenía la menor idea. Si algo aborrecía, después de la Guerra, la Religión Organizada y el Matrimonio, debía ser el Papelerío Financiero. Para mí, ver una declaración de réditos era encontrarme de cabeza con Medusa: petrificación instantánea.

—Han de estar por aquí —dije—. Las voy a buscar. Ella revisó la lista que tenía en su regazo y levantó el lápiz.

— ¿Qué ingresos tuviste el año pasado?

— No sé.

— Aproximadamente. Diez mil dólares más o menos.

— No sé.

— ¡Vamos, Richard! ¿Cincuenta mil dólares más o menos, cien mil?

—De veras, Leslie. ¡No lo sé!

Ella dejó el lápiz y me miró como si yo fuera un ejemplar de biología, sacado del lodo ártico.

—Dentro del millón de dólares —dijo, muy lenta y claramente—. Si ganaste menos de un millón de dólares, el año pasado, di: "Menos de un millón de dólares." Si ganaste más de un millón de dólares, di: "Más de un millón de dólares."

Con paciencia, como si hablara con un niño estúpido. —Tal vez más de un millón —dije—, pero tal vez haya sido menos o tal vez dos.

Se le agotó la paciencia.

*—¡Richard! ¡Por favor! No estamos jugando! ¿No te das cuenta de que estoy tratando de ayudarte?*

—¿NO TE DAS CUENTA DE QUE NO SE? ¡NO TENGO LA MENOR IDEA DE CUANTO DINERO GANE, NO ME IMPORTA CUANTO DINERO GANE! ¡TENGO... TENIA GENTE DE CONFIANZA PARA QUE SE ENCARGARA DE TODO ESO, YO DETESTO ANDAR TRAS ESAS COSAS, NO SE COMO SE HACE! —Sonaba a escena de libreto. —No lo sé.

Ella apoyó la goma del lápiz contra la comisura de su boca y me miró. Tras un largo silencio, dijo:

—Realmente no lo sabes, ¿eh?

—No.

https://biblioteca.d2g.com/

Me sentía malhumorado, incomprendido y solo.
—Te creo —dijo ella, con suavidad—. ¿Cómo es posible que no sepas con diferencia de un millón de dólares? —Me vio la cara y agitó la mano para retirar lo dicho. — ¡Está bien, está bien! No sabes.
Pasé un rato manoteando entre las cajas; detestaba eso. Papeles, miren cuántos papeles. Números anotados por manos desconocidas, por diferentes máquinas de escribir; pero se supone que tienen alguna relación conmigo. Inversiones, productos, agentes, impuestos, cuentas bancarias...
— ¡Aquí están los impuestos! —dije—. ¡Toda una carpeta de impuestos!
— ¡Así me gusta! —aprobó ella, como si yo fuera un cocker spaniel que acabara de desenterrar una pulsera perdida.
—Guau —dije.
Ella no contestó. Estaba revisando los títulos de las declaraciones y tildando las anotaciones.
Todo era silencio mientras ella leía; bostecé sin abrir la boca, treta aprendida en la escuela secundaria, en las clases de inglés. A mí, que odiaba tanto el papelerío, ¿se me exigía ahora que aprendiera eso, más mortífero que la gramática? ¿Para qué? ¡Yo no me había olvidado del papelerío, había contratado a gente que se encargara en mi nombre! Después de contratarlos y pagarles, ¿por qué me toca a mí revolver este embrollo, buscar formularios de réditos? ¿Por qué le toca a Leslie recoger la carga que dejaron caer seis empleados bien remunerados? ¡No es justo!
Cuando alguien escribe un libro de gran venta, canta una canción gloriosa o actúa en una película encantadora, se le debería proporcionar un grueso manual gris, junto con los cheques, las bolsas de correspondencia y los cántaros de dinero:
PRESENTACION Y ADVERTENCIA
Felicitaciones por haber hecho lo que hizo para ganar este efectivo. Aunque parece ser suyo y usted cree que debería ser suyo, por haber dado a la sociedad lo que usted le dio, sólo una décima parte de él, aproximadamente, puede caer bajo su control, SIEMPRE QUE USTED SEA HABIL CON EL PAPELERIO.
El resto pasa a agentes, impuestos, contadores, abogados, personal especializado, gobiernos, sindicatos y empleadores, que usted deberá contratar para seguir el rastro de todo esto y pagar los impuestos correspondientes a sus empleados. No tiene ninguna importancia que usted no sepa dónde contratar a las personas que puedan hacer esto, que no sepa en quién confiar o que no conozca todos los artículos que deberá pagar; tendrá que pagarlos, de cualquier modo.
Sírvase comenzar por la página uno y lea sin detenerse hasta la página 923, memorizando cada una de las líneas. Entonces podrá salir a disfrutar de una cena deducible, siempre que se haga acompañar por un comerciante, hable de negocios, guarde el recibo y anote con quién ha compartido la comida. Si no lo hace, habrá gastado, en realidad, el doble de lo que creyó haber gastado al pagar.
Desde ahora en adelante, viva su vida estrictamente de acuerdo con las reglas aquí enumeradas; así, nosotros, su gobierno, podremos permitirle existir un tiempo más. De otro modo, abandonad toda esperanza, los que aquí entráis.

http://biblioteca.d2g.com/

Ni siquiera un folleto. Supuestamente, toda persona capaz de componer una canción encantadora es un contador competente, además de archivista y custodio de créditos y débitos pagaderos a las invisibles direcciones de ciudad, estado y nación. Si una o dos de esas personas no están a la altura de la tarea, si no han sido bendecidas con una mente ordenada, capaz de comprender las normas de la registración cuidadosa, su estrella es bajada con red del firmamento y encerrada en una celda carcelaria. Allí deben dedicar todo su talento a aprender las costumbres de las celdas, a dominar esa aburrida materia, aunque tenga gusto a cartón; Han de pasar años en una rígida oscuridad, antes de que su estrella pueda volver a brillar, sí de ella queda una chispa.

¡Cuánta energía malgastada! ¿Cuántos otros filmes, cuántos otros libros, cuántas canciones quedan sin cantar mientras esas horas, esos meses, esos años se derraman por lujosas ratoneras burocráticas de abogados, contadores, asesores, consejeros y consultores, a los que se paga en medio de la desesperación, buscando ayuda?

Calma, Richard. Estás echando un vistazo a tu futuro. Si quieres seguir viviendo en este país, la cautelosa atención prestada al dinero y a sus registros será un collar sofocante amarrado a tu cuello. Forcejea contra él, tira y te estrangularás. Debes tomarlo con calma, con garbo, caminar lentamente, mostrarte de acuerdo con todos los organismos oficiales y con todos los inspectores que conozcas, sonreír dulcemente y... si lo haces, se te permitirá respirar sin pender por el cuello hasta la muerte en esa cadena.

Pero ¡mi libertad! Tironeé. ¡Aaak! Fiú. ¡Ay, ese collar es feroz!

Mi libertad es ahora una alternativa: escapar a algún otro país y cuidadosa, lentamente, resolver este montón de vajilla rota que fuera mi imperio. Richard-el-de-entonces tomó algunas decisiones ciegas y cometió errores estúpidos por los que deberá pagar Richard-el-de-ahora.

Observé a Leslie, que estudiaba las declaraciones de réditos, llenando páginas y páginas de notas para los abogados.

Richard-el-de-ahora, pensé, no está haciendo un comino. Leslie-la-de-ahora se encarga de todo, y no es ni un poquitito responsable de lo ocurrido. Leslie no se dedicó a pilotear aviones veloces; ni siquiera tuvo la posibilidad de salvar el imperio del desastre. A Leslie le toca barrer los fragmentos, si puede. ¡Qué retribución, por ser amiga de Richard Bach!

Y encima él se enoja con ella por haberle levantado la voz cuando supo que había leído su poesía privada.

Richard, pensé, ¿has tenido en cuenta la posibilidad de que, de hecho, puedas ser un reverendo y maldito hijo de mala madre?

Por primera vez en mi vida, tuve en cuenta esa posibilidad, muy en serio.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 26

La única diferencia podría haber sido que ella estaba más callada que de costumbre, pero no me di cuenta.
—No puedo creer que no tengas avión propio, Leslie. ¡Una reunión en San Diego! ¡Llegas en media hora!
Revisé el aceite en el motor del Meyers 200 con que había volado al oeste, esa vez, para visitarla; revisé también que las tapas de los tanques estuvieran bien ajustadas y las cubiertas, sobre ellas, cerradas y trabadas.
Ella respondió con una voz apenas por encima del susurro, de pie en el cálido sol, junto al ala izquierda. Llevaba un conjunto de color arena que parecía hecho a medida, pero se la notaba inquieta cerca de mi avión de negocios.
— ¿Cómo dices, wook? —pregunté—. No te oigo.
Ella se aclaró la garganta.
—Dije que hasta ahora he logrado arreglármelas sin avión.
Puse su portafolios en la parte trasera, me deslicé en el asiento izquierdo, la ayudé a ocupar el derecho y cerré la puerta desde adentro, sin dejar de hablar.
—La primera vez que vi este tablero me dije: " ¡Epa! ¿Y todos estos indicadores, llaves, botones, radios, cosas?" El Meyers tiene instrumentos de sobra, pero uno se acostumbra con el tiempo y acaba por ser muy fácil.
—Bueno —replicó ella, con voz débil.
Miraba el tablero más o menos como yo había mirado el escenario, el día en que ella me llevara a la MGM. Su respeto no era tanto, pero me di cuenta de que no estaba muy habituada a eso.
— ¡DESPEJEN LA HELICE! —grité, y ella me miró con los ojos muy grandes, como si algo estuviera mal, asombrada por el grito. Probablemente nunca había viajado sino en los grandes Jumbo. —No pasa nada —le aseguré—. Sabemos que no hay nadie cerca del avión, pero siempre gritamos: " ¡Despejen la hélice!" o algo así, para que todos sepas que nuestro motor se está por poner en marcha y salgan del paso. Antigua cortesía de pilotos.
—Qué bien —asintió ella.
Llave principal encendida, mezcla rica, regulador abierto un centímetro, bomba de combustible conectada (le mostré cuál era el medidor de presión de combustible, para que ella viera que teníamos presión), llave de contacto en encendido, botón de arranque oprimido.
Giró la hélice; el motor se encendió de inmediato, funcionando ásperamente en cuatro cilindros, luego en cinco, finalmente en seis, suavizándose hasta convertirse en un ronroneo de león contento antes de despertar otra vez. Ahora, en el tablero de instrumentos las agujas se estaban moviendo por doquier: presión de aceite, medidor de vacío, amperímetro, voltímetro, indicador de dirección, horizonte artificial, indicadores de navegación. Se encendieron luces para indicar las frecuencias de radio; en los altavoces sonaron palabras.

https://biblioteca.d2g.com/

Una escena que yo había representado unas diez mil veces en un avión u otro, desde el momento en que terminara la escuela secundaria, y todavía me gustaba tanto como entonces.

Me comuniqué con la torre del aeropuerto para pedir información de despegue, expliqué que éramos un Meyers y no un Navion pequeño, solté los frenos y correteamos unos ochocientos metros hasta la pista. Leslie observaba el tablero de instrumentos, los otros aviones que correteaban, aterrizaban, despegaban. Me observaba a mí.

—No entiendo una palabra de lo que dicen —comentó.

Tenía el pelo peinado severamente hacia atrás, recogido bajo una boina escocesa de color beige. Me sentí como un piloto de compañía aérea que llevara a bordo a la hermosa presidenta, por primera vez.

—Es lenguaje de aviación, una especie de código —le expliqué—. Nosotros comprendemos porque sabemos exactamente lo que se va a decir: Números de aviones, números de pista, las secuencias de despegue, los vientos, el tránsito. Si dices algo que la torre de control no esté esperando, como: "Aquí Meyers Tres Nueve María, estamos comiendo sandwiches de queso, por favor, espere", la señorita de la torre contestará: "¿Cómo? ¿Cómo? Repita, por favor. Sándwich de queso no tiene sentido en lenguaje de aviación."

En el acto de oír, pensé, una gran parte consiste en escuchar lo que esperamos y no sintonizar el resto. Yo estoy adiestrado para oír la charla de los aviadores; ella está adiestrada para oír música en donde yo ni siquiera sospecho que la haya. ¿Ocurrirá lo mismo con la vista? ¿Acaso sintonizamos nuestros ojos para no ver visiones, ni OVNIS, ni fantasmas? ¿Acaso nos cerramos a ciertos sabores, apagamos nuestros sentidos, hasta descubrir que el mundo físico es exactamente como queremos que sea, no ya un milagro? ¿Qué parecería nuestro día si viéramos en infrarrojo y ultravioleta, o si pudiéramos aprender a ver las auras, los futuros sin forma, los pasados que no se desprenden?

Ella escuchaba atentamente la radio, desentrañando súbitas descargas de palabras emitidas por la torre; por un momento, pensé en el espectro de a, enturas, cada vez más amplio, que estaba teniendo con ella.

En ese momento, cualquier otro habría visto a una esbelta y encantadora mujer de negocios, camino a una reunión para analizar la financiación de una película, los costos calculados y no calculados, los planes de filmación y los exteriores. Sin embargo yo, entornando los ojos, la veía tal como una hora antes, vestida sólo con el aire caliente de dos secadores para el pelo, después de ducharse, guiñándome el ojo al pasar yo junto a su puerta y riendo, un segundo después, al ver que me había llevado la pared por delante.

Qué lástima, pensé, que semejantes placeres siempre lleven a cosas que se dan por seguras, a ceños fruncidos, discusiones y toda la confusión y la ruina del matrimonio, haya casamiento o no.

Apreté el botón del micrófono en el volante de mando.

—Meyers Dos Tres Nueve María listo para salir en Dos-Uno.

—Tres Nueve Malía, tiene vía libre para despegar. Por favor, sea expedito. Aparato en aproximación final.

—Comprendido, de acuerdo —dije. Estiré un brazo por delante de la presidenta para ver si su portezuela estaba bien cerrada. — ¿Lista?

http://biblioteca.d2g.com/

—Sí —dijo ella, mirando hacia adelante.
El ronroneo del Meyers se convirtió en un muro sónico compuesto por trescientos caballos de fuerza. Nos vimos lanzados hacia atrás en nuestros asientos, al avanzar el avión por la pista; el asfalto y las líneas pintadas ya se convertían en un largo borrón, en Santa Mónica que se alejaba hacia abajo.
Moví la palanca del aterrizador para subirlo.
—Ahora las ruedas están ascendiendo —dije a Leslie—y las aletas... ¿las ves recogerse hacia adentro del ala? Ahora volveremos a potencia de ascenso y aquí adentro habrá menos ruido...
Di unas vueltas más al regulador, después de la manivela de la hélice, finalmente al control de mezcla, para que la temperatura del gas de exhaustación subiera hasta donde correspondía.
En el tablero se habían encendido tres luces rojas... Las ruedas estaban aerodinámicamente retiradas, arriba y sujetas. La palanca de embrague a neutro, para desconectar la bomba hidráulica. El avión se estabilizó en su ascenso, alcanzando algo menos de trescientos metros por minuto. No ascendía tanto como el T-33, pero tampoco quemaba dos mil quinientos litros por hora.
Abajo avanzaba la línea de la costa, con cientos de personas en la playa. Si ahora falla el motor, pensé, tenemos altura suficiente para regresar y aterrizar en la cancha de golf o en la misma,pista. Giramos ampliamente sobre el aeropuerto, antes de establecer el rumbo a San Diego. Eso nos hizo pasar por sobre el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Leslie señaló una escasa línea de jets comerciales en el acercamiento final para aterrizar.
— ¿No nos estamos cruzando en el paso de ellos?
—No —le dije—. Hay un corredor sobre el aeropuerto.
Por ahí vamos nosotros, ahora. El lugar más seguro, para nosotros, es volar exactamente por sobre las pistas, porque los grandes jets vienen desde un costado para aterrizar y van al otro costado para despegar. ¿Ves? "Sarta de perlas", como les llaman los controles. Por las noches, con las luces encendidas, son una sarta de diamantes.
Descendí a velocidad de crucero, con lo que el motor se tornó aun más silencioso. Ella me hacía preguntas con los ojos mientras yo hacía alteraciones en el avión. Entonces le expliqué lo que estaba pasando.
—Ahora estamos totalmente nivelados. ¿Ves cómo se mueve la aguja de velocidad aérea? Llegará exactamente hasta aquí, donde indica unos trescientos kilómetros por hora. Este indicador marca nuestra altitud. La aguja pequeña indica los miles; la grande, los cientos. ¿Cuál es nuestra altitud en pies?
—¿Tres mil... quinientos?
—Dímelo sin el signo de interrogación.
Ella se recostó contra mí para ver bien el altímetro.
—Tres mil quinientos.
—¡Correcto!
Un Cessna 182 volaba hacia nosotros en el corredor, a mil pies por sobre nuestra altitud.
—¿Ves eso? Vuela a cuatro mil quinientos pies, en dirección opuesta. Hay reglas a seguir para no acercarse demasiado en el aire. Aun así, cuando veas un avión y aunque sepas que yo también lo estoy viendo, señálamelo.

http://biblioteca.d2g.com/

Siempre conviene mirar alrededor, ver y ser visto. Tenemos luces de referencia en la punta de la cola y en la panza, para que los otros aviones nos vean con más facilidad.
Ella asintió, buscando otros aviones. El aire estaba calmo como un lago de crema; exceptuando el zumbido del motor, bien habríamos podido estar volando en una cápsula espacial lenta, alrededor del planeta Tierra. Estiré la mano hacia abajo para ajustar la manivela de compensación en el tablero de instrumentos. Cuanta mayor era la velocidad de vuelo, más había que compensar el morro hacia abajo, para que no siguiera ascendiendo.
— ¿Quieres pilotear tú?
Ella se arrinconó, como si temiera que yo fuese a entregarle el motor.
—No, wookie, gracias. No sé cómo se hace.
—El avión vuela solo. El piloto se limita a indicarle dónde debe ir. Con suavidad, con mucha suavidad. Pon la mano en el volante de mandos que tienes frente a ti. Con mucha suavidad, sólo el pulgar y los dedos. Así, muy bien. Te prometo que no te dejaré cometer ningún error.
Ella apoyó tímidamente los dedos en el volante, como si hubiera una trampa de acero puesta allí para cercenarle la mano.
—Ahora bastará con que empujes hacia abajo, con muchísima suavidad, del lado derecho del volante.
Ella me miró. Preguntas.
—¡Dale! Te aseguro que al avión le encanta. Aplica un poco de presión a la derecha.
El volante se movió un centímetro bajo su mano; como era de esperar, el Meyers se inclinó lentamente hacia la derecha, iniciando un giro. Ella aspiró bruscamente.
—Ahora haz lo mismo del lado izquierdo.
Ella lo hizo, como si estuviera realizando un experimento de física cuyo resultado fuera totalmente desconocido. Las alas se nivelaron. Me dedicó una sonrisa de encantado descubrimiento.
—Ahora prueba tirar hacia atrás, un centímetro.
Para cuando el aeropuerto de San Diego se elevó en el horizonte, Leslie había terminado con su primera lección de vuelo y señalaba aviones del tamaño de jejenes, a veinticuatro kilómetros de distancia. Sus ojos eran tan agudos como hermosos. Era un placer tenerla al lado en un avión.
—Serás buena piloto, si quieres dedicarte a eso. Sabes manejar el avión con suavidad. La primera vez, cuando uno dice "con suavidad' casi todos echan manotazos a los mandos con demasiada fuerza, y el pobre avión comienza a dar tumbos. Si yo fuera avión, me encantaría que me pilotearas.
Ella me echó una mirada de reojo y siguió buscando otros aviones, en tanto nos inclinábamos hacia San Diego.
Ya de regreso en Los Ángeles, esa noche, después de un vuelo tan tranquilo como el de la mañana, se dejó caer en la cama.
—Deja que te cuente un secreto, wookie —dijo.
—Te dejo. ¿De qué se trata?
—¡Me aterroriza volar! ¡ME ATERRORIZA! Sobre todo, tratándose de aviones pequeños. Hasta hoy, si alguien me hubiera puesto un revólver en la nuca, diciendo:

http://biblioteca.d2g.com/

"O subes a ese avioncito o aprieto el gatillo", yo hubiera contestado: "Apriete el gatillo." Lo que hice hoy me parece imposible. ¡Me moría de miedo, pero lo hice!
¿Qué?, pensé.
—¿Te aterroriza? ¿Y por qué no me lo dijiste? Hubiéramos podido ir en el Bantha...
Me parecía increíble. ¿Esa mujer, que tanto me interesaba, tenía miedo a los aviones?
— Porque me habrías odiado —respondió.
— ¡No te habría odiado nada! Habría pensado que eras una gansa, pero odiarte, eso no. Hay mucha gente a la que no le gusta volar.
—No se trata de que no me guste —corrigió—. ¡No soporto volar! Ni siquiera en aviones grandes, en jets. Cuando no me queda más remedio, elijo el avión más grande que haya. Subo, me siento, me aferró de los posa brazos y trato de no llorar. ¡Y todo eso antes de que se pongan en marcha los motores!
La abracé con suavidad.
—¡Pobrecita! Y no dijiste una palabra. Debió parecerte que eran los últimos minutos de tu vida, cuando subiste al Meyers, ¿no?
Asintió contra mi hombro.
—¡Qué muchacha tan valiente eres!
Más gestos de asentimiento.
—¡Pero ya pasó todo! Ahora has perdido todo ese miedo y desde ahora en adelante iremos a todas partes volando, y aprenderás a volar, y tendrás un avioncito propio...
Ella había seguido asintiendo hasta "desde ahora en adelante". En ese punto se detuvo, se apartó de mi abrazo y me miró con angustia, enormes los ojos, la barbilla temblando. Ambos nos deshicimos en risas.
—¡Pero de veras, Richard! ¡A lo que más miedo le tengo en el mundo es a volar! Ahora ya sabes lo que siento por mi amigo Richard...
La conduje hasta la cocina, abrí el congelador y amontoné helado y crema de chocolate en la mesa.
—Esto hay que festejarlo —aseguré, para disimular mi confusión por lo que ella había dicho: "Ahora ya sabes lo que siento por mi amigo Richard." Sobre ponerse a ese miedo requeriría una confianza, un afecto tan fuertes como el mismo amor, y el amor es el pasaporte al desastre.
Cada vez que una mujer decía amarme, íbamos camino al fin de nuestra amistad. ¿Acaso perdería a mi hermosa amiga Leslie en el torbellino de la posesión celosa? Ella nunca había dicho que me amara; tampoco yo se lo habría dicho, ni en mil años.
Ante cien públicos, yo había advertido:
—Cuando alguien les diga que los ama, ¡cuidado!
Nadie tenía por qué creer en mi palabra; cualquiera podía verlo en su propia existencia: padres que castigaban a sus hijos gritando lo mucho que los amaban; esposos que se asesinaban verbalmente, físicamente, en discusiones filosas como cuchillos, amándose. Los desprecios corrientes, el eterno descarte de una persona por parte de otra que asegura amarla. De tales amores, por favor, pueda el mundo librarse. ¿Por qué se había crucificado a palabra tan promisoria en el árbol de la obligación, asaetada de deberes, ahorcada por la hipocresía, ahogada por la costumbre? Después de "Dios"` "amor" es la palabra más mutilada de todos los idiomas. La forma más elevada del afecto entre dos seres humanos

https://biblioteca.d2g.com/

es la amistad; Cuando el amor se entromete, la amistad muere.
Le serví la crema de chocolate caliente. Sin duda no es eso lo que ella quiere decir. "Ahora sabes lo que siento" se refería a la confianza, al respeto, a esas elevadas cimas que los amigos pueden escalar. No podía haberse referido al amor. ¡No, por favor! ¡Cuánto detestaría perderla!

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 27

Las estrellas son amigas constantes y eternas, pensé. Un sombrero lleno de constelaciones, aprendidos a los diez años: ésas, y los planetas visibles, y unas cuantas estrellas, amigas hoy como si no hubiera pasado una noche desde que nos conocimos.
En la estela del velero, a través de una tinta de medianoche, se retorcían y se enroscaban suaves verdes luminosos; diminutos torbellinos y tornados brillantes relucían por un momento, antes de desvanecerse.
Navegando a solas por la costa oeste de Florida, al sur de Sanibel hacia los Cayos, puse el barco un punto a estribor, para ajustar la constelación de Corvus a mi palo mayor: una vela de estrellas. Una vela demasiado pequeña para agregar mucha velocidad.
Suave brisa negra, este-noreste.
¿Habrá tiburones en el agua? No me gustaría nada caer por la borda, pensé, automáticamente. Y luego: ¿Me disgustaría tanto caer por la borda?
¿Cómo será ahogarse? Los que han estado a punto de morir así dicen que no se sufre tanto; dicen que, al cabo de un ratito, se llega a una especie de paz. Mucha gente ha estado cerca de morir y revivió. La muerte es el momento más bello de la vida, dicen, y le han perdido el miedo.
¿Hará falta que encienda las luces de navegación, estando tan solo aquí? Es desperdiciar energía; gasta las baterías.
Treinta y un pies de barco: lo justo. Si mide más, se necesitan tripulantes. Me alegro de no necesitar tripulantes.
Solo solo solo. ¡Cuánto es arreglarse solo, en la vida!
Leslie tiene razón cuando dice que la alejo.

_ ¡Yo alejo a todo el mundo, wook! No es por ti; es porque no dejo que nadie se me acerque demasiado. No quiero encariñarme con nadie.
—¿Por qué? —Había fastidio en su voz. Últimamente ocurría con mayor frecuencia. Sin previo aviso, nuestras charlas saltaban las vallas y ella se enojaba conmigo por cualquier cosa. — ¿Qué tiene de terrible encariñarse con alguien?
Porque yo podría hacer una gran inversión de esperanzas en un ser humano y luego perderla por completo. Creo saber quién es ella y vengo a descubrir que es alguien totalmente distinto; entonces tengo que volver al tablero y diseñar otra vez. Y acabo de decidir que a nadie se puede conocer por completo, salvo a uno mismo, y aun eso está bastante lleno de "peros". Si algo puedo esperar de los demás es que sean fieles a quienes son, y si van a estallar en extraños enojos de vez en cuando, lo mejor es retroceder un poco para no volar en el estallido. ¿No es eso obvio, claro como el ayer?
—Porque si no, no soy tan independiente como quiero ser —dije.
Ella había inclinado la cabeza; me miró con atención.
— ¿Me estás diciendo la más alta verdad que conoces?

https://biblioteca.d2g.com/

Hay momentos, pensé, en que ser amigo de alguien capaz de leer la mente es muy incómodo, por cierto.
—Tal vez sea hora de que me aleje por un tiempo.
—Eso es —dijo ella—. ¡Huye! Es lo mismo. Te has ido, aunque estés aquí. Te extraño. Estás aquí mismo y te extraño.
—Leslie, no sé cómo solucionarlo. Creo que es hora de que me vaya. De todas maneras, tengo que llevar el barco a Cayo West. Volver allá, ver cómo andan las cosas en Florida.
Ella frunció el ceño.
—Dijiste que nunca podías pasar con una misma mujer más de tres días; que te enloquecías de aburrimiento. ¡Hemos pasado juntos meses enteros y lloramos cuando tuvimos que separarnos! ¡Los dos más felices que nunca en la vida! ¿Qué pasó, qué ha cambiado?

Corvus derivó desde su sitio en el palo mayor; un golpe de timón a babor para ponerla en su lugar. Pero si la mantengo allí toda la noche, pensé, al amanecer andaré cerca de Yucatán y no rumbo a Cayo Hueso. Si se navega por la misma estrella, sin cambiar, no sólo nos desviamos del curso, sino que nos perdemos.
Maldición, Corvus, ¿te estás poniendo de parte de ella? He ideado cuidadosamente este excelente sistema, este esquema de la mujer perfecta, de primera línea; iba funcionando muy bien hasta que Leslie empezó a entrometerse, a hacer preguntas que no me atrevo a pensar, mucho menos a contestar. Claro que quiero amarte, señorita, pero ¿cómo saber lo que tú harías si yo te amara?
¿Qué sentiría si cayera ahora por la borda? Estaría allí: un gran chapuzón verde fosfórico en el océano; ahí está el barco, enorme, junto a mí ahora, en el momento siguiente fuera de mi alcance, dentro de un minuto perdido en la oscuridad, desvaneciéndose las luces de su estela.
Nadaría hacia la costa, eso sería todo. Estamos apenas a quince kilómetros de la costa; si no soy capaz de nadar quince kilómetros en agua cálida, merezco ahogarme.
Pero ¿y si estuviera a mil quinientos kilómetros de la costa? ¿Cómo serían las cosas, entonces?
Algún día, Richard, pensé, aprenderás a dominar esa mente tonta. Es como lo que el niño decía al aviador ambulante que había aterrizado en su henar:
—Señor, ¿qué haría si le fallara el motor?
—Bueno, planear y aterrizar, amigo mío. El aeroplano planea bien. No le hace falta motor para deslizarse. —Pero ¿y si se le desprendieran las alas?
—Si se me desprendieran las alas tendría que lanzarme, ¿no? Y usar el paracaídas.
—Sí, pero ¿y si no se le abriera el paracaídas?
—Entonces trataría de caer en una parva de heno.
—Pero ¿y si sólo hubiera rocas por todos lados?
Un montón de cuervos, eso es lo que son los niños. Igual que yo, antes. Igual que yo, también ahora. "¿Y si estuviera a mil quinientos kilómetros de la costa?" Cuánta curiosidad. El niño que llevo dentro querría correr a descubrir qué hay del otro lado de la

http://biblioteca.d2g.com/

muerte, ahora mismo. No pasará mucho tiempo sin que llegue la hora de hacerlo. Mi misión está bastante cumplida, ya escritos los libros, pero todavía pueden quedarme una o dos lecciones por aprender, de este lado de la muerte.

Cómo amar a una mujer, por ejemplo. Richard, ¿recuerdas cuando dejaste el oficio de aviador ambulante para buscar a tu verdadero amor, tu alma gemela, tu amiga definitiva en un millón de vidas? Parece haber pasado tanto tiempo... ¿Qué posibilidades hay de que cuanto he aprendido sobre el amor esté mal, de que haya una sola mujer en todo el mundo?

Se levantó viento; el barco se inclinó hacia estribor. Dejé que Corvus se fuera y timoneé hacia Cayo Hueso guiándome por la brújula.

¿Por qué será que tantos pilotos quieren, también, navegar a vela? Los aviones disponen de libertad en el espacio. Los veleros tienen libertad en el tiempo. No es el aparato lo que deseamos, sino la falta de grillos que esos aparatos representan. No queremos un avión grande, sino la velocidad y el poder que da el dominar su vuelo. No deseamos un yate lleno de velas, sino el viento, la aventura, la esforzada pureza de vida que demanda el mar, que demanda el cielo. Sin las ligaduras de las exigencias externas. Navegar por años en un velero, sin detenerse, si lo deseamos.

Los veleros son dueños del tiempo. Lo más que un avión puede volar son unas cuantas horas; más que eso es una proeza. Alguien debería inventar un avión que goce de tanta libertad en el tiempo como los veleros.

Yo he conseguido ser libre de mis otras amigas. ¿Por qué de Leslie no? Ellas no me critican que mantenga la distancia, que las deje cuando quiero. ¿Por qué ella sí? ¿No sabe, acaso? Se pasa demasiado tiempo juntos y hasta la cortesía desaparece. La gente es más cortés con los desconocidos que con su marido o su mujer. Dos personas, mutuamente atadas como perros hambrientos, peleando por cada migaja que caiga entre ambos. Hasta nosotros, fíjate. ¡Me levantaste la voz! Yo no entré a tu vida para que te enojaras. Si no te gusto como soy, dilo, simplemente, y me voy. Demasiado tiempo juntos y todo son cadenas, deberes, responsabilidades, alegrías no, aventuras no, ¡gracias, no!

Horas más tarde, a través de la noche, el primer resplandor leve, en el horizonte, hacia el sur. No es el alba, sino las luces en las calles de Cayo Hueso, que se reflejan en la neblina, a buena altura, en el cielo.

Navegar a vela es demasiado lento, pensé. Uno cambia de idea, no quiere estar donde está; en un avión se puede hacer algo por solucionarlo; en un ratito se llega lejos. En un velero, si cambias de idea ni siquiera puedes aterrizar y bajarte. No puedes planear si vas muy alto, no puedes ascender si estás demasiado bajo. Los veleros siempre van a la misma altura. Sin cambios. Aburren. El cambio es aventura, ya se trate de veleros o de mujeres. ¿Qué otra aventura hay, sino el cambio?

Leslie y yo acordamos ciertas reglas de amistad: igualdad absoluta, libertad, cortesía, respeto, que nadie diera a nadie por seguro, nada de exclusividades. Si las reglas ya no le gustan, debería decírmelo. Este asunto se está volviendo demasiado serio.

Sin duda, ella diría: "En tu vida, Richard Bach, ¿no hay lugar para algo que no sea una regla?"

Ojalá pudiera decir que no y alejarme de ella.

Ojalá pudiera hablar con ella ahora mismo.

https://biblioteca.d2g.com/

Ojalá los veleros fueran mucho más veloces, ojalá volaran.
Triste estado, el del mundo. Ponemos al hombre en la luna, pero no podemos construir un velero capaz de volar.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 28

— ¿Listo para salir, wookie? —dijo ella.
Otra vez estoy pasando demasiado tiempo con ella, pensé, demasiado tiempo, sin duda. Es más organizada que un microchip... Todo lo que toca funciona en orden, con franqueza y claridad. Tan hermosa que todavía me enceguece. Divertida, cálida y amorosa. Pero las reglas dicen que me voy a destruir si paso demasiado tiempo con una sola mujer y estoy pasando demasiado tiempo con ella.
—¿Estás listo para salir? —preguntó una vez más.
Se había puesto un traje de color ambarino, seda dorada al cuello; el pelo estaba peinado y recogido hacia atrás, para una larga reunión de negocios.
—Claro —dije.
Qué extraño. Ella es la que me está rescatando de entre los punzantes fragmentos de imperio; está haciendo el trabajo de todos mis empleados despedidos.
Stan, tranquilo hasta el fin, dijo, al retirarse, que lamentaba que yo hubiera perdido tanto dinero. "Así pasa a veces", dijo; "el mercado se volvió contra ti."
El abogado especializado en impuestos puesto por Stan se disculpó, lamentando no haber tenido en cuenta la fecha tope de la Dirección de Réditos; en su opinión, no era justo, porque el se demoró sólo dos semanas en presentar la declaración pero se negaron a tenerla en cuenta. De no ser por eso, dijo, habría podido demostrar que yo no les debía un centavo.
Harry, el gerente comercial, sonrió y dijo que lo de réditos era una vergüenza; a él no le gustaba más que a mí y había hecho lo posible por no molestarme con eso, mientras pudo. A propósito, me estaría muy agradecido si le pagaba el mes de preaviso.
De no ser por Leslie, me habría ido a la Antártica o a Botzwezolandia, a tal punto estaba disgustado con el dinero, los impuestos, los contadores y los libros de contabilidad. En cuanto veía un papel con números me daban ganas de hacerlo pedazos.
—Adiós —dijo ella, cuando subí al coche.
— ¿Cómo adiós?
—Te has ido otra vez, Richard. Adiós.
—Disculpa —dije—. ¿No te parece que debería solicitar carta de ciudadanía en la Antártica?
—Todavía no —respondió ella—. Después de esta reunión, puede ser. A menos que puedas presentarte con un millón de dólares más los intereses.
—¡No termino de entenderlo! ¿Cómo puedo deber tanto en impuestos?
—Tal vez no los debías —explicó ella—, pero no se respetó la fecha tope. Ahora es demasiado tarde para discutir. ¡Maldición, eso me pone furiosa! Ojalá hubiera podido estar contigo antes de que fuera demasiado tarde. ¡Al menos pudieron avisarte!
—Yo lo sabía a otro nivel, wook —comenté—. Creo que una parte de mí deseaba que barrieran con todo eso. No daba resultado. No me hacía feliz.
—Me sorprende que lo sepas.
¡Richard!, pensé, ¡no sabías nada de eso! ¡Claro que te estaba haciendo feliz! ¿Acaso no

https://biblioteca.d2g.com/

tenías todos los aviones... y todavía los tienes? ¿Y tu mujer perfecta? ¡Claro que te hacía feliz!

Qué mentira. El imperio era una ruina: dinero pegoteado por allí, como empapelado para paredes puesto por aficionados, de los cuales yo era el peor. Había probado la vida imperial y era pelusa, crema batida, con una cucharada de descuido aromatizado al arsénico dulce. Ahora el veneno estaba en acción.

—No tenía que salir así —dijo ella—. Hubieras hecho mucho mejor si no hubieses contratado a nadie. Si hubieses seguido siendo el de siempre.

—Yo era el de siempre. Tenía más juguetes, pero seguía siendo yo. El de siempre nunca supo llevar contabilidades.

—Mm... —dijo ella.

Nos instalamos en torno del escritorio de John Marquart, el abogado contratado por Leslie mientras yo estaba en España. Trajeron tazas de chocolate caliente, como si alguien supiera que la reunión iba a ser larga. Ella abrió su portafolios y sacó sus listas de notas, pero el abogado se dirigió a mí.

—Usted declaró una pérdida de capital contra ingresos ordinarios —dijo—. ¿Es ése el problema, dicho en pocas palabras?

—El problema, creo yo, es que contraté a un mago de las finanzas y sabía de dinero menos que yo, lo cual es menos que cero —le dije—. El dinero que estaba invirtiendo no era una serie de números en un papel; era dinero auténtico y ¡puf! se desintegró en el mercado. La Dirección de Réditos no ha puesto ningún cuadradito en sus formularios para anotar los pufs. Creo que de eso se trata, dicho en pocas palabras. Para serle franco, no sé qué declaró ese tipo. Yo tenía la esperanza de que usted me diera las repuestas, en vez de plantearme los problemas. Después de todo, soy yo el que lo contrata a usted, y se supone que ésta es su especialidad...

Marquart me miraba de modo cada vez más extraño. Alargó una mano hacia su café, miró por sobre la taza, como con la esperanza de que ella lo protegiera de ese cliente delirante.

Entonces intervino Leslie. Oí su voz dentro de mi mente, pidiéndome que me estuviera quieto y callado, si era posible.

—Según entiendo yo las cosas —dijo—, el daño ya está echo. El abogado en impuestos de Richard, el que su asesor financiero le consiguió, no respondió a tiempo a la Dirección de Réditos; por lo tanto, el gobierno ganó el juicio por no comparencia. Ahora quiere cobrar su millón de dólares. Richard no tiene un millón en efectivo para pagar de inmediato. Por lo tanto, la cuestión es: ¿puede acordar un pago en cuotas? ¿Puede hacerles un buen pago como anticipo y prometer el resto a medida que liquide sus activos? ¿Le darán tiempo?

El abogado se volvió hacia ella con evidente alivio:

—No veo por qué no. Es bastante común en estos casos. Se lo llama Oferta de Compromiso. ¿Trajo las cifras que yo necesitaba?

Yo la observaba, maravillado de verla tan a sus anchas en el despacho de un abogado. Ella puso unas listas sobre el escritorio.

http://biblioteca.d2g.com/

—Aquí tiene el Efectivo Disponible de Inmediato, los Bienes a Liquidar y la Proyección de Ingresos sobre los próximos cinco años. Entre éstos y los ingresos nuevos, las cifras demuestran que puede pagar la suma completa en un plazo de dos años, cinco, a lo sumo.
¡Mientras yo navegaba, pensé, Leslie estaba estudiando proyectos de pago de impuestos! No me estoy volviendo rico, todo lo contrario. ¿Por qué se interesa tanto?
Muy pronto los dos estaban analizando mis problemas como si yo no estuviera allí. No estaba. Me sentía como un mosquito en una caja de caudales... No hallaba modo de abrirme paso en esa pesada opacidad de gravámenes, activos, liquidaciones, planes de pago. Afuera estaba brillando el sol. Podíamos salir a caminar, comprar galletitas de chocolate.
—Yo estructuraría los pagos en los próximos cinco años, en vez de tres —estaba diciendo Marquart—, por si sus ingresos no resultan ser los que usted ha proyectado. Si puede pagar antes, mejor, pero con este tipo de ingresos tendrá una pesada carga de impuestos corrientes; Es preferible asegurarse de no estarle creando problemas nuevos en el futuro.
Leslie asintió; siguieron conversando, resolviendo detalles. Entre ambos había una calculadora que cloqueaba números; las notas de Leslie marchaban en orden por una tabla de rayas azules.
—Yo comprendo el punto de vista de ellos —reconoció Leslie, al final—. A ellos no les importa que Richard haya contratado a gente, que supiera o no lo que estaba pasando. Quieren el dinero. Así lo van a cobrar, y con intereses, con sólo esperar un poco. ¿Cree que aceptarán esperar?
—La oferta es buena —dijo el abogado—. Estoy seguro de que van a aceptar.
Cuando salimos de allí, el desastre ya estaba domado. Una vez yo había encontrado un millón de dólares en mi cuenta bancaria con una sola llamada telefónica; pagar una suma tan modesta en cinco años enteros sería fácil. Vender la casa de Florida, vender todos los aviones, salvo uno o dos, conseguir productor para el filme... simple.
Y ahora contaba con Leslie y con un profesional especializado en impuestos para que mantuvieran mi vida en orden. No eran ramitas débiles que se rompieran a la menor presión.
Había sido una tormenta en el mar, a la que yo había caído de cabeza. Y esa mujer acababa de saltar a las olas para sacarme, salvando mi vida financiera.
Salimos de aquella oficina llenos de esperanza.
—¿Leslie? —dije, abriendo la puerta para que pasara, cuando salíamos del edificio.
— ¿Qué, Richard?
—Gracias.
—Te lo mereces, wookie —dijo—. Bien que te lo mereces.

http://biblioteca.d2a.com/

# CAPITULO 29

—¿Puedes venir, wookie? —Su voz, por teléfono, sonaba débil. —Me temo que necesito tu ayuda.
—Lo siento, Leslie, pero esta noche no puedo.
¿Por qué me molestaba tanto decírselo? Yo sé las reglas. Yo hice las reglas. Sin ellas ni siquiera podríamos haber sido amigos. Sin embargo costaba decirlo, hasta por teléfono.
—Wook, me siento muy mal —dijo—. Estoy descompuesta y mareada. Me sentiría mucho mejor si estuvieras aquí. ¿No quieres ser mi médico y curarme?
Empujé hasta el ropero la parte de mí que deseaba ir al rescate y curar, y cerré la puerta con llave.
—No puedo. Esta noche tengo una cita. Mañana, si te parece bien.
—¿Tienes una cita? ¿Vas a salir con otra cuando yo estoy enferma y te necesito? Richard, no puedo creer que...
¿Es preciso decírselo otra vez? Nuestra amistad es no-posesiva, abierta, basada en nuestra mutua libertad de apartarnos cuando deseemos, por cualquier motivo, sin ningún motivo. Ahora tenía miedo. Llevaba tanto tiempo sin salir con otra mujer cuando iba a Los Ángeles que me sentía caer en un matrimonio asegurado; sentía que ambos olvidábamos nuestra necesidad de tener tiempo aparte, además de tiempo juntos.
La cita tenía que seguir en pie. Si me sentía obligado a estar con Leslie sólo porque estaba en Los Ángeles, algo andaba mal en nuestra amistad. Si había perdido mi libertad de estar con quien se me antojara, nuestra finalidad conjunta había terminado. Recé porque entendiera.
—Puedo quedarme contigo hasta las siete —dije. — ¿Hasta las siete? Richard, ¿no me oyes? Te necesito. ¡Esta vez necesito alguna ayuda de tu parte!
¿Por qué me está presionando? Lo mejor que podría hacer es decir que se arreglará perfectamente y que me desea felicidades. ¿No se da cuenta de que cualquier otra cosa es un error fatal? No me voy a dejar presionar, no me voy a convertir en propiedad de nadie, en ningún lugar, bajo ninguna circunstancia.
—Lo siento. Ojalá lo hubiera sabido antes. Ahora es demasiado tarde para cancelar la cita. Para mí no estaría bien. No quiero cancelarla.
—¿Tanto te importa ella, quienquiera sea? —preguntó—. ¿Cómo se llama?
¡Leslie estaba celosa!
—Débora.
—¿Tanto te importa Débora que no puedes llamarla para decirle que tu amiga Leslie está enferma? ¿Preguntarle si no pueden postergar esa ardorosa cita hasta mañana, la semana que viene, el año que viene, cualquier día? ¿Tan importante es que no puedes llamarla y decírselo?
Había angustia en su voz. Pero estaba pidiendo algo que yo no podía dar sin destruir mi independencia. Y ese sarcasmo tampoco mejoraba las cosas.
—No —dije—. Ella no es importante. Lo importante es el principio que ella representa: que seamos libres de estar con quien se nos antoje...

http://biblioteca.d2g.com/

Estaba llorando.
—¡Maldita sea tu libertad, Richard Bach! Trabajo como una endemoniada para salvar tu condenado imperio, antes de que lo barran por completo, no duermo por pensar en otra solución que no se me haya ocurrido, que no se le haya ocurrido a nadie... para salvarte... porque me intereso tanto por ti... Estoy tan cansada de trabajar en eso que apenas puedo mantenerme en pie... Y tú no quieres estar conmigo cuando te necesito porque estás citado con cierta Débora a la que apenas has visto, ¿y ella representa un asqueroso principio?
Hablé sobre murallas que medían un metro de ancho. Acero sólido.
—En efecto.
En el teléfono se hizo un largo silencio.
Su voz cambió. Desaparecidos los celos, desaparecida la angustia, se la oía tranquila y callada.
—Adiós, Richard. Que te diviertas.
Mientras yo le daba las gracias por comprender lo importante que... cortó.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 30

No atendió el teléfono al día siguiente ni al otro. Al tercer día, esta carta:

*Miércoles por la noche, 21/12*

*Queridísimo Richard:*
*Es muy difícil decidir cómo y por dónde comenzar. He estado pensando mucho, largamente, varias ideas, tratando de hallar un modo.*
*Por fin se me ocurrió un pequeño pensamiento, una metáfora musical, a través de la cual he podido pensar con claridad y hallar comprensión, ya que no-satisfacción; quiero compartirla contigo. Por eso te ruego que me soportes en otra lección de música, una más.*
*La forma más comúnmente usada en las obras clásicas de mayor envergadura es la sonata. Es la base de casi todas las sinfonías y conciertos. Consiste en tres partes principales: exposición o apertura, en la cual se adelantan y presentan mutuamente pequeñas ideas, temas, fragmentos y piezas; el desarrollo, en donde estas pequeñas ideas y motivos son explorados a fondo y expandidos, con frecuencia pasados de tono mayor (alegre) a menor (triste), ida y vuelta, y finalmente desarrollados y entretejidos en una mayor complejidad, hasta que al fin se produce: la recapitulación, en la cual hay una reafirmación, una gloriosa expresión de la madurez plena y rica en que se han convertido las diminutas ideas, a través del proceso de desarrollo.*
*Tú te preguntarás qué relación tiene esto con nosotros, si es que ya no has adivinado.*
*Según lo veo, estamos varados en una apertura interminable. Al principio era lo auténtico, un puro deleite. Es la parte de una relación en la que uno está en su mejor expresión: excitado, excitante, interesante e interesado. Es el momento en que uno se siente más cómodo y más digno de amor, pues no siente la necesidad de movilizar sus defensas; entonces, el compañero puede abrazar a un cálido ser humano, en vez de un cactus gigantesco. Es una época de deleites para ambos; no me extraña que te gusten tanto las aperturas que quieras hacer de tu vida toda una serie de ellas.*
*Pero es imposible prolongar interminablemente los principios; no es posible expresarlos una y otra vez. Deben avanzar, desarrollarse... o morir de aburrimiento. Tú pensarás que no. Necesitas alejarte, cambiar, ver otras personas, otros lugares, para volver a una relación como si fuera nueva, y vivir comienzos nuevos sin cesar.*
*Avanzamos en una serie de reaperturas prolongadas. Algunas tuvieron su causa en separaciones que fueron necesarias por motivos de negocios, pero resultaron innecesariamente rígidas y severas para dos personas tan íntimas como nosotros. Otras fueron fabricadas por ti, a fin de proporcionar aun más oportunidades de volver a la novedad que tanto deseas.*
*Obviamente, la parte de desarrollo es para ti un anatema. Pues allí es donde puedes descubrir que sólo cuentas con una colección de ideas muy limitadas, que no dan resultado, por mucha creatividad que en ellas pongas, o lo que puede ser aun peor para*

http://biblioteca.d2g.com/

*ti: que tienes material para algo glorioso, para una sinfonía; en ese caso hay trabajo a realizar: es preciso excavar profundidades, entretejer cuidadosamente las entidades separadas, para mejor glorificación propia y mutua. Supongo que es análogo al momento literario en que no puedes, no debes huir de la idea para escribir un libro.*

*Sin duda, hemos llegado más lejos de lo que era tu intención llegar. Y nos hemos detenido mucho antes de llegar a lo que, para mí, eran los pasos lógicos y encantadores que debían seguir. He visto continuamente detenido el desarrollo contigo, y he llegado a creer que jamás haremos sino esporádicos intentos de aprovechar todo nuestro potencial de aprendizaje, nuestras sorprendentes similitudes de intereses, sin que importe cuántos años tengamos por delante... porque jamás pasaremos juntos un tiempo sin interrupciones. Por eso, el crecimiento que tanto valoramos, y que sabemos posible, se convierte en imposible.*

*Ambos hemos tenido la visión de algo maravilloso que nos espera. Pero no podemos conseguirlo desde aquí. Me enfrento a una sólida muralla de defensas, y tú tienes la necesidad de fortificarlas cada vez más. Ansío la riqueza y la plenitud de un mayor desarrollo, y tú buscas medios para evitarlo en tanto estamos juntos. Ambos estamos frustrados: tú, imposibilitado de retroceder; yo, imposibilitada de avanzar, en un estado de lucha constante, con nubes y sombras oscuras sobre el tiempo limitado que tú nos concedes.*

*Con frecuencia me hace sufrir, en un sentido u otro, el sentir tu constante resistencia a mí, al crecimiento de ese algo maravilloso, como si yo y él fuéramos algo horrible, y experimentar las diversas formas que toma la resistencia, algunas de ellas, crueles.*

*Llevo un registro del tiempo que pasamos juntos, y le he echado una mirada larga y sincera. Me entristeció, llegó a horrorizarme, pero me ha ayudado a enfrentarme a la verdad. Vuelvo a aquellos días, a principios de julio, y a las siete semanas que siguieron; me parecen nuestro único período realmente feliz. Esa fue nuestra apertura, y resultó hermosa. Después vinieron las separaciones, con sus cortes crueles y, para mí, inexplicables, además de la resistencia esquiva, igualmente cruel, de tus regresos.*

*Lejos y separados o juntos y separados, es mucha infelicidad. Estoy viendo cómo me transformo en una persona que llora mucho, en una persona que hasta necesita llorar mucho, pues es casi como si la piedad fuera necesaria antes de que la bondad se tornara posible. Y sé que no he llegado a esta altura de mi vida para convertirme en objeto de piedad.*

*Cuando me dijiste que "para ti no estaría bien" cancelar tu cita para ayudarme en un estado de crisis, hiciste que la verdad se estrellara contra mí con la fuerza de una avalancha. Enfrentada a los hechos con tanta sinceridad como es posible, sé que no puedo continuar, por mucho que lo deseara. No puedo seguir cediendo.*

*Confío en que esto no te parezca la ruptura de un acuerdo, sino la continuación de los muchos, muchísimos finales que tú iniciaste. Según creo, es algo que ambos sabemos preciso. Debo aceptar que he fracasado en mi esfuerzo de hacerte conocer las alegrías del mutuo interés.*

*Richard, mi precioso amigo, digo esto con suavidad, hasta con ternura y amor. Y los tonos suaves no disimulan un enojo subyacente; son auténticos. No hay acusaciones,*

http://biblioteca.d2g.com/

*culpas ni faltas. Simplemente, trato de comprender y de poner fin al dolor. Estoy estableciendo lo que me he visto obligada a aceptar: que tú y yo jamás viviremos un desarrollo, mucho menos la gloriosa y completa expresión de una relación llegada a su plena madurez.*
*Siento que, si algo en mi vida merecía separarse de los esquemas preestablecidos, para ir más allá de las limitaciones conocidas, eso era esta relación. Supongo que estaría justificada si me sintiera humillada por los extremos a que llegué para que así fuera. En cambio me siento orgullosa de mí misma y feliz de haber sabido reconocer una oportunidad rara y encantadora, mientras la tuvimos; así como de haber dado todo lo que podía, en el sentido más puro y más elevado, para conservarla. Eso me sirve ahora de consuelo. En este horrible momento final, puedo decir honradamente que no sé qué otra cosa hubiera podido hacer para llegar contigo a ese bello futuro posible.*
*A pesar del dolor, me alegra haberte conocido de una manera tan especial; siempre recordaré con mucho aprecio el tiempo que pasamos juntos. Contigo he crecido y de ti aprendí mucho; sé también que te he hecho grandes contribuciones positivas. Ambos somos mejores personas por habernos tocado mutuamente.*
*A esta altura se me ocurre que también podría ser útil una metáfora del ajedrez. El ajedrez es un juego en el que cada parte tiene su objetivo propio y singular, aun al trabarse en lucha con el otro: un juego a medias, en el que la lucha sé desarrolla y se intensifica, con pérdida de piezas y fragmentos para ambos, ambos disminuidos; un juego definitivo, en el que uno atrapa y para-liza al otro.*
*Creo que tú ves la vida como una partida de ajedrez. Para mí es una sonata. Y debido a esas diferencias se pierden tanto el rey como la reina, y la canción es acallada.*
*Sigo siendo tu amiga, y sé que tú. lo eres mío. Te envío esto con el corazón lleno del amor tierno y profundo, del gran aprecio que tú sabes siento por ti, así como con una honda pena porque una oportunidad tan promisoria, tan rara y bella, haya quedado sin completar.*

*LESLIE*

Miré la nada por la ventana; un ruido me atronaba la cabeza.
Se equivoca, por supuesto que se equivoca. Esa mujer no entiende cómo soy ni cómo pienso.
Qué lástima, pensé.
Después arrugué su carta y la arrojé al cesto.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 31

Una hora más tarde nada había cambiado fuera de la ventana.
¿Por qué me miento?, pensé. Ella tiene razón y yo sé que tiene razón, aunque nunca lo admita, aunque nunca vuelva a pensar en ella.
Su historia de la sinfonía, del ajedrez... ¿cómo no lo vi? Siempre he sido tan condenadamente inteligente, salvo en lo referido a los impuestos, siempre he tenido tanta más penetración que cualquier otro, ¿cómo es posible que ella haya visto esas cosas y yo no? ¿Acaso no soy tan inteligente como ella? Empero, si ella es tan sagaz, ¿dónde está su sistema, su escudo para evitar el dolor? Yo tengo mi Mujer Perf...
¡MALDITA SEA tu Mujer Perfecta! Es un pavo real de media tonelada, inventado por ti, que despliega colores extraños, plumas falsas que jamás volarán. Tu pavo real bien puede corretear aleteando y chillando en vez de cantar, pero nunca jamás levantará las patas del suelo. Tú, a quien tanto asusta el matrimonio, ¿sabes que te has casado con eso?
Esa imagen, un pequeño yo en una foto de bodas con un pavo real de seis metros de altura, ¡era real! Yo estaba casado con una idea errónea.
Pero ¿y la restricción a mi libertad? ¡Si me quedo con Leslie me aburriré!
Más o menos a esa altura me dividí en dos personal diferentes: él yo que había manejado las cosas por tanto tiempo, y un recién llegado que venía a destruirlo.
El aburrimiento es la menor de tus preocupaciones, grandísimo hijo de mala madre, dijo el recién llegado. ¿No te das cuenta? Ella es más inteligente que tú; conoce mundos que a ti te daría miedo tocar con un palito. ¡Anda, lléname la boca de algodón, amurállame afuera, como haces con cualquier parte de ti que ose tildar de equivocadas tus todopoderosas teorías! Estás en libertad de hacerlo, Richard. Y estás en libertad de pasar el resto de tu vida en relaciones superficiales con mujeres tan asustadas como tú con respecto a la intimidad. Los iguales se atraen, macho. A menos que consigas diez gramos de sentido común, cosa que no tienes la menor posibilidad de conseguir en esta vida, tu lugar está con tu medrosa y asustada Mujer Perfecta ficticia, hasta el día en que mueras de soledad.
Eres cruel como el hielo. Quédate con tu gélido y cruel tablero de ajedrez, con tu gélido y cruel firmamento; arruinaste una gloriosa oportunidad con ese imperio tuyo, el asesino; ahora todo es un manojo de astillas sobre las que pesa un embargo... ¡sobre las que pesa un embargo del gobierno, nada menos!
Leslie Parrish era una oportunidad mil veces más gloriosa que cualquier imperio, pero le tienes un miedo mortal, porque ella es mucho más inteligente de lo que tú jamás llegarás a ser. Así que la dejas, también. ¿O es ella quien te dejó? A ella no le hará daño, amigo, porque no nació para perdedora. Se sentirá triste, llorará por un tiempo, porque no se avergüenza de llorar cuando muere algo que pudo ser hermoso. Pero se le pasará; se elevará por sobre eso.
También a ti se te pasará, dentro de un minuto y medio, más o menos. Basta con que cierres tus malditas puertas de acero, con un buen portazo, bien cerradas, y no vuelvas a pensar en ella. En vez de elevarte por sobre eso, te irás directamente al fondo; no pasará mucho tiempo sin que seas un éxito brillante en intentos subliminales de suicidio. Despertarás con la angustia de saber que sé te entregó una vida de fuego y plata, de

http://biblioteca.d2g.com/

diamante láser, y tú la hiciste puré con tu martillo grasiento. Estás ante la elección más importante de tu vida, y lo sabes. Ella ha decidido no soportar tu miedo salvaje y estúpido; en este momento se siente feliz por haberse liberado de tu peso muerto. Anda, haz lo de siempre: huye. Huye al aeropuerto, enciende el avión y despega en la noche. ¡Vuela, vuela! Consíguete una linda muchacha, que tenga un cigarrillo en la mano y un vaso de ron en la otra, y deja que te use como escalón para llegar al algo-mejor del que tú vas a huir esta noche. Huye, estúpido cobarde. Huye para hacerme callar. La próxima vez que me veas será el día en que mueras. Entonces podrás decirme qué sentiste después de quemar el único puente...

Cerré violentamente las puertas para acallar el ruido; la habitación quedó silenciosa como una calma en el mar.

—Caramba —dije, en voz alta—. ¡Qué emotivos estamos!

Recobré la carta, comencé a leerla otra vez y la dejé caer nuevamente en el cesto de papeles.

Si a ella no le gusta cómo soy, ha sido muy amable al decírmelo. Qué lástima... Si ella fuera diferente, habríamos podido seguir siendo amigos. ¡Pero no tolero los celos! ¿Acaso cree que soy propiedad privada suya? ¿Que va a decidir con quién puedo pasar mi tiempo, y cuándo? Le dije claramente quién soy, qué pienso y cómo puede esperar que yo viva, aunque no sea el falso te-amo que ella espera de mí. Nada de te-amos de mi parte, señorita Parrish. Voy a ser fiel a mí mismo, aunque me cueste la desbordante alegría de cada ocasión que pasamos juntos.

Si hay algo que nunca hice, querida Leslie, ha sido mentirte o engañarte; viví según creía, exactamente como te dije que haría. Si ahora resulta que para ti es inaceptable, así son las cosas. Lo siento y lamento que no me lo hayas dicho un poco antes, para ahorrarnos la molestia.

Despegaré mañana al amanecer, pensé. Tiro mis cosas dentro del avión y me voy a cualquier parte que no conozca. Wyoming, tal vez, Montana. Dejo el avión para la Dirección de Réditos, si acaso lo encuentran, y desaparezco. Pido prestado un biplano en alguna parte y me desvanezco.

Me cambio el nombre. Winnie-the-Pooh vivía bajo el nombre de Sanders; yo también puedo hacerlo. Será divertido. James Sanders. Pueden quedarse con las cuentas bancarias, los aviones y todo lo que se les ocurra. Nadie sabrá qué fue de Richard Bach, y será un bendito alivio.

Cualquier cosa que escriba en adelante, si algo escribo, será con el nuevo nombre. Puedo hacer eso, si me da la gana. Abandonar todo. Tal vez James Sanders vagabundee hasta Canadá, o hasta Australia. Tal vez el viejo Jim ande por los andurriales hasta Alberta, o hacia el sur hasta Sunbury o Whittlesea, piloteando un Tiger Moth. Podría aprender australiano, levantar unos cuantos pasajeros, lo bastante como para ir tirando...

Y después...

Y después...

¿Y después qué, señor Sanders? ¿Quién es el que asesina a Richard Bach: el gobierno o usted? ¿Quiere matarlo porque Leslie lo abandonó? ¿Será tan vacía su vida sin ella que no le importaría si muriese?

http://biblioteca.d2g.com/

Pasé mucho tiempo pensando en eso. Sería excitante despegar, cambiar de nombre y huir. Pero: ¿es eso lo que más quiero?
*"¿Es ésa tu más alta verdad?"*, Habría preguntado ella.
No.
Me senté en el suelo, apoyado contra la pared.
No, Leslie, ésa no es mi más alta verdad.
Mi más alta verdad es que tengo mucho que aprender sobre cómo se ama a otra persona. Mi más alta verdad es que mi Mujer Perfecta sirve, a lo sumo, para charlar un poco, gozar un poco del sexo... Aventuras transitorias que mantenían a raya la soledad. Ella no es el amor que el niño del portón tenía en la mente, hace tanto tiempo.
Cuando yo era ese niño sabía lo que estaba bien, y lo mismo cuando dejé la aviación ambulante: buscar a mi vida-pareja por-siempre-alma ángel-hecho-mujer para aprender con ella, para amarla. Una mujer que desafiara a mi infierno, que me obligara a cambiar, a crecer, a prevalecer donde, de otro modo, escogería la huida.
Leslie Parrish podía no ser esa persona. Podía no ser el alma gemela que me salía al encuentro mientras yo trataba de encontrarla. Pero era la única... Tenía la mente de Leslie en el cuerpo de Leslie; era una mujer por la que yo no necesitaba sentir compasión, a la que no debía rescatar, por la que no debía dar explicaciones a nadie, dondequiera que fuese. Y es tan inteligente, la condenada, que, si algo malo puede pasarme con ella, es aprender muchísimo antes de que vuelva a dejarme.
Si una persona es lo bastante cruel, pensé, lo bastante anti-vida, hasta su alma gemela retrocede y la deja sola, dispuesta a esperar hasta otra vida para volver a encontrarla.
Pero ¿y si yo no huyo? ¿Qué puedo perder, salvo mis cien toneladas de acero blindado, que supuestamente me protegen de todo daño? Estirar las alas sin la armadura; Tal vez pueda volar lo bastante bien como para que no me derriben de un disparo. La próxima vez puedo cambiar mi nombre por el de Sanders y zarpar hacia Puerto Darwin.
Ese respondón descarado al que había encerrado bajo llave tenía razón. Abrí las puertas, me disculpé, lo dejé en libertad. Pero él no dijo una palabra más.
Yo estaba, realmente, ante la mayor elección de mi vida; no hacía falta volverlo a decir.
¿Y si aquello era una prueba, planeada por otros cien aspectos de mí, desde planetas y tiempos diferentes? ¿Acaso están todos reunidos tras un vidrio espejado, observándome, en la esperanza de que yo deje caer el acero, o están rogando que lo mantenga puesto? ¿Acaso están haciendo apuestas sobre lo que yo voy a hacer?
En todo caso, guardaban un tremendo silencio detrás de aquel vidrio. No había ruido alguno. Hasta el estruendo de mi cabeza se había acallado.
La ruta se dividía en dos direcciones frente a mí.
Los dos futuros eran dos vidas diferentes: ¿Leslie Parrish o mi supuestamente inocua Mujer Perfecta?
Elige, Richard. Ahora. Afuera se está haciendo de noche. ¿Cuál?

http://biblioteca.d2a.com/

# CAPITULO 32

– ¿Hola?
Su voz sonaba sofocada, casi ahogada en guitarras y tambores.
–¿Leslie? Habla Richard. Ya sé que es tarde, pero ¿tienes tiempo para conversar?
No hubo respuesta. La música golpeó con fuerza, siguió pegando mientras yo esperaba el clic de su teléfono al cortar. Tanta lucha con las elecciones, pensé, y la elección ya había sido hecha; Leslie ya no tenía interés alguno en alguien como yo.
–Sí –dijo, por fin–. Déjame bajar el volumen. Estaba bailando.
El teléfono quedó mudo. Un momento después, ella regresó.
–Hola.
–Hola. Recibí tu carta.
–Bien.
Me puse a caminar a derecha e izquierda, con el teléfono en la mano, sin saber que caminaba.
– ¿De veras quieres terminar con todo así?
–Con todo no –dijo–. Espero que sigamos trabajando juntos en el filme. Me gustaría considerarte amigo mío, sino té molesta. Con lo único que quiero terminar es con el sufrimiento.
–Nunca quise hacerte sufrir.
No me es posible hacerte sufrir, pensé. Nadie puede hacerte sufrir a menos que tú misma te percibas sufriendo, previamente.
–Bueno, de todos modos, así fue –replicó ella–. Me parece que no sirvo para las relaciones abiertas. Al principio todo iba bien, pero después ¡éramos tan felices juntos! ¡Gozábamos de deleites tan cálidos, los dos! ¿Por qué vivir desgarrando eso por gente que no importaba o por principios abstractos? No daba resultado.
– ¿Por qué no daba resultado?
–Cierta vez tuve una gata –dijo.– Ámbar. Una gran persa de pelo largo. Ámbar y yo estábamos juntas cada minuto que yo pasaba en casa. Ella cenaba cuando cenaba yo; nos sentábamos juntas a escuchar música; por la noche dormía sobre mi hombro; cada una de nosotras sabía lo que la otra estaba pensando. Hasta que Ámbar tuvo gatitos. Lo más lindo que puedas imaginar. Ellos ocuparon su tiempo y su amor; también ocuparon mi tiempo y mi amor. Ámbar y yo ya no estábamos juntas y solas; Teníamos que atender a los gatitos, teníamos que desparramar nuestro amor. Después del nacimiento de los gatitos ya nunca volví a estar tan cerca de ella y ella no volvió a estar tan cerca de mí, hasta el día en que murió.
–*¿La profundidad de la intimidad que sentimos hacia otro es inversamente proporcional al número de otros que haya en nuestras vidas?* –pregunté. Y de inmediato, temeroso de que ella lo interpretara como una burla: –¿Crees que tú y yo hubiéramos debido mantener una relación exclusiva?
–Sí. Al principio, yo aceptaba a tus diversas amigas. Lo que hacías cuando te ibas era cosa tuya. Pero cuando apareció Débora, el principio Débora, como tú dirías, súbitamente me

http://biblioteca.d2g.com/

di cuenta de que estabas trasladando tu harén al oeste y que planeabas hacerme formar parte de el. No quiero eso, Richard. ¿Sabes qué he aprendido de ti? Aprendí qué es posible, y ahora debo defender lo que creí tener contigo. Quiero estar muy cerca de alguien a quien respete, admire y ame, alguien que sienta lo mismo con respecto a mí. Eso o nada. Me di cuenta de que lo que estoy buscando no es lo que estás buscando tú. Tú no quieres lo que yo quiero.

Dejé de pasearme y me senté en el brazo del sofá. La oscuridad entraba oblicuamente por las ventanas, a mí alrededor, — ¿Qué crees que quiero? —dije.

—Exactamente lo que tienes. Muchas mujeres que conozcas un poquito y no te importen demasiado. Coqueteo, superficiales, utilización mutua, ninguna posibilidad de enamorarse. Para mí, eso es el infierno. El infierno es un lugar, un tiempo, una conciencia, Richard, en donde no hay amor. ¡Horrible! No me incluyas en eso.

Hablaba como si ella tuviera una decisión tomada y yo también. Como si no hubiera esperanza de cambiar. No pedía nada; me estaba diciendo su más alta verdad, sabiendo que yo nunca estaría de acuerdo.

—Yo te tenía el mayor respeto, la mayor admiración —continuó—. Te consideraba la persona más maravillosa que hubiera conocido nunca. Ahora comienzo a ver en ti cosas que no quiero ver. Preferiría terminar esto creyéndote maravilloso.

—Lo que me daba miedo, Leslie, era que comenzábamos a ser cada uno propiedad del otro. Para mí, mi libertad es tan importante como...

—¿Tu libertad de hacer qué? —contraatacó ella—. ¿Tu libertad de no intimar? ¿Tu libertad de no amar? ¿Tu libertad de buscar descanso del regocijo en la inquietud y el aburrimiento? Tienes razón: si hubiéramos seguido juntos, yo no habría querido que dispusieras de esas libertades.

¡Bien dicho!, pensé, como si sus palabras hubieran sido una jugada de ajedrez.

—Has demostrado bastante bien... —dije—. Comprendo lo que dices. Antes no lo comprendía. Gracias.

—De nada —dijo ella.

Cambié el auricular de mano. Algún día, algún mago diseñará un teléfono que siga siendo cómodo después de un minuto de sostenerlo.

—Creo que tenemos mucho que decirnos —proseguí—. ¿No hay modo de que nos reunamos a charlar por un rato?

Una pausa. Después:

—Preferiría que no. No me molesta hablar por teléfono, pero no quiero verte personalmente, por un tiempo. Espero que comprendas.

-Claro. No hay problema. ¿Ya tienes que cortar? —No, puedo seguir al teléfono.

—¿Ves algún modo de que tú y yo podamos seguir siendo íntimos? Nunca conocí a nadie como tú, y tu idea de la amistad parece reducirse a una carta cordial y un apretón de manos al terminar cada año fiscal.

Ella se echó a reír.

—Oh, no tanto. Un apretón de manos dos veces al año. Tres, ya que hemos sido tan buenos amigos. El hecho de que nuestra relación amorosa no haya durado, Richard, no significa que haya fracasado.

-http://biblioteca.d2g.com/

Aprendimos de ella lo que necesitábamos aprender, supongo.
—Tal vez, la libertad de que yo hablaba —dije—, o una gran parte de ella, es la libertad de cambiar, de ser diferente, la semana que viene, de lo que soy ahora. Y si dos personas cambian en direcciones diferentes...
—Si cambiamos en direcciones diferentes —dijo ella—no tenemos futuro, de todos modos, ¿verdad? Me parece posible que dos personas cambien juntas, crezcan juntas y se enriquezcan mutuamente, en vez de empobrecerse. ¡La suma de uno más uno, si son dos seres adecuados, puede ser el infinito! Pero con mucha frecuencia una persona arrastra a la otra hacia abajo; uno quiere subir como un globo y el otro es un peso muerto. Siempre me he preguntado qué pasaría si dos personas, hombre y mujer, quisieran ascender a un tiempo como globos.
—¿Conoces parejas así?
— ocas —dijo.
-¿Alguna?
—Dos. Tres.
—Yo no conozco ninguna —le dije—. Bueno... una. De toda la gente que conozco, sólo un matrimonio feliz. El resto es... o bien la mujer es júbilo y el hombre peso muerto, o a la inversa, o ambos son pesos muertos. Dos globos son muy raros.
—Yo pensaba que nosotros podíamos ser así —comentó.
—Habría sido lindo.
—Sí.
—¿Qué piensas que haría falta? —pregunté—. ¿Cómo podríamos volver a ser lo que éramos?
Percibí que deseaba decir: "Nada", pero no lo hacía porque hubiera sido demasiado fácil. Estaba pensando, así que no la apresuré.
—Tal como éramos, no creo que pudiéramos volver a ser. No quiero eso. Traté de cambiar cuanto pude; hasta intenté salir con otros hombres cuando te ibas, para ver si podía equilibrar tu Mujer Perfecta con mi Hombre Perfecto. No dio resultado. Tonto, tonto. Una estúpida pérdida de tiempo. Yo no soy una de tus muchachas divertidas, Richard —prosiguió, lentamente—. Ya he cambiado todo lo que estaba dispuesta a cambiar. Si quieres estar cerca de mí, ahora te toca el turno.
Me puse tieso.
—¿Qué tipo de cambio me presentarías a estudio?
Lo peor que ella podía sugerir era algo que yo no pudiera aceptar, y con eso las cosas no estarían peor de lo que estaban. Ella pensó por un rato.
—Sugeriría que estudiáramos la posibilidad de mantener relaciones amorosas exclusivas, sólo tú y yo. Una posibilidad de ver si somos o no dos globos.
—Yo no tendría libertad de... ¿Tendría que dejar súbitamente de ver a mis amigas?
—Sí, a todas las mujeres con quienes te acuestas. Otros amoríos no.
Ahora me tocaba a mí guardar silencio, y a ella dejar que el silencio se estirara en la línea. Me sentía como un conejo acorralado por los cazadores. Entre los hombres que yo conocía, los que habían aceptado esas condiciones acabaron por lamentarlo. Estaban llenos de agujeros de disparos; apenas habían logrado sobrevivir.
Sin embargo ¡qué diferente era yo con Leslie! Sólo con ella podía ser el tipo de persona

https://biblioteca.d2g.com/

que más me gustaba ser. Con ella no era tímido ni torpe. La admiraba, aprendía de ella. Si ella quería enseñarme a amar, al menos podía intentarlo.
—Somos muy diferentes, Leslie, tú y yo.
—Somos diferentes, somos lo mismo. Tú creías que jamás podrías cambiar una palabra con una mujer a la que no le gustaran los aviones. Yo no me imaginaba pasando un rato con un hombre al que no le gustara la música. ¿No será que ser parecidos no es tan importante como ser curiosos? Porque somos diferentes, podemos gozar la diversión de intercambiar mundos, regalarnos mutuamente nuestros amores y nuestros entusiasmos. Tú puedes aprender música. Yo puedo aprender a pilotear. Y ése es sólo el comienzo. Creo que seguiría por tanto tiempo como viviéramos.
—Vamos a pensarlo —dije—. Vamos a pensarlo. Ambos hemos pasado por matrimonios y casi-matrimonios; ambos tenemos cicatrices y prometimos que no volveríamos a equivocarnos. ¿No se te ocurre otro modo de estar juntos que intentar... que intentar el matrimonio?
—Hazme otras sugerencias —replicó.
—Yo era bastante feliz con las cosas como estaban, Leslie.
—Bastante feliz no es suficiente. Yo puedo ser más feliz que eso por mi propia cuenta, y sin necesidad de escucharte buscar excusas para huir, para alejarme, para levantar murallas contra mí. Si no soy tu única amante, no quiero ser tu amante en absoluto. Ya he probado tu relación a medias y no da resultado. Para mí, no...
—Es tan difícil... El matrimonio tiene tantas limitaciones...
—Yo detesto el matrimonio tanto como tú, Richard, cuando hace que la gente se vuelva tonta, cuando los convierte en mentirosos o los encierra en jaulas. Lo he evitado por más tiempo que tú; han pasado dieciséis años desde mi divorcio. Pero me diferencio de ti en un aspecto: yo creo que existe otro tipo de matrimonio, capaz de hacernos más libres que cualquier soledad. Las posibilidades de que lo comprendas son muy escasas, pero creo que tú y yo podríamos haber sido así. Hace una hora, habría dicho que no había ninguna posibilidad, porque no creía que fueras a llamar.
—Oh, vamos. Sabías que iba a llamar.
—No —dijo ella—. Pensaba que tirarías mi carta y huirías a alguna parte con tu avión.
*"Adivina de pensamientos"*, pensé. Me puse otra vez en esa imagen: huir a Montana. Mucha acción, nuevos paisajes, mujeres nuevas. Pero era aburrido de sólo pensarlo. Ya he hecho eso, pensé, ya sé cómo es y está todo en la superficie. No me hace cambiar, ni avanzar, ni me importa. Si algo tiene significado, es la acción. Volar lejos... ¿y qué
—No iba a huir sin decirte una palabra. No podía irme sabiendo que estabas enojada conmigo.
—No estoy enojada contigo.
—Hum —dije—. Lo bastante como para poner fin a la amistad más hermosa que he tenido.
—Escucha, Richard, de veras: no estoy enojada contigo. La otra noche estaba furiosa y asqueada. Después me puse triste y lloré. Pero al rato dejé de llorar y pensé mucho en ti. Finalmente comprendí que eres lo mejor que sabes ser. Que debes conformarte con eso mientras no cambies, y nadie va a hacerte cambiar, salvo tú mismo.

https://biblioteca.d2g.com/

¿Cómo voy a enojarme contigo por hacer lo mejor que puedes?
Sentí una oleada de calor en la cara. ¡Qué pensamiento difícil y amante! ¡Que ella comprendiera, en semejante momento, que yo estaba haciendo lo mejor posible! ¿Qué otra persona en el mundo habría comprendido eso? El arrebato de respeto hacia ella activó la sospecha contra mí mismo.
—Bueno, ¿y si no estoy haciendo lo mejor que puedo?
—Entonces me enojo contigo.
Lo dijo casi riendo, y yo me aflojé un poco en el sofá. Si podía reír, no estábamos en el fin del mundo... todavía.
—¿Podríamos redactar un contrato, llegar a un acuerdo muy claro y estudiado de los cambios exactos que deseamos?
—No sé, Richard. Se diría que esto es un juego para ti, pero es demasiado importante para tomarlo de ese modo. Los juegos, y tu letanía de frases viejas, tus viejas defensas. Ya no las quiero. Si necesitas defenderte de mí, si tengo que vivir probándote una y otra vez que soy tu amiga, que te amo, que no voy a herirte ni a aniquilarte ni a matarte de aburrimiento, eso ya es demasiado. Creo que me conoces bastante bien y sabes lo que sientes por mí. Si tienes miedo, tienes miedo. Te he dejado en libertad y eso me hace sentir bien. ¡De veras! Dejémoslo así. Somos amigos, ¿de acuerdo?
Pensé en lo que ella decía. Yo estaba muy acostumbrado a tener razón, a imponer mi punto de vista en todos los debates. Pero en este caso, aunque tratara de hallar hebras rotas en su razonamiento, no podía. Sus argumentos se derrumbaban sólo si ella me estaba mintiendo, sólo si pretendía lastimarme, engañarme, aniquilarme. Y eso me era imposible de creer. Lo que ella pudiera hacerle a otros, comprendí, podía hacérmelo a mí en cualquier momento. Y nunca la había visto engañar ni desearle mal a nadie, ni siquiera a gente que había sido cruel con ella. Los había perdonado a todos, sin rencores.
Si yo me hubiera permitido el uso de esa palabra, en ese momento, le habría dicho que estaba enamorado de ella.
—Tú también estás haciendo lo posible, ¿verdad? —pregunté.
—Sí, en efecto.
— ¿No te parece extraño que seamos la excepción, tú y yo, cuando casi nadie puede lograr que la intimidad funcione? ¿Sin gritos y portazos, pérdidas de respeto, aburrimiento, sin dar al otro por asegurado?
— ¿No crees que eres una persona excepcional? —insinuó—. ¿No crees que yo también lo soy?
—Nunca conocí a nadie como nosotros —reconocí.
—Si me enojo contigo, no creo que tenga nada de malo gritar y dar portazos. Ni siquiera arrojar cosas, si llegamos a eso. Pero eso no significa que no te ame. Y eso no tiene ningún sentido para ti, ¿verdad?
—Ninguno. No existe problema que no podamos resolver con una discusión tranquila y razonable. Cuando estamos en desacuerdo, ¿qué tiene de malo decir: "Leslie, estoy en desacuerdo, he aquí mis motivos"? Entonces tú dices: "En efecto, Richard; tus motivos me han convencido de que tu sistema es mejor." Y allí acaba todo. Nada de vajillas rotas a recoger ni de puertas a reparar.
—Ojalá —dijo ella—. Los gritos vienen cuando me asusto, cuando creo que no me estás

http://biblioteca.d2g.com/

oyendo. Tal vez oyes mis palabras, pero no comprendes; entonces tengo miedo de que hagas algo que nos lastime a los dos, y pienso que lo vamos a lamentar, y veo el modo de evitarlo y, si no me estás escuchando, tengo que gritarlo para que me oigas.
—Me estás diciendo que, si te escucho, no tendrás que gritar.
—Si Probablemente no tenga que gritar —dijo ella—. Aun que lo haga, se me pasará en pocos minutos. Lo saco de mi organismo y me tranquilizo.
—Mientras tanto yo soy una pelota estremecida trepada las cortinas.
—Si no quieres enojos, Richard, ¡no me hagas enojar!
Al crecer he llegado a ser una persona bastante serena y bien adaptada. No estoy preparada para estallar ante cualquier nimiedad. ¡Pero tú eres una de las personas más egoísta que yo haya conocido! Necesito mis enojos para evitar que me pases por encima, para que ambos sepamos cuándo basta ya.
—Te dije que era egoísta, hace mucho tiempo —observé—. Te prometí que siempre actuaría según mi mejor interés, y que esperaba lo mismo de ti...
— ¡No me vengas con tus definiciones, por favor! —dijo ella—. Si quieres llegar a ser feliz, lo conseguirás dejando de pensar en ti mismo, siempre que puedas. Mientras no hagas en tu vida sitio para alguien que te sea tan importante como tú mismo, vivirás solitario, perdido y buscando..,
Conversamos por horas enteras, como si nuestro amor fuera un fugitivo aterrorizado, inclinado desde una cornisa de un décimo piso, listo para saltar en el momento en que abandonáramos el intento de salvarlo.
Sigue hablando, pensé. Si seguimos hablando, él no saltará de la cornisa, gritando, hacia la acera. Pero ninguno de los dos deseaba que el fugitivo viviera, a menos que resultara sano y fuerte. Cada comentario, cada idea compartida era como un viento contra la cornisa; a veces, nuestro futuro común se tambaleaba por sobre las calles. Otras veces, estremecido, se apretaba contra la pared.
¡Cuánto moriría con él, si caía! Las cálidas horas desprendidas del tiempo, en que tan importantes éramos el uno para la otra, cuando yo quedaba sin aliento por el placer de esa mujer. Todo eso habría terminado en la nada, en menos que nada, en una pérdida tremenda.
El secreto de hallar a alguien a quien podamos amar, me había dicho ,ella cierta vez, es hallar primero a alguien que nos guste. Habíamos sido los mejores amigos antes de ser amantes. Ella me gustaba; yo la admiraba, confiaba en ella, ¡confiaba en ella! Ahora todas esas cosas buenas se tambaleaban en precario equilibrio.
Si nuestro fugitivo resbalaba, los wookies morirían en la caída, y Cerdito aferrado a un helado, y la hechicera, la diosa del sexo; moriría el Bantha, desaparecerían para siempre el ajedrez, las películas, los crepúsculos. Sus dedos relampagueando sobre el teclado. Jamás volvería yo a escuchar la música de Johann Sebastián, jamás oiría otra vez sus secretas armonías, porque las había aprendido de ella; jamás otro compositor extraño. No volvería a ver flores sin pensar en ella. No volvería a tener a nadie tan cercano a mí. Construiría más murallas, con picos arriba, y luego construiría más murallas detrás de ésas, con más picos...
¡No necesitas esas murallas, Richard! —gritó ella—. Si no volvemos a vernos, ¿no te

http://biblioteca.d2g.com/

das cuenta de que las murallas no te protegen? ¡Te aíslan!
Está tratando de ayudar, pensé. En los últimos minutos, mientras nos estamos separando, esta mujer quiere que aprenda. ¿Cómo podemos separarnos?
—Y Cerdito.. —dijo—. Cerdito no tiene... no tiene por qué morir... Todos los once de julio, prometo... que haré helado de... helado de chocolate con crema caliente... crema de chocolate y... me acordaré... de mi queridísimo Cerdi...
Se le quebró la voz. La oí apretar el teléfono contra un almohadón. Oh, Leslie, no, pensé, escuchando el sofocado silencio de las plumas. ¿Tiene que desaparecer, nuestra encantada ciudad de dos, un espejismo que aparece una vez en toda una vida, sólo para desaparecer en humo y niebla, en el mundo de todos los días? ¿Quién nos está matando?
Si algún extraño se metiera entre nosotros, tratando de separarnos, nos convertiríamos en zarpas para enviarlo al infierno, desgarrado. Y ahora hacemos el trabajo desde adentro. ¡El extraño soy yo!
¿Y si somos almas gemelas?, pensé, mientras ella sollozaba. ¿Y si cada uno de nosotros es quien el otro ha estado buscando toda su vida? Hemos tocado y hemos compartido esta breve muestra de lo que puede ser el amor en la tierra. Y ahora, por culpa de mis miedos, nos vamos a separar para no volvernos a ver. ¿Voy a pasarme el resto de la vida buscando a la que ya había encontrado y tuve miedo de amar?
¡Qué coincidencias imposibles!, pensé, las que nos llevaron a encontrarnos cuando ninguno de los dos estaba casado o comprometido, cuando ninguno de los dos estaba dedicando sus desvelos a otras causas, cuando ninguno de los dos estaba demasiado dedicado a actuar, escribir, viajar, vivir aventuras o ciegamente enredado. Nos encontramos en el mismo planeta, en la misma época, a la misma edad, criados en la misma cultura. Años antes no hubiera ocurrido nada; en realidad, nos conocimos años antes, pero cada uno salió del ascensor por su lado: el momento no era adecuado. Y nunca volverá a serlo.
Me paseé silenciosamente en un semicírculo, con el cable del teléfono como traílla. Si dentro de diez o veinte años decidía que había hecho mal en separarme de ella, ¿dónde estaría ella por entonces? ¿Y si volvía diez años después a decir: "Disculpa, Leslie", y descubría que era la señora Leslie Parrish de Fulano? ¿Y si no la encontraba? Su casa vacía, se ha mudado, no dejó dirección. ¿Y si había muerto, a consecuencia de algo que jamás la hubiera matado de no haber despegado yo al día siguiente?
—Perdón —dijo, otra vez al teléfono, las lágrimas enjugadas—. Soy una gansa. Ojalá tuviera tu dominio. Tú manejas los adioses muy bien, como si no tuvieran importancia.
—Todo consiste en decidir quién manda —expliqué, feliz por la posibilidad de cambiar de tema—. Si dejamos que nuestras emociones manden, los momentos cómo éste no son muy divertidos.
—No —reconoció ella, sorbiendo por la nariz—. No son muy divertidos.
—Si lo pre-vives, si finges que ya estamos en mañana o en el mes que viene, ¿cómo te sientes? —sugerí—. Cuando lo intento no me siento mejor sin ti. Imagino cómo es estar solo, sin nadie con quien hablar nueve horas por teléfono, sin pagar cien dólares por una llamada local. ¡Te voy a extrañar mucho!
—Yo también —dijo ella—. Richard, ¿cómo se hace para que alguien mire a la vuelta de una esquina cuando todavía no ha llegado a ella? La única vida que vale la pena vivir es la

https://biblioteca.d2g.com/

mágica, ¡y esto es magia! Daría cualquier cosa por hacerte ver lo que nos espera... —Hizo una pausa, buscando qué más decir. —Pero si para ti no está a la vista, supongo que no existe, ¿verdad? Aunque yo lo esté viendo, en realidad no existe.
Parecía cansada, resignada. Estaba por cortar.
Si fue porque yo estaba cansado o asustado o ambas cosas a un tiempo, jamás lo sabré. No hubo aviso previo: algo se rompió, algo se desprendió en mi cabeza, y no era agradable.
¡RICHARD!, gritó, ¿QUÉ ESTAS HACIENDO? ¿TE VOLVISTE LOCO? ¿HAS PERDIDO LA CABEZA? ¡Lo que se está tambaleando en la cornisa no es ninguna metáfora! ¡Eres tú ! Es tu futuro, y si cae serás un ZOMBIE, estarás viviendo muerto, marcando tarjeta hasta que te mates del todo. Hace nueve horas que juegas con ella por teléfono. ¿PARA QUE CREES QUE ESTAS EN ESTE PLANETA, PARA PILOTEAR AVIONES? ¡Pedazo de mal nacido arrogante, estás aquí para aprender qué es el amor! Ella es tu maestra, y dentro de veinticinco segundos va a cortar y no volverás a verla. ¡No te quedes ahí, idiota hijo de mala madre! ¡Tienes diez segundos antes de que se vaya! ¡Dos segundos! ¡HABLA!
—Leslie —dije—, tienes razón. El equivocado soy yo. Quiero cambiar. Lo probamos a mi modo y no funcionó. Probemos ahora a tu modo. Nada de Mujeres Perfectas, nada de murallas contra ti. Sólo tú y yo. Veamos qué pasa.
Hubo silencio en la línea.
—¿Estás seguro? —dijo—. ¿Estás seguro o lo dices por decir? Si lo dices por decir, todo será peor. Lo sabes, ¿verdad?
—Lo sé. Estoy seguro. ¿Podemos conversarlo?
Otro silencio.
—Por supuesto, wookie. ¿Por qué no cortas y vienes a desayunar aquí?
—Bueno, dulce —dije—. Adiós.
Después de que ella cortó, dije al teléfono vacío: —Te amo, Leslie Parrish.
En la absoluta intimidad, sin que nadie escuchara, las palabras que tanto despreciara, las que nunca había usado, eran ciertas como la luz.
Dejé el auricular en su horquilla.
— ¡HECHO! —grité al cuarto desierto—. ¡ES COSA HECHA!
Nuestro fugitivo estaba otra vez en nuestros brazos, rescatado de la cornisa. Me sentí ligero como un avión velero en un verano de montaña.
En este momento hay un yo alternativo, pensé, que gira ásperamente en redondo, tomando hacia la izquierda en la bifurcación que yo tomé por la derecha. En este momento, en un tiempo diferente, Richard-el-de-entonces corta la comunicación con Leslie-la-de-entonces tras una hora o diez, o ni siquiera la llama. Deja caer la carta en el cesto, toma un taxi para ir al aeropuerto, despega y asciende hacia el noreste; nivela avión a nueve mil quinientos y huye a Montana.
A partir de eso, al mirar hacia él lo vi todo oscuro.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 33

—No puedo —dijo ella—. Lo intento, Richie. Me muero de miedo, pero lo intento. Inicio el giro y, cuando estamos cayendo en picada, en barrena, ¡me desmayo! Cuando vuelvo en mí estamos nivelados y Sue me está diciendo: " ¡Leslie! ¿Te sientes bien?" —Me miró, alicaída, desesperanzada. ¿- ¿Cómo me va a enseñar las picadas en barrena si me desmayo?

Hollywood desapareció tras el horizonte del oeste, a seiscientos kilómetros; Vendida mi casa de Florida, vivíamos en una casa rodante, estacionada en los quince mil kilómetros cuadrados de las montañas y los desiertos de Arizona, junto a un aeropuerto para planeadores. El Velódromo Estrella. El crepúsculo, como nubes empapadas en combustible de aviación y encendidas con un fósforo silencioso. Los veleros en tierra, suaves esponjas para la luz, chorreaban carmesíes y oro fundido sobre la arena.

—Pequeña wookie mía —le dije—. Tú lo sabes, yo lo sé, es inútil luchar contra lo verdadero: no hay nada que Leslie Parrish no pueda hacer cuando se empecina en ello. Y contra eso, algo tan nimio como aprender a bajar en barrena con un velero no tiene la menor posibilidad de imponerse. ¡Tú dominas ese aparato!

—Pero me desmayo —replicó ella, enojada—. Es difícil dominar cuando una no está consciente.

Me acerqué al micro ropero de la casa rodante; saqué nuestra pequeña escoba y volví a donde estaba ella, sentada en el borde de la cama.

—Aquí tienes la palanca de mandos; es el mango de esta escoba —le dije—. Hagámoslo juntos; bajaremos en barrera aquí, en tierra, hasta que te aburras.

—¡No estoy aburrida, sino aterrorizada!

—Ya pasará. La escoba es tu palanca de mandos; haz de cuenta que tienes los pies en los pedales de timón de ala. Aquí vas, alto en el cielo, volando en línea recta y nivelada; Ahora echas la palanca atrás, lenta, lentamente, y el morro del planeador se levanta. Ahora se va a estremecer, se va a detener como tú quieres. Mantienes la palanca hacia atrás y el morro cae. Ahora sí pisas el timón derecho a fondo, eso es, sostienes la palanca hacia atrás y cuentas los giros: uno... dos... tres... Cuentas cada vez que el pico Montezuma pasa por el morro. Tres, y pisas el pedal izquierdo; al mismo tiempo mueves esa palanca hacia adelante, apenas por delante de neutral; los giros han cesado y tú, ligeramente, levantas el morro a nivel de vuelo. Eso es todo. ¿Tan difícil te resultó?

—Aquí, en la casa rodante, no.

—Hazlo un poco más y también será fácil en el aeroplano, te lo aseguro. Yo pasé por lo mismo y sé de qué se trata. A mí también me aterrorizaban las picadas en barrena. A ver, otra vez. Estamos en nivel de vuelo, y echas la palanca hacia atrás...

Los giros, la lección más atemorizadora en la carrera básica del piloto. Tan atemorizadora que el gobierno había eliminado el requisito hacía años: los alumnos llegaban a la práctica de barrena y dejaban de pilotear. Pero Laszlo Horvath, el campeón nacional y propietario de Estrella, insistía en que todos los alumnos debían aprender a salir de una barrena antes de volar solos. ¿Cuántos pilotos habían muerto por haber entrado en una barrena y no

https://biblioteca.d2g.com/

saber cómo recobrarse? Demasiados, en su opinión; no pensaba permitir que ocurriera eso en su velódromo.
—Tú quieres que la panza caiga justo aquí —le dije—.Se supone que así debe ocurrir. Y quieres que el morro apunte hacia abajo y el mundo gire y gire. Si no ocurre así, lo estás haciendo mal. Otra vez.
La prueba de Leslie consistía en enfrentarse a ese miedo, vencerlo y aprender a pilotear un avión que ni siquiera tenía motor con que mantenerse en lo alto.
Mi prueba era contra un miedo distinto. Yo había prometido aprender de ella cómo amar, descartar mi congelada Mujer Perfecta y dejar que Leslie se acercara tanto a mí como ella me dejaría acercarme a ella. Cada uno confiaba en que el otro sería suave, sin dardos ni dagas en ese tranquilo lugar.
Lo de la casa rodante en el desierto había sido idea mía. Si ese experimento de la exclusividad tenía que estallar, era mejor que estallara cuanto antes, así terminábamos de una vez. ¿Qué mejor prueba que vivir juntos en una habitación diminuta, bajo un techo de plástico, sin un rincón privado al que escapar? ¿Qué mejor desafío para dos personas intensamente dadas a la privacidad? Si podíamos encontrar deleite en eso, mes tras mes, habíamos hallado un milagro. En vez de gruñirnos al vernos tan apretados, florecíamos.
Corríamos juntos al salir el sol, corríamos por el desierto, con manuales de flores y guías para campamento en los bolsillos, volábamos a vela, conversábamos por dos días enteros, por cuatro días enteros, estudiábamos castellano, respirábamos aire puro, fotografiábamos los crepúsculos, iniciábamos toda una vida de adiestramiento para comprender al único ser humano que existía aparte de cada uno de nosotros: ¿de dónde veníamos, qué habíamos aprendido, cómo podíamos construir un mundo diferente, si a nosotros nos correspondía hacerlo?
Nos poníamos ropa de gala para cenar, con flores del desierto en un florero, sobre la mesa iluminada por velas; conversábamos y escuchábamos música hasta que se consumían las velas.
—El aburrimiento entre dos personas —dijo ella, una noche— no viene de estar juntos físicamente. Viene de estar separados mental y espiritualmente.
Lo que para ella era obvio, para mí era una idea tan sorprendente que la anoté. Hasta ahora no teníamos por qué preocuparnos por el aburrimiento. En cuanto al futuro, nadie puede decir...
Llegó el día en que yo, de pie en tierra, la vi enfrentarse a su dragón, permanecer en el rugiente chorro de un avión de remolque, que llevaba su planeador de práctica a lo alto, para ensayar la barrena. En cuestión de minutos, la cruz blanca del planeador se liberó del cable de remolque, allá arriba, solo y silencioso. Aminoró la marcha, se detuvo en el aire y ¡Jushhh!, bajó el morro, las alas se arremolinaron. Una semilla de arce, color de algodón, que caía, caía... y se nivelaba serenamente, saliendo de la picada, para frenar la marcha, detenerse en el aire y volver a girar.
Leslie Parrish, poco antes prisionera de su miedo a los aviones, dominando el más ligero de los aeroplanos y obligándolo a hacer lo más difícil: giros a la izquierda, giros a la derecha, media vuelta, y recobrar, tres vueltas y recobrar. Todo a altura mínima, para después flotar y aterrizar.

http://biblioteca.d2g.com/

El planeador tocó tierra, rodó suavemente sobre su única rueda hacia una banda encalada en la sucia pista y se detuvo a treinta centímetros de ella. El ala izquierda se inclinó gradualmente hasta tocar el suelo. Su prueba estaba hecha.
Corrí hacia ella, hacia la pista. Desde lejos me llegó un grito de triunfo lanzado dentro de la cabina, la alegría de su instructora:
—¡Lo hiciste! ¡Giraste sola, Leslie! ¡Hurra!
Entonces se abrió la cabina transparente y apareció ella, con una sonrisa en la boca, esperando tímidamente lo que yo dijera. Besé su sonrisa.
—¡Un vuelo perfecto, wook, una barrena perfecta! ¡Estoy muy orgulloso de ti!
Al día siguiente voló sola.
¡Qué deleitosa, la fascinación de hacerse a un lado mientras nuestra amiga más querida actúa en el escenario sin nosotros! Una mente distinta había entrado en su cuerpo y lo empleaba para aniquilar a la bestia del miedo, que acechara y amenazara allí por décadas enteras. La mente asomaba ahora en su rostro. En los ojos azules como el mar había chispas doradas, electricidad danzando en una usina. Una usina, eso es, pensé. No lo olvides nunca, Richard: La mujer que estás mirando no es una dama común, no es un ser humano convencional. ¡ Jamás lo olvides!
Yo no tenía tanto éxito en mis pruebas como ella en las suyas.
De vez en cuando, sin motivo alguno, me mostraba frío con ella, silencioso; la apartaba sin saber por qué.
En esas oportunidades ella se sentía herida y me lo decía:
— ¡Hoy te portaste mal conmigo! Cuando aterricé estabas hablando con Jack; corrí hacia ti y me volviste la espalda, como si no existiera. ¡Como si desearas que yo no existiera!
— ¡Leslie, por favor! No sabía que estabas allí. El y yo estábamos conversando. ¿Quieres que todo sé interrumpa por ti?
Sí que sabía que ella estaba allí pero no actué, como si ella fuera una hoja caída o una brisa al pasar. ¿Por qué me fastidiaba que se hubiera percatado?
Volvió a ocurrir, entre los paseos, la música, los vuelos y las velas. Por costumbre, yo construía murallas nuevas, me escondía tras ellas, frío o empleaba los viejos escudos. Ella, en vez de enojarse, se entristecía.
— ¡Oh, Richard! ¿Eres presa de algún demonio para odiar tanto al amor? ¡Prometiste levantar las barreras, no interponer otras!
Salía de la casa rodante, caminaba sola toda la longitud de la pista, en la oscuridad. Ida y vuelta, kilómetros enteros.
No soy presa de ningún demonio, pensaba yo. Un momento de inconsciencia y ya dice que soy presa de un demonio. ¿Es posible que siempre exagere sus reacciones?
Muda, sumida en profundos pensamientos, al regresar pasaba horas escribiendo su diario.

Era la semana de práctica para la carrera de veleros en que nos habíamos inscripto, yo como piloto, Leslie como personal de tierra. Levantarse a las cinco de la mañana, para lavar, lustrar y encintar el avión antes de que la temperatura matinal pasara los treinta y siete grados; empujarlo hasta su sitio, en fila sobre la pista, llenar las alas con lastre de agua. Ella mantenía una toalla con hielo alrededor de mi cuello hasta el momento del despegue; en tanto, permanecía al sol.

http://biblioteca.d2g.com/

Después de mi despegue, se quedaba en contacto con la radio del camión, mientras iba a la ciudad en busca de provisiones y agua, lista para ir por mí y por el avión, si nos veíamos forzados a aterrizar a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Cuando yo descendía, allí estaba ella, con refrescos fríos, y me ayudaba a llevar el planeador a su sitio. Luego se transformaba en María Estrella; servía la cena a la luz de las velas y me escuchaba, mientras yo contaba mis aventuras del día.

Cierta vez me había dicho que era sensible al calor, pero por entonces no daba señales de eso. Trabajó como un esclavo cinco días seguidos, sin cesar. Estábamos logrando marcas excelentes en la práctica, y gran parte del mérito era de ella. Era tan perfecta en su papel de personal de tierra como en cuanto elegía ser.

¿Por qué elegí ese momento para distanciarla? Poco después de que ella me salió al encuentro, al aterrizar, allí estuvieron otra vez mis murallas; me puse a conversar con otros pilotos y no noté que se había ido. Tuve que guardar el velero por mi cuenta, lo cual no era nada fácil bajo el sol, aunque me lo facilitó el enfado que me dejara ese abandono.

Cuando entré en la casa rodante la encontré tendida en el suelo, fingiéndose exhausta.

—Hola —dije, cansado de tanto trabajar—. Muchísimas gracias por la ayuda que me prestaste.

No hubo respuesta.

—Justo lo que me hacía falta, después de un vuelo tan difícil.

Nada. Seguía tendida en el suelo, negándose a decir una palabra.

Tal vez me había notado algo distante, leyéndome la mente una vez más, y estaba enojada.

Esto de jugar al silencio es muy tonto, pensé. Si algo le molesta, si no le gusta lo que estoy haciendo, ¿porqué no me lo dice directamente? Si ella no habla, yo tampoco.

Pasé por sobre su cuerpo y encendí el acondicionador. Luego me tendí en el sofá y me dediqué a leer un libro sobre vuelo a vela, mientras pensaba: "No tenemos mucho futuro si ella insiste en actuar así."

Al cabo de un rato, ella se movió. Un poco más tarde se levantó, con infinita precaución, y se arrastró hasta el baño. Oí que las bombas hacían correr el agua. Estaba gastando el agua porque sabía que yo debía traerla de la ciudad, hasta la última gota, y llenar personalmente los tanques de la casa rodante. Quería hacerme trabajar.

El agua dejó de correr.

Dejé el libro. La maravilla que era Leslie y nuestra vida juntos en el desierto, ¿se estaba corroyendo en los ácidos de mi pasado? ¿No puedo aprender a olvidarme de sus espinas? Comprendió mal y está ofendida. Yo puedo tener la bondad de perdonarla, ¿no?

No se oía nada en el baño. La probecita ha de estar llorando.

Me acerqué a la pequeña puerta y di dos golpes.

—Lo siento, wookie —dije--. Te perdono...

—¡ ¡ ¡ RRRI II IAAAAARGGGG ! ! !

Una bestia estalló adentro. Varias botellas se desintegraron contra la madera; Frascos, cepillos, secadores de pelo, todo voló contra la pared.

—¡MALDITO (PAF) HIJO DE PERRA! ¡TE (VLAMSHATTR) ODIO! ¡NO QUIERO VOLVER A VERTE NUNCA MAS! ¡CAIGO DESMAYADA AL SUELO MEDIO MUERTA DE INSOLACION POR ESTAR TRABAJANDO CON TU CONDENADO

http://biblioteca.d2g.com/

PLANEADOR Y ME DEJAS AHI TIRADA MIENTRAS LEES UN LIBRO PODRIA HABERME MUERTO POR LO QUE TE IMPORTA! (VSHTINKLTOC) ¡ ¡ BUENO A MÍ TAMPOCO ME IMPORTAS MALDITO RICHARD BACH!!! ¡ ¡ ¡DESAPARECE INMEDIATAMENTE DE AQUI Y DEJAME SOLA, PEDAZO DE CERDO... (SVASH) EGOISTA!!!

Nunca; en mi vida; nadie; me habló de ese modo. Tampoco había visto a nadie que actuara así. ¡Estaba rompiendo cosas, allí adentro!

Asqueado, furioso, salí de la casa rodante con un portazo; corrí hasta el Meyers, detenido al sol. El calor era implacable como un pulular de hormigas; apenas me di cuenta ¿Qué le pasa a esa mujer? ¡Por ella he abandonado a mi Mujer Perfecta! ¡Qué tonto fui!

En mis tiempos de aviador ambulante, mi cura para la multitudofobia era sencilla: alejarme de las multitudes cuanto antes, en mi avión, y estar solo. Resultaba tan efectivo que comencé a usarlo para la persono fobia, con iguales resultados. Cuando alguien no me gustaba, me iba, sin una palabra más, sin volver a pensar en él.

Casi siempre funciona perfectamente. Marcharse es la cura instantánea contra quienquiera nos aqueja. Exceptuando, naturalmente, la posibilidad en dos billones de que quienquiera nos aqueje sea nuestra alma gemela.

Era como estar atado a un potro de tormento. Quería correr, correr, correr. Salto dentro del avión enciendo el motor no verifico el tiempo no verifico nada sólo despego apunto el morro en cualquier dirección, disparo el regulador y ¡ADELANTE! Aterrizo en cualquier parte, cargo combustible, pongo el motor en marcha, despego y ¡ADELANTE!

¡Nadie tiene derecho a gritarme ! Una sola vez, se me grita. Y no te queda ninguna otra oportunidad, porque entonces me he ido definitivamente, para siempre. Plam-clanc-¡listo y terminado!

Pero allí seguía, con los dedos en la quemante manija de la portezuela.

Mi mente, esa vez, no me permitía huir.

Mi mente asentía: Bueno, bueno... está enojada conmigo, sí. Tiene derecho a estar enojada conmigo. He vuelto a hacer algo desconsiderado.

Me puse a caminar por el desierto, para calmar la cólera y aliviar la ofensa.

Esta es una de mis pruebas. Si no huyo, demostraré que estoy aprendiendo. En realidad, no tenemos problemas. Sólo que ella es un poquito... más demostrativa que yo.

Caminé por un rato, hasta que recordé haber aprendido, en el adiestramiento de supervivencia, que una persona puede morir por estar demasiado tiempo bajo ese sol.

¿Acaso ella había estado demasiado tiempo bajo el sol? ¿Había caído, no por rencor, sino por el calor?

El malhumor y el orgullo herido desaparecieron. ¡Leslie se había desmayado por el calor y yo había pensado que fingía! Richard, ¿es posible que seas tan tonto?

Corrí hacia la casa rodante. Por el camino vi una flor del desierto, diferente a todas las que habíamos visto hasta entonces. La desenterré apresuradamente de entre la arena y la envolví en una hoja arrancada de mi libreta.

Al entrar la vi tendida en la cama, sollozando.

—Perdona, wookie —dije en voz baja, acariciándole el pelo—. Lo siento muchísimo. No sabía...

https://biblioteca.d2g.com/

No respondió.
—Encontré una flor... Te traje una flor del desierto. ¿Te parece que necesitará agua?
Se incorporó, se enjugó las lágrimas y examinó gravemente la plantita.
—Sí, necesita agua.
Traje una taza para que la planta se acomodara y un vaso de agua para que bebiera.
—Gracias por la flor —dijo ella, después de un minuto—. Gracias por pedir perdón. Y trata de no olvidarlo, Richard: si quieres conservar a alguien en tu vida... ¡no lo des por asegurado!

El viernes, ya avanzada la tarde, bajó feliz de un vuelo, encendida y adorable; había pasado más de tres de horas en el aire; al descender, no lo hizo porque no pudiera elevarse, sino porque otro piloto necesitaba el planeador. Me besó, alegre y hambrienta, contándome lo que había aprendido.
La escuché revolviendo una ensalada. La sacudí en el aire frente a su plato y serví dos porciones.
—Volví a ver tu aterrizaje —comenté—. Como si fueras María Estrella ante las cámaras. ¡Tu descenso fue liviano como el de un gorrión!
—Ojalá —dijo—. Tuve que reducir la sustentación al mínimo en la aproximación final; de lo contrario habría seguido hasta la maleza. ¡Mal cálculo!
Pero me di cuenta de que estaba orgullosa del descenso. Cuando la alababan, ella solía cambiar de tema, mencionando algo que no fuera tan perfecto, para amortigua el impacto del cumplido y hacerlo más fácil de aceptar
Llegó el momento de decírselo, pensé.
—Wook, creo que voy a despegar por un tiempo
Ella comprendió de inmediato lo que quería decir. Me miró, asustada, y dejó una puerta abierta para que yo pudiera cambiar de idea a último momento, hablando en dos niveles al mismo tiempo:
—No te conviene despegar ahora. Las corrientes cálidas están todas frías.
En vez de retroceder, me lancé hacia adelante de cabeza.
—No hablaba de despegar en un planeador, sino de irme. Mañana, después de la carrera, ¿qué te parece? Necesito pasar solo un tiempo. Tú también ¿verdad?
Dejó su tenedor y se sentó en el sofá.
— ¿Adónde vas?
—No estoy seguro. No importa. A cualquier parte. Sólo necesito estar solo por una o dos semanas, supongo.
Por favor, deséame buena suerte, pensé. Por favor, di que comprendes, que tú también necesitas estar sola, quizá volver y filmar algo para la televisión, en Los Ángeles.
Ella me miró. Su cara era una pregunta.
—Exceptuando unos pocos problemas, hemos estado pasando el período más feliz de nuestra vida; estamos más felices que nunca y tú, súbitamente, quieres huir a cualquier parte y estar solo. ¿Solo, o necesitas estar con una de tus mujeres para poder empezar de nuevo conmigo?
¡Eso no es justo, Leslie! Prometí cambiar y he cambiado. Prometí que no habría otras mujeres y no hay otras mujeres. Si nuestra prueba no estuviera funcionando bien,

http://biblioteca.d2g.com/
si quisiera ver a otra, te lo diría. Sabes que soy lo bastante cruel como para decírtelo.
—Sí, lo sé.
No había expresión alguna en los adorables planos, en las sombras de su rostro... su mente estaba revisando, revisando, veloz como la luz: motivos, sugerencias, opciones, alternativas.
Pensé que ella hubiera debido esperar algo así, tarde o temprano. Mi cínico destructor, esa víbora de mi mente, dudaba de que nuestro experimento durara más de dos semanas, y al día siguiente se cumplirían seis meses desde que nos instaláramos juntos en esa casa rodante, sin separarnos un solo día. Desde mi divorcio, pensé, nunca había estado seis días con una misma mujer. Aun así, había llegado el momento de tomarse un descanso.
—Por favor, Leslie. ¿Qué tiene de malo alejarse por un tiempo? Ese es el defecto asesino de los matrimonios.
—Oh, Dios, vas a empezar a discursear de nuevo. Si tengo que escuchar esa letanía de razones tuyas para no amar... —Alargó una mano para interrumpirme. —Ya sé, detestas la palabra amor le han quitado todo sentido me lo has dicho cien veces no quieres usarla jamás ¡pero yo la voy a usar ahora... letanía de razones tuyas para no amar a nadie, salvo al cielo o a tu avión, ¡si tengo que escuchar todo eso voy a gritar!
Permanecí en silencio, tratando de ponerme en su lugar, pero no pude. ¿Qué tenía de malo tomarnos unas vacaciones? ¿Por qué le parecía tan amenazadora la idea de estar fuera de contacto por un tiempo?
—Gritar requeriría elevar tu voz —dije, con una sonrisa, como para insinuarle: "Si yo puedo reírme de mis propias reglas sagradas, no será tan terrible lo que nos espera."
Ella se negó a sonreír.
—¡Tú y tus malditas reglas! ¿Por cuánto tiempo, Oh Dios, por cuánto tiempo vas a seguir llevando esas cosas a la rastra?
Un arrebato de cólera me puso tenso.
—Si no fueran auténticas no te molestaría por ellas. ¿No te das cuenta? Para mí importan mucho, son auténticas. ¡Yo vivo gracias a ellas! Y haz el favor de cuidar lo que dices cuando estoy adelante.
—¡Ahora vas a enseñarme a hablar! Yo digo lo que se me da la reverendísima gana, qué diablos.
—Estás en libertad de decirlo, Leslie, pero yo no tengo por qué escuchar.
—¡Oh, tú y tu estúpido orgullo!
—Si hay algo que no soporto es que se me trate si respeto.
— ¡Y si hay algo que yo no soporto es que me ABANDONEN! —Ocultó la cara entre las manos, su pelo una cascada, una cortina dorada, que cubrió su angustia.
— ¿Que te abandonen? —dije—. Pero wook, ¡no te voy a abandonar! Sólo dije que...
— ¡Sí que me vas a abandonar! ¡Y yo no soporto.. Que me abandonen...!
Las palabras se le ahogaron en sollozos a través de las manos, a través del oro.
Aparté la mesa, me senté con ella en el sofá, atraje la rígida bola de su cuerpo contra mí. Ella no se estiró no dejó de sollozar.
En ese momento se había transformado en la niñita que una vez fuera y nunca dejara de ser, la que se había sentido abandonada y más abandonada tras el divorcio de sus padres.

https://biblioteca.d2g.com/

Más adelante había vuelto a tenerlos y los amaba a ambos, pero las cicatrices de su infancia no desaparecerían jamás.
Leslie había llegado a lo que era gracias a su propio esfuerzo; había vivido, había sido feliz, todo sola. Ahora se había permitido pensar que, tras vivir conmigo tantos meses felices, por primera vez estaba libre de esa parte de la independencia que representa soledad. Tenía sus propias murallas, y en ese momento yo estaba dentro de ellas.
—Estoy aquí, wook —dije—. Estoy aquí.
Tiene razón cuando habla de mi orgullo, pensé. Me arrebato tanto con eso de protegerme a la menor señal de tormenta que no lo tengo en cuenta, pero es ella la que ha pasado por un infierno. Es fuerte y sagaz, pero aun así está asustada.
En Hollywood, ella había sido el centro de muchísima atención, más de la que yo soportaría jamás. Al día siguiente al de nuestras nueve horas de conversación telefónica, Leslie había dejado a sus amigos, a su agente, los estudios, la política. Los dejó a todos sin despedidas, sin explicaciones, sin saber si volvería pronto o no retornaría jamás. Simplemente, se fue. Si miraba hacia el oeste, yo podía ver signos de interrogación sobre la ciudad que ella había abandonado atrás: " ¿Qué fue de Leslie Parrish?"
Ahora es el centro de muchísimo desierto. En vez de su querido gato viejo, apaciblemente fallecido, tiene víboras de cascabel, no tan apacibles, y escorpiones, y arena o rocas por comodidades; su mundo más próximo es el suavemente violento del vuelo. Lo ha apostado todo al dejar que Hollywood quedara tan lejos. En esta tierra áspera, confía en mí; nada tiene para protegerse, sino el cálido poder que nos rodea a ambos cuando somos felices estando juntos.
Los sollozos se atenuaron, pero aun seguía acurrucada contra mí, tensa como un roble.
¡No quiero que llore, pero es culpa suya! Acordamos que éste sería un experimento, lo de pasar tanto tiempo juntos. No era parte de nuestro acuerdo que no pudiéramos pasar unas cuantas semanas a solas. Cuando se aferra a mí, cuando me niega la libertad de ir donde yo quiera, cuando quiera, se está convirtiendo en un motivo para que me vaya. Ella, tan inteligente, ¿cómo no comprende algo tan simple? En cuanto nos convertimos en carceleros, nuestros prisioneros quieren escapar.
—Oh, Richard —dijo, débil y cansada—. Yo quiero que esto resulte, nuestra vida juntos. ¿Tu no quieres que resulte?
—Sí, yo también.
Siempre que me dejes ser quien soy, agregué para mis adentros. Jamás me verás interponerme entre tú y lo que desees; ¿por qué no puedes decir tú lo mismo?
Estiró el cuerpo y fue a sentarse en el otro extremo del sofá, en silencio. No había más lágrimas, pero en el aire se notaba el peso de mucho desacuerdo entre nosotros, de una distancia entre nuestras dos islas.
Y entonces, algo extraño: supe que ese instante había tenido lugar anteriormente. El cielo, al oeste, convertido en sangre; la silueta retorcida de un árbol ante nuestra ventana; Leslie, deprimida bajo la carga de nuestras diferencias. Había ocurrido exactamente así, en otro tiempo. Al querer marcharme yo, ella había discutido, y llorado, para quedar luego en silencio. Después había dicho: "¿Tú no quieres que resulte? Y yo: "Sí, yo también." Y ahora, lo que va a decir es: "¿Estás seguro?"

http://biblioteca.d2g.com/

Levantó la cabeza para mirarme.
—¿Estás seguro?
Dejé de respirar.
Sabía mi respuesta, palabra por palabra. Mi respuesta eso había sido: "No. Para serte franco, no estoy seguro. Y allí se desvanecía todo: las palabras, el crepúsculo, el árbol, todo desaparecía. Con esa veloz mirada a un ahora diferente vino una enorme tristeza, un dolor tan grande que las lágrimas me impedían ver.
—Estás mejor —dijo, lentamente—. Sé que estás cambiando con respecto a lo que eras en diciembre. Casi siempre eres dulce. Llevamos una vida estupenda juntos. ¡Veo un futuro tan bello, Richard! ¿Por qué quieres huir? ¿Es que ves ese futuro y no lo quieres o, después de tanto tiempo, no lo ves?
El interior de la casa rodante estaba casi oscuro, pero ninguno de nosotros se movió para encender la luz. Nos sentíamos mejor en la oscuridad.
—Leslie, acabo de ver otra cosa, hace un momento. ¿Esto no ha ocurrido antes?
—¿Quieres decir que este minuto tuvo lugar anteriormente? —dijo ella—. ¿La sensación de deja vu?
—Sí, cuando uno sabe todo lo que el otro va a decir. ¿No tuviste esa sensación?
—No.
—Yo sí. Sabía exactamente lo que ibas a decir, y lo dijiste.
—¿Y después?
—No sé, desapareció. Pero me sentí horriblemente triste.
Estiró el brazo y me tocó en el hombro; capté el fantasma de una sonrisa en la oscuridad.
—Te lo mereces.
—Deja que lo busque. Dame diez minutos.
Ella no protestó. Me tendí en la alfombra, cerré los ojos. Una aspiración profunda.
Mi cuerpo está completamente relajado...
Otra aspiración profunda. Mi mente está completamente relajada...
Otra.
Estoy de pie ante una puerta, y la puerta se abre a un tiempo distinto...

La casa rodante. Crepúsculo. Leslie, acurrucada en una concha defensiva, en la punta del sofá, real como un filme tridimensional.
—Oh, Richard —dijo, débil y cansada—. Yo quiero que esto resulte, nuestra vida juntos. ¿Tú no quieres que resulte?
—Sí, yo también.
Siempre que me dejes ser quien soy, agregué para mis adentros. Jamás me verás interponerme ente tú y lo que desees; ¿por qué no puedes decir tú lo mismo?
Estiró el cuerpo y fue a sentarse en el otro extremo del pequeño sofá, en silencio. No había más lágrimas, pero en el aire se notaba el peso de mucho desacuerdo entre nosotros, de una distancia entre nuestras dos islas.
—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que quieres que resulte?
¡NO! Para serte franco, no estoy seguro. No creo que pueda soportar estas sogas. ¡Me siento como en medio de una tormenta de sogas! Si me muevo de este lado, no te gusta; si me muevo del otro, me gritas. Somos tan diferentes que me das miedo. Ya he dado a este

https://biblioteca.d2g.com/

experimento una buena oportunidad, pero si no puedes permitir que me vaya y pase un par de semanas solo, no estoy seguro de querer que resulte. No le veo mucho futuro a esto.
Ella suspiró. Aun en la oscuridad vi que alzaba sus murallas, conmigo afuera.
—Yo tampoco le veo futuro, Richard. Me dijiste que eras egoísta y no te presté atención. Hicimos el intento y no resultó. Todo tiene que ser a tu modo, exactamente a tu modo, ¿no?
—Temo que sí, Leslie. —Estuve a punto decirle "wookie"; al no hacerlo, comprendí que la última vez que pronunciara esa palabra había sido, definitivamente, la última vez. —No puedo vivir sin la libertad.
—No empieces otra vez con tus libertades, por favor. Basta de discursos. Hice mal en dejar que me convencieras de hacer otro intento. Renuncio. Eres lo que eres.
Traté de aliviar parte del peso.
—Pero piloteaste sola el planeador. Jamás volverás a tener miedo de volar.
—Eso es cierto. Gracias por ayudarme en eso. —Se puso de pie, encendió la luz, miró su reloj. —Esta noche sale un avión a Los Ángeles, tarde, verdad? ¿Podrías llevarme hasta Phoenix para tomarlo?
—Si quieres. O podemos ir juntos, en el Meyers.
—No gracias. Este último avión me sirve. Preparó sus maletas en diez minutos; amontonó todo en dos pilas y cerró las tapas.
Ni una palabra entre los dos.
Puse las maletas en el camión, la esperé en la noche del desierto. Había un delgado cuarto de luna, hacia el oeste, muy bajo. Una luna bebé que reía de costado, como había escrito ella. La misma luna, sólo unos cuantos giros después, opaca y luctuosa.
Recordé nuestras nueve horas de charla telefónica, aquellas que sirvieron para salvar, a duras penas, nuestra vida en común. ¿Qué estoy haciendo? Ella es la mujer más querida, más sabia, más bella que jamás tocó mi vida, ¡y la estoy apartando de mí!
Pero las sogas, Richard. Le has dado al experimento una buena oportunidad.
Sentí que toda una vida de felicidad y maravilla, aprendizaje y regocijo con esa mujer se quebraba, se movía, se henchía como una gigantesca vela plateada bajo la luna. Flameó una vez, volvió a henchirse y se borró, se borró, se borró...
—Quieres cerrar la casa rodante con llave? —preguntó.
La casa rodante ya era mía; de ella no. —No tiene importancia.
La dejó sin cerrar.
—¿Conduzco yo? —preguntó.
Nunca le había gustado mi modo de conducir; le parecía demasiado distraído, poco alerta.
—No tiene importancia —dije—. Ya que estoy sentado al volante, conduzco yo.
Hicimos el trayecto sin hablar: sesenta kilómetros en la noche, hasta el aeropuerto de Phoenix. Estacioné el camión y aguardé silenciosamente a que ella despachara su equipaje, deseando tener algo que decir, algo que no hubiera sido dicho ya; caminé con ella hacia las puertas.
—No te molestes —dijo—. Desde aquí puedo seguir sola. Gracias. Seremos amigos, ¿de acuerdo?
—De acuerdo.

http://biblioteca.d2g.com/

—Adiós, Richard. Conduce... —"... con cuidado", iba a decir, "conduce con cuidado". Ya no. Ahora yo podía conducir como mejor me pareciera. —Adiós.
—Adiós.
Me incliné para besarla, pero ella apartó la cara.
Mi mente era un lento borrón gris. Estaba haciendo algo irrevocable, como saltar desde un avión a tres kilómetros de altura.
Ahora la tenía al alcance; podía tocarle el brazo si quería.
Se alejó.
Ya era demasiado tarde.
Las personas cautas piensa, toman una decisión y actúan guiándose por ella. No es prudente echarse atrás, cambiar. Ella lo había hecho conmigo una vez y se había equivocado. Volver a hacerlo no merecía la pena de una palabra más entre nosotros.
Pero Leslie, pensé, ¡te conozco demasiado bien como para que te vayas! Te conozco mejor que a nadie en el mundo, y tú a mí. Eres mi mejor amiga en esta vida. ¿Cómo es posible que te vayas? ¿No sabes que te amo? ¡Nunca amé a nadie y te amo!
¿Por qué no había podido decirle eso a ella? Seguía caminando, sin mirar atrás. Pasó por la puerta y desapareció.
Una vez más se produjo en mis oídos aquel ruido como de viento: una hélice que giraba lentamente, con paciencia, aguardando a que yo subiera a bordo y acabara con mi vida.

Contemplé la puerta por largo rato. La contemplaba como si ella pudiera volver corriendo y decir ¡Oh Richard qué tontos somos, qué gansos, hacernos semejante cosa!
No volvió. Yo tampoco crucé esa puerta corriendo para detenerla.
El hecho es que estamos solos en este planeta, pensé; cada uno de nosotros está completamente solo y cuanto antes lo aceptemos, mejor para nosotros.
Mucha gente vive sola: casados y solteros, buscadores que no encuentran y al fin olvidan hasta el haber buscado. Así había actuado yo antes y así volvería a ser. Pero nunca, Richard, jamás dejes que alguien se acerque tanto a ti como ésa.

Salí del aeropuerto, sin apuro; caminé hasta el camión;
sin apuro, me alejé de la terminal.

Un DC-8 despejaba rumbo al oeste. ¿Iría ella a bordo?
Siguió un Boeing 727, y otro. Los ángulos de cubierta muy inclinados en el despegue; las ruedas se recogieron, los alerones también; viró, tomando su curso. Es mi cielo ése por el que ella va volando. ¿Cómo puede dejarme en tierra?

Sácate eso de la cabeza. Sácatelo de la cabeza. Lo pensarás después. Después.

Al día siguiente, mi hora de lanzamiento hizo que me correspondiera el decimoctavo velero alineado para el despegue. Con el lastre de agua en las alas, el equipo de supervivencia a bordo, y todo bien revisado.
¡Qué vacía había estado la casa rodante, a lo largo de aquella noche en vela, qué

http://biblioteca.d2g.com/

completamente callada!
¿Es cierto que ella se fue? No puedo creerlo, todavía.
Me acomodé en el asiento anatómico, revisé los controles de vuelo, hice a mi personal de tierra una señal de que todo estaba bien; ni siquiera sabía cómo se llamaba. Mecí los pedales de timón a la izquierda, a la derecha, a la izquierda: "Vamos, avión de remolque."
Como un lanzamiento en catapulta, pero en cámara lenta. Mucha agitación, muchos rugidos del avión de remolque, allá adelante, con su cable. Nos arrastramos hacia adelante por unos cuantos metros. Vamos tomando más y más velocidad. La velocidad da potencia a los alerones, al timón de ala, a los elevadores; ahora nos elevamos treinta centímetros del suelo y esperamos; la pista se borronea abajo, mientras el avión de remolque concluye con su despegue y empieza a ascender.
Anoche cometí un error espectacular al decir lo que dije, al dejarla ir. ¿Es demasiado tarde para pedirle que regrese?
Cinco minutos después, un ascenso en el cabo del cable, una picada para aflojar la tensión. Tiro de la manivela para liberarme fácilmente.
Hay una buena corriente cálida cerca del aeropuerto, y está llena de veleros. El primero en despegar la busca; el resto de nosotros, como conejos, lo seguimos en un gran remolino de esbelta fibra de vidrio, una mordaza de planea-dores que giran y giran, cada vez más alto, en el aire cálido que asciende.
¡Cuidado, Richard, mira a tu alrededor! Entra a la corriente por el fondo, girando en la misma dirección que los demás. Una colisión en medio del aire, como dicen algunos, te puede arruinar el día.
Con tanto como he volado y todavía me pongo nervioso, me sobresalto como un pato cuando planeo en un espacio tan pequeño con tantos aviones.
Giro cerrado. Giro rápido. Capto el centro de la corriente, que es como un ascensor acelerado hacia arriba... Ciento cincuenta metros por minuto, doscientos, doscientos setenta. No es la mejor corriente cálida de Arizona, pero bastante buena, para el primer ascenso del día.
¿Atendería ella el teléfono si yo la llamara? Y en ese caso, ¿qué podría decirle?
¡Leslie, lo siento muchísimo?
¿ Volvamos a donde estábamos?
Ya he dicho todo eso, ya gasté él lo siento.
Frente a mí en la corriente cálida, hay un AS-W 19, espejo de mi propio velero; en el ala y en la cola tiene pintado el número para la carrera: CZ. Más abajo, otros tres planeadores entran juntos a la corriente; por arriba hay diez o doce, por lo menos. Mirar hacia arriba es como mirar por el ojo de un ciclón que acabara de pasar por una fábrica de aviones, un arremolinado sueño de esculturas voladoras silenciosas.
¿Acaso yo quería alejarla? Eso de quiero-estar-solo, ¡no era una píldora que yo sabía imposible de tragar para ella? ¿No fue una forma cobarde de renunciar? ¿Es posible que dos almas gemelas se encuentren y se separen para siempre?
Muy gradualmente, subo pasando a CZ en la corriente, señal de que estoy piloteando bien, a pesar del cansancio. Nuestra carrera es un triángulo de doscientos treinta kilómetros por sobre la feroz parrilla de desolación que es el desierto.

http://biblioteca.d2g.com/

Allá abajo parece esperar la muerte, pero se puede mantener un velero arriba toda la tarde, a gran velocidad.
¡Atención, Richard! Y pon cuidado. Por encima de mí vuela un Libelle; después un Cirrus y un Schweizer 1-35. Puedo pasar al Schweizer, tal vez al Cirrus también, pero al Libelle no. No pasará mucho tiempo antes de que lleguemos a la cima y tomemos el curso; entonces no estaremos tan apretados.
¿Y después? ¡El resto de mi vida solo, corriendo carreras de aviación a vela? ¿Cómo hace un retraído experimentado para huir del estar sin la mujer que estaba destinado a encontrar? ¡Leslie, lo siento mucho!
Sin previo aviso, un estroboscopio brillante como el sol dispara contra mis ojos. Un relámpago, una llovizna de plexiglás volador, la cabina que vibra intensamente hacia el costado, un estallido de viento contra la cara, luz roja intensa.
Me veo lanzado contra el arnés, luego aplastado contra el asiento. La fuerza de gravedad trata de arrojarme, después trata de aplanarme.
La cabina da tumbos como esquirla de metralla. El tiempo se arrastra.
¡Richard, te han golpeado! No queda mucho de tu avión, y si quieres vivir debes salir de esto y tirar de un cordón.
Siento que la ruina da tumbos, se desgarra, rueda a mayor velocidad.
En una niebla roja hay un cielo que se arremolina hacia las rocas que se arremolinan hacia el cielo. Trozos de un ala en una nube desgarrada, harapienta, a mí alrededor. Cielo-tierra-cielo... Parece que no puedo alcanzar la hebilla del cinturón de seguridad.

*No ha mejorado mucho con la experiencia. Lento para evaluar problemas.*

¡Oh, qué tal, amigo! Dame una mano, ¿quieres? Van a decir que quedé atrapado entre los restos. No estoy atrapado; es que la gravedad es tanta... No puedo...

Dice "no puedo" por "no quiero". Quiero... tirar de ese cordón...

En los últimos segundos escucha al observador.
Curioso fin para una vida.

¡AHI ESTA!

En el momento en que tiro del cordón, la cabina desaparece. Tomo el cordón del para-caídas, tiro de él, giro y veo la tierra antes de que el paracaídas se abra. Demasiado tarde. Wook, lo siento. Lo...

negro

En el suelo de la casa rodante, mis ojos se abrieron a la oscuridad con un parpadeo.
—Leslie...
Estaba tendido en el suelo, respirando profundamente, con la cara mojada por las lágrimas. Ella seguía en el sofá.

http://biblioteca.d2g.com/

— ¿Te sientes bien? —preguntó—. Wookie, ¿te sientes bien?
Me levanté del suelo, me acurruqué lo más cerca de ella que pude, la estreché con fuerza.
—No quiero dejarte, pequeña wookie. No quiero dejarte jamás —le dije—. Te amo.
Por ella corrió un levísimo estremecimiento, en la noche, un instante de silencio que pareció eterno.
— ¿Me qué? —preguntó.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 34

A eso de las dos de la mañana, olvidada la discordia, entrelazados en nuestra cama, en medio de una charla sobre flores, inventos, sobre lo perfecta que podía ser la vida para nosotros, suspiré.

— ¿Recuerdas mi vieja definición? —dije—. ¿Un alma gemela es alguien que satisface todas nuestras necesidades constantemente?

—Sí.

—Entonces creo que no somos almas gemelas.

—¿Por qué?

—Yo no tengo necesidad de discutir —dije—. No tengo necesidad de pelear.

— ¿Cómo sabes? —observó ella, suavemente—. ¿Cómo sabes que no es el único modo de hacerte llegar algunas lecciones? Si no necesitaras pelear para aprender, no crearías tantos problemas. A veces no te entiendo hasta que te enojas. ¿No hay para ti veces en que no comprendes lo que quiero decir hasta que grito? ¿Hay alguna regla que nos prohíba aprender sino con besos y dulces palabras?

Parpadeé, sobresaltado.

—Yo pensaba que con un alma gemela todo instante debía ser perfecto. Entonces ¿cómo pueden pelear las almas gemelas? ¿Quieres decir, wookie, que sí es perfecto? ¿Qué aun cuando chocamos hay magia? ¿Porque el choque materializa entre nosotros una comprensión que antes no existía?

—Ah —dijo ella, en la dorada oscuridad—, vivir con un filósofo...

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 35

Al día siguiente, la hora de nuestro lanzamiento para la carrera hizo que me tocara el vigésimo tercer velero alineado para el despegue, el penúltimo. Con el lastre de agua en las alas, el equipo de supervivencia a bordo, y todo bien revisado. Leslie me entregó mapas y códigos de radio, me deseó buena suerte con un beso, bajó la cabina transparente. Yo la trabé desde adentro. Me recosté en el asiento anatómico, verifiqué los controles de vuelo, le indiqué con una señal que todo estaba bien, le tiré un último beso y mecí los pedales de timón de un lado a otro. "Vamos, avión de remolque, vamos."

Todos los lanzamientos son distintos, pero todos son el mismo lanzamiento en catapulta, si bien en cámara lenta. Mucha agitación, muchos rugidos del avión de remolque, allá adelante, con su cable. Nos arrastramos hacia adelante por unos cuantos metros. Vamos tomando más y más velocidad. La velocidad da potencia a los alerones, al timón de ala, a los elevadores; ahora nos elevamos treinta centímetros del suelo y esperamos, mientras el avión de remolque concluye su despegue y empieza a ascender.

Leslie había estado traviesa, esa mañana; me refrescaba generosamente con agua helada en el momento menos esperado. Estaba feliz, y yo también. ¡Qué error espectacular habría sido insistir en dejarla!

Cinco minutos después, un ascenso en el cabo del cable, una picada para aflojar la tensión, y tiré de la manivela para liberarme fácilmente.

Había una buena corriente cálida cerca del aeropuerto, y estaba llena de veleros. Me estremecí en la cabina calurosa. Era un ciclón de veleros. Pero yo quedaba casi último y no podía pasarme todo el día buscando ascenso. Me mostré tímido con la palanca de mandos, cuidadoso. Mira a tu alrededor, pensé, ¡vigila!

Giro cerrado. Giro rápido. Capté el centro de la corriente, que es como un ascensor acelerado hacia arriba... Ciento cincuenta metros por minuto, doscientos, doscientos setenta. Mira alrededor.

Me dolía el cuello de girarlo todo a la izquierda, todo a la derecha, mirando, contando. Un Schweizer se deslizó por debajo de mí, en un giro cerrado.

Ella tiene razón. Es cierto que yo creo los problemas. Tenemos nuestros malos ratos, pero ¿acaso no los tiene todo el mundo? Los ratos buenos son gloriosos, son ... ¡CUIDADO!

El Cirrus de más arriba cerró demasiado su giro y cayó nueve o diez metros hacia mí; su ala era una cuchilla gigantesca lanzada hacia mi cabeza. Clavé la palanca hacia adelante, acá. Al mismo tiempo esquivé el planeador que venía abajo.

—Si quieres volar así —jadeé—, ¡te dejo lugar de sobra!

Volví a entrar en el ciclón, busqué el centro de aquel cilindro de ochocientos metros, formado por veleros en ascenso. No son muchos, pensé, los pilotos que pueden ver algo así.

Mientras miraba, un movimiento extraño, hacia arriba. Era un planeador bajando ¡en barrena! por el centro del cilindro. Lo vi y no pude creerlo. ¡Qué estúpido y peligroso, picar en barrena entre tantos aviones.

https://biblioteca.d2g.com/

Entorné los ojos contra el sol. El planeador no picaba por divertirse, sino porque había perdido un ala.
¡Mira! ¡No es uno solo el que pica, sino dos! Dos aviones a los tumbos, fuera de control, cayendo directamente hacia mi cabina.
Manoteé la palanca hacia la izquierda, pisé a fondo el timón izquierdo y salí disparado de allí abajo.
Arriba, detrás de mi ala derecha, los dos aviones rotos giraban y daban tumbos. Atrás, como una estela, flotaba una nube de fragmentos quebrados, como perezosas hojas otoñales que cayeran en remolino.
La radio, que había sido silenciosa estática, por varios minutos, gritó:
— ¡ Un CHOQUE ! ¡ Choque en el aire !
—¡ARROJENSE! ¡ARROJENSE!
¿De qué puede servir, pensé, indicarles por radio que se arrojen? Cuando a uno se le ha hecho pedazos el avión, ¿no se le viene inmediatamente a la cabeza usar el paracaídas?
Uno de los fragmentos que daban tumbos en medio de la nube era el cuerpo de un hombre. Cayó por largo rato; después, el nylon corrió tras él, al viento. Estaba vivo; había tirado del cordón. ¡Bien hecho, amigo!
El paracaídas se abrió y derivó sin ruido hacia las rocas.
—¡Hay dos paracaídas! —dijo la radio—. Control de Tierra, ¡hay dos paracaídas! Bajan cuatro kilómetros y medio hacia el norte. ¿Pueden enviar un jeep desde allí?
Yo no llegaba a ver el otro paracaídas. El que estaba viendo se desplomó al tocar tierra el piloto.
Aún aleteaban los pedazos de los planeadores deshechos; una parte, con media ala sujeta, giraba en cámara lenta sin cesar.
Yo nunca había presenciado una colisión en el aire. A la distancia, todo era suave y silencioso. Podría haber sido un deporte nuevo inventado por un piloto aburrido, de no ser por los harapos de avión que descendían, centelleando. Ningún piloto inventaría un deporte que hiciera harapos de un avión, sólo por divertirse.
La radio crepitó:
—¿Alguien tiene los pilotos a la vista?
—Afirmativo. Tengo a ambos a la vista.
— ¿Cómo están? ¿Puede ver si están bien?
—Sí. Los dos están bien, me parece. Ambos en tierra, agitando los brazos.
—¡ Gracias a Dios!
—Bueno, machos, a ver si damos muestras de vida, aquí arriba. Tenemos un montón de aviones en un espacio pequeño...
Cuatro de los pilotos que participan en esta carrera, pensé, son mujeres. ¿Qué sentirán, mientras están volando, cuando les dicen "machos"?
De pronto quedé helado, a pesar del calor. ¡Yo vi todo eso ayer! ¿Qué posibilidades caben de...? ¡El único choque en el aire que he visto jamás se produce al día siguiente de verlo yo por anticipado, tendido en el suelo de la casa rodante!
No, no lo había visto. ¡Había sido yo quien cayera, golpeado por el ala! Podría haber sido yo quien estuviera allá abajo, en el desierto, y no con tanta suerte como los dos que

http://biblioteca.d2g.com/

estaban subiendo al jeep, con una excitante aventura para contar.
Si Leslie me hubiera abandonado, la noche anterior, yo habría estado hoy cansado y triste antes de la carrera. Pude haber sido yo.
Tomé mi curso, en un cielo extrañamente desierto. Una vez que comienzan, los veleros de certamen no permanecen mucho tiempo agrupados, si los primeros pueden evitarlo.
El morro hacia abajo, mi silencioso planeador se lanzó a toda velocidad hacia un risco montañoso. Con las rocas muy cerca, allá abajo, irrumpimos en otra corriente cálida y subimos en cerrada espiral.
La visión, pensé, ¿me había salvado?
Ahora estoy protegido, por un motivo.
Al tomar la decisión de amar, ¿había elegido la vida en vez de la muerte?

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 36

Estaba enroscada en la arena, sobre el sendero para el jeep, enroscada y lista para atacar a la pick-up que avanzaba a los tumbos, a quince kilómetros por hora. Detuve la camioneta en seco y busqué el micrófono de la radio.
—Hola, wook, ¿me oyes?
Hubo un momento de silencio; luego respondió ella, desde la radio de la casa rodante.
—Sí. ¿Por qué te detuviste?
—Tengo una víbora cerrándome el paso. ¿Puedes buscar el libro de las víboras? Te daré una descripción.
—Un momento, tesoro.
Avancé un poco más con la camioneta, hasta tener la bestia a un costado. Lamía el aire con su lengua negra, fruncido el ceño. Cuando aceleré el motor hizo sonar los cascabeles de su cola, con un siseo de calabaza seca: Te lo advierto...
¡Qué víbora valiente! Si yo tuviera tanto coraje, me enfrentaría a puño limpio contra un tanque de tres manzanas de altura y seis de ancho, frunciendo el ceño: No avances, te lo advierto...
—Ya tengo el libro de las serpientes —dijo ella, por radio—. Ten cuidado, ¿quieres? Quédate adentro y no abras la puerta, ¿eh?
Sí, eso, dijo la serpiente. Préstale atención y ten cuidado. Este desierto es mío. Si te metes conmigo voy a matar a tu camioneta. No tengo interés en hacerlo, pero si me obligas no tendré más remedio. Los ojos amarillos me miraban sin parpadear; la lengua volvió a degustar el aire.
Leslie no podía contener su curiosidad.
—Quiero ir a ver.
— ¡No! Mejor te quedas ahí. Podría haber todo un nido de éstas en la arena. ¿Entiendes?
Silencio.
—¿Leslie?
Silencio.
Por el espejo retrovisor vi que una silueta bajaba de la casa rodante y caminaba hacia mí. Lo que no se consigue con las relaciones modernas entre hombre y mujer es obediencia, pensé.
—Disculpe —dije a la víbora—. Enseguida volvemos. Retrocedí por la ruta y me detuve a recogerla. Ella subió por el costado derecho, con los libros: Guía práctica sobre reptiles y anfibios norteamericanos, y Guía del naturalista en la sierra: el desierto del sudeste.
— ¿Dónde está la víbora?
—Esperándonos —dije—. Ahora bien, quiero que te quedes adentro. Nada de asomarte, ¿entiendes?
—Yo no me asomaré si tú tampoco lo haces.
Había aventuras en el aire.
La serpiente no se había movido; detuvo a la camioneta con un siseo.
¿Otra vez aquí? Bueno, de aquí no van a pasar, ni un centímetro más que antes.

https://biblioteca.d2g.com/

Leslie se inclinó hacia mí para mirar.
— ¡Hola! —exclamó, alegre y vivaz—. ¡Hola, viborita! ¿Cómo te va?
No hubo respuesta. ¿Qué se puede decir cuando una fea y dura cascabel del desierto y una dulce voz de niñita te hacen semejante pregunta? "¿Cómo te va?" No se sabe qué decir. Se parpadea, pero nada más.
Leslie se reclinó en el asiento y abrió el primer libro. — ¿De qué color dirías que es?
—Bueno —dije—, el muchacho es de color verde arena, oliváceo claro y opaco. Óvalos negros en el lomo, oliváceo más oscuro dentro de esos óvalos, casi blanco por fuera. Tiene cabeza triangular, ancha y plana, hocico corto. Corrían las páginas.
-¡Caramba, qué tipos feos hay por aquí! ¿De qué tamaño es la muchacha?
Sonreí. En cuanto uno de nosotros se pone sexista, en estos días, el otro corrige, con sutileza o no, según haga falta. Ella estaba usando las sutilezas.
—No es pequeña —respondí—. Si estuviera estirada... ¿un metro veinte, puede ser?
—¿Dirías que tiene marcas ovales que tienden a estrecharse en bandas cruzadas no llamativas, cerca de la cola?
—Más o menos. No. En la cola tiene bandas negras y blancas. Las negras son estrechas, las blancas anchas.
La víbora se desenroscó y fue hacia las malezas, al costado de la ruta. Toqué el acelerador para que el motor hiciera más ruido; de. Inmediato volvió a enroscarse, con los ojos centelleantes y la cola borroneada. ¡Te lo advertí, no era broma! ¡Si quieres que mate a tu camioneta, lo vas a conseguir! Hazte a un lado, retrocede o ya verás...
—¿Escamas parejas, en veinticinco hileras? —preguntó Leslie—. ¡Ah! ¡Anillos blancos y negros alrededor de la cola! A ver esto: Franja blanca detrás de los ojos, extendida hacia atrás por sobre el ángulo de la boca.
¿Ves la banda clara detrás de los ojos?, dijo la víbora. ¿Hace falta que te diga algo más? Deja las manos a la vista y retrocede lentamente...
— ¡Tienes razón! —exclamé—. ¡Es ésa! ¿Cómo se llama?
—Cascabel Mojave —leyó Leslie—. Crotalus scutellatus. ¿Ves la ilustración?
La víbora de la fotografía no sonreía.
Ella abrió la Guía del naturalista y volvió las páginas.
—El doctor Lowe afirma que la mojave tiene un veneno único, con elementos neurotóxicos, para el que no se ha hallado ningún antídoto específico, y que la picadura de la mojave es, potencialmente, mucho más grave que la de una víbora diamante occidental, especie con la que a veces suele confundírsela.
Silencio. Como no había víboras diamante occidentales cerca, esa víbora no estaba confundida.
Nos miramos mutuamente, Leslie y yo.
—Sería mejor que nos quedáramos en la camioneta —observó ella.
—En realidad, no tengo muchas ganas de salir, si eso es lo que te preocupa.
Sí, siseó la mojave, orgullosa y fiera. Piensen bien lo que van a hacer.
Leslie volvió a espiar.
—¿Qué hace?
—Me está recomendando que pensemos bien lo que vamos a hacer.
Al cabo de un rato, la serpiente se desenrolló, mirándonos a los ojos, lista para captar

https://biblioteca.d2g.com/

cualquier triquiñuela nuestra. No hubo ninguna.
Si me picara, pensé, ¿moriría? Claro que no. Podría bajara escudos psíquicos, convertir el veneno en agua o en refresco, no dar poder al sistema mundial de creencias según el cual las serpientes matan. Podría hacerlo, pensé, pero no hay necesidad de ponerme a prueba.
Observamos la serpiente, admirándola.
Sí, suspiré para mis adentros. Había sentido esa respuesta previsible, estúpida y aburrida: mátala. ¿Y si entra en la casa rodante y empieza a picar a todo el mundo? Mejor toma una pala y aplástala ahora mismo, antes de que pase algo así es la serpiente más mortífera del desierto saca el arma y hazla volar antes de que mate a Leslie.
Oh, Richard, es una desilusión que una parte de ti piense tan feo, tan cruel. Matar. ¿Cuándo avanzarás hasta un nivel donde no tengas miedo a algo?
¡Me estoy acusando injustamente! Ese pensamiento asesino fue una sugerencia demente, ignorante, asustada y perdida. No soy responsable de las sugerencias, sólo de las acciones, mi elección definitiva. Mi elección definitiva es conceder valor a esta víbora. Es una expresión de la vida, tan auténtica y tan falsa como esta otra, que se ve a sí misma como criatura bípeda, semiviolenta, aprehensiva, capaz de usar herramientas y manejar camionetas. En ese momento habría blandido una pala contra cualquiera que sé hubiera atrevido a atacar a nuestra valiente Cascabel Mojave.
—Vamos a ponerle un poco de música en la radio. —Leslie tocó el botón, encontró una estación que transmitía música clásica en medio de algo rachmaninousquiano y dio todo el volumen, explicando: —PARECE QUE LAS VIBORAS NO OYEN MUY BIEN.
Al cabo de un momento, la cascabel se ablandó, sólo quedaba una vuelta de la muralla enroscada. A los pocos minutos nos lanzó un último lengüetazo. Bien. Han aprobado el examen. Felicitaciones. Esa música está a demasiado volumen.
—¡Se va, wook! ¿Ves?
Adiós.
Allá iba, como líquido, la señorita C. M. Víbora, reverberante suavidad, hasta desaparecer entre los pastos.
—¡ Adiós! —exclamó Leslie, agitando la mano, casi con tristeza.
Solté el freno y retrocedí otra vez hasta la casa rodante, para desembarcar a mi querida pasajera con sus libros sobre serpientes.
—¿Qué te parece? —dije—. ¿Habremos imaginado todo lo que dijo? ¿Pudo haber sido un espíritu de paso, que tomó la forma de una víbora por una hora, para averiguar qué dominio teníamos sobre nuestro miedo, para matar o no matar? Un ángel con disfraz de víbora, allí en la ruta, examinándonos.
—No te diré que no —dijo Leslie—. Pero por las dudas, desde ahora en adelante haremos mucho ruido antes de salir de la casa rodante, para no tomarla por sorpresa, ¿de acuerdo?

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 37

Cambiemos nuestro pensamiento y el mundo a nuestro alrededor cambia también. Arizona, en el verano, era un poco demasiado calurosa para nosotros; era hora de buscar otro paisaje. ¿Algo más al norte, más fresco? ¿Qué tal Nevada, llevar la casita rodante y el planeador a Nevada?

Era más fresco, sin duda, en vez de cuarenta y cinco grados en el exterior, hacía cuarenta y tres. En vez de montañas pequeñas en el horizonte, las había grandes.

Se descompuso el generador de la casa rodante. Tres días de solucionar problemas, de remendar cosas, y volvió a funcionar. En cuanto el generador quedó arreglado, se descompusieron las bombas de agua. Por suerte, la perspectiva de vivir sin agua rodeados por varias hectáreas de arena y huesos de ganado nos ayudó a reconstruir las bombas con cartón y una navaja de bolsillo.

Al volver de un viaje de noventa kilómetros para traer agua y la correspondencia, Leslie, en la cocina, leyó en voz alta la carta recibida de Los Ángeles. Al vivir en el desierto, nuestros sentidos habían cambiado. Megalópolis se había convertido en algo tan irreal que nos costaba imaginarla aún en su sitio, imaginar que la gente aún vivía en ciudades. La carta nos lo recordó.

—"Estimado Richard: Lamento decirle que la Dirección de Réditos ha rechazado su propuesta y exige el pago de un millón de dólares inmediatamente. Como usted sabe, tiene orden de embargo sobre todas sus propiedades y el derecho legal de apoderarse de ellas cuando quiera. Sugiero que nos reunamos cuanto antes. Since. ramente, John Marquart."

—¿Por qué rechazaron la propuesta? —inquirí—¡Quería pagarles todo!

—Habrá un malentendido en alguna parte —aseguró Leslie—. Será mejor averiguar de qué se trata.

Cruzamos el desierto hasta una gasolinera que tenía teléfono público y acordamos una entrevista para las nueve de la mañana siguiente. Después de arrojar algunas ropas dentro del Meyers, volamos como un rayo y aterrizamos en Los Ángeles al ponerse el sol.

—El problema no está en la propuesta —dijo Marquart, a la mañana siguiente-. El problema está en que usted es famoso.

— ¿Qué? ¿Cómo?

—Le va a costar creer esto. Yo nunca lo había oído hasta ahora. En la actualidad, por política, la Dirección de Réditos no acepta propuestas de compromiso a gente famosa.

—¿Pero... de dónde sacan que soy famoso?

Hizo girar su sillón.

—Yo también pregunté eso. El representante me dijo que caminó por un pasillo, ante su oficina, y preguntó a la gente, al azar, si habían oído hablar de Richard Bach. La mayoría contestó que sí.

Total silencio en la habitación. Yo no podía creer en lo que estaba oyendo.

—A ver si he comprendido bien —dijo Leslie, por fin—. La Dirección de Réditos no acepta la propuesta de Richard; porque cierta gente en un pasillo lo conoce de nombre, ¿Está hablando en serio?

https://biblioteca.d2g.com/

El abogado extendió las manos, imposibilitado de cambiar lo ocurrido.
—Sólo aceptarán un único pago en efectivo. Nada de plazos para las personas famosas.
—Si el fuera José Comerciante le aceptarían la propuesta —observó ella—, pero como es Richard Bach, no.
—En efecto —confirmó él.
— ¡Pero ésa es una medida discriminatoria!
—Se podría alegar eso en tribunales. Probablemente ganarían. Dentro de diez años.
— ¡Vamos! -dije—. ¿Quién es el jefe de ese tipo? Tiene que haber alguien que...
—El tipo que está a cargo de su caso en este momento es el jefe. Es el que redactó la regla de los Famosos.
Miré a Leslie.
— ¿Y ahora qué podemos hacer? —preguntó ella a Marquart—. Richard tiene todo ese dinero para pagar el anticipo. ¡Hemos vendido casi todo lo que poseía para reunirlo! Hoy mismo podría librarles un cheque que cubriera casi la mitad, si lo aceptaran sin embargar lo que resta. Creo que podría pagar el resto en un año, sobre todo si logra volver a trabajar. Pero no puede avanzar con el filme, ni siquiera puede escribir, si esa gente está operando para lanzarse sobre su escritorio y arrebatarle el trabajo.
De mi resentimiento surgió una idea.
—Otro representante —dije—. ¿Sin duda habrá un modo de hacer transferir este caso a otro representante?
Él revolvió los papeles de su escritorio.
—Veamos. Ya pasaron siete representantes: los señores Matton, Parasit, Nostá, Sadik, Chupasang, Nopuedo y Behstia. Ninguno de ellos quiere cargar con la responsabilidad, ninguno de ellos quiere encargarse.
A Leslie se le acabó la paciencia.
—¿Están todos locos? ¿No quieren el dinero? ¿Entienden, acaso, que este hombre está tratando de pagarles, no de huir o de hacer trato por la tercera parte de la deuda? ¡Está tratando de pagarles todo! ¡QUE CLASE DE ESTUPIDOS SON ESOS MALDITOS!
Acabó chillando, con los ojos llenos de lágrimas de frustración.
Marquart permanecía tan tranquilo como si hubiera representado varias veces esa escena.
—Leslie, ¿Leslie? ¡Leslie! Escuche. Es importante que ustedes entiendan esto. La Dirección de Réditos está compuesta por algunas de las personas menos inteligentes, más asustadas, crueles y vengativas que jamás sé ocultaron tras un escritorio oficial. Yo lo sé. Trabajé tres años allí. Todos los abogados jóvenes que van a especializarse en impuestos trabajan primero para el gobierno, a fin de conocer al enemigo. Si no se ha trabajado para la Dirección de Réditos, no se puede trabajar muy bien como abogado de impuestos, porque uno no puede creer lo que le pasa.
Sentí que me ponía pálido, mientras él proseguía.
—La Dirección de Réditos, a menos que piense que usted va a escapar del país, no contesta cartas ni llamadas telefónicas. Tardamos meses en poder comunicarnos. Nadie quiere hacerse responsable de un asunto que involucre esta suma. Si cometen un error, el periodismo los critica: " ¡Ustedes expulsan de su casucha a una pobre ancianita, pero a Richard Bach lo dejan pagar en cuotas!"
—Entonces, ¿por qué no embargan ahora mismo? ¿Por qué no se quedan con todo?

http://biblioteca.d2g.com/

—Eso también podría ser un error: "Richard Bach ofreció pagarlo todo, si se lo permitían, pero ustedes embargaron y su propiedad no vale ni la mitad de lo que hubieran podido cobrar..." ¿Comprende? ¿No es mucho mejor no tomar ninguna decisión antes que una decisión inadecuada? Por eso pasamos por tantos representantes —continuó—. Cada uno arroja la patata caliente al aire, esperando que lo transfieran o que venga otro antes de que ellos tengan que atajarla otra vez.
—Pero en el puesto más alto —propuso Leslie—, el director de la zona, ¿si acudiéramos a él?
Marquart asintió.
—En otro tiempo trabajé con él. Lo primero que hice fue llamarlo y, finalmente, logré comunicarme. Dice que no habrá excepciones; tienen que ascender por el escalafón ordenadamente. Hay que tratar con el representante designado, y después con el otro y el que siga.
Leslie atacó el problema como si fuera una posición de ajedrez.
—No aceptan la propuesta de Richard, pero él no puede pagar un millón de dólares de inmediato. Si embargan, no puede trabajar. Si no se deciden, tampoco puede trabajar, porque podrían embargar mañana mismo y todo su trabajo se perdería. Si no puede trabajar, no gana dinero para pagarles el resto. ¡Hace casi un año que vivimos en el limbo! ¿Esto se va a estirar hasta el fin del mundo?
Por primera vez desde que nos reuniéramos, el abogado se iluminó.
—En cierto modo, el tiempo está de parte de Richard. Si este caso se prolonga por tres años sin que haya resolución, él puede disolver la deuda en quiebra.
Me sentí como si estuviéramos tomando el té con el Sombrerero Loco.
—¡Pero si yo quiebro ellos no van a cobrar! ¿No se dan cuenta?
—Claro que sí. Pero creo que prefieren esperar hasta que usted se presente en quiebra.
—¿POR QUE? —dije—. ¿Qué clase de locura...? Si me dejaran pagar a plazos cobrarían un millón de dólares.
Me miró con tristeza.
—Usted sigue olvidándose, Richard. Si usted se presenta en quiebra la decisión no correrá por cuenta de la Dirección de Réditos, sino por su cuenta. ¡Nadie podrá echarle la culpa al gobierno! Nadie se ve obligado a tomar la responsabilidad. No se critica a nadie. La deuda quedará legalmente anulada. Hasta entonces, las cosas no están tan mal. A menos que se decidan, puede gastar todo su dinero. ¿Por qué no hace un viaje por todo el mundo, hospedándose en los mejores hoteles, y me llama de vez en cuando desde París, Roma, Tokio?
—¿Tres años? —dijo Leslie—. ¿Quiebra? —Me miró con ojos llenos de compasión hacia ambos. Luego tomó una decisión. — ¡No! ¡No será así! ¡Vamos a arreglar esto! —Le llameaban los ojos. —Famoso o no, presente otra propuesta. Debe ser tan buena que no puedan rechazarla. ¡Y por el amor de Dios, busque a alguien que tenga el coraje de aceptarla!
Marquart suspiró que no era cuestión de propuestas, pero aceptó hacer el intento.
Se llamó a un contador y a otros abogados para una consulta. Nuevas columnas desfilaron por las calculadoras, nuevos papeles se deslizaron por el escritorio, hubo planes propuestos y planes arrojados al cesto, nuevas entrevistas fijadas para el día siguiente,

http://biblioteca.d2g.com/

según buscábamos una propuesta tan libre de riesgos que el gobierno no pudiera rechazarla.

Mientras ellos trabajaban, yo miraba el cielo, por la ventana. Como el piloto de un avión baldado, estaba seguro de estrellarme, pero no tenía miedo. Saldríamos de ésa comenzaríamos de nuevo. Sería un alivio terminar de una vez.

—¿Recuerdas a la Cascabel Mojave? —preguntó Leslie, cuando se levantó la reunión, mientras descendíamos en el ascensor hasta el área de estacionamiento.

—Claro. Croandelphilis Scootamorphulus. No hay antídoto conocido para su veneno —dije—. Claro que me acuerdo. Una serpiente valerosa.

—Una se da cuenta, después de pasar un día como éste, tratando de entenderse con esos idiotas de la Dirección de Réditos, lo estupendo que es sentarse en el desierto y tratar con una franca, honrada y directa serpiente de cascabel.

Volamos de regreso a Nevada, exhaustos; por fin llegamos al desierto y encontramos la casa rodante saqueada: la puerta violada, las bibliotecas limpias, los cajones vacíos. Todo cuanto teníamos en nuestra pequeña casa-sobre-ruedas había desaparecido.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 38

Leslie quedó aturdida. Lo recorrió todo, buscando las herramientas amigas con las que habíamos vivido, sus queridas compañeras, como si súbitamente pudieran aparecer en sus sitios. Libros, ropas, cucharas de madera que, para ella, eran el hogar, hasta sus cepillos para el pelo: todo había desaparecido.

—No te preocupes, wook —la tranquilicé—. Son sólo cosas las que hemos perdido. Mientras la Dirección de Réditos no se decida, tenemos mucho dinero para gastar. Con un solo viaje a la ciudad compraremos todo otra vez.

Apenas me oyó. Levantó la vista del cajón vacío.

—Richard, se llevaron hasta nuestro ovillo de cordel...

Intenté, desesperadamente, consolarla.

—¡Y nosotros, que nos creíamos los últimos recolectores de cordel del mundo entero! Piensa lo feliz que hemos hecho a alguien. ¡Todo un ovillo de cordel, se llevaron! ¡Y cucharas de madera quemadas! ¡Y platos astillados!

—Nuestros platos no estaban astillados —corrigió ella—; los compramos juntos, ¿no te acuerdas?

—Y bueno, compraremos otros. ¿No te gustaría que esta vez tuviéramos unos de cerámica, anaranjados y amarillos? Y las tazas, que sean más grandes. Podemos enloquecer en la librería. Y necesitamos ropa nueva.

—No es por las cosas, Richie, sino por lo que esas cosas significaban. ¿No te duele que un extraño entre en tu casa y te quite significados de la vida?

—Duele sólo si dejamos que duela —dije—. Por el momento, es poco lo que se puede hacer; ya pasó, está echo, y cuanto antes lo dejemos atrás, mejor. Si sirviera de algo sentirse mal al respecto, me sentiría mal. Pero lo que sirve es pensar en otra cosa, comprar lo que necesitemos y poner un poco de tiempo entre nosotros y el día de hoy. Aunque se hubieran llevado toda la casa rodante, ¿qué importa? Los que importamos somos nosotros, ¿verdad? Es mejor estar juntos en un desierto, pero felices, que separados en palacios llenos de platos y ovillos de cordel.

Ella se enjugó una lágrima.

—Oh, tienes razón —reconoció—. Pero creo que estoy cambiando. Yo solía decir que, si alguien entraba en mi casa, podría robar lo que quisiera, que yo jamás correría el riesgo de herir a alguien sólo por proteger mis propiedades o mi persona. Pero aquí se terminó. Me asaltaron tres veces, anteriormente, y hoy nos han asaltado a los dos. Acabo de decidir que no voy a soportar un solo asalto más. Si vamos a vivir en el páramo, no es justo que seas tú solo quien nos proteja. Voy a colaborar. ¡Pienso comprar un arma!

Dos días después había un miedo menos en su vida. De buenas a primeras ella, que no soportaba ver un revólver, estaba cargando armas de fuego con la facilidad de un patrullero del desierto.

Practicaba con diligencia, hora tras hora. El desierto resonaba como si fuera la última batalla por El Alamein. Yo arrojaba latas entre la maleza y ella les acertaba una vez de cada cinco, con un revólver Mágnum 357; después, tres veces de cada cinco; finalmente fueron cuatro.

http://biblioteca.d2g.com/

Mientras ella cargaba el fusil Winchester, yo montaba toda una hilera de envases de municiones vacíos en la arena, para que le sirvieran de blanco; después retrocedía para observar, mientras ella apuntaba y apretaba el gatillo. Ahora los disparos apenas le hacían cerrar los ojos; sus blancos desaparecían, uno tras otro, de izquierda a derecha, en siseos y estallidos y broncíneas lloviznas de plomo y arena.
Me costaba comprender qué había pasado en ella como consecuencia del robo.
—No vas a decirme —sugerí— que si alguien entrara a la casa rodante, serías capaz de...
—Si alguien entra en cualquier parte donde yo esté, lo lamentará. Si no quieren recibir un disparo, no les conviene asaltarnos. —Rió al ver la expresión de mi cara. — ¡No me mires así! Tú dices lo mismo, y lo sabes.
—¡No! Yo lo digo de otro modo.
—¿Cómo?
—Yo digo que a nadie le es posible morir. Lo de "No matarás" no es un mandamiento, sino una promesa: "No podrías matar aunque trataras, porque la vida es indestructible. Pero eres libre de creer en la muerte, si insistes." Si tratamos de asaltar la casa de alguien que nos espera con un arma cargada —dije—... Caramba, es como decirle a esa persona que estamos cansados de la apariencia de vida en esta apariencia de planeta, y le estamos pidiendo que nos haga el favor de pasar nuestra conciencia de este nivel a otro diferente, cortesía de una bala en defensa propia. Así lo digo yo. ¿No crees que es cierto?
Ella rió y puso otro cartucho en la cámara de su fusil.
—No sé cuál de nosotros tiene la sangre más fría, Richard, sí tú o yo.
Al decir eso contuvo el aliento, apuntó y oprimió el gatillo. En el desierto, otro envase desapareció con un grito.
Después del asalto, la descompostura del generador y la descompostura de la bomba de agua, después de que se rompió la heladera y se resquebrajó la tubería de gas hasta la cocina, llenando la casita de gas explosivo, vino el demonio de polvo.
Los demonios de polvo son pequeños tornados en el desierto. Vagabundean por allí en el verano; olisquean una duna de arena aquí, una mata de artemisa allá, y las envían a trescientos metros de altura; los demonios de polvo pueden hacer lo que tengan ganas de hacer e ir donde quieran.
Una vez que el generador volvió a funcionar, Leslie terminó de limpiar la casa rodante, guardó la aspirador y echó un vistazo por la ventana.
—¡Wookie, ven a ver qué demonio de polvo tan grande! Me desdoblé desde debajo del calentador de agua, que se negaba a calentarla.
—¡Caramba, ése sí que es grande!
—Dame la cámara, por favor. Quiero sacarle una foto,
—A la cámara nos la robaron —le recordé-. Lo siento. —La cámara pequeña, la nueva, en el estante superior.
¡Rápido, antes de que desaparezca!
Le entregué la cámara y ella sacó una foto desde la ventana de la casita rodante.
— ¡Se está haciendo más grande!
—No es que se haga más grande —le expliqué—. Parece, porque se está acercando.
— ¿Irá a atacarnos?
—Leslie, cuando un demonio de polvo tiene todo el desierto de Nevada para avanzar, las

http://biblioteca.d2g.com/

probabilidades de que ataque esta diminuta casa rodante estacionada en el medio de la nada son, aproximadamente, de varios cientos de miles a uno...
En eso el mundo se estremeció, el sol se apagó, nuestro toldo arrancó sus picas del suelo y estalló, latigueante, contra el techo, la puerta se abrió con un golpe, las ventanas aullaron. La arena, tierra pulverizada como en un derrumbe de minas, entró a bocanadas por nuestro vestíbulo. Las cortinas quedaron rectas en posición horizontal, dentro del cuarto, la casa se meció y alzó vuelo. Era familiar: una caída en avión, pero sin el panorama.
Luego el sol volvió a parpadear, los aullidos cesaron, el toldo cayó en un montón desgarrado, cubriendo el costado del remolque.
—...digamos —jadeé— que las posibilidades... de que nos ataque... son de... ¡dos a una a favor!
A Leslie no le pareció divertido.
— ¡Acabo de barrer, acabo de sacar el polvo de toda la casa!
Si hubiera podido echar mano al cuello de ese tornado le habría enseñado a patalear.
Tal como eran las cosas, el demonio había contado con diez segundos completos para trabajar en la casa rodante, de modo que había metido veinte kilos de arena por las persianas, las ventanas y las puertas. Con esa cantidad de polvo en tan pocos metros cuadrados, bien habríamos podido plantar patatas en la mesa de la cocina.
—Wookie —dijo ella, desolada—, ¿a veces no te da la sensación de que no estamos hechos para vivir aquí? ¿De que es hora de mudarnos?
Dejé la llave inglesa que había aferrado durante la tormenta, con el corazón lleno de cálido asentimiento.
—Eso mismo iba a preguntarte. ¡Estoy harto de vivir en una cajita con ruedas! ¡Ya hace más de un año! ¿No podemos renunciar? ¿No podemos buscar una casa, una casa de verdad, en cualquier parte, que no esté hecha de plástico?
Me miró, extrañada.
—¿Oigo mal, o Richard Bach está hablando de instalarse en una casa permanente?
—Oyes bien.
Despejó un sitio en la arena depositada en la silla y se sentó, en silencio.
—No —dijo—. No quiero entusiasmarme consiguiendo una casa y decorándola, sólo para dejar todo por la mitad si decides que estás inquieto y que el experimento no resultó. Si todavía estás convencido de que nos va a atacar el aburrimiento, tarde o temprano, no ha llegado el momento de tener casa, ¿verdad?
Me quedé pensando.
—No sé.
Leslie creía que estábamos hallando horizontes interiores, fronteras de la mente; sabía que íbamos camino a descubrir placeres que ni ella ni yo podíamos hallar solos. ¿Tenía razón o eran sólo esperanzas?
Hace más de un año que estamos casados, con documentos o sin ellos. ¿Todavía me inclino ante los viejos miedos? ¿Vendí mi biplano y salí en busca de un alma gemela para aprender a tener miedo? ¿No me ha cambiado todo lo qué hicimos juntos, no he aprendido nada?
Ella seguía sentada, inmóvil, pensando sus propios pensamientos.

https://biblioteca.d2g.com/

Recordé los días pasados en Florida, cuando, al inspeccionar mi vida, la había descubierto estancada: montones de dinero, aviones y mujeres, cero de progreso en cuanto a vivir. Ahora no había tanto dinero; quizá dentro de poco no hubiera nada. Los aviones habían sido vendidos. Tenía una mujer, una sola. Y mi vida se estaba moviendo con la velocidad de una lancha de carrera, a tal punto había crecido con ella.

La mutua compañía, nuestra única educación, nuestro único entretenimiento; y nuestra vida conjunta había crecido como las nubes de verano. Pregunta a un hombre y una mujer que pilotean su barco por los océanos: "¿No se aburren? ¿Cómo hacen para pasar el tiempo?" Sonreirán. ¡No alcanzan las horas del año para hacer todo lo necesario!

Lo mismo en nuestro caso. Habíamos tenido deleites; a veces reíamos hasta no poder tenernos en pie; de vez en cuando teníamos miedo, o nos sentíamos tiernos, desesperados, jubilosos, llenos de descubrimientos, apasionados... Aburridos no, ni por un instante.

¡Qué relato se podía sacar de allí! ¡Cuántos hombres y mujeres pasan por los mismos ríos, amenazados por los mismos lugares comunes, los mismos escarpados peligros que nos habían acechado a nosotros! Si esa idea se mantiene, pensé, valdría la pena quitarle la cubierta a la máquina de escribir. Lo que Richard-el-de-años-atrás hubiera querido saber: ¿qué pasa cuando partimos en busca de un alma gemela que no existe y la encontramos?

-Retiro el "no sé", wook —dije, al cabo de un rato—. Claro que sé. Quiero que consigamos una casa donde podamos estar tranquilos y solos, juntos, por mucho tiempo.

Giró hacia mí, una vez más.

—¿Estás hablando de entrega?

—Sí.

Abandonó su silla, se sentó conmigo en los dos centímetros de desierto aposentados en nuestro suelo y me besó con suavidad.

Largo rato después, habló:

— ¿Tienes pensado algún sitio en especial?

Asentí.

—A menos que te opongas enérgicamente, espero que hallemos un sitio con mucho más agua y mucho menos arena.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 39

Hicieron falta tres meses de empaparse en un torrente de catálogos sobre propiedades inmobiliarias, mapas y periódicos de localidades no urbanas. Hicieron falta semanas de volar, mirando hacia abajo desde el Meyers, en busca del lugar perfecto para vivir, por ciudades que se llamaban Dulce Hogar, Campamento Feliz y Rododendro. Por fin llegó el día en que las ventanas del remolque, que hasta entonces sólo enmarcaran matas duras, rocas y la resquebrajada corteza del desierto, dieron a una pradera de colores primaverales y con franjas de flores, escarpados bosques verdes, un río de agua.

El valle de Little Applegate, Oregon. Desde la cima de nuestra colina veíamos a treinta kilómetros a la redonda, y apenas teníamos alguna otra casa a la vista. Casas había, sí, ocultas entre árboles y cuestas, pero nos sentíamos solos y bendecidos por el silencio. Allí construiríamos nuestra casa.

Al principio, una casita pequeña: una sola habitación con buhardilla, en tanto continuaran las negociaciones con la Dirección de Réditos. Más adelante, ya resuelto ese problema, edificaríamos la casa definitiva a un lado y dejaríamos la pequeña como albergue para huéspedes.

La Dirección de Réditos gruñía para sus adentros, tratando de desentrañar mi nueva propuesta, mientras los meses se convertían en años. Aquella propuesta podría haber sido hecha por un niño: no se negaba nada. Me sentía como un turista en país extranjero, desacostumbrado a manejarse con el dinero. Debía una factura, no sabía cómo pagarla, y presentaba cuanto poseía, pidiendo a la Dirección de Réditos que tomara lo que quisiera.

Mi propuesta pasó al escritorio de otro representante de Los Ángeles, quien pidió un estado financiero actualizado. Se lo proporcionamos. Pasaron meses sin que supiéramos nada. El caso fue transferido. La nueva representante pidió un estado financiero actualizado. Sé lo proporcionamos. Pasaron más meses. Otro representante, otro estado financiero. Los representantes pasaban como hojas de un calendario.

En la casa rodante, Leslie levantó tristemente la vista del último pedido de estado financiero actualizado. Oí la misma vocecita que escuchara por larga distancia, desde Madrid, dos años y medio antes.

—Oh, Richie, si te hubiera conocido antes de que te metieras en este embrollo... Esto no hubiera pasado.

—Nos conocimos lo antes que fue posible —dije—. Antes que eso, tú lo sabes, yo te habría aniquilado, habría huido o tú no hubieras tenido la paciencia necesaria; te hubieras ido y con buenos motivos. No habría resultado; yo tenía que aprender a manejarme con ese embrollo. No lo volvería a hacer, pero ya no soy esa persona.

—Gracias al Hacedor —dijo ella—. Bueno, ahora estoy aquí. Si sobrevivimos a esto, te prometo que nuestro futuro no se va a parecer en absoluto a tu pasado.

El reloj latía; la Dirección de Réditos no se daba cuenta de que nuestra vida estaba estancada; si se daba cuenta, no le importaba.

Declararse en quiebra, había dicho el abogado. Tal vez la extraña teoría de John Marquart era acertada, después de todo.

No será un lindo final, pensé, pero mejor que estar empantanados, mejor que hacer los

https://biblioteca.d2g.com/

mismos movimientos una y otra vez a lo largo de toda la eternidad.
Tratamos de estudiar la posibilidad, pero al fin no pudimos. La quiebra. Qué medida desesperada. ¡Jamás!
En vez de viajar por París, Roma y Tokio, iniciamos la construcción en la cima de la colina.
El día después de echar los cimientos, mientras compraba provisiones en la ciudad, me llamó la atención un negocio nuevo en el centro: Computadora a Medida.
Entré.
—Leslie —dije, al volver a la casa rodante—, vas a decir que soy un ganso.
Ella estaba cubierta de polvo, por haber estado rellenando las zanjas del sistema de riego que había instalado para los paneles solares, en la cima, además de manejar su removedora de suelos, tallando jardines, prodigando amor y cuidados al lugar definitivo que eligiéramos para vivir.
Tan hermosa, pensé, como si el experto en maquillaje le hubiera puesto polvo para acentuar sus pómulos. A ella no le importaba. De todos modos, estaba por ducharse.
—Ya sé que fui para comprar una hogaza de pan —dije—, leche, lechugas y tomates, si estaban buenos. Pero ¿sabes qué compré, en cambio?
Se sentó antes de hablar.
—Oh, no, Richard, no me digas que compraste... ¿habichuelas mágicas?
— ¡Un presente para mi amada! —dije.
—¡Richard, por favor! ¿Qué compraste? ¡No tenemos lugar! ¿Estás a tiempo para devolverlo?
—Podemos devolverlo, si no te gusta.
Pero no te va a gustar: te va a encantar.
Predigo que TU mente y ESTA máquina...
¿Compraste una máquina? ¿En el mercado?
¿Qué tamaño tiene?
—En cierto modo, es como las provisiones que se compran en el mercado.
Es una Manzana.
—Richard, tu idea ha sido muy dulce, pero ¿estás seguro de que necesitamos... una manzana... en estos momentos?
—Cuando salgas de la ducha, wook, vas a ver un milagro, aquí mismo, en nuestra casa rodante. Lo prometo.
— ¿No te parece que ya tenemos bastante que hacer? Y no hay espacio suficiente. ¿Es grande?
Pero no dije una palabra más. Por fin ella se echó a reír y fue a ducharse.
Llevé las cajas por el estrecho pasillo, saqué la máquina de escribir del estante-convertido-en-escritorio, puse libros en el suelo; después saqué la computadora de su envoltura de espuma y la puse en el sitio que antes ocupara la máquina de escribir. Guardé la tostadora y la licuadora en el armario de las escobas, a fin de hacerle sitio a la impresora en la mesa de la cocina. En cuestión de minutos había conectado dos accionadores a disco y la pantalla de video relumbraba suavemente.
Con el programa procesador de palabras insertado en uno de los accionadores, encendí la máquina. El disco zumbó, emitiendo, por un minuto, una respiración irregular; luego

http://biblioteca.d2g.com/

quedó en silencio. Tipeé un mensaje, lo pasé fuera de la vista, hasta que sólo quedó en la pantalla, parpadeando, un pequeño cuadrado luminoso.
Leslie salió del baño fresca y limpia, con el pelo envuelto en un turbante de toalla para secarlo.
—¡Bueno, Richie, no soporto el suspenso! ¿Dónde está?
Retiré la toalla que ocultaba la computadora.
—¡Tatá!
—¿Richard? —dijo ella—. ¿Qué es eso?
—Exclusivamente para ti, tu... ¡COMPUTADORA!
Me miró muda.
—Siéntate aquí —la insté—, y oprime la llave que dice "Control"; al mismo tiempo aprietas la B. Eso se llama "control B".
—¿Así?
El cuadrado luminoso desapareció; la pantalla se llenó de palabras.
¡BUENAS TARDES, LESLIE!
SOY TU NUEVA COMPUTADORA.
ME ALEGRA TENER LA OPORTUNIDAD
DE CONOCERTE Y SERTE UTIL.
TE VAS A ENAMORAR DE MÍ, ME PARECE. TU NUEVA
MANZANA.
¿NO QUIERES PROBAR A ESCRIBIR ALGO EN EL ESPACIO SIGUIENTE?
—Qué amorosa —comentó ella. Y tipeó una línea, a manera de prueba: HA LLEGADO EL MOMENTO DE QUE TODAS LAS PERSONAS DE BUENA VOLUNTAD.
—Cometí un error.
—Mueve el cursor a la derecha del error; luego aprietas la flecha izquierda.
Ella lo hizo y el error desapareció.
— ¿No viene con instrucciones?
—Ella misma te enseña. Oprime dos veces la tecla de Escape, después la M unas cuantas veces, y haz lo que la pantalla te indique.
Fue la última vez que hablé con Leslie por las diez horas siguientes. Permanecía sentada ante la máquina, en trance, aprendiendo el sistema. Después tipeó en ella registros de cosas-a-recordar, armando horarios, listas de ideas; atacó la correspondencia.
La computadora no utilizaba papel hasta que la escritura estaba lista para imprimir; no hacía falta que muriera ningún árbol para convertirse en papel descartado por equivocaciones.
—Wookie —dijo ella, después de medianoche—, tengo que pedirte disculpas. Perdona.
—Está bien —dije—. ¿Qué debo perdonar?
—Creí que habías cometido una gansada. Me dije: justo lo que necesitábamos, un gran juguete eléctrico dentro de la casa rodante, así tendremos que dormir bajo la lluvia. Pero no dije nada porque era un gentil regalo tuyo. ¡Me equivocaba! Es tan... —Me miró, buscando la palabra, y dio con la más exacta: — ¡Organizada! ¡Nos va a cambiar la vida!
Tan encantada estaba por los poderes de la computadora que más de una vez, en los días siguientes, me fue preciso preguntarle, muy cortésmente, si me sería posible pasar algunos

http://biblioteca.d2g.com/

minutos ante el teclado. Porque yo también quería aprender.
—Pobrecito querido —decía ella, distraída, sin dejar de teclear—. Quieres aprender, por supuesto. Un minutito más.
El minutito se convertía en horas, en días. No quería interrumpirla. Pronto volví otra vez del local de Manzana con una segunda computadora a la rastra. Para ésa tuvimos
que instalar una mesa de dibujo en el lugar menos atestado de la casa rodante, convirtiéndolo en el lugar más atestado.
Curiosidades: eso eran las computadoras, pero también eran brújulas en una selva de ideas, esquemas y estrategias que requerían atención. Por añadidura, podían preparar un estado financiero antes de que la Dirección de Réditos guiñara un ojo; con apretar una llave, los sepultábamos en estados financieros.
Para cuando la casita estuvo terminada, ambos éramos cómodamente expertos en el manejo de nuestras inteligentes maquinitas. Las adaptamos a nuestros designios personales, graduando las llaves de tal modo, instalando cuerpos adicionales de memoria y dispositivos electrónicos para vincularlas, por teléfono, a gigantescas computadoras a larga distancia.
Una semana después de habernos mudado a la cumbre de la colina, las computadoras estaban funcionando seis horas por día, una junto a la otra, en el rincón-dormitorio convertido-en-oficina.
Nuestro vocabulario cambió.
— ¡Me metí en un pantano, wookie! —Me mostró una pantalla poblada de hormigas petrificadas. —¿Alguna vez te pasó algo así?
Asentí, comprensivo.
—Sí. Es el disco o el accionador. No. Es el tablero de 80 caracteres. Reinstala el control, si puedes, o prueba con mi disco. Si en el mío funciona, no es el tablero sino el disco. Tal vez se te fue la velocidad del accionador y se comió el disco. Dios no lo quiera pero podemos arreglarlo.
—No puede ser el disco; si no me hubiese dado un error I /O —observó ella, llena de frunces en la frente—. Debo tener mucho cuidado con las cosas que hacen volar todo el programa o que llevan a mi computadora a autodestruirse. Tocarla, por ejemplo.
En eso oímos un ruido imposible: el rumor de cubiertas sobre la grava, allí fuera. Por nuestra larga, empinada, nada acogedora senda de entrada, a lo largo de cinco carteles que decían NO INVADIR MANTENGASE AFUERA A CUALQUIER COSTO ESTO SE REFIERE A USTED, había subido un automóvil.
De él bajó una mujer que llevaba una pila de papeles. Se atrevía a invadir nuestra preciosa intimidad.
Abandoné mi computadora para volar a la puerta y le salí al encuentro antes de que pudiera dar cinco pasos.
—Buenos días —dijo, cortésmente, con buen acento británico—. Espero no interrumpir...
—¡Interrumpe! —ladré—. ¿Por casualidad no ha visto los carteles? ¿Los carteles que prohíben la entrada?
Quedó petrificada como un ciervo que se encontrara frente a frente con el caño de un fusil.
—Sólo quería decirles que...

https://biblioteca.d2g.com/

¡ Van a cortar todos los árboles y no volverán a crecer nunca más!
Y huyó hacia la protección de su auto.
Leslie salió corriendo de la casa para impedir que se fuera.
—¿Quiénes? —preguntó—. ¿Quiénes van a cortar todos los árboles?
—El gobierno —respondió la señora, mirándome, nerviosa, por sobre el hombro de Leslie—. La Oficina de Administración de Tierras. Es ilegal, pero lo van a hacer porque nadie los detendrá.
—Pase —le dijo Leslie, mientras me hacía una señal sin palabras, "Cucha, Príncipe", como si yo fuera el perro guardián de la familia—. Pase, por favor. Hablemos del asunto.
Así, con el lomo erizado, conocí lo que era la Acción Comunitaria, presentación a la que me había resistido aproximadamente desde la hora en que aprendiera a caminar.

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 40

Denise Buscapoyo nos dejó una pila de documentos, una ahusada nube de polvo en el camino y una oscura sensación opresiva. ¿Acaso no tenía ya bastantes problemas con el gobierno, que ahora decidía destruir la misma tierra a mí alrededor?

Ya en la cama, me llené de almohadas y leí las primeras páginas de Informe Valorativo Ambiental de la venta maderera.

—Esto parece muy oficial, wookie —suspiré—. Se diría que buscamos mal lugar para construir una casa. ¿Qué te parece si vendemos y nos vamos más al norte? ¿A Idaho, tal vez, a Montana?

—¿No es en Idaho donde excavan las minas a cielo abierto? —indicó ella, casi sin levantar la vista de los documentos que tenía en la mano—. Y en Montana ¿no hay minas de uranio y flores silvestres radioactivas?

—Presiento que estás tratando de decirme algo —respondí—. ¿Por qué no ponemos las cartas sobre la cama y decimos, directamente, lo que estamos pensando?

Ella dejó la página impresa por el gobierno.

—No huyamos, a menos que te sea absolutamente necesario, sin averiguar lo que está pasando. ¿Nunca consideraste la posibilidad de luchar contra la injusticia?

—¡Nunca! Tú lo sabes. No creo en la injusticia. Nosotros mismos nos acarreamos todo lo que nos pasa, todo. ¿No estás de acuerdo?

—Tal vez —dijo—. ¿Por qué crees haberte acarreado esto, que el gobierno tale la selva al día siguiente de nuestra mudanza? ¿Para tener algo de que huir? ¿O algo que aprender?

Una amante muy sagaz, pensé, es un regocijo y, a veces, algo muy espinoso.

—¿Qué se puede aprender?

—Si queremos, podemos cambiar las cosas —dijo ella—. Y lo poderosos que se puede ser, y él mucho bien qué podríamos hacer juntos.

Mi mente dio un vuelco. Ella había estado dispuesta a morir para cambiar las cosas, para poner fin a una guerra, para deshacer los entuertos que veía a su alrededor. Y lo que se había propuesto cambiar, lo había cambiado.

—¿No terminaste ya con el Activismo Social? ¿No habías dicho nunca más?

—En efecto —dijo ella—creo que he pagado mis deudas a la sociedad por las diez vidas siguientes. Después de que tomaron la KVST juré no meterme en más causas por el resto de ésta. Pero hay momentos en que...

Percibí que no deseaba decir lo que estaba diciendo, que buscaba palabras para sugerir lo antes-insugerible.

—Puedo compartir contigo lo que he aprendido —dijo—, pero no lo que sé. Si quieres descubrir qué potencia tienes para el bien, en vez de echarte atrás, podría abandonar mi retiro. No tengo la menor duda: si queremos impedir que el gobierno tale árboles que no volverán a crecer, podemos hacerlo. Si es ilegal, podemos impedirlo. Si no es ilegal, siempre habrá tiempo para mudarse a Idaho.

Nada me interesaba menos que convencer a un gobierno para que cambiara. Mucha gente ha malgastado vidas enteras intentándolo. Al final, si ganamos, la burocracia no hace lo que no debió intentar hacer desde un comienzo.

http://biblioteca.d2g.com/

¿No hay cosas más positivas para hacer que obligar a los funcionarios a respetar las leyes?
—Antes de mudarnos —dije—, tal vez valga la pena comprobar rápidamente si están haciendo bien las cosas. Podemos dejar eso en manos de las computadoras. Pero estoy seguro, mi querida cervatilla, de que no sorprenderemos al gobierno de Estados Unidos desobedeciendo sus propias leyes.
Esa sonrisa, ¿era dulce o amarga?
—Estoy segura —dijo.
Esa tarde, nuestras computadoras, desde los bosques, destellaron preguntas veloces como la luz a una computadora de Ohio, que las relampagueó a una computadora de San Francisco, que disparó las respuestas a nuestras pantallas: La ley Federal prohíbe la venta y tala de árboles no regenerables de las tierras públicas. Seguía el resumen de ochenta y dos casos relacionados.
Al mudarnos a la frágil selva del sur de Òregon, ¿estábamos metiéndonos en un callejón sin salida a último momento, antes de que se produjera un ataque de violación y asesinato?
Miré a Leslie, estuve de acuerdo con su muda conclusión. No había modo de ignorar el crimen que se estaba por producir.

—Cuando tengas un minuto... —dije al otro día, mientras vigilábamos nuestras pantallas encendidas.
Era nuestro código de operadores: solicitar atención y, al mismo tiempo, pedir: "Por favor, no contestes si por apretar mal una tecla vas a arruinar todo tu trabajo de esta mañana."
Un momento después, ella apartó la vista de su pantalla.
—¿Sí?
—¿No crees que la selva misma nos llamó? —dije—. ¿No crees que estaba pidiendo ayuda a gritos, psíquicamente? ¿Que los debas de los árboles, los espíritus de las plantas los guías de los animales silvestres, cambiaron cien coincidencias para traernos aquí, a que lucháramos por ellos?
—Eso es muy poético —dijo—. Probablemente sea verdad.
Y volvió a su trabajo.
Una hora después no pude seguir en silencio.
—Cuando tengas un minuto...
A los pocos minutos, el accionador a disco de su computadora ronroneó, guardando datos.

—¿Sí?- ¿Cómo es posible esto? —dije—. ¡La Administración de Tierras está destruyendo la tierra misma que la ley le ordena proteger! Es como... ¡el oso asesinando los árboles!
—Hay algo que acabarás por aprender, wookie —respondió ella—. Los gobiernos tienen una visión de futuro casi igual a cero, y una capacidad casi infinita para la estupidez, la violencia y la destrucción. No llega a infinita, pero casi. No llega porque la gente se enoja y se interpone.
—No quiero aprender eso —dije—. Por favor, quiero aprender que el gobierno es sabio,

http://biblioteca.d2g.com/

maravilloso, que los ciudadanos no tienen por qué robar tiempo a sus cosas para protegerse de los líderes por ellos elegidos.

—Ojalá —murmuró ella. Su mente estaba muy lejos hacia adelante, por la ruta que me esperaba. Por fin se volvió a enfrentarme. —Esto no va a ser fácil. Lo que hay allá afuera no es una selva, sino mucho dinero, mucho poder. —Puso un documento federal sobre mi escritorio. —La Administración de Tierras obtiene gran parte de su dinero de las compañías madereras. A la oficina se le paga por vender árboles, no por salvarlos. No creas que bastará con presentarnos ante el director del distrito y señalarle las leyes afectadas para que él nos diga: "Caramba, lo sentimos mucho y no vamos a hacerlo más." Esta lucha va a ser larga y ruda. Jornadas de dieciséis horas y semanas de siete días: eso es lo que va a hacer falta para ganar. Pero no iniciemos ninguna acción si no queremos ganar. Si quieres dejarlo todo, dejémoslo ahora.

—De todos modos, no podemos perder —dije, cargando un nuevo disco de datos en mi máquina—. Mientras la Dirección de Réditos pueda arrancarme cualquier borrador de original en cuanto salga de la computadora, no tiene sentido escribir nada. ¡Pero puedo escribir una endiablada protesta por la venta de madera! Al gobierno no le hará falta embargar lo que escriba: se lo enviaremos directamente por correo. *El enfrentamiento de las reparticiones públicas:* ahora lo veo con toda claridad. Antes de que la Dirección de Réditos decida quedarse con mi dinero, lo gastaré peleando contra la Administración de Tierras.

Ella se echó a reír.

—A veces te creo. Tal vez no exista la injusticia.

Nuestras prioridades cambiaron. Otros trabajos quedaron en suspenso mientras estudiábamos eso. En nuestros escritorios, en la mesa de la cocina, apiladas sobre la cama, había miles de hojas sobre manejo de bosques, prácticas de rendimiento sostenido, evolución climática, especies en peligro, la administración socioeconómica de la madera contra los beneficios de los peces en estación de desove en sitios ribereños, protección de zonas ribereñas, coeficientes de transferencia de calor en suelos graníticos. Y leyes, leyes leyes. Libros enteros de leyes. La de protección ambiental, la de administración de tierras, la de especies en peligro de extinción. Las leyes saltaban de las páginas, mediante nuestros dedos, para pasar a nuestras computadoras: escrita en electrones, codificadas y con referencias cruzadas archivadas en discos y más discos, duplicados en cajas de seguridad bancarias, por si algo nos pasaba a nosotros o a la casa donde trabajábamos.

Cuando tuvimos información suficiente para cambia mentalidades, comenzamos a visitarnos con nuestros vecinos. Junto con Denise Buscayuda y Chant Thomas, que habían luchado casi solos, valerosamente, antes de nuestra llegada, apretamos a los otros para que ayudaran.

Casi toda la gente del valle se resistía a comprometerse ¡Qué bien comprendía yo su modo de pensar!

—Nadie pudo nunca impedir que el gobiernos vendiera árboles —decían—. No hay modo de evitar que la Administración de Tierras tale todo lo que quiera talar

Pero cuando descubrían que nosotros los habíamos descubierto, que convertir selvas en desiertos iba contra la ley, nos encontramos con más de setecientos miembros en nuestra sociedad pro-Salvación-de-la-Selva. Nuestro escondite privado en la espesura se convirtió

https://biblioteca.d2g.com/

en cuartel general; nuestra pequeña montaña, en un hormiguero, según los compañeros de trabajo iban y venían a cualquier hora, para verter hallazgos en las computadoras.
Entonces conocí a una Leslie que nunca había visto: totalmente concentrada en lo que tenía entre manos: sin sonrisas, sin apartes personales; concentración de mano única y en un solo carril.
De vez en cuando, ella nos decía:
—Los pedidos emotivos no servirán de nada: "Por favor, no corten esos lindos árboles, no arruinen el paisaje, no hagan que los animales mueran." Eso no tiene ningún significado para la Administración de Tierras. Tampoco la violencia: "Pondremos puntas de lanzasen los árboles, dispararemos contra quien trate de matar la selva." Eso quiere decir que talarán protegidos por el ejército. Lo único que detiene al gobierno es la acción legal. Cuando conozcamos la ley mejor que ellos, cuando sepan que podemos llevarlos ante los tribunales y ganar, cuando podamos probar que están violando reglas federales, entonces se detendrá la tala.
Intentamos negociar con la Administración de Tierras.
—No esperen ninguna colaboración —advirtió ella—. Prepárense para que se diga una cosa y se haga otra, para actitudes defensivas, para oír cosas como "Ya no se hace así." Pero hablar con ellos es un paso que debemos dar.
Tenía razón, palabra por palabra.
—¡Leslie, no puedo creer lo que dice esta transcripción! ¿La leíste? ¡Escucha lo que el director de la A. de T. de Medford nos dijo, según la grabación:
RICHARD: Lo que usted nos está diciendo, ¿significa que usted necesita una gran protesta pública sobre eso, contra la tala, o que cuanto la gente diga no tendrá importancia?
DIRECTOR: Si me está haciendo una pregunta personal, le diré que muy probablemente no tendrá importancia.
RICHARD: Aunque reciba cuatrocientas firmas, cuatro mil...
DIRECTOR: Recibimos peticiones así. No, no tiene importancia.
RICHARD: Si hubiera cuarenta mil firmas, las de toda la población de Medford, Oregon, en una protesta por la venta, ¿tampoco tendría importancia?
DIRECTOR: Para mí, no.
RICHARD: ¿Y si fueran especialistas en forestación los que se opusieran? ¿Los escucharía?
DIRECTOR: No. A mí no me interesa la protesta pública.
RICHARD: Nos gustaría saber por qué está usted tan seguro de que vale la pena seguir con esto, a pesar de tanta protesta pública.
DIRECTOR: Bueno, se está haciendo.
RICHARD: ¿Nunca ha anulado una venta de madera por la protesta del pueblo?
DIRECTOR: No, nunca.
Ella apenas parpadeó, sin apartar la vista de la pantalla de su computadora.
—Muy bien. Carga eso en Falta de buena fe. Es el disco 22, después de Venta en violación Ley Nacional Protección Ambiental.
Pocas veces demostraba enfado contra nuestro adversario. Documentaba evidencias, las registraba en los archivos, fortalecía su caso para los tribunales.

https://biblioteca.d2g.com/

—¿Y si fuéramos videntes? —le dije, cierta vez—. ¿Si supiéramos cómo y cuándo va a morir el director? ¿Si supiéramos que le quedan dos días de vida, que pasado mañana caerá de un camión una tonelada de leña, haciéndolo puré? ¿Cambiaría eso la opinión que tenemos ahora de él?
—No —respondió ella.
El dinero que la Dirección de Réditos se negaba a aceptar se convirtió en estudios realizados por encargo: Estudio preliminar del agua de los arroyos Grouse, Waters, Mule y Hanley; Desagües del río Little Applegate y cuencas colectoras de Beaver Creek en el condado de Jackson, Oregon; Informe sobre los efectos calculados de las actividades de talado proyectadas en la zona del arroyo Grouse, sobre los peces en desove y su hábitat; Estudio económico sobre la venta de madera del arroyo Grouse. Otros ocho, con títulos igualmente atractivos.
De vez en cuando nos erguíamos en la cima de nuestra pequeña colina, para mirar hacia la selva. Imposible de matar, como las montañas, solíamos pensar. Ahora la veíamos como una frágil familia de plantas y animales que vivían juntos, en combinada armonía, en equilibrio sobre una sierra circular, balanceándose hacia la extinción por culpa de un talado tonto.
— Aguanten, árboles —gritábamos hacia la selva—. ¡Aguanten! ¡No se preocupen! Les prometemos que vamos a detenerlos.
Otras veces, cuando las cosas andaban mal, apenas mirábamos por la ventana, desde nuestras computadoras, y murmurábamos:
—Estamos haciendo todo lo que podemos, árboles.

Las Manzanas eran, para nosotros, como los Colt para los pistoleros. La Administración de Tierras concede al público treinta días para preparar una protesta contra la venta de madera, antes de que las ruedas giren y la selva sea aniquilada. Espera recibir entre dos y diez páginas apasionadas de los ciudadanos que suplican pidiendo misericordia ambiental. De nosotros, de nuestra organización y sus computadoras caseras, recibió seiscientas páginas de hechos documentados, uno tras otro, con incidentes y ejemplos a manera de prueba, encuadernados en tres volúmenes, con copias a senadores, representantes y periodistas.
Fue una batalla constante, con dedicación completa, por veinte meses, luchando contra la Oficina de Administración de Tierras.
Se vendieron todos mis aviones. Por primera vez en mi vida de adulto, pasaron semanas, meses, sin un solo vuelo en avión, sin despegar una vez del suelo. En vez de mirar hacia abajo desde aquellos aparatos libres y encantadores, levantaba mi vista hacia ellos, recordando la gran importancia que para mí tuviera volar. Conque esto se siente cuando se es hijo de la tierra, pensaba. ¡Grf!
En eso, un miércoles, ante la sombría seguridad de Leslie y mi total estupefacción, el gobierno retiró la venta de la madera.
—La venta involucra tantas irregularidades con respecto a las reglas de la A. de T. y a sus procedimientos establecidos, que legalmente no se la puede respaldar —dijo el

http://biblioteca.d2g.com/

subdirector de Óregon a la prensa—. A fin de cumplir con nuestros propios reglamentos, no tuvimos más alternativa que retirar la venta y rechazar todas las propuestas.

El director local de la Administración de Tierras no murió aplastado por troncos. El y su gerente de zona fueron transferidos a otro estado, a otras partes de la burocracia.

Nuestra celebración de la victoria tuvo dos frases de longitud.

—Por favor, no te olvides de esto —me dijo Leslie, mientras su computadora se enfriaba por primera vez desde el comienzo de la batalla—: eso de que "No se puede luchar contra el gobierno" es pura propaganda oficial. Cuándo el pueblo decide luchar contra el gobierno, unas pocas personas contra algo enorme que está mal, no hay nada, ¡nada! que pueda impedir la victoria.

Luego cayó en su cama y durmió tres días seguidos.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 41

En algún momento, mientras luchábamos contra la Administración de Tierras, el reloj de la Dirección de Réditos dio la medianoche sin que nadie lo oyera. El organismo había languidecido casi cuatro años sin llegar a una decisión, un año más a partir del momento en que se me había presentado la posibilidad de disolver la deuda millonaria en una quiebra.

Mientras rugió la batalla contra la Administración de Tierras, no pudimos disponer de un momento para estudiar lo de la quiebra. Cuando todo acabó, apenas pudimos pensar en otra cosa.

—No sería divertido, pequeña wook —dije, hundiéndome virilmente en mi cuarto tratando de preparar el pastel de limón como lo hacía su madre—. Perderíamos todo. Tendríamos que empezar desde la nada.

Ella preparó la mesa para la cena.

—No es cierto —dijo ella—. Los libros de quiebra dicen que deben dejarte "las herramientas necesarias para tu ocupación". Y puedes quedarte con un mínimo de cosas, para no morir de hambre demasiado pronto.

—¿De veras? ¿Podríamos conservar la casa, un lugar para vivir?

Estiré la masa muy fina, cubrí con ella el molde y convoqué al Deva de las masas para que me ayudara.

— La casa no. Ni siquiera el remolque.

— Podríamos vivir en los árboles.

—No sería tan grave. María Estrella tiene sus ahorros, no lo olvides, y ella no quebraría. Pero ¿qué sentirías al perder la propiedad intelectual de tus libros? ¿Qué sentirías si alguien comprara esos derechos sin darles importancia, para filmar porquerías con tus bellos libros?

Puse la masa en el horno.

—No me iba a morir por eso.

—No me has contestado. Pero no te molestes. Digas lo que digas, yo sé lo que sentirías. Tendremos que vivir con mucha parsimonia, ahorrando hasta el último centavo, y rogar que podamos comprarlos otra vez.

La pérdida de la propiedad intelectual de mis libros nos preocupaba a ambos; era como rematar a nuestros hijos al mejor postor. Pero se perderían e irían a remate, si yo me presentaba en quiebra.

—Si me presento en quiebra, el gobierno cobra treinta o cuarenta centavos por cada dólar que le debo, y pude haberle pagado todo. Lo de la Administración de Tierras empecinada en vender madera ilegalmente, al fracasar, costó al gobierno otra fortuna. Si esto nos está pasando a nosotros, wookie, si sólo estamos viendo la pequeña parte que nos toca, ¿cuántos millones se están malgastando por todas partes? ¿Cómo es posible que el gobierno sea tan efectivo para equivocarse tanto?

—Yo también me he preguntado eso —reconoció ella—. Pasé mucho tiempo pensándolo. Y finalmente hallé la única respuesta posible.

—¿Cuál?

https://biblioteca.d2g.com/

—Porque practica. Practica incansable, implacablemente.

Volamos a Los Ángeles, nos reunimos con abogados y contadores, en un último intento de llegar a un acuerdo.
—Lo siento —dijo John Marquart—, no podemos pasar más allá de su computadora. No hay un ser humano allí que nos conteste las cartas o atienda nuestras llamadas.
La computadora envía formularios. No hace mucho recibimos la comunicación de que el caso estaba en manos de una nueva representante, una tal señorita Faumpire. Es la duodécima. Apostaría a que va a pedir un estado financiero.
Qué obvio, pensé. Me están obligando a presentarme en quiebra. Aun así, estoy seguro de que no existe la injusticia; sé que las vidas son para aprender y divertirse. Nosotros mismos buscamos los problemas para probar en ellos nuestros poderes. Si yo no tuviera estos problemas, habría tenido otros igualmente provocativos. Nadie pasa por la escuela sin rendir exámenes. Pero los exámenes suelen tener respuestas inesperadas y, de vez en cuando, la única alternativa correcta es la respuesta extremada.
Uno de los asesores frunció el ceño:
—Yo trabajaba para la Dirección de Réditos, en Washington, cuando se votó en el congreso la ley que ustedes quieren utilizar, la de anular las deudas por impuestos federales en caso de quiebra —dijo—. La Dirección de Réditos detestaba esa ley; cuando la aprobaron, juramos que, si alguien intentaba usarla, se lo haríamos lamentar.
—Pero si es la ley —observó Leslie—, ¿cómo se puede impedir que la gente la utilice?
Él meneó la cabeza.
—Yo se lo advierto. Con ley o sin ella, la Dirección los va a perseguir; los va a acosar a la menor oportunidad.
—¡Pero si ellos quieren que yo quiebre! —dije—. Para que la culpa no caiga sobre ellos.
—Probablemente tenga razón.
Miré a Leslie. La tensión se le reflejaba en la cara. —Al diablo con la Dirección de Réditos —dije.
Ella asintió.
—Ya hemos perdido cuatro años. Con eso basta. Volvamos a vivir.

Al abogado especialista en quiebras le llevamos listas de todo cuanto yo poseía: casa, camioneta y remolque, cuentas bancarias, computadora, ropas, auto, propiedad intelectual de todos los libros que había escrito. Lo perdería todo.
El abogado leyó la lista en silencio; luego dijo:
—A la corte no le interesa cuántos calcetines tiene, Leslie.
—Mi manual de quiebras decía que se anotara todo —afirmó ella.

- —Pues no se refería a los calcetines.

https://biblioteca.d2g.com/

Colgados en el limbo por los indigestos cíclopes de la Dirección de Réditos, por una parte; atacados por la Administración de Tierras armada de una motosierra, por la otra, habíamos luchado con un único monstruo o con ambos al mismo tiempo durante cuatro años, sin cesar.

Ni cuentos, ni libros, ni libretos, ni filmes, ni televisión, ni actuaciones, ni producción: ninguna de las vidas que habíamos vivido antes de la batalla contra el gobierno se convirtió en nuestra ocupación de todo el día.

A través de todo aquello, a través de los momentos más tensos y difíciles que ambos conociéramos, lo más extraño era que... seguíamos siendo felices juntos, cada vez más.

Después de sobrevivir a la prueba de la casa rodante, vivimos juntos con comodidad en la casita construida en la colina. Ni una sola vez nos separamos, salvo por el tiempo que demandaba ir a la ciudad en busca de provisiones.

Yo sabía que ella sabía, pero me descubrí diciéndole una y otra vez que la amaba. Caminábamos del brazo como noviecitos por las aceras de la ciudad, de la mano en la selva. ¿Hubiera podido creer, años antes, que me haría desdichado caminar con ella sin tocarla?

Era como si nuestro matrimonio funcionara a la inversa: en vez de tornarse más frío y más distante, la relación era cada vez más íntima y cálida.

—Prometiste que nos aburriríamos —protestaba ella, con un mohín, de vez en cuando.

— ¿Y dónde está mi pérdida de respeto? —reclamaba yo.

—El aburrimiento no tardará en llegar —nos decíamos mutuamente.

Nuestros solemnes miedos de otros tiempos se habían convertido en bromas tontas que nos hacían cosquillas hasta obligarnos a reír.

Día a día nos conocíamos mutuamente más y más, y aumentaba nuestro regocijo y nuestra maravilla por estar juntos.

Estábamos moralmente casados desde que se iniciara nuestro experimento de exclusividad, cuatro años antes, al apostar nosotros que éramos almas gemelas.

Sin embargo, legalmente éramos adultos solteros. Nada de matrimonio legal mientras no se haya llegado a un acuerdo con la Dirección de Réditos, nos había advertido Marquart. No se casen, por favor. Que Leslie quede limpia o caerá con usted en la ciénaga.

Una vez que me presenté en quiebra, desvinculado de la Dirección, quedamos, por fin, en libertad de casarnos legalmente.

Al registro civil lo encontré en la guía telefónica, entre Registradoras y Registros comerciales. El acontecimiento fue incluido en nuestra lista de Cosas a hacer, un último sábado en Los Ángeles.

9.00 - Empacar y pagar hotel.

10.00 - Compras: anteojos para sol, libretas, lápices.

10.30 - Casamiento.

En una sórdida oficina a la calle, respondimos a las preguntas que la funcionaria nos formulaba. Cuando oyó el nombre de Leslie levantó la vista y entornó los ojos.

—Leslie Parrish. Me suena. ¿Usted no es conocida? —No —dijo Leslie.

La señora volvió a entornar los ojos, se encogió de hombros y escribió el nombre en un formulario.

La carrocería de su máquina de escribir manual, tenía pegado un cartel:

http://biblioteca.d2g.com/

"Los cristianos no somos perfectos, sólo se nos perdona." Clavado a la pared, otro cartel: AQUI SE FUMA. La oficina apestaba a cigarrillos; había cenizas en el escritorio y en el suelo.

Eché una mirada a Leslie. Me apresuré a mirar al cielorraso y suspiré. Por teléfono, le dije sin palabras, no se nos advirtió que esto sería tan feo.

—Bueno, tenemos un acta matrimonial sencilla —dijo la funcionaria— que cuesta tres dólares. La especial, con letras doradas, seis dólares. Y una de lujo, con letras doradas y eso que relumbra, doce dólares cuál quieren.

Había una muestra de cada una clavada a un tablero de corcho.

Leslie y yo nos miramos. En vez de reír, asentimos solemnemente. El paso que estábamos dando era de gran importancia legal.

Ambos formamos la palabra con los labios al mismo tiempo, frente a frente: SENCILLA.

—Bastará con la sencilla —dije yo.

A la mujer le daba lo mismo. Puso la humilde acta en la máquina de escribir, castigó las teclas, firmó, gritó pidiendo testigos al otro lado del pasillo y se volvió hacia nosotros.

—Ahora quieren firmar aquí por favor...

Firmamos.

—El fotógrafo sale quince dólares.

—Podemos prescindir de eso —dije—. No necesitamos fotografías.

—La ceremonia religiosa cuesta quince dólares.

—Preferiríamos no pasar por ninguna ceremonia. De ningún tipo.

—¿Ninguna ceremonia? —Nos miró llena de preguntas, que no contestamos, y se encogió de hombros.

—Bueno, los declaro marido y mujer.

Por lo bajo, fue sumando cifras:

—Tarifa por testigos... por el condado.., Por el registro.., Suman treinta y ocho dólares, señor Bach. Y aquí tiene un sobre para depositar cualquier donación que guste hacer.

Leslie sacó el efectivo de su cartera: treinta y ocho dólares y cinco para el sobre. Me lo entregó a mí que se lo pasé a la señora de los casamientos. Terminadas las firmas, con el acta en la mano, mi esposa y yo salimos de allí a toda velocidad.

En el tránsito de la ciudad, nos intercambiamos los anillos de boda y abrimos las ventanillas para que se oreara el humo de nuestra ropa. Hubo risas en los primeros noventa segundos de nuestra vida matrimonial formal.

Sus primeras palabras como esposa legal:

—¡Tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer!

—Mírelo de este modo, señora Parrish de Bach —dije—. Fue inolvidable, ¿verdad? ¿Algún día podremos olvidarnos de nuestra boda?

—Por desgracia, no —rió ella—. Oh, Richard, eres el más romántico de...

—Con cuarenta y tres dólares no se adquiere nada romántico, cervatilla mía. Lo romántico viene con el acta de lujo; es la cosa que relumbra por la que debes pagar extra. Y ya sabes que estamos ahorrando.

La miré por un segundo, en tanto conducía.

—¿Te sientes diferente en algo, ahora? ¿Un poco más casada?

—No. ¿Y tú?

http://biblioteca.d2g.com/

—Un poquito. Algo ha cambiado. Lo que hicimos en ese fumadero, hace un minuto, es lo que nuestra sociedad acepta como Lo Auténtico. Lo que hayamos estado haciendo hasta ahora, las alegrías y las lágrimas compartidas, no tienen nada que ver; ¡lo que importa es firmar los papeles! Tal vez me hace sentir que hay un aspecto menos en que el gobierno pueda meterse con nosotros. ¿Sabes una cosa? Cuanto más aprendo, wook, menos me gustan los gobiernos. ¿O es sólo nuestro gobierno?

—Somos varios, tesoro mío. Antes se me llenaban los ojos de lágrimas con sólo ver la bandera, de tanto que amaba a mi país. Qué suerte tengo de vivir aquí, pensaba; No debo darlo todo por asegurado, debo hacer algo: trabajar en las elecciones, participar en el proceso democrático. Estudié mucho y, lentamente, llegué a comprender que las cosas no eran exactamente como nos las enseñaban en la escuela: los norteamericanos no eran siempre los buenos; nuestro gobierno no siempre estaba de parte de la libertad y la justicia.

"La guerra de Vietnam comenzaba a tomar ímpetu, y cuanto más lo estudiaba yo... No lo podía creer; Estados Unidos, anulando las elecciones en un país ajeno, sólo porque sabíamos que el resultado no nos iba a gustar; Norteamérica, apoyando a un dictador títere; un presidente norteamericano, declarando que no estábamos en Vietnam

Porque quisiéramos justicia, sino porque necesitábamos su estaño y su tungsteno.

"Soy libre de protestar, pensé. Así que participé en una marcha por la paz, una demostración legal, no violenta. No éramos locos, no éramos ladrones tira bombas, sino los súper-rectos de Los Ángeles: abogados, médicos, padres, maestros, comerciantes.

"La policía cargó contra nosotros como si fuéramos perros rabiosos, nos pegaron con saña. Los vi castigar a madres que llevaban a sus bebés en brazos, vi que volteaban a cachiporrazos a un hombre que iba en silla de ruedas; la sangre corría por la acera. ¡Y eso en Century City, Los Ángeles!

"Yo no dejaba de pensar: ¡Esto no puede ser verdad! ¡ Somos norteamericanos y nos está atacando nuestra propia policía! Mientras huía corriendo, me pegaron y no recuerdo mucho más. Unos amigos me llevaron a casa."

Menos mal que yo no estaba allí, pensé. Mi yo violento, tan cautelosamente custodiado adentro, se hubiera enceguecido de furia.

—Yo solía pensar, cuando veía en los periódicos alguna foto de alguien castigado por la policía, que habría hecho algo terrible para merecerlo —dijo ella—. Esa noche aprendí que, aun aquí, lo único terrible que necesitas hacer es estar en desacuerdo con el gobierno. Ellos querían la guerra y nosotros no. Por lo tanto, nos castigaron como demonios.

Yo estaba tenso y temblando. Lo sentía en mis manos, apoyadas en el volante.

—Ustedes eran una gran amenaza para ellos —dije--:Miles de ciudadanos respetuosos de la ley, oponiéndose a una guerra.

—Las guerras. Gastamos tantísimo dinero en matar y destruir... Lo justificamos diciendo que es Defensa, esparciendo el miedo y el odio contra otros pueblos, países que no nos gustan. Si intentan un gobierno con el que no estamos de acuerdo y son débiles, los aplastamos. La autodeterminación es para nosotros, no para ellos.

"¿Qué clase de ejemplo es ése? ¿Hasta qué punto ofrecemos nuestra bondad y nuestra comprensión a otros pueblos? ¿Cuánto gastamos en la paz?"

— ¿La mitad de lo que gastamos en la guerra? —sugerí.

https://biblioteca.d2g.com/

— ¡Ojalá! Lo que se interpone es esa mentalidad santurrona de Dios-y-la-Patria. Ese es el obstáculo que impide la paz en el mundo. ¡Enfrenta a los pueblos! Con Dios-y-la Patria, con Ley-y-Orden fue que nos dieron de cachiporrazos en Century City. A veces yo pensaba: Si hubiera otro país en el mundo al que ir, me iría. Pero por prepotente que sea, por miedo que me dé, es el mejor de los países que conozco. Decidí quedarme y ayudarlo a madurar.

Y todavía lo amas, tuve ganas de decir.

—¿Sabes qué echo más de menos? —preguntó ella. — ¿Qué?

—Mirar la bandera con orgullo.

Se deslizó hacia mí en el asiento del auto, decidida a cambiar de tema.

—Ahora que hemos terminado con el gobierno, ¿de qué otra cosa desea hablar en el día de su boda, señor Bach?

—De cualquier cosa —respondí—. Quiero estar contigo.

Pero una parte de mí no lo olvidaría nunca: ¡habían dado de cachiporrazos a esa adorable mujer... cuando estaba huyendo!

El casamiento legal me alejaba otro largo paso de la persona que había sido. El Richard que detestaba las obligaciones estaba legalmente obligado. El que despreciaba las ataduras del matrimonio estaba legalmente atado.

Probé en mí mismo aquellas etiquetas que, cuatro años antes, me hubieran sentado tanto como un collar de púas y un sombrero de cenizas. Eres un Esposo, Richard. Estás Casado. Pasarás el resto de tu vida con una sola mujer, ésta, a tu lado. Ya no puedes vivir tu vida exactamente como te dé la gana. Has renunciado a tu independencia. Has renunciado a tu libertad. Estás Legalmente Casado. ¿Cómo te cae eso?

Cualquiera de ellas habría sido una estaca clavada en mi corazón, cualquiera de ellas una flecha de acero atravesando mi armadura. A partir de ese día eran ciertas, cada una de ellas, y me caían como un ataque de bombas de crema.

Fuimos hasta la casa de mis padres, en los suburbios, el sitio en que yo había vivido desde que era un niño hasta que huí para volar. Aminoré la marcha, estacioné en un camino de entrada que era familiar para mí-entonces desde que tenía memoria.

Allí, la misma nube de verde crepuscular eucaliptos, en lo alto; allí, el césped que yo solía cortar lo menos que fuera humanamente posible. Allí, el garaje de techo plano donde instalé mi primer telescopio casero apuntando hacia la luna; allí, la hiedra en la pared que rodeaba el patio; allí el mismo portón de madera blanda, con agujeros para que mirara un perro muerto mucho tiempo antes.

— ¡Qué sorpresa se van a llevar! —Leslie se inclinó hacia adelante; sus dedos tocaron el portón.

En ese instante quedé petrificado; el tiempo se detuvo. Su mano en la madera, el anillo nuevo centelleando en oro; la visión me estalló hacia abajo, en la mente, vaporizando treinta años en un segundo.

¡El niño lo había sabido! El niño que fui se había detenido ante ese portón, sabiendo que la mujer a quien estaba destinado a amar estaría allí, un día. No era un portón en el espacio, en ese momento: la madera blanca era un portón en el tiempo. Por el relámpago de un instante lo vi, de pie en la oscuridad del pasado profundo, boquiabierto ante la imagen de Leslie, que lucía radiante bajo el sol. ¡El niño lo había sabido!

http://biblioteca.d2a.com/

Mi esposa abrió el portón, corrió a abrazar a mi padre y a mi madrastra.
El niño se tornó transparente y desapareció, con los ojos saltones de maravilla, la boca aún abierta, y el momento pasó.
¡No lo olvides!, grité sin palabras, a través de las décadas. ¡No olvides jamás este momento!

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 42

Esa noche, mientras nos desvestíamos en nuestra habitación del hotel, le conté lo del portón, lo que había sacudido mi vida, años atrás, con su levísimo toque sobre esa madera. Ella escuchaba, acomodando su blusa en una percha.
—¿Por qué tuviste que mantenerme a distancia por tanto tiempo? —preguntó—. ¿Qué temías?
Dejé la camisa en una silla por un momento, casi olvidado de que debía ser tan pulcro como ella; luego busqué una percha.
—Temía cambiar, por supuesto. Estaba protegiendo mi rutina conocida, casi adecuada.
— ¿Y lo mismo la armadura? —dijo ella.
—Bueno, sí, las defensas.
—Defensas. Casi todos los hombres que conocí, sepultados bajo defensas —comentó—. ¡Por eso hasta los hermosos eran tan poco atractivos, caramba!
—Te alejaban. Yo también lo hice.
—Tú no —replicó ella. Como yo protestara con ejemplos, admitió: —Estuviste a punto de alejarme. Pero yo sabía que esa cosa fría no eras tú.
La atraje hacia la cama, respiré su pelo dorado.
—¡Qué cuerpo adorable! Eres tan... imposiblemente adorable... ¡Y eres mi esposa! ¿Cómo es posible que esas cosas combinen? —La besé con mucha levedad en la comisura de la boca. — ¡Adiós, hipótesis!
— ¿Adiós?
—Antes tenía una hipótesis, casi una teoría, bastante elaborada, antes de que tú interrumpieras mi investigación: a las mujeres hermosas no les interesa mucho el sexo. Ella rió, sorprendida.
—¡Oh, Richard, no lo dices en serio! ¿De veras?
—De veras. —Me sentía atrapado entre presiones opuestas. Quería contarle y también quería tocarla. Hay tiempo para ambas cosas, pensé, hay tiempo para ambas cosas.
—¿Sabes lo que falla en tu hipótesis? —dijo ella.
—Nada, me parece. Hay excepciones y tú eres una de ellas, gracias al Hacedor, pero en general es cierto: las mujeres hermosas se cansan tanto de que las vean como a objetos sexuales, sabiendo que valen mucho más, que se desconectan.
—Lindo, pero no es así —dijo ella.
—¿Por qué no?
—Tonto sexista. Da vuelta las cosas. "Tengo una teoría, Richard: que a los hombres apuestos no les interesa mucho el sexo."
— ¡Tonterías! ¿Adónde quieres llegar?
—Escucha: "Me defiendo como una fortaleza contra los hombres apuestos, me muestro fría con ellos, los mantengo a distancia, no dejo que sean parte de mi vida, y no
sé por qué, pero se diría que no disfrutan tanto del sexo como yo quisiera..."
—No me extraña —dije, y en un estruendo de conjeturas rotas comprendí lo que ella quería decir—. ¡No me extraña! Si no fueras tan fría para con ellos, wookidad, si te abrieras un poquito, si les dejaras saber lo que sientes, qué te parece: a nosotros, los

https://biblioteca.d2g.com/

hombres realmente apuestos, no nos gusta que nos traten como a máquinas sexuales, después de todo. ¡Ahora bien, si la mujer nos demuestra un poco de calor humano, entonces es otra historia!

Ella acercó mucho su cuerpo al mío.

— ¿A ver la clase? —dijo—. ¿Cuál es la moraleja de esta historia? ¿Richard?

—Donde no hay intimidad, no existe el sexo más fino —respondí—. ¿Es ésa la moraleja, profesora?

— ¡Te estás convirtiendo en un filósofo muy sabio!

—Y si uno aprendiera eso, si uno hallara a alguien a quien amar, respetar y admirar, alguien a quien hubiera buscado toda la vida, ¿podría hallar el lecho más cálido? Y aun si la hallada fuera una mujer muy hermosa, ¿descubriría que a ella podría interesarle muchísimo el sexo con uno, y disfrutar de la dulce carnalidad tanto como uno mismo

—¡Tanto como uno mismo! —rió ella—. ¡Tal vez más!

—¡Profesora! —exclamé—. ¡No!

—Si pudieras ser mujer, te sorprenderías.

Nosotros, los recién casados, nos tocamos y conversamos a lo largo de una noche que redujo a la insignificancia los muros carcomidos, los imperios en derrumbe, los enfrentamientos con el gobierno y la caída en la bancarrota. Una noche entre muchas, elevada del pasado, arqueándose a través del presente, centelleando hacia el futuro.

¿Qué importa más en cada vida que escogemos? Pensé. ¿Puede ser algo tan simple como la intimidad con quien amamos?

Exceptuando las horas en que nos habíamos exasperado mutuamente en el desierto, o cayéndonos de fatiga sobre las computadoras, en todo lo que hacíamos zumbaba un suave, fulgurante aura de sexo. El breve destello de un ojo, una sonrisa rápida, un contacto al pasar, eran acontecimientos bien recibidos entre nosotros, día a día.

Una de las razones por las que yo buscara comienzos, años antes, era que odiaba los finales; detestaba la desaparición de la sutil electricidad del sexo. Para mi deleite, con esa única mujer los voltajes no se evaporaban. Gradualmente, mi esposa se tornó más bella, aun más encantadora a la vista y al tacto.

—Todo es subjetivo, ¿verdad? —dije, perdido en curvas y luz dorada.

—En efecto —respondió ella, adivinando lo que yo pensaba.

En nuestra telepatía no había técnica; simplemente ocurría, con frecuencia, que nos adivináramos el pensamiento.

—Cualquier otra persona, al mirarnos, podría decir que no hemos cambiado —comentó ella—, que seguimos iguales. Pero en ti hay algo que me resulta cada vez mas atractivo.

Exactamente, pensé. Si no estuviéramos cambiando uno para la otra, ¡nos aburriríamos!

—¿Hemos concluido nuestro comienzo? —pregunté—¿O seguirá eternamente así?

¿Recuerdas lo que decía en tu libro Juan Salvado Gaviota? Tal vez allí es donde estás: Estarás preparado para subir y comprender el significado de la bondad y el amor

—No lo decía él. Se lo decían.

Leslie sonrió.

—Ahora te lo dicen a ti.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 43

El tribunal de quiebras nos permitió quedarnos por un tiempo en nuestra casita, como cuidadores, mientras buscábamos una casa en alquiler. Algo más al norte, algo barato. Y llegó el momento de abandonar el valle de Little Applegate.
Caminamos por dentro, por fuera, despidiéndonos juntos. Adiós escritorio y protesta contra la venta de madera. Adiós cama bajo el tragaluz, donde contemplábamos las estrellas antes de dormir. Adiós hogar de piedras que transportamos una a una. Adiós casita cálida. Adiós jardines que Leslie había imaginado hasta su floreciente realidad, que había mezclado, cavado, sembrado y protegido. Adiós selvas y animales que amamos, que luchamos por salvar. Adiós, dijimos.
Cuando llegó el momento de partir, ella ocultó la cara en mi pecho, disuelto su coraje en lágrimas.
—¡Nuestro jardín! —sollozó---. ¡Amo nuestro jardín! Y amo nuestra casita, nuestras plantas silvestres, nuestra familia de venados y el sol que asciende por sobre la selva..
Lloraba como si jamás fuera a cesar. La abracé, le acaricié el pelo.
—No te aflijas, wookie —murmuré—. No te aflijas. Es sólo una casa. El hogar somos nosotros. Dondequiera que vayamos... algún día construiremos una casa mejor que ésta, y tus jardines estarán en todas partes, frutales, tomateras y flores, más de los que nunca soñamos aquí. Y llegaremos a conocer otras plantas silvestres y otra familia de venados vendrá a vivir cerca de nosotros. ¡El sitio al que vamos será aun más hermoso, te lo prometo!
— ¡Pero Richie, yo amo este lugar!
Sollozó más y más profundamente, hasta que la ayudé a subir al auto y nos alejamos. El valle en donde habíamos vivido quedó atrás, fuera de la vista.
Yo no lloré, porque teníamos un acuerdo tácito: sólo uno de nosotros toma licencia a la vez, sólo uno de nosotros puede mostrarse exhausto, enfermo, herido, derrumbado por el dolor, dependiente. Yo conducía en silencio; por fin, Leslie se durmió contra mi hombro, cansada de llorar.

Somos libres, pensé, mientras viraba hacia el norte por la Interestatal. Podemos comenzar de nuevo, y no desde cero. Podemos comenzar de nuevo, sabiendo todo lo que aprendimos en el trayecto. Principios de amor, guía, apoyo y curación, que nos están dando resultado en este mismo instante.
La quiebra, la pérdida de los derechos sobre los libros, puede parecer un desastre injusto, Richard, pero sabemos que no se debe creer en las apariencias, ¿verdad? Esta es nuestra oportunidad de aferrarnos con fuerza a lo que es, a pesar de lo que parece.
Página limpia; ni ataduras ni anclas: se me acaba de dar una oportunidad para demostrar el poder de mi Invisible, en que tanto confío. Es la Ley Cósmica, pensé, indestructible: La vida nunca abandona a la vida.
Elevarse de entre las ruinas de la riqueza es como levantarse desde una mazmorra en un globo. Las toscas paredes oscuras caían alrededor de nosotros; los años más desafiantes y

http://biblioteca.d2g.com/

difíciles, años de hierro, iban desprendiéndose. Sin embargo, dentro de esas paredes había crecido la respuesta, oro y arco iris, a la búsqueda del aviador ambulante... Había hallado a la única persona que me importaba como nadie en el mundo; la incansable búsqueda de décadas había acabado, por fin.

Este es el momento, aquí, en tanto las colinas de Òregon desaparecen en el ocaso, en que todo buen escritor susurraría: "Fin".

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 44

Nos mudamos más al norte y empezamos de nuevo en una casa alquilada con el dinero de María Estrella, aunque Leslie insistía en que ahora era de ambos. ¡Qué extraño resultaba no tener un centavo propio!

Ella era tan prudente y medida como yo había sido manirroto. Prudencia, frugalidad: cualidades que no se habrían encontrado en mi lista de requisitos para mi alma gemela; Sin embargo, tal es la penetración que espero del universo: en una pareja encantada, cada uno debe proporcionar siempre lo que al otro le falta.

Lo que yo había echado de menos, desde el momento del primer ataque por cuenta de un ingreso peso pesado, era la simplicidad. A menos que estemos preparados anticipadamente para el impacto, una riqueza súbita nos sepulta en maraño labores telará cruzadas multirrámicas y complistiquescas, peso fletadas hacia intricacionarias ponderositividades. La simplicidad, como el mercurio, desaparece cuando se la aprieta.

Ahora la simplicidad, tímidamente, llamaba con golpecitos al quicio donde solía estar la puerta.

—Hola, Richard. Mira, me di cuenta de que se te ha ido el dinero. ¿Has contemplado el cielo, últimamente? ¡Echa una mirada a esas nubes! Mira lo que pasa cuando Leslie planta flores, aunque sea en un jardín alquilado! ¿Y no es bello contemplar a tu esposa cuando trabaja con su computadora?

Era bello. En los días cálidos, Leslie usaba las ropa más sencillas: Pantalones de brin blanco, una blusa de gasa para trabajar a mi lado en nuestra pequeña oficina. Era un lujo libidinoso hasta darse vuelta a preguntarle cómo se escribía *exento*. ¡Cómo me gustaba la simplicidad!

Pero no todas las presiones habían desaparecido. Llegó por fin, el día en que el síndico de quiebras, encargado de liquidar todos mis activos, nos envió la información de que estaba dispuesto a recibir ofertas por los derechos de propiedad intelectual sobre mis libros. Estaban a la venta, los siete. Como cualquier otro, podíamos hacer una oferta, si deseábamos.

Nuestros papeles cambiaron. Yo era el cauteloso: Leslie, tras varios meses de espera, la súbita gastadora.

—No ofrezcamos mucho —dije—. Tres de los libros están agotados y no se han vuelto a editar. ¿Quién va a ofrecer mucho por ellos?

—No sé —dijo ella—. No quiero correr peligros. Creo que deberíamos ofrecer hasta el último centavo que tengamos. Aspiré bruscamente.

—¿Hasta el último centavo? ¿Y cómo vamos a pagar el alquiler? ¿Cómo vamos a vivir?

—Mis padres dijeron que nos prestarían dinero —me recordó ella— hasta que nos levantemos otra vez.

Leslie estaba ferozmente decidida.

—Dinero prestado no, por favor. Puedo volver a trabajar ahora mismo. Creo que hay un libro nuevo para escribir.

Ella sonrió..

—Yo también creo lo mismo. ¿Recuerdas haber dicho que tu misión estaba cumplida?

https://biblioteca.d2g.com/

¿Recuerdas haberme dicho que podías morir en cualquier momento, pues habías dicho todo cuanto habías venido a decir?
—Fui un ganso. Por entonces no tenía nada más por qué vivir.
—Y ahora sí?
—Sí. —Mejor así —respondió ella—. Si mueres, serán dos los cadáveres en el suelo. No pienso quedarme por aquí si te vas.
—Bueno, los dos cadáveres estarán aquí muy pronto si gastas el dinero de las provisiones en comprar viejos derechos de publicación.
—Ya nos arreglaremos. ¡No podemos dejar que se pierdan siete libros tuyos sin tratar siquiera de salvarlos!
A eso de medianoche llegamos a un término medio. Ofreceríamos hasta el último centavo disponible y pediríamos prestado a los padres de Leslie para mantenernos. A la mañana siguiente, sin que yo pudiera convencerla de que era demasiado, ella envió la propuesta al síndico.
El síndico envió la información a los otros interesados. ¿Pueden sobrepasar esta cierta por estos derechos de publicación?
El suspenso, en nuestra casa alquilada, se habría podido cortar con un hacha.
Semanas después, una llamada telefónica.
Leslie subió las escaleras corriendo, sin aliento.
—¡Wookie! —gritó—. ¡Los tenemos, los tenemos! ¡Los libros! ¡ Son nuestros otra vez!
La dejé sin aire con un abrazo. Chillamos, gritamos, saltamos y reímos. Yo no sabía que me importaría tanto, que nuestros hijos de papel hubieran vuelto al hogar.
—¿Cuál fue la oferta más cercana? —pregunté. Ella puso cara de timidez.
—No hubo ninguna otra oferta.
—¿Nadie más ofertó, siquiera? ¿Nunca?
—No.
—¡ Ni siquiera! ¡ Hurra!
—Hurra no —dijo ella.
— ¿Cómo que no?
—Tenías razón. No debimos ofrecer tanto. ¡Hemos malgastado el dinero de las provisiones hasta dentro de cien años!
Volví a abrazarla.
—Nada de eso, pequeña wookie. Tu propuesta fue tan intimidante que nadie más se atrevió a ofertar, eso es lo que pasó. Si hubieras ofrecido menos, se habrían animado y hubieras perdido por diez centavos.
Ante eso se le iluminó la cara. Y también se encendió una extraña luz sobre nuestro futuro.

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 45

En esos meses la aviación estaba estallando con la revolución de los aviones de bajo costo; el primer cuento que escribí en mi página blanca dio dinero suficiente para comprar un poco de comida y un equipo para armar un avión ultraliviano, máquina voladora fabricada por una compañía llamada Terodáctilo SRL. La compañía me gustó en cuanto oí el nombre, pero resultó que Terodáctilo fabricaba el mejor de los ultralivianos para lo que yo deseaba hacer: elevarme una vez más desde los henares y las pasturas, mirar hacia abajo desde las nubes, en el aire libre, sólo por divertirme.

Qué delicia, volver a trabajar con las manos, construyendo esa máquina. Tubos de aluminio y cables de acero, tornillos, remaches y tela, un motor que medía la cuarta parte del viejo Kinner que impulsara el Fleet. Lo terminé en un mes, leyendo las instrucciones paso a paso, guiándome por las fotos y los dibujos que mostraba la caja de fábrica.

—Qué cosita linda —había dicho Leslie, al ver las ilustraciones del Terodáctilo.

Volvió a decirlo, con letras mayúsculas, cuando el nuestro quedó terminado, en la hierba, versión gigantesca de un avión de juguete, meciéndose como una libélula de seda y metal en su hoja de nenúfar.

Es tan simple... pensé. ¿Por qué no inventaron este aparato hace cuarenta años? Pero no importa. Lo inventaron ahora, a tiempo para que lo aproveche la gente escasa de dinero que quiere despegarse del suelo otra vez.

Con gran respeto por aquel objeto desconocido, tras mucha práctica de carreteo y pequeños vuelos de diez segundos, rozando pasturas prestadas, finalmente apreté el regulador a fondo y aquella corneta a motor salió disparada de la maleza, con sus colores de llama y sol, como un Espíritu de la Luz que volviera a su hogar. El presidente de Terodáctilo me regaló un equipo para nieve que hacía juego con el avión; en esa temporada, en un avión sin cabina, hacía frío, en verdad.

¡Allá en el cielo, en el aire! Viento y calma, montañas y valles, hierbas, tierra, lluvia y dulce aire helado atravesándome por primera vez, otra vez. Había dejado de contar mis horas de vuelo al llegar a las ocho mil; había dejado de anotar los tipos de avión piloteados después de ciento veinticinco. Pero ése me dio como ningún otro un puro placer de estar en el aire.

Requería, por cierto, precauciones especiales. No era para volar con tiempo tormentoso, por ejemplo. En un día calmo, empero, nada lo igualaba en deleite. Una vez cumplido su vuelo diario, el Terodáctilo plegaba sus alas y se deslizaba dentro de una larga bolsa, subida al techo del auto, para dormir en el patio.

Sólo una cosa tenía de malo ese aparato: que sólo podía llevar a una persona por vez. Yo no podía compartir mis vuelos con Leslie.

—No importa —me decía ella—. Cuando vuelas, yo también estoy allá arriba. Puedo mirar hacia abajo y ver que te saludo con la mano cuando pasas.

Se sentaba en la carlinga, encendía el motor y escondía su cabellera en un casco, para carretear la pequeña corneta por la pasturas, sólo como diversión, prometiendo pilotearlo cuando tuviera tiempo de aprender.

Debió de ser por el entusiasmo de ese primer mes de vuelos, pero llegó una noche, poco

https://biblioteca.d2g.com/

después, en que tuve un sueño muy extraño.
Piloteaba el Terodáctilo, que tenía dos asientos en vez de uno, muy alto por sobre un puente plateado y neblinoso, para aterrizar en una pradera verde e inclinada, junto a un enorme auditorio al aire libre. Entré, aún vestido con mi mono de colores intensos, y me senté a esperar, con el mentón sobre las rodillas. Nunca había soñado, pensé, que llegaba temprano a algo que todavía no estaba listo para ocurrir. En uno o dos minutos hubo un ruido detrás de mí.
Giré y lo reconocí de inmediato. Me reconocí a mí. Un yo anterior, con aspecto de perdido; un yo de cinco años atrás, acorazado con ansias convertidas en escudos, preguntándose qué lugar podía ser aquél.
Un extraño placer al ver a ese hombre; me sentí inundado de amor por él. Pero también le tuve pena de inmediato; estaba desesperadamente solo y se notaba. Tenía muchas ganas de preguntar y se atrevía muy poco a saber. Me levanté y le sonreí, recordando. Era terrible cuando tenía una cita; jamás llegaba tarde.
—Hola, Richard —le dije, con tanta soltura como pude—. No sólo eres puntual, sino que llegas temprano, ¿eh?
Estaba incómodo, tratando de ubicarme. Si no estás seguro, pensé, ¿por qué no preguntas?
Lo conduje afuera, sabiendo que se sentiría más cómodo cerca del avión.
Todas las respuestas a sus preguntas, yo las tenía: respuestas a su dolor y su aislamiento, correcciones a sus errores. Sin embargo, las herramientas que hacían milagros en mis manos serían hierros al rojo blanco en las suyas. ¿Qué podía decir?
Le mostré el avión, le hablé de los mandos. Curioso, pensé. Yo, hablándole de volar, cuando soy yo quien no ha piloteado nada en años, aparte del ultraliviano. Él estará solitario, pero es mucho mejor piloto que yo.
Cuando se acomodó en el asiento, di la indicación de despejar la hélice y puse en marcha el motor. Era tan silencioso y diferente que, por un momento, él olvidó por qué había querido conocerme, olvidó que el avión era el telón de fondo y no el centro de nuestro sueño.
—¿Listo? —dije, preparándome para despegar.
—Sí.
¿Cómo podría describirlo? Audaz, pensé.
Este tipo está pasando por la engañosa tortura del dinero inesperado, de lo que eso hace con un inocente y con sus amigos, y ahora todo le está estallando alrededor; su mundo se está haciendo pedazos. Pero en este momento es como un niño con un juguete, por lo mucho que le gustan los aviones. Qué fácil es sentir compasión, pensé, cuando es nuestro propio yo el que vemos en problemas.
Cuando hubimos ascendido trescientos metros, retiré las manos de los mandos.
—Ya has visto.
Piloteó con desenvoltura, cauto y suave con un aparato que jamás había imaginado. Comprendí que ese sueño era, de algún modo, un espectáculo mío; él estaba esperando que yo le dijera algo. Sin embargo, estaba muy seguro de haber aprendido hasta lo último que debía aprender. Lo sentía preparándose para rechazar el conocimiento mismo que lo liberaría. —¿Podemos apagar el motor? —preguntó, haciéndose oír por sobre el viento.

https://biblioteca.d2g.com/

A manera de respuesta, toqué la llave que cerraba el contacto del regulador. La hélice aminoró su giro, se detuvo, y nos convertimos en un planeador.
Las lecciones de aviación eran algo que él no podía resistir.
— Qué avioncito perfecto! —dijo—. ¿Cómo se hace para conseguir uno?
Tras unos pocos minutos de vuelo, ya estaba listo para correr a comprar un Terodáctilo. Tenía dinero para hacerlo; habría podido comprar cien de ellos, pero en su época, por supuesto, era una idea invisible, ni siquiera un esbozo de papel.
No era comprándolo como obtendría ése, y tal fue mi apertura para penetrar a través de sus defensas contra el cambio.
Le pedí que me dijera lo que sabía: qué era ese avión y quién era este tipo con equipo de nieve que lo piloteaba. No me sorprendió que me lo dijera; sólo hacía falta la pregunta.
Al cabo de un rato, entre lecciones, le dije directamente que yo tenía las respuestas que él estaba buscando, pero sabía que él no prestaría atención a lo que yo podía decirle.
—¿Estás seguro de que no voy a escuchar? —dijo.
—¿Me equivoco?
—¿En quién puedo confiar sino en ti? En Leslie, pensé, pero él se reiría de eso y no llegaríamos a ninguna parte.
—Para aprender esto viniste aquí. Y esto es lo que vas a hacer —le dije—. La solución que estás buscando es renunciar a tu Libertad y a tu Independencia para casarte con Leslie Parrish. Lo que encontrarás a cambio es una especie diferente de libertad, tan hermosa que no puedes imaginarla.
Después de lo de casarse con Leslie no captó nada; estuvo a punto de caer desde el avión, a fuerza de sobresalto.
Cuánto le falta por andar, pensé, mientras él tosía y se ahogaba. Y lo hará en cinco años, tan sólo. Un terco y cerrado hijo de mala madre, pero básicamente me gusta. Llegará, claro que sí, pensé. ¿O no? ¿Llegará éste a ser la voz del choque de veleros o del otro recodo hacia Montana?
Acaso se enfrenta a un futuro que fracasó?
Su misma soledad, tan bien defendida, resultaba ser mi esperanza. Cuando le hablé de Leslie me escuchó con atención, hasta tragó saliva y aceptó algunas verdades sobre su futuro. Si sabía lo de ella, tal vez la supervivencia le fuera más fácil, pensé, aunque olvide palabras y escenas.
Puse el avión hacia el norte.
Ella estaba esperando cuando aterrizamos, vestida como cuando estábamos solos en casa. Él dio un brinco al verla; la visión de Leslie vaporizó una tonelada de hierro en menos de un segundo. ¡Qué poder tiene la belleza!
Como ella tenía algo personal que decirle, me agité en mi sueño, desaparecí y desperté años después de lo que él despertaría del mismo sueño.
En cuanto abrí los ojos, la historia se evaporó, se diseminó como vapor en el aire. Un sueño de vuelo, pensé. ¡Qué suerte la mía, soñar tanto con vuelos! En éste había algo especial, pero... ¿de qué se trataba? Yo estaba por invertir en diamantes en bruto, ¿no? Volaba a alguna parte con una caja de diamantes, semillas o algo así, y casi se cayeron del avión. Un sueño de inversiones. ¿Alguna parte de mi subconsciente sigue pensando que tiene dinero?

http://biblioteca.d2g.com/

Tal vez sabe algo que yo no sé.
En una libreta anoté: ¿Por qué no buscar sueños autoinducidos, para viajar, ver y aprender lo que queremos aprender?
Permanecí quieto, contemplando a Leslie dormida; la aurora centelleaba en esa cabellera dorada, vertida al descuido sobre su almohada. Por un momento... estaba tan quieta... ¿Y si estuviera muerta? Respira tan levemente que no sé. ¿Está respirando? ¡No!
Sabía que me estaba engañando, pero qué alivio, qué súbito regocijo cuando ella se movió suavemente en su sueño, en ese momento, sonriendo la más pequeña de las sonrisas de sueño.
Me he pasado la vida buscando a esta mujer, pensé. Me dije que ésta era mi misión, volver a estar con ella.
Me equivocaba. Hallarla no era el objetivo de mi vida, sino un incidente imperativo. Hallarla ha permitido que mi vida comenzara.
El objetivo es: ¿y ahora qué? ¿Qué van a aprender ustedes dos sobre el amor? He cambiado tanto, pensé, y esto apenas comienza.
Las historias de amor, en la realidad, no tienen finales. El único modo de descubrir qué pasa en el feliz-por-siempre-jamás con la pareja perfecta es vivirlo personalmente. Hay romance, por supuesto, y el deleite sensual de la lujuria enamorada.
¿Y después qué?
Después, días y meses de conversar sin fin, poniéndose al día después de haber pasado siglos separados; ¿qué hiciste entonces, qué pensabas, qué has aprendido, cómo estás cambiando?
¿Y después qué?
¿Cuáles son tus esperanzas sueños deseos más íntimos, tus más desesperados si-tan-sólo para tornarlos realidad? ¿Cuál es la vida más imposiblemente bella que puedas imaginar? Y aquí está la mía, y ambas combinan como sol y luna en nuestro cielo, y ambos, juntos, podemos convertirlas en realidad.
¿Y después qué?
¡Cuánto para aprender juntos! ¡Cuánto a compartir! Idiomas y arte dramático, poesía y drama, programación de computadoras, física y metafísica, parapsicología, electrónica, jardinería; quiebra, mitología, geografía, cocina, historia, pintura, economía, tallas en madera, música, historia del arte, navegación a vela e historia de las embarcaciones, acción política y geología, coraje, comodidad, plantas silvestres y animales originarios, el morir y la muerte, arqueología, paleontología, astronomía y cosmología, enojo y remordimiento, literatura, metalurgia, tiro al blanco, fotografía y energía solar, construcción de casas, inversiones, imprenta, dar y recibir, surf a vela y hacerse amigo de los niños, y envejecer, y salvar la tierra e impedir las guerras, las curaciones espirituales y las curaciones psíquicas, intercambio cultural y producción de filmes, microscópica y energía alternada, cómo jugar, cómo discutir y hacer las paces, cómo sorprender, Encantar, vestir y llorar, tocar el piano, la flauta y la guitarra, ver más allá de las apariencias, recordar otras vidas, pasadas y futuras, desentrañar respuestas, investigar y estudiar, coleccionar, analizar y sintetizar, servir y contribuir, dar conferencias y escuchar, ver y tocar, viajar en el tiempo para conocer a los otros nosotros, crear mundos de sueños y vivir allí, cambiando.

http://biblioteca.d2g.com/

Leslie, en su sueño, sonrió.
¿Y después qué?, pensé yo. Y después más, siempre más para que aprendan los glotones de la vida. Aprender, practicar, dar más a otros glotones de la vida, recordarles que no estamos solos.
¿Y después qué, después de haber vivido nuestros sueños, cuando estemos cansados del tiempo?
Y después... ¡La Vida, Es!
¿Recuerdas? Recuerda ¡YO SOY! ¡Y TÚ ERES! ¡Y EL AMOR; ES TODO LO QUE IMPORTA!
¡Eso es y-después-qué!
¡Por eso las historias de amor no tienen final! ¡No tienen final porque el amor no termina!
De pronto, en la mañana, por espacio de cien segundos, comprendí lo simplemente que Todo-Cuanto-Es se compagina. Tomé la libreta que tenía junto a la cama y reduje esos segundos a letras de fibra negra, enormes y excitadas.
¡Lo único real, es la Vida!
La vida deja a la conciencia en libertad de elegir la no-forma o infinitos, múltiples trillones de formas, cualquiera que pueda imaginar.
Mi mano temblaba y relampagueaba, las palabras daban tumbos sobre las líneas azules del papel.
La conciencia puede olvidarse de sí misma, si quiere olvidar. Puede inventar límites, iniciar ficciones; puede simular galaxias, universos y versos, agujeros negros agujeros blancos grandes-explosiones y estados-estables, soles y planetas, planos astrales y físicos. Todo lo que imagina, lo ve: guerra y paz, enfermedad y salud, crueldad y bondad. La conciencia puede moldearse en tres dimensiones como camarera convertida en profeta de Dios; puede ser una margarita, un guía espiritual, un biplano en una pradera;
puede ser un aviador que acaba de despertar de un sueño y ama la sonrisa de su esposa dormida; puede ser la gatita Dolly en medio de un salto hacia la cama impaciente ¿dónde POR FAVOR está la comida para gatos esta mañana?
Y en cualquier instante que quiera, puede recordar quién es, puede recordar la realidad, puede recordar el Amor. En ese instante, todo cambia...
Dolly, la bola de pelusa agazapada, enceguecidos los ojos azules tras la máscara de chocolate en polvo, saltó, aturdió esa cola de ratón de tinta que surgía de mi estilográfica precipitada y la arrojó fuera de la página.
—¡No, Dolly! —susurré, ferozmente.
¿No me das la comida para gatos? Te como la estilográfica.
—¡Dolly! ¡No! ¡Fuera! ¡Bájate!
¿Tu estilográfica no?, Titiló ella. ¡Pues te como la MANO!
— ¡Dolly!
—¿Qué está pasando, ustedes dos?
Leslie, despertada por la conmoción, movió los dedos bajo la frazada. En una centésima de segundo, la bestezuela giró en redondo para atacar dientes de aguja veinte uñas fuego graneado contra aquella nueva amenaza contra gatitos.
—Dolly la Gatitalorium está sugiriendo que comencemos la jornada —suspiré, por sobre el estruendo de la batalla.

http://biblioteca.d2g.com/

La mayor parte de lo que había sabido súbitamente estaba sana y salva, en tinta.
¿Estás despierta ya, wook? —dije—. Acabo de tener una idea muy notable. Si estás despierta quiero contarte.
—Cuéntame.
Ahuecó una almohada bajo la cabeza, esquivando una paliza de Dolly por eso, gracias a que Ángel El-Otro-Gato entró inocentemente en la habitación, en ese momento, convirtiéndose en un nuevo blanco para que su compañera acechara y atacara.
Leí de la libreta lo que acababa de escribir; las frases brincaban unas sobre otras, como gacelas sobre altas cercas. Terminé en un minuto y levanté la vista hacia ella.
—Hace años traté de escribir una carta a un yo más joven: "Cosas que me habría gustado saber cuando era tú'". Si al menos pudiéramos entregar esto a los niños que fuimos...
—¿No sería divertido —dijo ella— sentarnos en una nube y verlos recibir de nosotros una libreta con todo cuanto hemos aprendido?
—Sería triste, en cierto modo.
—¿Triste, por qué?
—Hay tantas cosas buenas que esperan para ocurrir, y ellos no se pueden encontrar hasta ahora, o hasta hace cinco años...
—¡Digámosles! —propuso ella—. Ponlo en la libreta: "Ahora, Dick, llama a Leslie María Parrish, que acaba de mudarse a Los Ángeles, contratada por la Twentieth Century-Fox; su número de teléfono es Crestview seis, dos nueve nueve tres...
— ¿Y qué más? —inquirí—. ¿Le indico que diga: "Habla tu alma gemela"? ¡Leslie ya era una estrellita! Los hombres veían sus fotografías y se enamoraban de ella. ¿Acaso ella va a invitarlo a almorzar? ¡Él es un muchachito que está por abandonar su único año de universidad!
—Si ella es sagaz, le dirá: " ¡Salgamos de Hollywood cuanto antes!"
Suspiré.
—No serviría de nada. Él tiene que ingresar en la Fuerza Aérea y pilotear aviones de combate, desplegar lo que comienza a ser y lo que comienza a saber. Ella tiene que acabar con su propio matrimonio y aprender por sí misma lo que es el comercio, la política y el poder.
—Entonces hagámosle llegar una carta a ella —sugirió—. Querida Leslie, recibirás una llamada de Dick Bach; es tu alma gemela, así que trátalo bien y ámalo siempre...
— ¿"Siempre", wook? Siempre es...
La miré en medio de la respuesta y quedé petrificado, comprendiendo.
Imágenes de sueños pasados, fragmentos de vidas perdidas en pasados y futuros brillaron como diapositivas a color detrás de mis ojos, clic-clic-clic...
La mujer que estaba en la cama en ese momento, esa persona a la cual yo podía tocar con sólo estirar una mano, es la que mataron conmigo en la masacre de la Pensilvania colonial, la misma mujer, la querida mortal a quien le he servido de guía espiritual diez o doce veces, la que me ha guiado a mí; es el sauce cuyas ramas se entrelazaban con las mías; ella el zorro, yo la zorra que, a colmillo desnudo, a dentelladas innumerables, salvamos a los cachorros de los lobos; ella, la gaviota que me llevó más alto; ella, la luz viviente en la ruta a Alejandría; ella, la forma viva plateada de Bellatrix Cinco; el ingeniero de la nave espacial que amaría en mi futuro distante;

https://biblioteca.d2g.com/

la Deva de la flor de mi pasa-do distante.
Clic y clic y clic; marco y marco y marco.
¿Por qué mi debilidad, mi regocijo por el giro singular de esta mente, por la curva singular de este rostro y estos pechos, por la alegre luz singular de sus ojos cuando ríe?
Porque esas curvas y esas chispas únicas, Richard, las llevamos con nosotros de vida en vida; son nuestra marca distintiva, estampada profundamente en lo que cada uno de nosotros cree. Y sin saberlo, ¡las recordamos! ¡Cuándo volvemos a encontrarnos!
Ella me miró de frente, alarmada.
— ¿Qué pasa, Richard? ¿Qué pasa?
—Nada —dije, deslumbrado—. Estoy bien, no me pasa nada...
Lancé un manotazo al papel, anoté las palabras en un instante. ¡Qué mañana!
Una y otra vez nos habíamos atraído mutuamente, porque teníamos muchísimo que aprender juntos, aprendizajes difíciles y también felices.
¿Cómo es posible que yo sepa, por qué estoy tan completamente convencido de que la muerte no nos separa del que amamos?
Porque ésta que amo hoy... porque ella y yo hemos muerto antes un millón de veces, y en este segundo, en este minuto, en esta hora estamos vida juntos otra vez. No nos vemos más separados por la muerte que por la vida. En lo hondo de nosotros, cada uno conoce las leyes, y una de las leyes es ésta: volveremos por siempre jamás a los brazos de quienes amamos, sea nuestra separación de la noche a la mañana o de la muerte a la vida.
—Un minuto, wook. Tengo que anotar esto.
*¡Lo único que perdura, es el Amor!*
Las palabras se desprendían con tanta velocidad como permitía la tinta.
En el principio del universo... ¡Antes de la Gran Explosión, éramos nosotros!
Antes de todas las Grandes Explosiones en todos los tiempos, y cuando el eco de la última se haya apagado, somos nosotros. Nosotros, danzarines en todas las formas, reflejados por doquier, nosotros somos la razón del espacio, los constructores del tiempo.
Somos el puente a través del infinito, arqueado sobre el mar, buscando aventuras para nuestro placer, viviendo misterios por divertirnos, eligiendo desastres triunfos desafíos apuestas imposibles, sometiéndonos a prueba una y otra vez, aprendiendo el amor, el amor y ¡EL AMOR!
Levanté la estilográfica, me incorporé en la cama, sin aliento, mirando a mi esposa.
—¡Estás viva! —dije.
Sus ojos centellearon.
—Estamos ambos vivos y juntos.
Hubo silencio por un rato, hasta que ella volvió a hablar.
—Había dejado de buscarte —dijo—. Era feliz viviendo sola en Los Ángeles, con mi jardín y mi música, mis causas y mis amigos. Me gustaba vivir sola. Pensaba seguir así por el resto de mi vida.
—Y yo me hubiera dejado estrangular alegremente por mi libertad —dije—. No habría sido feo; era lo mejor que cada uno de nosotros conocía. ¿Cómo se puede extrañar lo que nunca se tuvo?
¡Pero lo extrañábamos, Richie! De vez en cuando, cuando estabas solo, hubiera o no gente a tu alrededor, ¿no te sentías tan triste que hubieras podido llorar, como si fueras el

https://biblioteca.d2g.com/

único de tu especie en el mundo? —Alargó una mano para tocarme la cara. — ¿Nunca sentiste que echabas de menos a alguien que nunca habías conocido?

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 46

Nos habíamos quedado levantados hasta tarde, los dos. Leslie estaba sumergida en la página trescientos y algo de El libro de la energía solar pasiva: edición profesional ampliada.

Yo cené Historia del revólver Colt, lo puse en la pila de Terminados y tomé el primer volumen de la pila A LEER.

Cómo nos describen nuestros libros, pensé. Junto a la cama de Leslie: Poemas completos de E.E. Cummings, Informe global 2000 al presidente, Hacia la frugalidad, Abraham Lincoln de Carl Saw / burg, Los unicornios que conocí, Este momento sin tiempo, Los años flacos, Barishnikov trabajando, Directores del cine americano, 2081.

Junto a la mía: Los maestros danzantes de Wu Li, Cuentos de Ray Bradbury, La Odisea de un hombre del aire, La conspiración de Acuario, La interpretación de los mundos múltiples de la mecánica cuántica, Plantas comestibles occidentales, El factor de compensación dinámica. Cuando quiero comprender a alguien rápidamente, me basta echar una mirada a su biblioteca.

El ruido que hice al cambiar de libro la sorprendió al final de un cálculo.

—¿Que tal era el señor Colt? —preguntó, poniendo sus cartas solares donde les diera mejor la luz.

—Oh, anda muy bien. ¿Sabías que sin el revólver Colt habría hoy cuarenta y seis estados en este país, en vez de cincuenta?

— ¿Robamos cuatro estados a punta de pistola?

—Eso es bastante grosero, Leslie. Robar no. A algunos los defendimos, a otros los liberamos. Y no fuimos nosotros. Tú y yo no tuvimos nada que ver con eso. Pero hace más de cien años, para la gente que vivía entonces el Colt era un arma temible, un revólver de repetición, más veloz que ningún rifle y más preciso que la mayoría. Siempre he tenido ganas de poseer un Navy Colt de 1851. Qué tontería, ¿no? Los originales son caros, pero Colt fabrica una réplica.

—¿Y por qué deseas algo así?

Ella no tenía intenciones de ser provocativa en ese momento, pero ni siquiera los camisones de invierno podían disimular contornos tan adorables. ¿Cuándo se me pasará esta obtusa fascinación por la forma que ella ha elegido para su cuerpo? Nunca, pensé.

—¿Algo como qué? —pregunté, distraído.

—Bestia —gruñó—. ¿Por qué deseas una pistola antigua?

—Ah, el Colt. Me hace sentir algo extraño, desde que tengo memoria. Cuando me doy cuenta de que no tengo ninguno me siento como desnudo, vulnerable. Es costumbre tener uno al alcance de la mano, pero yo nunca he tocado un Colt. ¿No te parece extraño?

—Si quieres uno, podemos comenzar a ahorrar para comprarlo. Si te parece tan importante...

Cuántas veces nos vemos guiados hacia otros pasados nuestros gracias a pequeñas piezas y herramientas, máquinas viejas, edificios, tierras que amamos apasionadamente u odiamos con fiereza sin saber por qué. ¿Existe alguien que no haya sentido una atracción magnética hacia otros lugares, que se haya sentido en otras épocas como en su propia

https://biblioteca.d2g.com/

casa? Uno de mis pasados, sin duda, sostenía el azul-hierro y bronce de un revólver patente Colt. Sería divertido seguirle el rastro, algún día.
—Creo que no, wookie. Es una idea tonta.
—¿Qué vas a leer ahora? —preguntó, poniendo el libro de costado para estudiar el gráfico siguiente.
—Se llama La vida después de la muerte. Parece ser una investigación bastante cuidadosa, con entrevistas a personas que estuvieron a punto de morir: lo que sintieron, lo que vieron. ¿Cómo anda tu libro?
Ángel T. Gato subió a la cama de un salto; tres kilos de persa blanco, de pelo largo, caminando hacia Leslie como tres toneladas, cayeron en las páginas frente a ella, ronroneando.
–Muy bien. Este capítulo, sobre todo es muy interesante. Dice pelo pelo pelo OJOS NARIZ OJOS pelo pelo pelo garras y cola. Ángel, ¿entiendes cuando te digo que me estás molestando? ¿Y si te digo que te has sentado en mi libro?
El gato le miró un soñoliento  y ronroneó con más potencia.
Leslie trasladó el peludo peso a su hombro y ambos leímos en silencio por un rato.
–Buenas noches, pequeña wook –dije, apagando mi velador–. Te espero en la esquina de la calle Nube y la avenida Noni.
–No voy a tardar mucho, tesoro. Buenas noches.
Aplasté mi almohada y me acurruqué formando una bola de dormir. Llevaba algún tiempo practicando la inducción de sueños, con un éxito muy reducido. Esa noche estaba demasiado cansado para practicar. Caí por el borde hacia el sueño.
Lo que veíamos era una casa de vidrio, luminosa y aireada, muy alto en una isla selvática. Las flores lo salpicaban todo: una inundación de color en los cuartos, en las cubiertas y más allá, salpicando la pendiente hacia una pradera nivelada. Un anfibio Lake con los tonos del amanecer, posado en el césped. Lejos, sobre el agua profunda, otras islas diseminadas, desde el verde grisáceo al azul neblinoso.
Había árboles tanto dentro como fuera de la casa; árboles y plantas colgantes bajo un gran cuadrado de techo retirado para dejar entrar el aire y el sol. Sillas y un sofá con un suave tapizado de colores vainilla y limón. Estantes de libros al alcance de la mano; en el aire, el glorioso Concierto para Orquesta de Bartók. Aquel lugar nos pareció casi nuestro por la música y las plantas, por el avión y el panorama amplio, que se parecía a volar. Era exactamente lo que deseábamos tener algún día.
– ¡Bienvenidos, ambos! ¡Lo consiguieron!
Los dos que nos salían al encuentro eran conocidos. Rieron y nos abrazaron con alegría.
Aunque durante el día los olvidemos, dormidos podemos recordar sueños de años anteriores. El hombre era el mismo que me había llevado primero en el Terodáctilo; era yo mismo, dentro de diez o veinte años, pero rejuvenecido. La mujer era la Leslie de junto al avión, embellecida por la sabiduría.
–Siéntense, por favor –dijo–. No disponemos de mucho tiempo.
El hombre trajo sidra caliente para nosotros y la puso sobre una mesa de madera flotante.
–Conque éste es nuestro futuro –dijo Leslie–. ¡Han trabajado bien!
–Este es uno de sus futuros –dijo la otra Lesllie–, y fueron ustedes los que trabajaron bien.
–Ustedes nos mostraron el camino –dijo el hombre–. Nos dieron posibilidades que, sin

http://biblioteca.d2g.com/

ustedes, no habríamos tenido.
–¿No fue nada, verdad, wookie? –Sonreí a mi esposa.
–¿No fue nada? –respondió ella–. ¡Fue muchísimo!
–El único modo de darles las gracias era invitarlos a la casa –dijo el Richard-a-ser–. Diseño tuyo, Leslie. Funciona perfectamente.
–Casi perfectamente –corrigió su esposa–. Los fotovoltaicos son mejores de lo que pensaste, pero tengo algunas sugerencias sobre las masas termales...
Las dos Leslies iban a sumirse en una conversación profundamente técnica sobre ingeniería solar híbrida e hiperaislación cuando me di cuenta de que...
—Disculpen —dije—. ¡Estamos soñando! Todos nosotros, ¿ verdad? Esto, no es un sueño?
—En efecto —dijo el Richard futuro—. Es la primera vez que podemos llegar a los dos. Hace años que practicamos esto, de vez en cuando. ¡Nos está saliendo mejor!
Parpadeé.
—Hace años que están practicando y ésta es la primera vez que llegan a nosotros?
—Ya comprenderán cuando lo hagan. Por mucho tiempo, sólo se encontrarán con gente que no han visto: ustedes futuros, ustedes alternativos, amigos que han muerto. Por mucho tiempo estarán aprendiendo, antes de poder enseñar. Les llevará veinte años. Con veinte años de práctica, bien se pueden dar indicaciones al estado de sueño cuando se quiere. Entonces se puede llegar a darles las gracias a los antepasados.
—Antepasados? —dijo Leslie—. ¿Somos antiguos?
—Disculpa —dijo él—, elegí mal las palabras. Su futuro es nuestro pasado. Pero nuestro futuro es su pasado, también. En cuanto se liberen de esta apariencia de tiempo y sigan con la práctica del sueño, ya comprenderán. En tanto creemos en el tiempo en secuencia, vemos el transformarse en vez del ser. Más allá del tiempo, todos somos uno.
—Menos mal que no es complicado —dijo Leslie.
Tuve que interrumpir.
—Disculpen. El libro nuevo. Ustedes me conocen y conocen los títulos de los libros. ¿Encontré título? Quisiera saber si el libro sé escribió, se publicó, y no puedo, por lo que más quiero... ¿Llegué a hallar un título?
El Richard futuro no tenía mucha paciencia con mis dudas.
—Este sueño no es para decirte eso. Sí, hallaste un título. Y el libro se publicó.
—Es todo lo que quería saber —dije—. Y luego, mansamente: ¿-Cómo se tituló?
—Este sueño es para decirte otra cosa —repitió él—. Recibimos un... digamos... una carta de nosotros, muy en el futuro. Sus ideas de comunicarse con los jóvenes Dick y Leslie dieron comienzo a algo. Ahora unos cuantos de nosotros nos hemos convertido en una especie de amigos epistolares psíquicos.
Todo lo que ustedes pensaron para sus yos más jóvenes llegó. Pequeños cambios subconscientes, pero ahora son gente alternativa; tal vez no tengan que pasar por los tiempos difíciles que nosotros vivimos. Algunos tiempos difíciles tendrán, claro, pero existe una remota posibilidad de que no deban aprender a amar.
—La carta que recibimos —agregó la Leslie-a-ser— decía: "Todo lo que saben ¡es verdad!" Se estaba borrando; la escena parpadeó. —Hay más, pero escuchen: Nunca duden de lo que saben. Ese no era sólo un lindo título para el libro: somos puentes...

http://biblioteca.d2g.com/

Entonces el sueño se hizo añicos, se quebró en maletas llenas de panecillos, una persecución en automóvil, una lancha sobre ruedas.
No desperté a Leslie, pero escribí varias páginas en la libreta que tenía junto a la almohada, recordando en la oscuridad lo que había ocurrido antes de los panecillos.
Cuando ella despertó, a la mañana siguiente, dije:
—Deja que te cuente tu sueño.
—¿Qué sueño?
—Ese en que nos encontramos con nosotros mismos en la casa que tú diseñaste.
—¡Richard! —exclamó ella—. ¡Ya recuerdo! ¡Deja que yo te lo cuente! Era un lugar glorioso, con venados en la pradera, y la laguna era un espejo para un campo de flores como el que teníamos en Òregon. ¡El diseño de la casa solar va a funcionar! Adentro había música, libros y árboles. ¡Tan abierta y luminosa...! Era un día luminoso y colorido, y allí estaban Dolly y Ángel, mirándonos, ronroneando antes de volver a dormir, gatos viejos y gordos. ¡En el estante vi el libro nuevo, nuestro libro!
—¿Sí? ¿Si? ¿Cuál era el título? ¿Recuerdas?
Se esforzó por recordar.
— ¡Lo siento mucho, wookie, pero se me ha borrado! —Oh, bueno, no te aflijas —dije—. Era simple curiosidad. Qué sueño, ¿no?
—Decía algo acerca de "infinito".

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 47

Terminé de leer Recuerdos de la muerte una noche, poco después de que ella empezara La vida después de la vida; cuanto más pensaba, más necesitaba conversarlo con ella.
—Cuando tengas un minuto —dije—. Un minuto largo.
Ella siguió leyendo hasta terminar el párrafo y plegó la solapa de la sobrecubierta para marcar la página.
—Bueno —dijo.
— ¿No te parece mal que la muerte sea, con mucha frecuencia, un inconveniente muy molesto, para la mayor parte de la gente? Algo que nos cae encima tal vez cuando acabamos de hallar a la única persona en el mundo que podemos amar; no queremos separarnos de ella siquiera por un día y la muerte nos dice: "A mí no me importa, los voy a dividir."
—Se me ha ocurrido, de vez en cuando —dijo ella.
—¿Y por qué tiene que ser así? ¿Por qué tenemos que consentir una muerte tan fuera de control?
—Tal vez porque la única alternativa es el suicidio —dijo ella.
— ¡Aja! ¿Es, realmente, la única alternativa? ¿No hay un modo mejor de marcharse que esa costumbre de morir por la fuerza, al azar y a último momento, que tienen en este planeta?
—Déjame adivinar —dijo ella—. ¿Tienes algún plan a proponer? Ante todo, deberías saber que, mientras tú estés aquí, no me hace nada infeliz eso de morir a último momento.
—Espera que te cuente. Porque esto va a ser atractivo para tu sentido del orden. Podría ser que, en vez de morir por sorpresa, la gente llegara a un momento en que decidiera: " ¡Listo! Ya he terminado todo lo que vine a hacer, no hay montañas que no haya escalado bastante bien, no me falta por aprender nada de lo que quería aprender y he vivido una linda vida." Entonces, en perfecta salud, por qué no sentarse bajo un árbol o una estrella, en pareja, y salir del cuerpo para jamás regresar.
—Como en los libros que estamos leyendo —dijo ella—. ¡Qué buena idea! Pero no... no lo hacemos porque no sabemos cómo.
—¡Leslie! —dije, lleno de mi plan—. ¡Yo sé cómo!
—Todavía no, por favor —dijo—. Tenemos que construir nuestra casa, y hay que pensar en los gatos y en el mapache, y la leche del refrigerador se va a poner agria y hay correspondencia para contestar. Apenas estamos comenzando de nuevo.
—Está bien, ahora no. Pero se me ocurrió, leyendo estas experiencias próximas a la muerte, que son iguales a las experiencias de los viajes astrales. Morir es sólo una salida del cuerpo de la que no se vuelve. ¡Y a salir del cuerpo se puede aprender!
—Espera un momento —dijo ella—. ¿Estás sugiriendo que elijamos un lindo crepúsculo para abandonar nuestros cuerpos y no molestarnos en volver?
—Sí, algún día.
Me miró de reojo.
—¿Hasta qué punto hablas en serio?
—En un cien por ciento. ¡De veras! ¿No es irritante que te atropelle un autobús? ¿No es irritante estar separados, perder un día o dos, un siglo o dos de estar juntos?

https://biblioteca.d2g.com/

— La parte de estar juntos me gusta —concordó ella—. Porque yo también lo dije en serio: si mueres no quiero seguir viviendo aquí.
—Lo sé —dije—. Por eso bastará con que aprendamos a viajar fuera del cuerpo, como los adeptos espirituales y los lobos.
— ¿Qué lobos?
—Lo leí en un libro sobre lobos. La gente de un zoológico atrapó un par de lobos, dos machos, en una trampa suave, una cosa humanitaria que no los lastimó en absoluto. Los pusieron en una jaula grande y los cargaron en la parte trasera de una camioneta para llevarlos al zoológico. Cuando llegaron allí y descargaron la jaula... los dos lobos estaban muertos. Sin enfermedad, sin heridas, sin nada. Los lobos no querían que los separaran, no querían vivir enjaulados. Dejaron escapar la voluntad de vivir y murieron juntos. No hay explicación médica. Desaparecidos.
—¿Es cierto eso?
—Está en un libro sobre lobos, no-ficción. En el lugar de ellos, yo también lo hubiera hecho; ¿y tú? ¿No dirías que es una forma civilizada e inteligente de abandonar el planeta? Si toda la tierra, todo el espacio-tiempo es un sueño, ¿por qué no despertar suave y felizmente en otro sitio, en vez de gritar que no queremos irnos?
— ¿De veras crees que se podría hacer? —inquirió. Eso era atractivo para su sentido del orden.
Apenas había dejado de resonar la pregunta cuando yo ya estaba de vuelta en la cama, con diez o doce libros tomados de nuestros anaqueles. Estudio y práctica de la proyección astral, Viajes fuera del cuerpo, La suprema aventura, Guía práctica de la proyección astral, La mente más allá del cuerpo. El peso de los volúmenes hizo un pequeño cráter en el colchón.
— Estas personas dicen que se puede aprender. No es fácil y requiere muchísima práctica, pero se puede hacer. Sólo resta decidir si vale la pena hacerlo.
Ella frunció el ceño.
—En este momento te diría que no. Pero si murieras mañana, me lamentaría muchísimo de no haber aprendido.
—Busquemos un término medio. Aprendamos la parte del viaje astral y dejemos la de no regresar para mucho tiempo después. Los dos hemos abandonado ya nuestros cuerpos anteriormente; sabemos que se puede hacer. Ahora es cuestión de hacerlo cuando queremos, y de hacerlo juntos. No será tan difícil.
En eso me equivocaba. Era, realmente, muy difícil. El problema consistía en dormir sin dormir, sin perder la conciencia de uno mismo separado del cuerpo. Es fácil imaginar eso cuando se está bien despierto. Pero permanecer consciente con una colcha de sueño pesada como plomo, que nos arrastra hacia abajo, eso no tiene nada de sencillo.
Noche tras noche, leíamos nuestros libros sobre el viaje astral, prometiendo reunirnos en el aire, por sobre nuestros cuerpos dormidos, sólo para echarnos un vistazo y recordar cuando despertáramos. No teníamos suerte. Pasaron semanas. Meses. Se convirtió en un hábito y duró mucho más que los libros leídos.
—No te olvides de acordarte... —nos decíamos, al apagar la luz.
Nos dormíamos programados para encontrarnos arriba; ella iba a Pensilvania y yo me encontraba encaramado en un tejado de Pekín. O yo aparecía en un futuro calidoscópico

https://biblioteca.d2g.com/

mientras ella iba al siglo XIX a dar conciertos.
A los cinco meses de práctica, desperté. Serían las tres de la mañana.
Estaba tratando de mover la cabeza sobre la almohada, de cambiar la posición, cuando me di cuenta de que no podía hacerlo porque la almohada estaba en la cama y yo flotaba de espaldas, a un metro de altura.
Completamente despierto. Flotando. El cuarto estaba, de pared a pared, sumido en una oscura luz gris plateada. Se habría dicho que era el claro lunar, pero no había luna. Allí, las paredes, el equipo estéreo; allí, la cama, con los libros bien acomodados junto a ella, desordenados en un montón de mi lado. ¡Y allí, nuestros cuerpos, dormidos!
Un sobresalto de pura estupefacción, como fuego azul a través de mí, en la noche; luego, un estallido de alegría. Ese era mi cuerpo, el de allá abajo; ese objeto curioso tendido en la cama era yo, con los ojos cerrados, ¡profundamente dormido! Claro que no muy yo, porque yo era el que estaba mirando.
Todo lo que pensé, esa primera noche fueron subrayados y signos de admiración. ¡Resulta! ¡Es muy fácil! Esto es... la libertad! ¡HURRA!
Los libros tenían razón. Pensar en moverse...y me moví, deslizándome en el aire como un trineo sobre hielo. No tenía cuerpo, exactamente, pero tampoco carecía de él. Tenía una sensación de cuerpo: difuso, neblinoso, un cuerpo de fantasma. Después de tanta práctica decidida, ¿cómo podía ser tan fácil? Una extremada conciencia. Comparada con esa vida zumbarte, sabedora, afilada como navaja, la conciencia diaria es sonambulismo.
Giré en el aire para mirar hacia atrás. Un levísimo hilo de luz fulgurante llevaba desde mí hasta mi forma dormida. Ese es el cordón del que leímos, el cordón de plata; es lo que liga a un espíritu viviente a su cuerpo. Si cortamos ese cordón, según dicen, nos vamos.
En ese momento un aura reverberante se borroneó detrás de mí y se aquietó para pender alrededor de Leslie, en la cama, hasta desaparecer en su cuerpo. Un segundo mas tarde ella se movió, dándose vuelta bajo las frazadas; su mano me tocó el hombro. Me sentí como si me empujaran desde atrás. Ese solo contacto me despertó, arrojándome de cabeza como una catapulta.
Se me abrieron los ojos a un cuarto más oscuro que la medianoche, tan oscuro que lo mismo daba tenerlos abiertos o cerrados. Alargué la mano hacia la perilla del velador,
con el corazón palpitante.
¡Wookie! —dije—. Tesoro, ¿estás despierta?
—Mm... Ahora sí. ¿Qué pasa?
—¡Nada malo! —grité en voz baja—
¡Resultó! ¡Lo hicimos!
— ¿Hicimos qué?
—¡Salir del cuerpo!
—Oh, Richie, ¿de veras? No recuerdo...
—¿No? ¿Qué es lo último que recuerdas antes de ahora?
Se apartó el pelo dorado de los ojos y sonrió, soñadora.
—Estaba volando. Lindo sueño. Volando sobre sembrados...
—¡Entonces es cierto! ¡Recordamos las noches que pasamos fuera del cuerpo como sueños de vuelo!
—¿Cómo sabes que yo estaba fuera de mi cuerpo?

http://biblioteca.d2g.com/

—¡Porque te vi!
Eso la despertó. Le conté todo lo que había pasado, todo lo que había visto.
—Pero "ver" no es la palabra correcta para la visión fuera del cuerpo, wook. No es tanto ver como saber, saber en detalle, con más claridad que si vieras. —Apagué la luz.
—El cuarto, así de negro, y yo podía verlo todo. El estéreo, los estantes, la cama, tú y yo...
En la oscuridad era impresionante hablar de ver.
Ella encendió su velador, se incorporó en la cama, frunció el ceño.
— ¡No recuerdo!
—Apareciste a mi lado como un OVNI de rosas y margaritas; te detuviste en el cuerpo y luego fue como si te fundieras en tu cuerpo. Entonces me tocaste al moverte y ¡bang! desperté por completo. Si no me hubieras tocado en ese momento, no lo habría recordado.
Pasó un mes antes de que volviera a ocurrir; en esa oca-
sión fue casi al revés. Ella esperó hasta la mañana para contármelo.
— ¡Lo mismo que te pasó a ti, wook! Me sentía como una nube en el cielo, liviana como el aire. ¡Y feliz! Me volví, miré hacia la cama y allí estábamos nosotros, dormidos, y Ámbar, ¡mi querida Ámbar, enroscada en mi hombro, como solía dormir! " ¡AMBAR!", dije, y ella abrió los ojos y me miró, como si nunca se hubiera ido. Se levantó y
comenzó a caminar hacia mí. Ahí termina todo. Desperté en la cama.
— ¿Tuviste la sensación de que debías permanecer en el cuarto?
—¡No, no! podía ir a cualquier lugar del universo ,a donde quisiera, ver a quien se me antojara. Es como tener un cuerpo mágico.
Un generador chisporroteaba silenciosamente en el dormitorio.
—¡Lo hicimos! —dijo, tan excitada como yo antes—.
¡Lo estamos haciendo!
—Quizá dentro de un mes más podemos volver a hacerlo —dije.
Ocurrió a la noche siguiente.
Esta vez estaba sentado en el aire cuando desperté, por encima de la cama; lo que me llamó la atención fue una forma radiante que flotaba, impecablemente plata y oro, apenas a medio metro de distancia, exquisito amor vivo.
¡Oh, caramba!, pensé. La Leslie que he estado viendo con los ojos no es una ínfima parte de quien realmente es. Es cuerpo dentro de cuerpo, vida dentro de vida, desplegándose, desplegándose, desplegándose... ¿Podré conocer alguna vez a todas sus ellas?
No hicieron falta palabras; yo sabía cuanto ella quería hacerme saber.
—Estabas durmiendo, y yo estaba aquí y te insté a salir, Richie por favor sal... y lo hiciste...
—Hola, tesoro, ¡hola, hola!
Me alargué hacia ella; cuando se tocó la luz de ambos, la sensación fue la misma que cuando nos tomamos de la mano, pero multiplicadamente íntima, con un suave regocijo.
—Arriba —le pensé—. Despacio. Tratemos de subir.
Como dos globos cálidos, nos elevamos juntos a través del techo, como si fuéramos aire
fresco. El tejado de la casa se hundió detrás de nosotros: toscos aleros de madera, cubiertos por agujas de pino; chimenea de ladrillo, antena de televisión apuntada hacia los sitios civilizados. Abajo, en las terrazas, flores dormidas en los canteros.
Entonces nos vimos encima de los árboles, derivando con cuidado por sobre el agua, en

http://biblioteca.d2g.com/

una noche de nubes dispersas en un cielo de estrellas: Finos cirrus diseminados, visibilidad ilimitada, viento del sur a dos nudos. No había temperatura.
"Si esto es la vida", pensé, "es infinitamente más bella que cuanto he visto..."
—Si —oí que Leslie pensaba—. Si
—Guarda esto en tu tremenda memoria —le dije—. ¡No vayas a olvidarlo cuando despertemos! —Tu tampoco... —Como alumnos de aviación en nuestro primer vuelo sin acompañante, nos movíamos lentamente juntos, sin movimientos apresurados. No sentíamos miedo alguno a la altura, no más de lo que un par de nubes podría tener miedo de caer o dos peces de ahogarse. Fueran lo que fuesen esos cuerpos, no tenían peso ni masa. Podíamos deslizarnos a través del hierro y atravesar el sol, si se nos ocurría.
¿ Ves? ¿El cordón?
Cuando ella lo dijo, recordé y baje- la vista. Dos telarañas resplandecientes se extendían alejándose de nosotros, hacia la casa.
—Somos cometas-espíritus con sus cordeles —pensé—. ¿Estás dispuesta a volver?
—Lentamente.
—No hace falta que volvamos...
— ¡Pero es lo que deseamos, Richie!
Lentamente, flotamos por sobre el agua hasta la casa, atravesando el muro oeste del dormitorio.
Nos detuvimos junto a la biblioteca.
— ¡Mira! —pensó ella—. ¿ Ves? ¡Es Ámbar! Una forma luminosa velluda flotó hacia Leslie. -
- ¡Hola, Ámbar! ¡Hola, pequeña Ámbar! Hubo una sensación de saludo, de amor, proveniente de la luz. Las dejé lentamente y crucé el cuarto. ¿Y si deseáramos hablar con alguien? ¿Si Leslie quería ver a su hermano, que había muerto cuando ella tenía diecinueve años? ¿Si yo deseaba hablar con mi madre, con mi padre, que acababa de morir? ¿Qué pasaría entonces?
En esta condición, fuera del cuerpo, las preguntas vienen con respuestas. Si queremos hablar con ellos, podemos. Podemos estar con cualquiera, si nos sentimos vinculados a él y si él quiere estar con nosotros.
Me volví a mirarlas, mujer y gata; por primera vez reparé en que del animal partía un hilo de plata. Conducía hacia abajo, en la oscuridad, hasta una cesta colocada en el suelo y a un pompón blanco dormido. Si yo hubiera tenido corazón, se me habría detenido por un instante.
— ¡Leslie! Ámbar... ¡Ámbar es Ángel T. Gato!
Como si eso fuera el pie para iniciar una representación que ignorábamos, en ese momento nuestra otra gata, Dolly, irrumpió en el pasillo a máxima velocidad. Como una motocicleta de cuatro patas, saltó a la cama.
En el momento en que fuimos bombardeados a gata, ambos despertamos, olvidándolo todo.
— ¡DOLLY! —grité.
Pero ella había rebotado de la cama a la pared y hacía rato que había desaparecido otra vez en el pasillo. Era, simplemente, su manera de divertirse.
—Disculpa, wook —dije—. Perdona si te desperté.

https://biblioteca.d2g.com/

Ella encendió la luz.
— ¿Cómo sabías que era Dolly? —preguntó, soñolienta.
—Era Dolly. La vi.
—¿En la oscuridad? ¿En esta oscuridad viste a Dolly, que es parda y negra, corriendo a toda velocidad?
Ambos recordamos en ese mismo instante.
—Estábamos afuera, ¿verdad? —dijo—. ¡Oh, wookie, estábamos juntos, en las nubes!
Manoteé la libreta y una estilográfica.
—Rápido, ahora mismo. Cuéntame todo lo que recuerdes.

Desde esa noche, la práctica se fue tornando gradualmente menos difícil; cada éxito despejaba el camino para el siguiente.
Tras el primer mes de práctica, podíamos encontrarnos juntos fuera del cuerpo varias veces al mes; la sospecha de que éramos visitantes en el planeta fue en aumento, al punto de hacernos sonreír, interesados observadores, en medio del informativo de la noche.
Debido a nuestra práctica, la tragedia-y-muerte que veíamos por Canal 5 no era tragedia ni muerte; eran los ires y venires, las aventuras de espíritus de infinita potencia. Los informativos de la noche dejaron de ser un horror sombrío para convertirse en una transmisión de clases, de exámenes a aprobar, de oportunidades para efectuar inversiones sociales, desafíos ofrecidos, provocaciones.
—Buenas noches, América. Soy Nancy Noticias. He aquí la diaria lista de horrores alrededor del mundo. Aventureros espirituales: los que busquen el progreso mediante rescates, escuchen. Hoy, en Oriente Medio... —Lee, en la esperanza de que los aficionados al rescate estén sintonizando. —A continuación daremos nuestra lista de Fracasos Gubernamentales. ¿Alguien disfruta reparando los desastres burocráticos? Tras una breve pausa comercial, abriremos un cajón lleno de Problemas Graves Variados. ¡Si usted tiene soluciones, no deje de mirar!
Mediante la práctica del viaje astral, nosotros esperábamos aprender a ser los amos y no las víctimas del cuerpo y su muerte. No suponíamos que, junto con la lección, se nos daría una perspectiva capaz de cambiarlo todo. Cuándo se deja de ser la víctima para ser el amo, ¿qué se hace con el poder?
Una noche, después de escribir, estaba poniendo comida para gatos y pequeños bombones de merengue en una bandeja, que pondría afuera para Raquel Mapache, nuestra diaria visitante nocturna; Leslie vino a supervisar. Había dejado su computadora temprano, para sintonizar el estado del mundo.
— ¿Viste en el informativo algo en que valga la pena invertir? —pregunté.
—Impedir abusos y guerras, como siempre. Colonias espaciales, tal vez; salvar el medio, por supuesto, y las ballenas, animales en peligro.
La bandeja de comida era deliciosa, vista con ojos de mapache.
—Demasiados bombones de merengue —observó ella, sacando algunos del montón—. Eso es para Raquel, no para Cerdito.

http://biblioteca.d2g.com/

—Se me ocurrió que tal vez quiera algunos de más, esta noche.
Cuantos más bombones de merengue coma, menos querrá comer pajaritos o algo así.
Leslie, sin una palabra, volvió a poner los bombones y fue a preparar un sitio en el sofá para que nos sentáramos. Saqué la comida para el mapache y me acurruqué junto a mi esposa, en la sala.
—Creo que la mejor oportunidad está en el avance individual —dije—. Tú y yo, aprendiendo... ¡es algo que podemos controlar!
—Pero no salir del cuerpo para volar a otros niveles, ¿te diste cuenta? —se burló—. ¿No estamos dispuestos a despedirnos de este planetita?
—Todavía no -dije—. Basta con saber que podemos abandonarlo cuando queramos. Tal vez seamos extranjeros en la tierra, wookie, pero gozamos de antigüedad. Años de educación sobre cómo usar el cuerpo, la civilización, las ideas, el idioma. Sobre cómo cambiar las cosas. Todavía no estoy dispuesto a desechar todo eso. Me alegro de no haberme matado hace mucho tiempo, antes de encontrarte.
Me miró, curiosa.
—¿Sabías que estabas tratando de matarte? —Conscientemente, no, no creo. Pero tampoco creo que esas escapadas por milagro hayan sido accidentales. La soledad era un problema tan grande, por entonces, que no me habría molestado morir. Habría sido como una nueva aventura.
—¿Y qué te habría parecido —sugirió ella— matarte y descubrir después que tu alma gemela aún estaba en la tierra, esperándote?
Las palabras se petrificaron en el aire. ¿Acaso yo había estado más cerca de eso de lo que creía? Seguimos juntos en nuestro sofá alquilado; el crepúsculo desaparecía en la oscuridad.
— ¡GRF! —bufé—. ¡Qué idea!
El suicidio, como el asesinato, ¡nada creativo! Cualquiera que esté lo bastante desesperado como para cometer un suicidio, pensé, debería estar lo bastante desesperado como para llegar a extremos creativos a fin de solucionar los problemas: una fuga a medianoche, subir de polizón en un barco a Nueva Zelanda para comenzar de nuevo, hacer lo que siempre hubiera querido hacer, y no hizo por miedo.
Le tomé la mano en la oscuridad.
— ¡Qué idea! —dije—. Allá estoy, después de haberme matado, separándome de mi cuerpo muerto; y entonces me doy cuenta, demasiado tarde.., Dé que habría podido conocerte, por coincidencia, en el viaje desde Los Ángeles a Nueva Zelanda, de no haberme matado. " ¡Oh, no!", Habría dicho. " ¡Qué ganso he sido!"
—Pobre ganso muerto. Pero aun así, podías comenzar otra vida.
—Claro, sí, y tú me hubieras llevado cuarenta años.
—¿Desde cuándo hemos comenzado a contar años?
Se estaba riendo de mi campaña anti-cumpleaños.
—No es por la edad, sino porque nos habríamos dé sincronizado. Tú dirías algo sobre las marchas pacifistas o sobre los Banthas y yo, sentado como un tonto en una piedra, diría: "¿Qué?" ¡Además, iniciar otra vida sería muy incómodo! ¿Te imaginas volver a ser bebé? ¿Aprender a caminar? ¿Vivir la adolescencia? Haber sobrevivido a la adolescencia, para empezar, ya es un milagro. Pero ¿volver a los diecinueve, a los veinticuatro?

https://biblioteca.d2g.com/

Es más sacrificio del que estoy dispuesto a hacer, por lo menos por otros mil años. Mejor aun, jamás, gracias. Preferiría ser foca.
—Yo seré foca contigo —aseguró ella—. Pero si ésta es nuestra última vida en la tierra por varios siglos, deberíamos aprovecharla lo mejor posible. ¿Qué importan las otras vidas? Las cosas que hicimos en esta vida, lo de Hollywood, lo de vivir en la casa rodante o luchar para que no talaran la selva, ¿qué importarán dentro de mil años, qué importan esta noche, salvo por lo que aprendimos? ¡Lo que aprendimos es todo! Creo que esta vez tenemos un buen comienzo. No seamos focas, todavía. —Se movió, estremecida. —¿Prefieres una frazada o que encendamos el fuego?
Yo seguía pensando en lo que ella había dicho.
—Cualquiera de las dos cosas —murmuré—. ¿Quieres que lo encienda?
—No. Sólo hace falta un fósforo.
La diminuta luz envió cálidos esplendores desde la estufa a leña a sus ojos, a su pelo.
—Por ahora —dijo ella—, si pudieras hacer todo lo que quisieras, ¿qué harías?
—PUEDO hacer todo lo que quiero.
— ¿Qué harías? —insistió ella, acurrucándose a mi lado otra vez, mirando el fuego.
—Me gustaría contar lo que hemos aprendido.
Mis propias palabras me hicieron parpadear. Qué extraño, pensé. ¡Ya no quiero buscar respuestas, sino darlas! ¿Por qué no?, Si hemos hallado a nuestro amor, si sabemos, por fin, cómo funciona el universo? O cómo creemos que funciona.
Ella apartó la vista del fuego para mirarme a los ojos.
—Lo que hemos aprendido es lo único que nos queda. ¿Quieres regalarlo? —Se volvió hacia el fuego y sonrió, poniéndome a prueba. —No lo olvides: tú mismo escribiste que cuanto decías podía ser un error.
—Podría ser un error —concordé—. Pero cuando escuchamos la respuesta de alguien, en realidad no estamos escuchando a ese alguien, ¿verdad? Nos estamos escuchando a nosotros mismos mientras él habla; nuestro propio yo dice que esta parte es cierta, aquélla es una locura y esta otra vuelve a ser verdad. Eso es lo divertido de escuchar. Lo divertido de contar es equivocarse lo menos posible.
—Conque estás pensando en volver a dar conferencias—dijo ella.
—Tal vez. ¿Compartirías el escenario conmigo? Diremos lo que hemos descubierto juntos, sin miedo de hablar sobre los tiempos malos ni sobre los bellos. Hablar con los que todavía están buscando, como nosotros antes, darles la esperanza de que el felices-por-siempre-jamás puede existir. ¡Cómo me gustaría que alguien nos hubiera dicho eso, hace años!
Ella respondió serenamente.
—No creo que pueda hacerlo contigo. Puedo disponerlo todo, organizarte las cosas, pero no quiero subir al escenario.
Algo andaba muy mal.
—¿No? Juntos podemos decir cosas que ninguno de los dos puede decir solo. Yo no puedo decir lo que te estaba pasando a ti tan bien como puedes decirlo tú. ¡El único modo de hacerlo es juntos!
—No lo creo —dijo ella.
—¿Por qué?

-http://biblioteca.d2g.com/

—Richie, cuando yo hablaba contra la guerra, las multitudes eran tan hostiles que me aterrorizaba mostrarme frente a ellas. Tenía que hacerlo, pero me prometí que, cuando eso terminara, no volvería a hablar desde un escenario. Nunca más. Por ningún motivo. No creo que pueda hacerlo.

—Es una tontería —afirmé—. ¡La guerra terminó! No vamos a hablar de guerra, sino de amor.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

--Oh, Richie —dijo—, ¡de amor les hablaba, también entonces!

http://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 48

— ¿De dónde saca esas ideas descabelladas? —preguntó un caballero de la vigésima fila; era la primera pregunta en la segunda hora de conferencia.
En el Auditorio Cívico, el par de millares de presentes dejó oír una risita ahogada masiva. No era el único que sentía curiosidad por saber eso.
Leslie, con aspecto sereno y desenvuelto, ocupaba un taburete alto junto al mío, en el escenario. En ese momento yo me había adelantado hasta las candilejas con un micrófono sin cable para elegir entre las manos levantadas. Recordé que debía repetir la pregunta para que se oyera desde los palcos, además de darme tiempo para pensar lo que diría.
— ¿De dónde saco esas ideas descabelladas? —repetí. En medio segundo se materializó una respuesta; después, las palabras necesarias para decirla. —Del mismo sitio de donde saco las razonables. Las ideas vienen del hada del sueño, el hada de las caminatas y, cuando estoy irrevocablemente mojado y no puedo tomar notas, del hada de las duchas. Lo que siempre les pido es: "Por favor, denme ideas que no ejerzan violencia contra mi intuición."
"Sé por intuición, por ejemplo, que somos criaturas de luz y vida, no de muerte ciega. Sé que no se nos ensambla haciéndonos de espacio y tiempo, sujetos a un millón de aquí-y-ahora cambiantes, de buenos y de malos. La idea de que somos seres físicos descendientes de células primitivas en caldos de cultivo, esa idea ejerce violencia contra mi intuición, la pisotea con zapatos de fútbol.
"La idea de que descendemos de un Dios celoso que nos creó del polvo, para que eligiéramos entre arrodillarnos a rezar y los fuegos del infierno, eso me pisotea aun peor. Ninguna hada del sueño me trajo nunca esas ideas. Para mí, el concepto mismo de descender es incorrecto.
"Empero, nunca pude hallar un sitio, una persona que tuviera mis respuestas, salvo mi yo interior. Y en él yo interior temía confiar. Tuve que nadar por mi vida como las ballenas, tomando grandes bocanadas de agua marina, compuestas por lo que otras personas escribían, decían y pensaban; los degustaba y me quedaba con fragmentos de saber, no más grandes que el plancton, correspondientes a lo que yo estaba buscando.
"De esta escritora determinada no pude quedarme siquiera con un micro camarón, entre todos los libros que de ella pude leer. De aquel otro no comprendí nada, salvo esto: "No somos lo que parecemos." ¡Hurra! Eso, lo sé por intuición, ¡es CIERTO! El resto del libro puede ser agua de mar, pero la ballena se queda con esa frase.
"Poco a poco, creo que vamos construyendo una comprensión consciente de lo que ya sabemos al nacer; lo que nuestro más alto ser interior quiere creer, eso es lo cierto. Nuestra mente consciente, empero, no es feliz mientras no puede explicarlo con palabras.
"Sin darme cuenta, en sólo unas pocas décadas, tuve un sistema de pensamiento que me da respuestas cuando pregunto."
Miré rápidamente a Leslie. Ella movió levemente la mano para indicar que aún estaba allí.
—¿Cuál era la pregunta? —dije—. Ah, de dónde saco mis ideas descabelladas.

https://biblioteca.d2g.com/

Respuesta: del hada del sueño, el hada de las caminatas, el hada de la ducha. Del hada de los libros. Y en estos últimos años, de mi esposa. Ahora, cuando tengo algo que preguntar, se lo planteo a ella y ella me da la respuesta. Si todavía no tienen un alma gemela, les sugiero que la busquen cuanto antes. ¿Qué otra pregunta?
Cuántas cosas para decir, pensé, y sólo un día para decirlo en cada ciudad que nos invita a presentarnos. Ocho horas no alcanzan. ¿Cómo hace el conferenciante para decir a la gente lo que necesita decir en una hora? En la primera hora, apenas hemos esbozado la armazón de nuestro modo de ver el mundo.
—Aquella señora, atrás, a la derecha.
—Mi pregunta es para Leslie. ¿Cómo se sabe cuando uno encuentra a su alma gemela?
Mi esposa me miró con un terror que duró una fracción de segundo. Luego levantó su micrófono.
—¿Cómo se sabe cuando uno encuentra a su alma gemela? —repitió, serena como si hiciera eso todos los días—. Cuando yo hallé a la mía no me di cuenta. Fue en un ascensor. " ¿Sube?", Pregunté. "Sí", dijo él. Ninguno de los dos sabía lo que significarían esas palabras para las personas que ahora somos.
"Cuatro años más tarde llegamos a conocernos y, de pronto, fuimos íntimos amigos. Cuanto más lo conocía, más lo admiraba, más pensaba que era una persona realmente maravillosa.
"Esa es una clave. Buscar una aventura amorosa que mejora con el tiempo, una en la cual la admiración cobre brillo, en que la confianza crezca con cada tormenta.
"Con este hombre comprendí que para mí eran posibles la intimidad intensa y la alegría. Yo solía pensar que ésas eran necesidades propias, sólo mías, mis señas personales para el alma gemela. Ahora creo que son las de todo el mundo, pero como desesperamos de hallarlas, tratamos de conformarnos con menos. ¿Cómo atrevernos a pedir intimidad y alegría, cuando lo mejor que podemos encontrar es un amante tibio y una mansa felicidad?
"Sin embargo, en el fondo sabemos que la tibieza acabará por enfriarse, que la mansa felicidad se convertirá en una especie de tristeza sin nombre, capaz de importunarnos con preguntas ¿esto es el amor de mi vida, a esto se reduce todo, para esto me encuentro aquí? En el fondo sabemos que debe de haber más, y ansiamos apasionadamente lo que nunca encontramos.
"Con mucha frecuencia, la mitad de una pareja está tratando de subir, mientras la otra mitad tira hacia abajo.
Uno camina hacia adelante, el otro se asegura de que, por cada dos pasos hacia adelante, den tres hacia atrás. Es preferible aprender a ser feliz sola, pensaba yo, amar a mis amigos y a mi gato; mejor esperar a un alma gemela que no llegue jamás, antes que acertar ese opaco término medio.
"Un alma gemela es alguien cuyas cerraduras coinciden con nuestras llaves, y cuyas llaves coinciden con nuestras cerraduras. Cuando nos sentimos lo bastante seguros como para abrir las cerraduras, surge nuestro yo más verdadero. Entonces podemos ser, completa y honradamente, lo que somos; podemos ser amados por lo que somos y no por lo que fingimos ser. Cada uno descubre la mejor parte del otro. Por muchas cosas que estén mal

http://biblioteca.d2g.com/

a nuestro alrededor, con esa única persona estamos a salvo en nuestro propio paraíso. Nuestra alma gemela es alguien que comparte nuestras ansias más hondas, nuestro sentido de la dirección. Cuando somos dos globos y nuestra dirección, para los dos, es hacia arriba, es muy posible que hayamos hallado a la persona adecuada. Nuestra alma gemela es quien hace que la vida surja a la vida.

Para sorpresa suya, la cubrieron de aplausos. Yo casi había llegado a creer lo que me dijera: que quizá no alcanzara la perfección en el estrado. La alcanzaba.

— ¿Usted piensa lo mismo que él? —fue la siguiente pregunta desde el público—. ¿Están de acuerdo en todo?

—Sí estamos de acuerdo en todo —dijo ella—. Casi siempre. Él enciende la radio y yo descubro que es la única persona en el mundo, aparte de mí, a quien le encantan las gaitas. Es el único, aparte de mí, que puede cantar "Alone Am I", de Tubby the Tuba, palabra por palabra, porque la recuerda desde la infancia.

"En otros tiempos —continuó— no pudimos haber empezado desde puntos más distantes... Yo me oponía a la guerra, Richard era piloto de la Fuerza Aérea; para mí sólo había un hombre a la vez, la mujer única de Richard estaba compuesta de muchas mujeres. En ambas cosas se equivocaba, y por eso, claro está, ha cambiado.

"Pero en último término no importa que estemos de acuerdo o no, ni quién tenga razón. Lo que importa es lo que pasa entre nosotros dos. ¿Estamos cambiando siempre, estamos creciendo, nos amamos cada vez más. Eso es lo que importa.

— ¿Puedo agregar una palabra? —intervine.

—Por supuesto.

—Las cosas que nos rodean, casas, trabajos, autos, son decorados, son el engarce para nuestro amor. Las cosas que poseemos, los lugares en que vivimos, los acontecimientos de nuestra vida: engarces vacíos. ¡Qué fácil es buscar los engarces y olvidar los diamantes! Lo único que importa, al terminar nuestra estadía en la tierra, es hasta qué punto hayamos amado bien. *¿Cuál fue la calidad de nuestro amor?*

En la primera pausa, casi todo el mundo se levantó para estirar el cuerpo. Otros se acercaron al estrado con libros que querían hacer autografiar. Otros se reunían a conversar, sin presentaciones formales, en un sitio próximo al escenario, que habíamos designado para eso.

Cuando la gente volvía a sus asientos para iniciar la quinta hora de la conferencia, toqué a Leslie en el hombro.

— ¿Cómo te va, pequeña wook? ¿Te sientes bien?

—Muy bien —aseguró ella—. ¡No tiene nada que ver con lo de antes! ¡Esto es maravilloso!

—Eres tan inteligente... —dije—. Tan sagaz y encantadora... Habrías podido elegir entre todos esos hombres. Ella me estrechó el brazo.

—Me quedo con éste, gracias. ¿Ya es hora de recomenzar?

Asentí, mientras conectaba mi micrófono.

—Aquí vamos. —Y dije: —Continuemos. Cualquier pregunta que haya sido formulada

https://biblioteca.d2g.com/

desde el alba de la humanidad, podemos contestarla a total satisfacción, lo prometemos.
Gran parte de lo que decíamos sonaba descabellado, pero nada era falso: como si dos físicos teóricos se presentaran en un escenario para decir que, cuando viajamos a velocidad cercana a la de la luz, nos tornamos más jóvenes que quienes no viajan; que un kilómetro de espacio cerca del sol es diferente de un kilómetro de espacio cerca de la tierra, pues el kilómetro solar es más curvo que el kilómetro terrestre.
Ideas tontas, que valen su precio de aceptación en sonrisas, pero son ciertas. La física de alta energía, ¿es interesante por ser verdad o por ser descabellada?
—Señora —dije, mirando a una mujer que se había puesto de pie en medio del público, mientras me preguntaba adónde nos llevaría.
—¿Tienen intenciones de morir?
Pregunta fácil; una respuesta a dividir entre ambos.

Ese día navegamos con el viento de saber que nos había cambiado, que nos había enseñado, por un mar de preguntas:
¿Por qué tenemos problemas?
La muerte, ¿puede separarnos? Puesto que ustedes dirán que no, ¿cómo se hace para hablar con los amigos que han muerto?
¿No existe el mal?
¿Cómo es estar casado con una actriz?
¿Han aceptado ustedes al Señor Jesucristo como Salvador personal?
¿Para qué sirve una nación? ¿Alguna vez se enferman?
¿Quiénes tripulan los OVNIS?
El amor entre ustedes, ¿es diferente ahora del de hace un año?
¿Cuánto dinero tienen?
¿Es Hollywood realmente encantador?
Si yo he vivido antes, ¿por qué lo he olvidado?
¿Es ella tan maravillosa como usted dice?
¿Qué le disgusta a cada uno del otro?
¿Han terminado de cambiar?
¿Pueden ver su propio futuro?
¿En qué cambia las cosas lo que ustedes puedan decir?
¿Cómo se llega a ser estrella de cine?
¿Alguna vez cambiaron su pasado?
¿Por qué la música nos afecta tanto?
Haga algo paranormal, por favor.
¿Por qué están tan seguros de que somos inmortales?
¿Cómo se sabe cuando un matrimonio se ha acabado?
¿Cuántas personas, aparte de ustedes, ven el mundo de ese modo?
¿Adónde podemos ir para hallar a alguien a quien amar?

http://biblioteca.d2g.com/

Navegamos por un día que duró un momento, como si nosotros mismos fuéramos viajeros a la velocidad de la luz.
Pronto llegó la hora de cerrar tras de nosotros la puerta de nuestro cuarto, en el hotel, y caer juntos en la cama.
—No estuvo mal —dije—. No ha sido un mal día.
¿Cansada?
—¡No! —dijo ella—. ¡Hay mucha potencia, mucho amor en el aire, en una de estas cosas! ¡El júbilo viene a abrazarnos a todos!
—La próxima vez practicaremos para ver las auras —propuse—. Dicen que, cuando se presenta un buen espectáculo, sobre el público hay luz dorada, y también sobre el escenario. Todo el mundo está electrizado.
Le miré la blusa.
—¿Permiso para tocar?
Ella me miró de soslayo.
— ¿Qué significa esa pregunta?
—Costumbre entre los cadetes de aviación. Nunca se toca a otra persona sin permiso.
—Usted no necesita permiso, señor Bach.
—Me pareció que, antes de desgarrarte la ropa, debía ser cortés y preguntar.
—Bestia —dijo—. Cuando ese hombre preguntó si quedaban dragones, debí haberte señalado.
Me puse de espaldas, miré el cielorraso sin detalles, cerré los ojos.
—Soy un dragón. También soy un ángel, no lo olvides. Cada uno tiene su misterio, su aventura, ¿verdad?, con esto de seguir juntos nuestro millón de caminos a través del tiempo, todos a la vez. ¿Qué estamos haciendo en esos otros tiempos? No lo sé. Pero te apuesto una cosa extraña, tesoro —le dije—: te apuesto a que lo que estamos haciendo ahora...
—¡...está atado con cintas de luz —dijo ella— a lo que estamos haciendo entonces!
Desperté con una sacudida cuando ella terminaba mi frase.
Estaba tendida en su parte de la cama, sus ojos azules como el mar fijos en los míos, conociéndome, conociendo tanto...
Hablé tan suavemente como pude a la vida que chisporroteaba y bailaba tras esos ojos.
—Hola, misterio —susurré.
—Hola, aventura.
—¿Adónde iremos desde aquí? —pregunté, lleno del poder de nosotros—
¿Cómo cambiaremos el mundo?
—Hoy vi nuestra casa —dijo—. Cuando la señora preguntó si conocíamos nuestro futuro. ¿Recuerdas nuestro sueño? Esa casa. Vi la selva en la isla, y la pradera. Vi dónde íbamos a construir la casa a la que fuimos en sueños.
Una comisura de su boca se curvó en una sonrisita. — ¿Crees que les molestará, a todos esos cientos de nosotros, en todos los lugares simultáneamente, más allá del tiempo y del espacio? Considerando lo que hemos pasado —dijo—, ¿crees que les molestará si primero construimos nuestra casa y después cambiamos el mundo?

https://biblioteca.d2g.com/

# CAPITULO 49

La pequeña removedora de tierra rugía sobre la colina; me vio junto a la pradera y descendió a mi encuentro; su pala de acero iba medio llena con el humus del jardín.
— ¡Hola, tesoro! —saludó Leslie, por sobre el rugir del motor.
En días laborables usaba pesados monos blancos y se recogía el pelo bajo una gorra amarilla; sus manos desaparecían en gruesos guantes de cuero, posadas en los mandos de la máquina.
En esos días era el ama de la removedora de tierra; era feliz por trabajar, al fin, en la casa que llevaba tanto tiempo construyendo mentalmente.
Apagó el motor.
—¿Cómo está mi querido palabrífice?
—Muy bien —respondí—. No sé qué va a decir la gente de este libro. Dirán que es demasiado largo y demasiado sexual para que lo escriba alguien como yo. Pero a mí me encanta. ¡Y hoy le encontré título!
— ¡Por fin! ¿Cómo se titula?
—Está allí; estuvo allí desde siempre. Si tú también lo encuentras, así titularemos el libro. ¿De acuerdo? —¿Llegó la hora de que lea el manuscrito entero, de punta a punta?
–Sí. Sólo falta un capítulo para terminar.
–Un capítulo más. ¡Felicitaciones!
Miré pendiente abajo, más allá de la pradera, por sobre el agua, hacia las islas que flotaban en el horizonte.
–Este lugar es bonito, ¿verdad?
–¡El paraíso! ¡Y si vieras la casa! –exclamó–.
Hoy pusieron el primero de los fotovoltaicos. ¡Sube, te llevaré para que veas!
Me subí a la pala que llevaba el humus. Ella oprimió el arranque.
El motor surgió a la vida con un bramido. Por un momento, yo hubiera podido jurar que ese súbito estallido rugiente era el de mi antiguo biplano, que se ponía en marcha en la pradera.

*Si entrecerraba los ojos, podía ver...*
*...Un espejismo, un fantasma de años pasados, avanzando en la pradera. Richard, el aviador ambulante, puso en marcha el motor del Fleet por última vez y se instaló en su carlinga, tocando el regulador, a punto de despegar en busca de su alma gemela. El biplano se arrastró hacia adelante. ¿Qué diría si la viera ahora?, pensó. ¿Si la viera caminar por el heno, pidiendo que la esperara?*

*En un impulso tonto, se volvió a mirar.*
*En el campo hubo un borrón de sol. A través del heno, en dirección al avión, volando la cabellera dorada y larga tras ella, corría una mujer, corría la más bella...*

http://biblioteca.d2g.com/

*¡Leslie Parrish! ¿Cómo era posible... ?*
*Él detuvo el motor de inmediato, deslumbrado al verla.*
*–¡Leslie! ¿Eres tú?*
*– ¡Richard! –clamó ella–. ¿Subes? –Se detuvo, sin aliento, junto al borde de la carlinga.*
*–Richard... ¿tendrías tiempo para volar conmigo?*
*;Acaso... ? –dijo él, de súbito también sin aliento–. ¿Acaso quieres volar?*
Me volví hacia mi esposa, tan sorprendido como el piloto por lo que acababa de ver. Manchada de polvo, gloriosa, me sonrió. Fulgor radiante de lágrimas.
– ¡Richie, van a hacer el intento! –dijo–. *¡Deséales amor!*